

EL SACERDOTE  
ANTE DIOS  
Y ANTE LOS HOMBRES

JACQUES LECLERCQ

JACQUES LECLERCQ

HINNENÍ

48

EL SACERDOTE  
ANTE DIOS Y  
ANTE LOS HOMBRES

SEGUNDA EDICION

EDICIONES SIGUEME

Apartado 332

SALAMANCA

1967

*Tradujo:* JOSÉ VALLADARES SANCHO, sobre 3.º edición del original francés: *Le prêtre devant Dieu et devant les hommes*, de JACQUES LECLERCQ, publicado por Casterman el año 1965.—*Censor:* JOSÉ GÓMEZ LORENZO.—*Imprimase:* MAURO RUBIO, obispo de Salamanca, 8 de diciembre de 1965.

© Ediciones Sígueme, 1966

Número Edición: ES. 219

Depósito legal: 127 - 1967

Es propiedad

Impreso en España

Gráficas EUROPA. Sánchez Llevot, 1.- Salamanca, 1967

## INDICE

<i>Introducción</i> . . . . .	9
1. SACERDOCIO Y PERFECCION . . . . .	17
El sacerdote y el culto . . . . .	23
Concepto pastoral del sacerdocio . . . . .	31
El sacerdote y la misa . . . . .	38
Los sacramentos . . . . .	58
2. LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL . . . . .	65
Un hombre comido . . . . .	66
Sed santos porque vuestra función es santa . . . . .	71
Conseguir su santidad en la santidad de su función . . . . .	74
Espiritualidad flexible . . . . .	85
El problema del número . . . . .	100
Sacerdocio y derecho canónico . . . . .	108
3. LA ESPIRITUALIDAD DE LA ACCION . . . . .	113
Vida contemplativa y vida activa . . . . .	113
Valores espirituales de la acción . . . . .	116
Espiritualidad global . . . . .	123
Espiritualidad comunitaria . . . . .	129
4. VISION CRISTIANA . . . . .	135
La unidad entre lo religioso y lo moral . . . . .	135
Todo lo humano . . . . .	139
La mirada de Jesús . . . . .	148
La revisión de vida . . . . .	155
5. EL SACERDOTE NO ESTA SOLO . . . . .	159
El presbyterium . . . . .	160
Espíritu de Iglesia . . . . .	168
Obediencia y colaboración . . . . .	176
Obediencia y disciplina . . . . .	182

6. LA VIDA AFECTIVA DEL SACERDOTE . . . . .	189
Función de la vida afectiva . . . . .	189
Vida afectiva y familia . . . . .	193
En el nudo de la vida . . . . .	196
La vida en equipo . . . . .	202
La familia . . . . .	204
La castidad . . . . .	210
7. LOS BIENES TERRENOS . . . . .	219
En la vida sacerdotal . . . . .	219
La pobreza . . . . .	225
La pobreza como abandono en Dios . . . . .	231
¿Fin o medios? . . . . .	235
8. FRENTE A LO TEMPORAL . . . . .	237
El servicio de Dios . . . . .	237
La tentación de lo temporal . . . . .	241
El cristianismo es encarnación . . . . .	250
El espíritu sacerdotal . . . . .	255
9. A LO LARGO DE LA VIDA . . . . .	259
Duración y unidad . . . . .	259
Aceptar la ley del tiempo . . . . .	263
El compromiso . . . . .	266
Todo de Dios . . . . .	271

## INTRODUCCION

*Entre los movimientos que remueven la Iglesia del siglo XX, hay uno que se refiere a la espiritualidad sacerdotal. Se intenta determinar la espiritualidad propia del sacerdote secular.*

*Algunos se extrañarán de que se la busque aún —o solamente— en nuestros días. Hace, no obstante, muchos siglos que la Iglesia tiene sacerdotes —siempre los ha tenido— y por ellos ha vivido. Pero las preocupaciones que se manifiestan en nuestro tiempo indican que hay algo todavía por hacer. ¿Se puede explicar esto, y, si no se ha hecho hasta el momento, hay motivos para esperar que pueda realizarse hoy día?*

*La Iglesia de Cristo no es un ser abstracto; es un cuerpo vivo, sometido, como todo cuerpo, a unas leyes de crecimiento que preceden a las teorías, e incluso al conocimiento. También viene el hombre al mundo y se desarrolla, sin esperar a conocer las leyes del crecimiento. La Iglesia se ha desarrollado en medio de toda clase de obstáculos, no proviniendo los menores de los mismos cristianos. Y el clero, en particular, ligado a todas las circunstancias de la vida de la Iglesia, ha tenido una historia borrasca.*

*Para no entrar en detalles inútiles, digamos simplemente que el clero fue durante largo tiempo tan mediocre, bajo todos los puntos de vista, que las órdenes religiosas activas, aparecidas a partir de la segunda mitad de la edad*



media, tuvieron generalmente como finalidad contrarrestar las debilidades del clero. En la sociedad violenta de aquel tiempo, se creyó necesario para el hombre retirarse del mundo, si deseaba servir a Dios. Los seculares estaban entregados al pecado, y los sacerdotes que no se retiraban a un monasterio eran, igualmente, seculares — el clero secular.

Había, sin duda, algunos santos sacerdotes seculares, como había algunos santos laicos; pero los únicos centros de vida espiritual, las únicas escuelas de perfección, se hallaban en los monasterios.

Se formó pues una doctrina espiritual en los monasterios y para los monasterios. Todos los grandes autores espirituales son religiosos, y los seculares, sacerdotes o laicos, que sentían preocupaciones espirituales, acudían a buscar en esas obras, que no estaban escritas para ellos, lo que respondía a las necesidades de sus almas.

Cuando en el siglo XVI, después del concilio de Trento, comenzó la reforma del clero por la creación de los seminarios, se procuró dar una formación espiritual a los aspirantes al sacerdocio, y se fueron a buscar los elementos de esa formación espiritual donde podían encontrarse, es decir, en la tradición religiosa; se organizaron los seminarios a imitación de los noviciados. Por consiguiente, toda la vida espiritual bebía en la misma fuente.

Sin embargo, nunca podrá decirse suficientemente hasta qué punto los seminarios transformaron al clero, llevando a un renacimiento, sin precedentes, de la vida sacerdotal. Pero se precisó mucho tiempo. Desde finales del siglo XVI se organizan en algunas regiones, y en ellas producen sus frutos, pero sólo en el siglo XIX se generalizan. Antes de esto, crisis y dificultades sucesivas, intervenciones de soberanos, luchas religiosas, la revolución francesa, obstaculizan el desarrollo normal y regular de

la institución. En el siglo XIX, por fin, la reforma produce sus frutos y el clero secular ocupa en la Iglesia un lugar que no había vuelto a ocupar desde la antigüedad, o que nunca ocupó, porque en la antigüedad no existía clero regular al lado del clero secular. En el siglo XIX vemos aparecer grandes obispos, grandes papas, grandes santos, procedentes del clero secular. Y, finalmente, comienza a producirse un malestar, porque la vida del clero secular no es la de los religiosos, y la importancia que va adquiriendo lleva también a buscar para él una espiritualidad directamente inspirada en las exigencias de su estado.

Sin embargo, en todo tiempo se formaron grupos de sacerdotes con la finalidad de vivir simplemente como buenos sacerdotes; y esos grupos proliferan a partir del concilio de Trento, evolucionando, unos hasta convertirse en órdenes o congregaciones religiosas, otros hasta formar sociedades sacerdotales independientes de los obispos. Siguen formándose hasta nuestros días, cada vez más integrados al conjunto del clero diocesano. Pero la gran obra, la que es como el arado que remueve toda la tierra, son los seminarios. Son los que forman el espíritu general del clero, y si se desarrolla también toda una serie de reglas disciplinarias, que da al clero de los siglos XIX y XX una estructura que el antiguo clero no tenía, es también la formación ordenada y sistemática de los seminarios la que lo hace posible, así como el paso por el seminario de todos los que han de ser sacerdotes.

Pero quizás en nuestros días haya quedado superada esta etapa y quede por abordar una nueva, que constituirá un paso más en la conciencia de las exigencias del sacerdocio. Aquí parece radicar hoy día el problema de la espiritualidad sacerdotal.

Dentro de esta perspectiva, se comienza a criticar la misma expresión de clero "secular". Seculares son las per-

sonas que viven en el siglo. Hablar de clero secular es asemejarlo a la masa de los fieles, siendo así que se trata de algo muy distinto. Y se propone el término de clero "diocesano", puesto que lo específico de éste es ser el clero del obispo, estar asociado a él en la administración de la diócesis. Esta palabra expresa claramente lo que distingue a esos sacerdotes de los laicos y, al mismo tiempo, de los regulares que viven bajo una regla religiosa. , , ,

Pero, ¿no es también multiplicar las espiritualidades? ¿No es única la espiritualidad cristiana, la misma para todos los cristianos? ¿Se deben formar capillas particulares para cada grupo?

Sí y no. Es cierto que todos los cristianos tienen de común ser discípulos de Cristo, y que existe, por tanto, una espiritualidad que les es común a todos, lo mismo que una doctrina y una moral. Pero esto no impide que cada medio, cada estado de vida, incluso cada individuo tenga sus condiciones peculiares de vida y deba adaptar a ellas las condiciones generales. Ya san Francisco de Sales, que para todos es un clásico de la espiritualidad que se desarrolla en nuestros días, explica que "la devoción debe ser practicada de diferente manera por el noble, por el artesano, por el criado, por el príncipe, por la viuda, por la joven, por la casada..."<sup>1</sup>.

En el siglo XX se produce, en muchos aspectos, un desarrollo muy sintomático de la vida cristiana, y, entre otros, una eflorescencia de espiritualidades particulares, que inquietan a veces por tendencias tan exclusivas, que no parecen tener punto alguno común con las demás. Algunos apóstoles de la clase obrera han dado por supuesto que una espiritualidad obrera no podía tener nada de co-

mún con una espiritualidad burguesa, y el mismo criterio se ha visto entre propagandistas del escultismo y de otros movimientos. Pero, a pesar de ciertas exageraciones, sigue siendo válido que es preciso tener en cuenta las condiciones particulares de cada estado.

Por otra parte, existen desde hace mucho tiempo grandes escuelas de espiritualidad, cada una con su carácter particular, pero encontrándose todas en la cumbre. Algunas veces se ha dicho que apenas hay diferencia entre un jesuita perfecto, un benedictino perfecto y un dominico perfecto, y que las diferencias se advierten más que nada en los mediocres. Estas escuelas, no obstante, tienen su punto de vista particular.

Igualmente, el clero diocesano tiene un estado o un estilo de vida que le distingue de los religiosos, pero también de los laicos. Esto ha de implicar consecuencias. En primer lugar, se trata de un estado de vida dominado por una misión, es decir, una forma de acción. Y ya se advierte claramente que se trata de algo propio del clero, porque si también los laicos tienen una misión manifestada en su profesión, ésta no se funde con su vida como ocurre con el carácter sacerdotal. Por una parte, los religiosos tienen un estado de vida que es distinto de una misión. Existe, pues, algo muy especial en el clero diocesano, que ha de tener repercusiones sobre el ideal de vida.

Por otra parte, hasta el presente ha estado muy discutida la espiritualidad de la acción. Es verdad que las órdenes que más han contribuido al desarrollo de la espiritualidad han sido órdenes eminentemente apostólicas, como los jesuitas y los dominicos. Ahora bien, su espiritualidad es casi totalmente contemplativa, debido al origen de las obras espirituales. Estas proceden casi todas de maestros de novicios, que escriben para los jóvenes que están formando, en la atmósfera cerrada del noviciado, o de reli-

<sup>1</sup> Introducción a la vida devota, 1, 3.

giosos que predicán a religiosas contemplativas. Diríase que, preocupados por aquellos a quienes dedican sus obras, no reflexionaron en las condiciones de los que llevan una vida activa, o que la preocupación por la vida espiritual era en éstos demasiado ocasional, como para cuidarse de buscar una serie de consideraciones que les fuesen propias.

La acción ocupa en la vida del sacerdote diocesano un lugar especial, por razón de la unión, muy especial también, entre el carácter y la acción. De ahí que una reflexión sobre la espiritualidad propia del sacerdote diocesano puede valorizar el alcance espiritual de la acción.

Se trata de un elemento muy importante de la espiritualidad general, porque la acción ocupa un lugar destacado en la vida de todos los hombres, cristianos o no, e incluso de los religiosos activos. El estudio de una espiritualidad sacerdotal puede ser la ocasión de tratarlo de forma sistemática.

El papel de la acción en la vida, en toda vida, es importante. Hasta en la espiritualidad carmelitana, esencialmente contemplativa, hablan los autores accidentalmente de la acción y de su importancia; pero está dicho de pasada. Nos encontramos, pues, ante un campo a despejar, a fin de establecer, primeramente, sus principios, y, después, hallar las aplicaciones a los casos particulares. Y volverán a aparecer las semejanzas fundamentales entre los hombres y sus diferencias accidentales.

\* \* \*

El sacerdocio ha sido objeto, en nuestros días, de una abundante literatura, que ha aclarado la cuestión.

Esta literatura es teológica, litúrgica, canónica, pastoral, histórica. La teología del sacerdocio trata de la esencia del sacerdocio, del sacerdocio de Cristo y de las relaciones

entre el sacerdocio que se da entre los hombres y el de Cristo: es un capítulo importante del tratado sobre la Iglesia. La liturgia del sacerdocio se ocupa de los ritos de la ordenación; enlaza con la teología por la doctrina de los sacramentos; con el culto, por el estudio de las funciones rituales del sacerdote. El derecho canónico se refiere a las normas positivas que la Iglesia impone al clero. La pastoral estudia la función del sacerdote como pastor, y limita de cerca con el derecho canónico. Finalmente, se ha trabajado mucho en poner de relieve los aspectos de la vida sacerdotal que han llamado la atención en las diferentes épocas. Y todo ello aporta materiales extremadamente ricos a quien desea reflexionar sobre la vida del sacerdote y sobre sus exigencias.

\* \* \*

Dentro de todo este conjunto se presenta el problema de la espiritualidad sacerdotal. Y, desde luego, es un problema. En 1946, decía monseñor Guerry, prologando un folleto de la Unión Apostólica<sup>2</sup>. "La obra emprendida será laboriosa; exigirá tiempo. Ahora sólo se trata de elementos básicos". Poco antes, los obispos franceses habían realizado una gran encuesta entre todos los obispos y superiores de seminario de Francia, clausurada por una relación de monseñor Guerry<sup>3</sup>. De esta forma monseñor Guerry aparece como la primera autoridad de Francia en la materia. Si todavía habla del problema como de una obra laboriosa que exigirá tiempo, es que estamos aún en los comienzos.

<sup>2</sup> Pour le clergé diocésain. Une enquête sur sa spiritualité particulière.

<sup>3</sup> Le clergé diocésain en face de sa mission actuelle d'évangélisation.

De ahí que no parezca temerario aportar una piedra más al edificio. De veinte años a esta parte han aparecido algunos libros abordando el problema de una u otra forma; pero sólo progresivamente se va llegando a lo que parece constituir el centro del problema, la actitud del sacerdote ante la vida, lo que le caracteriza en esa actitud.

Ante la vida: es una expresión muy general. La he precisado en el título del presente libro: Ante Dios y ante los hombres, porque esto significa ante la vida. Y ello indica ya una orientación, puesto que ante la vida podría entenderse ante sí mismo; pero no se hace uno sacerdote para sí, sino para Dios y para los demás. Unicamente hay que tenerse en cuenta, por tanto, a sí mismo en la medida en que Dios o los demás lo exijan.

En un principio había pensado titular el libro: Espiritualidad sacerdotal; pero me parece estrecha la palabra espiritualidad. Tiene una resonancia muy individualista. Ahora bien, el problema espiritual para el sacerdote no es personal sino en segundo término. Su problema personal no es más que una refracción del problema de Dios entre los hombres, y a esto se debe que cuando se quiere tratar de la espiritualidad sacerdotal, se pase tan fácilmente a cuestiones de acción sacerdotal, extrañas a la vida propia del sacerdote, o incluso a cuestiones teológicas, canónicas, litúrgicas, que le enmarcan dentro de la Iglesia.

Lo que uno quisiera aquí es buscar cuál debe ser la vida del sacerdote, presupuestas todas las realidades que le dominan, buscar cómo esas realidades deben impregnar su vida y cómo él mismo puede y debe concurrir a ello. Quisiera uno resumir todo eso lo más posible en la realidad concreta de la vida. En la medida en que esto se logre, utilizando documentos ya reunidos en una u otra parte, podrá uno aportar algo al trabajo colectivo.

## SACERDOCIO Y PERFECCION

**T**ODA la tradición da testimonio de que el sacerdocio, como tal, constituye un llamamiento a la perfección, apremiante cual ninguno. Podría presentarse un florilegio de textos de todas las épocas. Limitémonos a las clásicas palabras de santo Tomás, constantemente citadas: “El sacerdote, consagrado por su ordenación para las funciones más santas, está obligado a una mayor santidad interior que la exigida por el mismo estado religioso”<sup>1</sup>.

El sacerdote es el instrumento de Dios. De él se vale Dios para realizar sus obras. Como concluye dom Botte en un estudio sobre las oraciones de la ordenación, se advierte cómo se impone con fuerza, ya desde la antigüedad, la convicción de que “la plena eficacia de las funciones

<sup>1</sup> ST 2-2, q. 184, a. 8.

sagradas está condicionada por la santidad de los que las ejercen”<sup>2</sup>.

Siempre se repite lo mismo; todos están de acuerdo. Y sin embargo... Este “sin embargo” no significa simplemente que no todos los sacerdotes realizan el ideal. Nadie realiza el ideal; pero hay que intentar acercarse a él. Para esto se necesita saber dónde se encuentra. ¿No pueden y deben precisarse la expresión de santo Tomás “santidad interior” y la de dom Botte “santidad”?

Porque, en resumidas cuentas, todos los cristianos están llamados a la santidad; el bautismo constituye ya una vocación a la santidad. El sacerdote está llamado, dice santo Tomás, a una *mayor santidad interior*; pero, ¿es sólo cuestión de más o menos? ¿No debe tener la santidad del sacerdote una coloración especial? ¿Debe ser simplemente interior? Un ermitaño puede tener también una profunda santidad interior: ¿será una santidad sacerdotal? San Francisco de Sales explica que hay varias clases de devoción, y enfrenta al obispo con el religioso, preguntando si una forma de devoción según la cual el religioso estuviera “siempre expuesto a toda clase de roces por el servicio del prójimo, como el obispo (y nosotros podemos añadir: como el sacerdote), no sería ridícula, desarreglada e insostenible”.

La cuestión, pues, está zanjada: existen diversas formas de santidad; la del sacerdote no es una cualquiera. ¿En qué consiste la santidad sacerdotal? Existe una diferencia entre la santidad del cura de Ars, de san Vicente de Paúl, y la de santa Teresa del Niño Jesús. ¿Se puede concretar en qué consiste esa diferencia?

No se trata de determinar si una es mejor que otra, sino de encontrar el camino propio de cada una. El sa-

cerdote debe saber por qué camino se encuentra *su* santidad, que no será el del religioso ni el del laico.

También en esto existe unanimidad. Como dice el cardenal Richaud, la perfección del sacerdote diocesano “debe buscarse no tanto en los compromisos suscritos cuanto en las funciones confiadas”<sup>3</sup>. La santidad del clero diocesano es, en cierto modo, *funcional*.

El sacerdote es el hombre de Dios. Es el hombre de la Iglesia, el ministro de Jesucristo. Todo significa lo mismo. Es todo eso, independientemente de su perfección personal; y el llamamiento a la perfección, en él, proviene de esa cualidad que ha recibido.

Pero también hay que entender bien todo esto. Cuando san Gregorio Magno en la vida de san Benito le llama “hombre de Dios”, la expresión tiene otro sentido. Además, san Benito no era sacerdote. Al llamarle “hombre de Dios”, san Gregorio quiere decir un hombre que vive en Dios, que está unido a Dios. El sacerdote es el hombre de Dios en el sentido de que Dios hace de él su instrumento, y de aquí dimana para él la exigencia de perfección. Dios se sirve del sacerdote para realizar su obra. No se hace uno sacerdote para buscar la perfección personal. Al hacerse sacerdote, se pone uno al servicio de Dios, y el sacerdote debe ser santo para realizar la obra que Dios le asigna.

El orden cristiano se presenta, pues, de la manera siguiente: Cristo desea llevar a cabo su obra valiéndose de hombres como instrumentos suyos, que le representen, continúen su enseñanza, celebren su sacrificio, administren sus sacramentos. El sacerdote es el hombre encargado de estas funciones; los obispos, en primer lugar, o los sacerdotes de primer rango, y, después, los sacerdotes ordi-

<sup>2</sup> *Etudes sur le sacrement de l'Ordre*. Paris 1957, 35.

<sup>3</sup> *Y-a-t-il une spiritualité du clergé diocésain?* Paris 1945.

narios o de segundo rango, como colaboradores de los obispos. El obispo es para la diócesis, y el sacerdote no puede ser ordenado más que para el servicio de la diócesis. Está al servicio de la Iglesia. Nada para él en su sacerdocio; todo para la Iglesia.

Ahora bien, la Iglesia es el cuerpo de los cristianos, es decir, esencialmente los laicos. La razón de ser del clero, desde el papa hasta el último sacerdote, es animar espiritualmente ese cuerpo.

Constituye una diferencia radical entre la vocación sacerdotal y la religiosa. La vocación religiosa tiene por finalidad la santificación del religioso. El punto de arranque de la vocación religiosa es el deseo de la propia santificación; el punto de arranque de la vocación sacerdotal es el deseo de ponerse a disposición de la Iglesia para realizar su obra.

Realizar la obra de Dios: esta fórmula explica cómo se presenta la vocación sacerdotal e igualmente ciertas anomalías. Sucede muchas veces que el joven que entra en el seminario no siente preocupación especial por buscar la perfección. Ha conocido sacerdotes en su juventud, y éstos le han suscitado el deseo de ser, como ellos, ministro del Señor. Desea realizar la obra de Dios; esto le parece estupendo; pero no reflexiona en lo que lleva consigo. Más tarde, cuando ha de enfrentarse con las responsabilidades del sacerdote, se da cuenta de que, para sobrellevarlas, necesita la perfección máxima que un hombre puede tener. Simple deber de lealtad. Siendo el instrumento de que Dios se sirve, habiendo aceptado serlo, supondría mala fe conformarse deliberadamente con una vida mediocre. Y se entrega a la búsqueda de una perfección que no había soñado en un principio.

Simple lealtad. No hay ni manía sentimental, ni entusiasmo místico. Puesto que uno aceptó ser el instrumento

de las obras divinas, hay que mostrarse capaz de ello en cuanto un hombre puede serlo. Para ser el hombre de Dios, hay que serlo. Serlo es ser como Dios o, si se quiere, llevar a Dios dentro de sí. Es ser tal, que se cause a los hombres la misma impresión que Dios causa, que los hombres encuentren a Dios en uno mismo. Las fórmulas pueden variar pero se vuelve siempre a lo mismo: los hombres encontrarán a Dios, únicamente si lo encuentran en el sacerdote.

Como cosa accidental se le puede encontrar en un laico. Se le puede encontrar en todos los cristianos; pero el sacerdote, en virtud de la ordenación recibida, tiene como *función* dar a Dios. Uno que no es sacerdote puede llevar a Cristo; pero los laicos movidos por espíritu apostólico sienten necesidad de apoyarse en el sacerdote, de remitir al sacerdote a cuantos llevan a Cristo, de mezclar al sacerdote en sus empresas. Cuando falta el sacerdote, falta algo esencial a la vida cristiana, por muchos que sean los laicos apostólicos.

El sacerdote que se enfrenta con esta realidad, sufre una gran desazón ante el pensamiento de que en vez de irradiar la luz de Cristo, podría oscurecerla; y de ahí llega a concebir una exigencia de santidad que supera a cualquier otra. Es lo que afirma santo Tomás y toda la tradición con él; pero conviene precisar que, desde el punto de vista personal, esa exigencia no nace, de suyo, en el sacerdote de una aspiración espontánea a la santidad, sino de la consideración de lo que implica su función. Si desde un principio aspira al mismo tiempo a la santidad, tanto mejor; pero basta, para llegar a ella, la consideración de su responsabilidad o de su puesto en la Iglesia.

A las mismas conclusiones podemos llegar partiendo del carácter del sacramento del orden. Al igual que el matrimonio, es un sacramento social, que habilita al que lo

recibe para el cumplimiento de una función. En el caso del sacerdote, se trata de una función sacerdotal, cuyos beneficiarios son los fieles. El sacerdocio, por tanto, es una función conferida por un sacramento. Una vez más, no hay en ella nada para el sacerdote.

En el sacramento del orden, no se confieren gracias para el sacerdote: todo es para el pueblo cristiano. Indudablemente recibe también las gracias necesarias para el cumplimiento de su función. De aquí resulta que si el sacerdote no es más santo que los demás, será particularmente culpable. Lo dice el derecho canónico con su habitual sobriedad: "Los clérigos deben llevar una vida interior y exterior más santa que los seglares y sobresalir como modelos de virtud y buenas obras"<sup>4</sup>. No reciben gracias ordenadas a santificarles a ellos, sin santificar a los laicos.

Conviene subrayarlo, porque, en los tiempos modernos, han surgido en este punto desviaciones que han oscurecido la plena conciencia de la vocación sacerdotal. Debido a diversas circunstancias, se ha presentado el estado del sacerdote secular como una variante de la vocación religiosa, y se ha visto cómo algunos se hacían sacerdotes para su propia santificación, sin deseo alguno de ejercer la función sacerdotal, considerando la misa bajo un punto de vista puramente individual, como medio de santificación personal. Me parece que estas ideas comienzan a aparecer gradualmente al final de la edad media. Hoy día se conoce mejor la tradición cristiana y consta que nada de eso aparece en los primeros siglos. Pero todavía existen secuelas de dicha mentalidad en el ánimo de muchos, y, por esta razón, resulta necesario aún hablar de ello.

<sup>4</sup> Canon 124.

## *El sacerdote y el culto*

El sacerdote es el hombre del culto. En la iglesia católica, en especial, es quien distribuye los sacramentos y celebra la eucaristía. Función sagrada por excelencia. Para realizar de esa forma la obra de Dios, debe poseer, en lo posible, algo de la santidad de Dios.

Pero prestemos atención. Nos encontramos con dos elementos: la santidad de la obra y la santidad del ministro. ¿No es primero la santidad de la obra y no redundante sobre el ministro?

Esto puede ser una tentación: hay en el sacrificio de la misa, de manera especial, una santidad tan eminente, que frente a ella son muy poca cosa los esfuerzos del ministro por santificarse.

Todo esto responde a una tendencia humana muy profunda, que es preciso tener en cuenta. En todas las religiones distintas de la cristiana existen sacerdotes cuya función es puramente ritual. Son los representantes de la comunidad para ofrecer los sacrificios y recitar determinadas plegarias; pero no se les exige una vida moral más pura que la de la mayoría. Tal era también el caso de los sacerdotes judíos. El sacerdocio implicaba simplemente una función ritual.

Puesto que esto aparece por doquier, es señal de que se trata sin duda de un rasgo conforme a la naturaleza humana. No hay que extrañarse entonces de que se encuentre en el cristianismo, bajo formas distintas, pero fáciles de reconocer.

En todas las épocas y bajo todos los cielos ha habido sacerdotes muy solícitos en celebrar puntual y dignamente el culto, pero preocupados únicamente por una corrección exterior. Ha habido igualmente, en ciertas épocas, sacerdotes y obispos corrompidos en su vida privada, pero muy

majestuosos en las ceremonias. De seguro que no habrá ninguno de éstos entre los lectores de las presentes páginas; pero es conveniente recordar a todos que esas cosas pueden ocurrir.

Lo que es común a los sacerdotes cumplidores es una inclinación a centrar toda su atención sobre la administración del culto. Como sacerdotes, se preocupan de su iglesia y de las ceremonias religiosas; todo ello está bien; pero piensan que no tienen otra cosa que hacer, y esto está menos bien.

En los tratados sobre el sacerdocio aparece con frecuencia la idea de que la función esencial del sacerdote es celebrar la eucaristía, en cuya función ocupa, por excelencia, el lugar de Dios. Es una función tan sagrada que algunos desean ser sacerdotes por este motivo; hay madres piadosas que ambicionan que su hijo sea sacerdote para verle subir al altar. El día en que le ven celebrar misa, les parece haber ofrecido a Dios el don supremo. La santidad del sacrificio, el honor de celebrar absorben de tal modo la atención que no se ve más que eso.

Se trata de un conjunto de cosas. Es cierto que el sacrificio eucarístico es el acto supremo y fundamental de la vida de la Iglesia, en unión con la pasión del salvador. Son una misma cosa; el sacrificio eucarístico es la renovación mística de la pasión; Cristo descende sobre el altar en la misma actitud de la pasión, ofreciéndose a sí mismo por la salvación de los hombres; y lo hace para que los fieles puedan unirse a su pasión y beneficiarse de ella, conforme a las exigencias de la naturaleza humana, sumergida en el tiempo y en el espacio. Gracias al sacrificio eucarístico, los hombres, en todo tiempo y lugar, encuentran en medio de ellos el sacrificio del calvario.

El sacrificio eucarístico es, pues, el sacrificio de Cristo, de la Iglesia, del sacerdote, de los fieles; pero en diferentes

sentidos. Como sacrificio de Cristo, es el mismo sacrificio del calvario, y desde el punto de vista de Dios y de Cristo, sería superfluo renovarlo. Cristo se inmoló de una vez para siempre; ofreció al Padre un testimonio de amor de valor infinito. Su pasión es un absoluto; nada se le puede añadir.

Si sólo se tratara del Padre y de Cristo, la misa no tendría sentido. Pero Cristo vino a salvar a los hombres. Ofrece su sacrificio a Dios, no solamente para ofrecerle una obra perfecta, sino para salvar a los hombres, para introducirlos en la vida divina, para enrolos en el remolino del amor divino. Y el sacrificio eucarístico es el medio de que disponen los hombres para unirse al sacrificio del calvario.

¿Los hombres? Es decir, la Iglesia. Y la Iglesia son los hombres en los que vive Cristo. El sacrificio de la Iglesia es, por tanto, el sacrificio del cuerpo de los cristianos. No se deben separar Iglesia y cristianos, imaginándose un sacrificio que sería el de la Iglesia sin ser el de los cristianos. Cuando una comunidad de cristianos ofrece el sacrificio, la Iglesia es, en ese lugar y en ese momento, esa comunidad, no aislada de las demás, sino en unión con las otras. La Iglesia no es una entidad en sí, independiente de los cristianos; la Iglesia son los cristianos, todos, desde el papa hasta el último de los bautizados.

Con mayor razón aún, la misa no es el sacrificio del sacerdote. En el lenguaje corriente se dice que el sacerdote dice "su misa"; pero la misa no es su misa; es el sacrificio de Cristo y de la Iglesia; el sacerdote únicamente es el celebrante de quien se sirven Cristo y la Iglesia.

La misa para la comunidad. Es claro el deseo de Cristo de que el sacrificio se renueve donde llegue a formarse una comunidad cristiana, a fin de que los cristianos participen en el sacrificio. Uniéndose al sacrificio, los cristianos lo hacen suyo; el sacrificio viene a ser su oblación al mis-



mo tiempo que es la de Cristo. Nada expresa mejor la unidad que Cristo desea establecer entre El y los hombres.

Pero también está claro que no hay nada exclusivo para el sacerdote. El sacerdote ofrece en nombre de la Iglesia, en nombre de los fieles que representan a la Iglesia en torno suyo; el sacrificio que celebra no es su sacrificio; es el de la comunidad.

Para subrayar el valor del sacrificio de la cruz y del sacrificio de la misa, se dice a veces que ellos bastan para la gloria de Dios entre los hombres; que, para la realización de la obra de Dios entre los hombres, basta que esté Cristo y que esté la misa. Y es verdad en cierto sentido, porque el sacrificio de Cristo rinde a Dios un homenaje perfecto, al cual poco añaden o quitan tanto los homenajes como los pecados de los hombres; y según la teoría de algunos teólogos el género humano ha sido creado para hacer posible la venida de Cristo, no importando ya lo demás.

Pero son teorías que separan lo que Dios no ha separado. De hecho Cristo se ha presentado como salvador, como si el motivo de su venida fuera la salvación de los hombres. Desea asociarse a los hombres; quiere que los hombres se beneficien de su sacrificio y que se asocien a El. Esto es lo que desea; a partir de esto, podemos formar las teorías que queramos: El nos muestra el camino.

Por lo que se refiere al sacerdote, la conclusión es clara: nada para él; todo para el pueblo fiel; el sacerdote es un servidor. La misma exaltación de la grandeza del sacrificio corre el peligro de desviar la atención del conjunto humano de valores de la vida cristiana. Ya hemos hablado de los sacerdotes que creen cumplir con su deber cuidando simplemente del culto. Cierta misticismo de la misa y de la eucaristía ha inducido a pensar que se satisface con lo esencial del cristianismo celebrando el culto en un

lugar donde no haya cristianos, porque se da a Dios la gloria esencial desde el momento en que se celebra el sacrificio o se adora la eucaristía, aunque sólo sea por parte de algunos fieles extraños al país. Es olvidar que Jesús ha venido a salvar a los hombres, no a rendir a Dios un homenaje extraño a la salvación de los hombres. Nunca se debe prescindir de la salvación de los hombres, cuando se trata de las realidades cristianas, y si esto es así no se debe a un razonamiento teológico, sino por estar conforme a la voluntad expresa del salvador.

Ya se ve cuán delicado es todo esto, porque es cierto que la pasión de Cristo sobrepasa todo valor imaginable.

\* \* \*

La cuestión de las relaciones entre el clero y el culto afecta también más profundamente a la idea que se ha creado de la misión del sacerdote, porque desde el comienzo de la Iglesia el papel del sacerdote se ha entendido con frecuencia como esencialmente cultural, y a veces hasta exclusivamente. En la Iglesia primitiva, parece ser que el papel del obispo y, más tarde, de los sacerdotes se limitaba poco más o menos al culto y a la disciplina eclesiástica con él relacionada. No se les prohibía ciertamente ocuparse del apostolado, pero éste les era común con los fieles, y la expansión del cristianismo, en los primeros siglos, fue realización de todos los cristianos. La historia de santa Cecilia es muy significativa a este respecto: convierte a su marido y, después, le lleva al obispo de Roma, quien perfecciona su instrucción y le bautiza. Y eso perdura. Un libro aparecido hace algunos años<sup>5</sup> lo muestra muy claramente. El papel del sacerdote ha sido siempre celebrar el culto.

<sup>5</sup> *Prêtres d'hier et d'aujourd'hui*. Paris 1954.

Durante mucho tiempo la predicación se reservó a los obispos, quienes por otra parte, en la edad media, habían dejado de predicar. Cuando santo Domingo fundó los hermanos predicadores, a finales del siglo XII, era porque ante la herejía de los albigenses no había quien predicara; se limitaban a celebrar el culto; por lo que se refiere a las obras de caridad, antiguamente se debieron todas a la iniciativa de los laicos.

Las órdenes menores, en la Iglesia primitiva, se instituyeron todas según el mismo espíritu, mirando a las funciones culturales. En la primera época, cuando los apóstoles instituyeron los diáconos, las cosas fueron de otra forma. La ocasión de la institución fue el servicio de las mesas, así como la distribución de las limosnas, en la primera comunidad que vivía en común. Los diáconos conservaron durante largo tiempo sus funciones administrativas que les asemejan a los que en nuestros días son directores de obras apostólicas; pero se desvía la atención sobre la función cultural, y las órdenes menores se refieren únicamente al culto.

Esta concepción cultural de la función del clero ha perdurado hasta nuestros días. El “cura”, se piensa, es el hombre que dice misa. Y es verdad que esto distingue al clero. Es el primer efecto de la ordenación. Pero, repetimos, ¿quiere esto decir que la misa y, en cierta manera, el culto que converge hacia la misa pueden separarse del conjunto de la vida?

En algunos países, en otro tiempo católicos, se ha operado una fuerte descristianización en nuestros días, y el clero se halla desconcertado a veces por el hecho de que el pueblo al que se dirige ya no desea la misa, como tampoco los sacramentos. Sacerdotes franceses que trabajan en una campaña descristianizada confiesan su dificultad, porque ellos han sido formados en una “pastoral tradicional en

torno a los sacramentos”, y advierten que, en ese medio rural, lo que para ellos había sido el todo de su sacerdocio... “ya no existe”<sup>6</sup>.

Por lo general, según esta concepción del ministerio sacerdotal, éste apunta siempre a la misa y a los sacramentos. Todos los pasos del sacerdote tienden directa o indirectamente a hacer practicar la religión. Y practicar la religión es ir a misa, recibir los sacramentos, pero no practicar la caridad. No se excluye la práctica de la caridad; ni que decir tiene; se la desea, a veces se exhorta a su práctica; pero el objeto del sacerdote es el culto. Se va a casa de los padres cuyos hijos están en la edad del catecismo, con el fin de que los manden asistir y puedan hacer la primera comunión. Se visita a los enfermos y a los moribundos para inducirles a recibir los sacramentos. Cuando aparece el sacerdote, hay siempre un sacramento de por medio. Se comprende su desconcierto, si el público no desea los sacramentos, no les estima, no siente por ellos interés alguno.

¿No hay que poner sordina, sin embargo, a cuanto acabamos de leer, puesto que en el culto queda incluido el sacramento de la penitencia que se refiere a los pecados? Pero no se refiere a la virtud y, especialmente, a la caridad, y, según las perspectivas sacramentales que acabamos de ver, uno se limita a que los fieles vayan a confesarse, a que cumplan con pascua, por ejemplo; una vez que han recibido el sacramento, le parece a uno haber terminado. No se advierte que sólo entonces comienza a plantearse el problema cristiano.

Sin embargo, Cristo habla muy poco de los sacramentos. No habla siquiera de la mayoría de ellos, y cuesta trabajo encontrar palabras suyas referentes a los mismos. Si hay textos claros sobre la eucaristía, el bautismo y la

<sup>6</sup> M. VINATIER, en *Études sur le sacrement de l'Ordre*, 420.

penitencia, tales textos se hallan al final de los evangelios. Toda la atención de Cristo parece centrarse en el amor. Cuando le preguntan cuál es el primer mandamiento, responde: el amor de Dios y del prójimo; y a sus discípulos les dice: "Conocerán que sois mis discípulos en que os amáis los unos a los otros".

Si, más tarde, se ha identificado la religión con el culto, se debe a una fuerte inclinación de la naturaleza humana. Es natural; pero no es la doctrina de Cristo. Cristo rompe con la naturaleza en una serie de puntos de vista, y éste es uno de ellos.

No se ha advertido la desviación. En nuestros tiempos se nota, sobre todo en los países ya de antiguo católicos, en los que se ha producido un movimiento de desafecto frente a la Iglesia. El problema se ha escudriñado principalmente en Francia, aunque no difiere mucho la situación en otras partes, en Bélgica o en Italia por ejemplo. Una parte, mayor o menor, de la población ya no ve en la religión cristiana más que un folklore tradicional, al que a veces uno se atiene para solemnizar ciertas fechas importantes de la vida, sin que pueda precisarse fácilmente hasta qué punto puede todavía intervenir en todo ello la fe religiosa. La actitud del clero es casi siempre luchar todo lo posible por mantener el culto, presuponiendo que éste mantiene por sí mismo los valores cristianos.

En las regiones que se descristianizan, de ordinario se trata de mantener en ellas sacerdotes, a los que nadie acude, de mantener iglesias abiertas en las que el sacerdote celebra la misa solo o casi solo. Al disminuir el número de sacerdotes, han de hacerse cargo de varios poblados, y se agotan diciendo misas seguidas en unas iglesias vacías. No se celebra la misa para una comunidad de fieles; se la considera como un valor en sí. Se cree haber salvado lo esencial, una vez que la misa se ha celebrado.

Esta es la situación propia de los países ya de antiguo cristianos que se están descristianizando. En los países en que el cristianismo se expansiona, hacen falta iglesias, escasean generalmente los sacerdotes, y los fieles no tienen ocasión de asistir a misa ni de recibir los sacramentos como quisieran. Pero también en ellos existe el mismo problema. El sacerdote es el hombre del culto. Todo esto nos permite comprender cómo a los ojos de muchos, ser sacerdote es decir misa, se hace uno sacerdote para decir misa, y cómo se piensa que todo lo demás es accidental.

### *Concepto pastoral del sacerdocio*

El sacerdote es el hombre de Dios entre los hombres. El "entre los hombres" determina su carácter. Está entre los hombres, porque es para los hombres; su única razón de ser es la entrega de Dios a los hombres. Separar al sacerdote de los hombres es truncar el sacerdocio.

Hemos visto anteriormente que cuando san Gregorio llama a san Benito "el hombre de Dios", el sentido es completamente diferente. San Benito es el hombre de Dios, porque vive en Dios, porque busca a Dios, porque Dios es toda su preocupación. Es un concepto no sacerdotal. Cuando se dice que el sacerdote es el hombre de Dios, hay que añadir "entre los hombres". Ser el hombre de Dios es su función; san Benito es el hombre de Dios porque desea unirse a Dios; el sacerdote es el hombre de Dios, porque su misión es la entrega de Dios a los hombres. La exigencia de perfección personal es simplemente ser lo que es, o ser, por sus disposiciones, lo que es por su función.

¿Cómo cumpliría su función, si su vida está en desacuerdo con ella? ¿Cómo predicaría de la importancia, única, de Dios, si en su vida apenas se preocupa de El?

El hombre habla más por su vida que por sus palabras. Lo que hace tiene más importancia que lo que dice. La exigencia de santidad para el sacerdote es simplemente una exigencia de coherencia. Pero el punto básico es que es el hombre de Dios *para el pueblo*.

Sin embargo, ¿no es antes que nada sacrificador? Sin duda. El sacrificio de Cristo es el punto central y aglutinante de toda la vida de la humanidad; pero Cristo ha muerto precisamente por los hombres. No ha sido simplemente, según hemos visto, para rendir a Dios un homenaje perfecto. Desea asociarse a los hombres. La imagen ideal de la obra de Cristo encuentra su expresión en la misa cantada perfecta, y la misa no será perfecta si los hombres no se unen a ella unánimemente, en las mejores condiciones, estando, por tanto, instruidos, conociendo la doctrina, practicando la virtud, incluso sabiendo cantar, convenientemente alimentados, vestidos, etc. Es decir, el sacrificio de la misa tal como Cristo lo instituyó, que no es sólo sacrificio de Cristo, sino sacrificio de los hombres con Cristo, no puede ser perfecto si los hombres no lo son en todos los aspectos.

Ahora bien, en el pueblo, el sacerdote es el representante de Dios. En él, pues, hay que encontrar a Dios. Al verle, al visitarle, debe sentir uno la misma sensación que si viera a Dios y a Cristo. En Cristo se ve a Dios: el Señor lo dice a los apóstoles. El sacerdote es el hombre de Dios, el hombre de Cristo, entre los demás hombres; esto no es extraño al sacrificio; sino que va más allá de una celebración ritual.

También esto es completamente tradicional en el cristianismo; es la concepción cristiana del sacerdocio. En la ordenación dice el obispo a los sacerdotes: “¡Daos cuenta de lo que hacéis! Sed imitadores de lo que tenéis entre manos... Que vuestra doctrina sea medicina espiritual para

el pueblo de Dios. Que el perfume de vuestra vida sea el placer de la Iglesia de Cristo, para que con la predicación y el ejemplo edificuéis la casa, esto es, la familia de Dios”<sup>7</sup>.

Y monseñor Girolamo Ragazzoni, en el discurso de clausura del concilio de Trento: “Seamos como leyes vivas y elocuentes; seamos una especie de norma o de regla conforme a la cual modelen los demás sus actos y sus esfuerzos”.

Vida interior y vida apostólica, culto y ministerio, no son más que una cosa. “El sacerdote no es un contemplativo que “hace apostolado”... Sino un apóstol que contempla.

“El sacerdote no es un hombre que dice la misa, el oficio, predica, realiza diversas obras”.

El sacerdote es una encarnación viva y continua del Verbo encarnado, es el “apóstol de Cristo”, como Cristo fue el apóstol de Dios”<sup>8</sup>.

“Nunca insistiremos demasiado en ello, no hay que separar espiritualidad y pastoral en la vida del sacerdote...”<sup>9</sup>.

Podríamos, nuevamente, formar un florilegio con textos de todas las épocas. La concepción cultural del sacerdocio cristiano es una desviación. No puede separarse el culto de la vida.

¿No es, sin embargo, oficio del sacerdote hablar de los hombres a Dios? ¿Cuando ofrece el sacrificio, no está éste orientado sobre todo hacia Dios? Es cierto, pero no se puede separar. El sacerdote no ofrece el sacrificio separadamente del pueblo; el sacrificio de la misa es el sacri-

<sup>7</sup> *Ritual de Ordenes*. Ordenación de presbíteros.

<sup>8</sup> CRAMPON, *Pour le clergé diocésain*.

<sup>9</sup> A. CHARUE, *El clero diocesano*. Vitoria 1961.

ficio de Cristo en y para la Iglesia. Es también el sacrificio de la Iglesia, pero la Iglesia es Cristo en los hombres. Cristo ha venido por los hombres; su obra se realiza en los hombres y entre los hombres. Una vez más, no se puede hacer abstracción ni de Cristo, ni de los hombres cuando se trata del cristianismo. No se puede considerar el sacrificio de la misa como ofrecido a Dios sin serlo también para los hombres y por los hombres. El sentido más profundo del cristianismo está en que Dios, por Cristo, penetra tan íntimamente en la humanidad, que todo se diviniza, sin dejar de ser humano.

Volvemos aquí a la cuestión del culto. Fuera del cristianismo, Dios es ante todo el ser trascendente a quien el hombre rinde homenaje mediante actos rituales. El mensaje de Cristo es, ante todo, el anuncio de la paternidad divina. Dios es un padre y nos ama; nos llama a una vida de pureza y de amor. Dios es amor: el espíritu de Dios es un espíritu de amor. En el cristianismo, el hombre de Dios es, sobre todo, el hombre del amor. El amor de Dios entre el pueblo, como es el sacerdote, debe ser en su vida, ante todo, una imagen del amor divino.

Se trata, una vez más, de algo muy distinto de los ritos, o de una función que consistiría en ofrecer a Dios los sacrificios o en pronunciar las fórmulas que expresan el homenaje a Dios de la comunidad. Se trata de una actitud de vida. Es lo que más resalta en Cristo. No se trata de moral en el sentido estricto de la palabra, que consiste en una serie de preceptos, sino de un espíritu que orienta, a la vez, la inteligencia y la conducta. La misión del sacerdote es ser el hombre de Dios en la comunidad humana. Ser el hombre de Dios es caminar por la vida llevando el espíritu de Cristo.

Toda la vida del sacerdote debe descansar sobre esto. Para ser el hombre de Dios entre los hombres, debe buscar

la perfección, buscar la vida de Dios, y esto plantea todos los problemas de la vida espiritual. Pero, mientras estos problemas sean tratados generalmente por religiosos bajo la perspectiva de la vida religiosa, el punto de arranque de la vida espiritual del sacerdote se presenta de alguna manera a la inversa. Su primer problema es ver qué es lo que puede sostener y desarrollar su ministerio sacerdotal.

La concepción pastoral de la vida del sacerdote se ha generalizado mucho en nuestros días —y, de rechazo, la importancia del clero diocesano— como consecuencia de una serie de circunstancias. En primer lugar, se debe a un nuevo prestigio del episcopado, cuyos colaboradores son los sacerdotes. Cuando uno recuerda el número de obispos que, en otras épocas, no residían en sus diócesis, que eran nombrados por influencias de familia y se limitaban a cobrar las rentas, con frecuencia considerables, dejando la administración de la diócesis en manos de un auxiliar más o menos inepto, no se extrañará de que el episcopado de hoy tenga otro prestigio muy distinto. Por otra parte, los obispos se eligen de entre los sacerdotes y han recibido, como los demás, la formación del seminario. La consecuencia ha sido hacer de la diócesis el elemento esencial de la Iglesia, y de los sacerdotes diocesanos los colaboradores del obispo, no sólo en teoría, sino de manera efectiva.

Centrada sobre lo diocesano, la Iglesia se centra al mismo tiempo sobre la parroquia que es la subdivisión de la diócesis. Ya está lejos el tiempo en que los católicos piadosos no visitaban más que a los religiosos y sus iglesias, siendo el clero secular un clero de segunda categoría, acudiendo a la parroquia únicamente los cristianos rutinarios, y desarrollándose toda la vida católica operante bajo el signo de la exención de la diócesis. En aquella época, parecía que, para ser sacerdote de valer, era nece-

sario, aparte de ser una excepción, permanecer extraño a la organización diocesana. Con la mejora del clero secular, debida principalmente a la acción de los seminarios, la fisonomía del clero ha quedado profundamente transformada, lo mismo que su importancia y sus funciones. Actualmente todos los escritos sobre la vida sacerdotal hablan del sacerdote como si su función principal fuese ser párroco, y como si la parroquia fuera el centro de las actividades de la Iglesia. En el proceso de canonización de san Yves, párroco de cierta parroquia hacia el año 1300, se hace un gran elogio de su celo, porque visitaba su parroquia todos los meses. Se le había confiado ésta, no por razón de los parroquianos, sino simplemente para suministrarle unas rentas que le permitiesen cumplir otras funciones gratuitamente. Y san Vicente de Paúl, algunos siglos más tarde, realizaba un acto que causaba admiración, instalándose en su parroquia y cuidándose de su administración. Todo esto sirve para darse cuenta del camino recorrido.

Hoy día, cuando se habla del sacerdote, se le considera ante todo como pastor. En otros tiempos, la mayor parte de los sacerdotes no tenían nada de pastores, y los que desempeñaban este papel eran unos famélicos, que administraban "a renta mezquina" las parroquias de opulentos párrocos que vivían fuera de ellas.

El párroco y, eventualmente, el coadjutor que es su colaborador, aparece, pues, hoy como la base de la Iglesia. Y si cierto número de sacerdotes seculares permanecen fuera del clero parroquial, son, no obstante, por idéntico título los colaboradores del obispo, que les confía la responsabilidad de una parte de su pueblo. A cada uno se le confía una porción del pueblo diocesano: directores de obras, profesores, capellanes de hospitales, de centros de enseñanza, capellanes castrenses, capellanes de prisiones. Existe una diversidad grande; pero todos son colaborado-

res del obispo. Sus funciones son funciones del obispo que éste no puede cumplir personalmente y para las cuales debe valerse de sus colaboradores. Toda función sacerdotal supone la entrega de una porción del pueblo cristiano.

Antes, esto podía quedar encubierto; pero hoy la situación es clara: la diócesis está confiada al obispo; los sacerdotes son sus colaboradores, formando con él un cuerpo al servicio del pueblo cristiano. Porque la Iglesia es el pueblo cristiano. El clero forma parte de él, todo el clero, desde el papa hasta los sacerdotes, cualquiera que sea su condición; pero dentro del pueblo las funciones son diferentes: la del clero es asegurar la vida cristiana de la comunidad. Según una expresión tradicional, el clero es "forma gregis".

La Iglesia se derrumbaría si el clero no la sostuviera; y uno sabe que si la Iglesia sufrió tantas crisis en los pasados siglos, ante todo se debe a la deficiencia del clero, obispos y sacerdotes. Ya hemos dicho que la mayoría de las órdenes religiosas activas se crearon para hacer frente a las deficiencias del clero llamado "secular", y durante mucho tiempo la mayor parte de los obispos se reclutó en los conventos. Además, en la actualidad, todo el clero diocesano, obispos y sacerdotes, forma un todo, puesto que los obispos se eligen de entre los mismos sacerdotes. Así se comprende que, con mucha frecuencia, los que estudian la cuestión subrayen que el clero diocesano es el que verdaderamente lleva la carga de la Iglesia. "Lo propio de él es cargar con todo, dice monseñor Guerry. Su especialidad es también ser sólo sacerdotes, ser únicamente los hombres de la Iglesia, mientras los demás sacerdotes son al mismo tiempo los hombres de un grupo particular".

Se comprende, pues, que el problema de la espiritua-

lidad del clero secular sea un problema de nuestros días, así como la nueva denominación de "clero diocesano". Antes no se pensaba en una vida espiritual o en un estado de perfección colectivo para el clero secular, a pesar de las declaraciones constantes sobre la santidad del sacerdocio. Algunos sacerdotes diocesanos, preocupados por su perfección, se inspiraban en la espiritualidad religiosa. El sacerdote no era un pastor como tal. Uno era sacerdote por muchos motivos, por ejemplo, para tener una prebenda con que asegurarse el sustento. El ideal de la perfección no aparecía en modo alguno ligado al estado sacerdotal, y si algunos santos sacerdotes trataban de aclimatar ese ideal, su empresa se limitaba a ambientes reducidos. Es un signo realmente de nuestro tiempo la reflexión general sobre la santidad del sacerdote en cuanto tal.

### *El sacerdote y la misa*

El concepto pastoral del sacerdocio muestra el lugar que el culto debe ocupar en la vida del sacerdote y de la Iglesia.

Sabemos que el sacrificio de la misa es el acto esencial de la vida de la Iglesia. Decir que es un acto de culto es decir demasiado poco. Es la asociación de la Iglesia al sacrificio de Cristo, la asociación de los fieles, de cada uno en particular y colectivamente, para que la vida de Cristo se difunda entre los hombres. La misa es, pues, el acto fundamental de la comunidad cristiana; el sacerdote celebra, pero la misa no es suya; es sacrificio de la Iglesia, sacrificio de la comunidad cristiana; el sacerdote es simplemente su ministro, su celebrante. Todo esto lo sabemos, y por esto, la misa adquiere toda su significación cuando reúne en torno al altar al sacerdote celebrante y a una

comunidad de fieles que junto con él ofrecen el sacrificio, cada cual cumpliendo su función, respondiendo, escuchando, comulgando. La misa es sacrificio comunitario; supone una comunidad participante.

Se debe sobre todo al movimiento litúrgico el haber puesto de relieve, en el siglo xx, ese carácter comunitario de la misa. Había quedado casi completamente en el olvido; pero aparecía claramente en la Iglesia primitiva: el cristiano iba a misa para unirse a ella. Era inconcebible que uno fuera a la misa como a un espectáculo que se mira de lejos, en el cual permanece uno extraño, o desea permanecer extraño, simple reunión de oración, en la que cada uno reza por su parte, como le conviene, sin relación con el sacrificio eucarístico, cuya existencia llegan a desconocer muchos, incluso entre los fieles piadosos.

Este comportamiento muestra un olvido profundo de las realidades cristianas. Por otra parte, siempre, hasta en las peores épocas, aparecen prescripciones disciplinares que recuerdan la doctrina cristiana auténtica. Cuando nadie comprendía el sentido comunitario de la misa, parecía subsistir en la Iglesia, y especialmente en Roma, un sentido cristiano, debido quizás a la acción del Espíritu Santo, que llevaba a tomar posiciones opuestas a la corriente del siglo. Pero la liturgia de la misa está dando actualmente un giro, puesto que el concilio Vaticano II ha introducido en 1963 una reforma litúrgica que tiende a dar a la misa su plena significación.

La constitución *Sacrosanctum concilium* subraya, en primer lugar, el carácter comunitario del sacrificio, y por ello, concede una gran importancia a la lengua vulgar. Toda la parte preliminar —liturgia de la palabra— se desarrolla en lengua vulgar y los mismos asistentes hacen las lecturas. El sacerdote preside, entona, dirige, habla en nombre de la asamblea en ciertos momentos solemnes.

Pero todos celebran conjuntamente. Después, el sacerdote realiza solo los ritos del ofertorio y del canon y distribuye la comunión; pero en diversas ocasiones responden nuevamente los fieles. Incluso en el momento de recibir la comunión, responden al sacerdote que les presenta la sagrada forma: la misa es una acción común.

Cuando se celebra bien la misa conforme a los nuevos ritos, resulta imposible asistir a ella pasivamente, permaneciendo extraño al sacrificio, y se le hace imposible al sacerdote farfullar de manera ininteligible y hacer gestos informes: la misa adquiere todo su significado.

Además, el concilio concede un lugar importante en el culto a la concelebración, casi en desuso hasta ahora en la iglesia romana. En los tiempos modernos, la misa parecía un acto esencialmente privado, acto del sacerdote, acto principal del sacerdote, pero exclusivamente de éste, mientras los fieles se limitaban a *asistir* a la misa del sacerdote.

El concilio estima que la concelebración “manifiesta apropiadamente la unidad del sacerdocio”; su práctica se restringía a ciertas circunstancias solemnes y se prevee su extensión a todos los casos en que se hallan reunidos varios sacerdotes, “cuando la utilidad de los fieles no exija que todos los sacerdotes presentes celebren por separado”. Autoriza, sin embargo, las misas privadas a quienes las deseen, pero especificando que nunca podrán varios sacerdotes celebrar misas privadas en la misma iglesia simultáneamente a la concelebración.

El rito de la concelebración insertado poco después en el misal precisa cómo lo entiende la Iglesia. El elemento principal es, sin duda, señalar que los sacerdotes concelebrantes son *todos celebrantes por el mismo título* y ejercen plenamente su sacerdocio. Hay uno entre ellos, es cierto, denominado “celebrante principal”, pero diversas

prescripciones recuerdan que todos los celebrantes ejercen su sacerdocio por *el mismo título*. El ritual se cuida de que no se considere la participación en la concelebración como una celebración reducida, precisando que “por ningún motivo se admita a alguien a la concelebración una vez comenzada la misa”, y, también, que los concelebrantes “deben revestirse de todos los ornamentos litúrgicos como si celebraran solos”, añadiendo igualmente que “cada concelebrante puede tener una intención particular por la cual puede percibir unos honorarios”. Todo esto viene a decir que si la concelebración expresa apropiadamente la unidad del sacerdocio, también implica que todos los concelebrantes celebran plenamente.

El mismo significado tienen los diversos ritos en particular. Algunas oraciones del canon son dichas por un concelebrante, pero todos pronuncian de la misma forma las palabras de la consagración y comulgan por sí mismos. El celebrante principal dirige la ceremonia, pero sin reservarse una función distinta de los demás. Un rito particularmente expresivo tiene lugar en la comunión del sagrado cuerpo, puesto que el celebrante principal espera a que cada cual reciba su parte para *servirse él en último lugar*.

Sin duda que la misa continuará siendo, de ordinario, misa de un solo sacerdote, porque es raro que se reúnan varios sacerdotes sin tener que celebrar cada cual por una comunidad de fieles. El concilio prevee expresamente la concelebración para “toda clase” de reuniones de sacerdotes.

La misa adquiere, pues, toda su significación cuando es íntegramente comunitaria. De ordinario el sacerdote la celebra rodeado de una comunidad de fieles que participan del sacrificio, y ese carácter se acentúa si la misma ceremonia reúne a un grupo de sacerdotes concelebrantes y una comunidad de fieles participantes.



En la práctica actual de la Iglesia, la misa que más se aproxima a este ideal es, fuera de casos excepcionales, la misa parroquial, celebrada por el párroco rodeado de una comunidad parroquial, y es de desear que tanto el párroco como los fieles comprendan bien lo que hacen. Esta misa, por otra parte, supone una serie de condiciones con frecuencia irrealizables. En particular, apenas es posible en una parroquia de ciudad, en la que el domingo hay que celebrar seis o siete misas, dichas a veces por sacerdotes extraños a la parroquia, ante un público en gran parte indiferente. En un pueblo donde está solo el párroco para decir la misa, y conoce a su auditorio, siempre el mismo, se encuentra uno ordinariamente más cerca de la misa comunitaria.

El punto de vista que aquí se mantiene difiere bastante del sostenido generalmente por los teólogos. Partiendo del hecho de que la misa se celebra en malas condiciones, los teólogos fijaban su atención en el minimum requerido para la validez; y todas las misas de las cuales acabamos de hablar son válidas. Más vale celebrarlas así que no celebrarlas de ninguna forma. Pero aquí la cuestión es diferente: se pregunta qué hay que hacer para que la misa realice lo que debe, lo más plenamente posible. No se trata de un minimum, sino de un maximum. No se trata de lo que se puede *tolerar*, sino de lo que se debe *desear*.

Asimismo la misa comunitaria por excelencia debería ser la del obispo, la misa diocesana que el obispo celebraría por su pueblo, y rodeado de su clero y de su pueblo. Así era en la antigüedad, porque las diócesis eran pequeñas y se limitaban a una comunidad. Un recuerdo de ello son las estaciones de Roma. Pero en nuestros días las diócesis son demasiado grandes. Los obispos celebran quizás a intención de su diócesis, pero en privado. La misa que mejor

continúa la misa diocesana es la misa parroquial, con tal que se la comprenda bien.

Esta concepción se aleja profundamente de la concepción individualista durante largo tiempo en apogeo, después del renacimiento, y de la que todavía quedan numerosas huellas. La misa se había convertido para el sacerdote, y lo es aún para algunos, en un acto de devoción personal, en *su* misa, y muchos buenos sacerdotes preferían decir *su* misa en un altar solitario para no ser molestados en su devoción, no viendo tampoco los fieles en la asistencia a la misa más que un acto de devoción personal, ignorando incluso se tratara de un sacrificio, y no viendo, entre otras cosas, relación alguna entre la misa y la comunión. El sacerdote, por lo demás, tampoco lo veía y prefería distribuir la comunión antes o después de la misa, con el fin de no ser molestado durante la misma. Los fieles estaban plenamente de acuerdo, porque, por su parte, podían dar gracias a su gusto, sin ser molestados por la misa.

Pero cualquiera que sea la devoción con que se celebra la misa según esta mentalidad, se la celebra mal, porque no se la dice como sacrificio comunitario. No se aprovecha uno plenamente de la comunión, si no se la considera como participación de la misa. El sacerdote celebra bien la misa, en la medida en que toma conciencia de lo que ella es, y en la medida en que ese conocimiento no es puramente abstracto, sino del que se halla impregnado hasta el punto de transparentarlo en sus actitudes. Celebrar solo —lo que llamamos misa privada— le causará malestar. Se dará cuenta de que falta algo a su misa, y aspirará a hacer de ella lo que debe ser.

Es cierto que los teólogos han establecido que la misa, aun la privada, sigue siendo válida, porque es el sacrificio de Cristo y de la Iglesia, que el sacerdote ofrece como ministro de la Iglesia, en nombre y a intención de la Igle-

sia. Puede también ofrecerlo por una intención particular: pero durante mucho tiempo la Iglesia se opuso de manera radical a que el sacerdote celebrase sin estar asistido al menos por un ayudante que representara al pueblo cristiano. Todo esto, sin embargo, no impide que falte algo a la misa celebrada en solitario, que Cristo no haya instituido la misa para celebrarla en particular, y que no se vea incluso lo que la Iglesia pueda ganar aumentando el número de misas.

En los siglos modernos, los teólogos han fijado mucho su atención sobre el número de misas. Cada vez que se celebra la misa, hay una ofrenda del sacrificio de Cristo por parte de la Iglesia, del sacerdote y de los fieles que a ella se asocian, y uno se preocupa de multiplicar el número de misas, a veces de una manera que parece exclusiva, sin preocuparse tan vivamente de que la misa esté bien celebrada.

De esta época data la práctica de ordenar sacerdotes a los religiosos contemplativos que se abstienen por vocación de todo ministerio sacerdotal. Se les ordena únicamente para decir la misa, y se responde a las posibles objeciones diciendo que la celebración de la misa es el acto esencial de la función sacerdotal.

Siguiendo esta misma línea, ciertos espíritus lógicos han sugerido a veces la ordenación sacerdotal de todos los cristianos honorables, con lo cual se aumentaría masivamente el número de misas. Pero la Iglesia no ha ratificado tales puntos de vista y ha seguido vinculando la ordenación sacerdotal a un conjunto de condiciones preparatorias para la acción sacerdotal. Todo esto demuestra que es necesario poseer una doctrina sistemática y coherente respecto a la función de la misa en la vida de la Iglesia.

Es evidente que Cristo instituyó la eucaristía, no para introducir un cambio en sus relaciones para con el Padre,

sino únicamente para poner el beneficio de su pasión al alcance de los cristianos. Es de desear, por tanto, que se celebre la misa en cualquier lugar donde se forme una comunidad cristiana. No es, sin embargo, una cuestión de nombre. Debe haber misa donde haya comunidad; pero basta una misa, y si a veces es preciso multiplicarlas, debe ser porque la comunidad lo requiere, no por simple devoción de los sacerdotes. Cuando los apóstoles comenzaron a celebrar la eucaristía, no pensaron en celebrarla cada uno por su parte.

Repetimos que aquí la cuestión no es la del minimum necesario para la validez de la misa, sino de la manera más perfecta de celebrarla. El carácter comunitario se manifiesta plenamente, cuando el sacerdote celebra rodeado de una comunidad consciente de lo que hace y deseosa de unirse a él. No obstante, como rara vez las circunstancias se prestan a la realización de ese ideal, hay que evitar puntos de vista demasiado materiales sobre este particular. La unión del pueblo y del sacerdote puede ser moral.

La cuestión del número de misas ayuda a darse cuenta de la relación exacta entre la misa y la pasión de Cristo. La misa es una nueva *ofrenda* de la pasión por la Iglesia y en la Iglesia —o también una renovación de la ofrenda. No una renovación de la pasión: es la ofrenda de la pasión en este momento del tiempo y por estos hombres que son la Iglesia en este lugar.

La misa, por tanto, debe ser celebrada en todos los lugares en que haya cristianos —es decir, donde la Iglesia existe. Cuando la Iglesia llega a alguna parte, el primer signo de su presencia es la misa.

Esta hace una misma cosa con la pasión de Cristo; es el alma de la comunidad cristiana. Es de desear, pues, que abunden las misas, y no es preciso examinar en cada caso la relación entre tal misa y tal comunidad. Además,

no hay que considerar la misa como algo "en sí", sino como algo "en la Iglesia". Forma parte de las condiciones de salvación de la Iglesia, y entre ellas es un elemento esencial.

Pero en la Iglesia el sacerdote, siendo como es su ministro, debe ser capaz de cumplir la función sacerdotal en su conjunto, y ésta rebasa la celebración de la misa. No se ordena sacerdotes a todos los cristianos piadosos, sino solamente a aquellos que satisfacen a las exigencias de la función sacerdotal. Y la Iglesia no deja de ampliar éstas, disminuyendo, por lo mismo, el número de sacerdotes. Cuando se habla de la escasez de sacerdotes en determinados países, no se dice nunca: "Se necesitarían más sacerdotes para disponer de más misas".

Que la misa sea un acto *en* la Iglesia queda de manifiesto por diversas circunstancias, en especial por la prohibición de celebrar sin tener al menos un asistente que represente la comunidad cristiana, o por la prohibición de decir más de una misa diaria por devoción personal, cuando fácilmente se permite decir dos o más, siempre que lo exija la atención de los fieles.

La misa, por tanto, es *para* el pueblo cristiano y *forma parte* de la función sacerdotal. Es incluso una parte esencial de ésta, pero no se hace uno sacerdote *para decir* misa. El sacerdote dice misa y ésta ocupa un lugar importante en su vida, como ayuda personal, como servicio a la Iglesia y como asociación a Cristo; pero en todo esto no existe una pura y simple identificación entre misa y sacerdocio. En los tiempos modernos se han dado casos de sacerdotes que se habían hecho tales *para* decir misa, pero a pesar de su recta intención, iban en contra de la tradición de la Iglesia.

Por otra parte, en el siglo xx se ha insistido mucho sobre el papel de la misa en la vida personal del sacerdote,

y en un principio el movimiento estaba impregnado de individualismo. Al insistir sobre la idea de que los sacerdotes deben centrarse en su misa y en decirla piadosamente, sólo se destacaba su utilidad personal. Como consecuencia del desarrollo del espíritu litúrgico, se fijó la atención en el carácter comunitario del sacrificio y algunos de los mejores sacerdotes comenzaron a reaccionar contra la misa privada: esto se manifestaba claramente en reuniones comunitarias en las que preferían unirse a la misa de comunidad a celebrar por separado.

Surgieron protestas y Pío XII reaccionó en diversas ocasiones subrayando lo que el sacerdote aporta a la Iglesia celebrando el sacrificio. Por fin, el rito de la concelebración puso la cuestión en su punto.

La misa es, pues, el sacrificio de la Iglesia, sacrificio comunitario, y el orden normal de la misa pide sea celebrada por la comunidad, siendo el sacerdote el ministro del sacrificio y el presidente de la asamblea. Cuando un sacerdote no puede celebrar con una comunidad concreta, debe celebrar en unión con la Iglesia, cuyo recuerdo es constante.

Digo que *debe* celebrar en unión con la Iglesia, porque esta unión no es sólo una formalidad; las fórmulas han de expresar una realidad.

En diversos momentos, durante la misa, el sacerdote pide por los asistentes: *pro omnibus assistantibus*. Pero, ¿y si no hay asistentes? Es algo que falta a la misa privada. Y el sacerdote que comprende lo que hace y desea hacer lo que la Iglesia pide, echa de menos eso que falta.

\* \* \*

En la iglesia primitiva la misa se conformaba plenamente a la institución de Cristo. Se celebraba una misa

para la comunidad, y, generalmente, era el obispo quien la celebraba. Si había sacerdotes, la celebraban junto con él, e igualmente el pueblo. No se hacía problema de lo que hoy llamamos *concelebración*, que implica que los sacerdotes concelebrantes pronuncien todos las palabras de la concelebración, marcando así su carácter sacerdotal.

Normalmente el obispo era el celebrante. Todos se unían a él, cada cual en su lugar; pero no veían que el sacrificio cambiara nada por el hecho de pronunciar varios las palabras de la consagración: ésta seguía siendo única. Cuando varios sacerdotes consagran, Cristo no se hace varias veces presente, y si esto se da, como en el caso de varios sacrificios celebrados por separado, tal multiplicidad no añade nada a su sacrificio. Todavía en el siglo XIII santo Tomás, con sentido de la teología, decía con acierto: “Poco importa que consagre uno o que consagren varios, con tal que se guarde el rito de la Iglesia”<sup>10</sup>.

La concelebración no plantea, por tanto, problema doctrinal alguno. Que sea uno o sean cien los sacerdotes que pronuncian las palabras de la consagración no tiene importancia alguna. Prestar importancia a esto es dar ocasión a las críticas de Calvino que se indignaba de que los católicos creyeran que el sacrificio de Cristo ganaba algo con la renovación, como si no hubiera sido concedida toda gracia únicamente por el sacrificio del calvario.

Lo que justifica la práctica actual de la concelebración no es, pues, que el sacrificio de Cristo, cuando consagran varios sacerdotes, llegue a ser algo más de lo que por sí mismo es, sino que nuestro tiempo ha precisado la importancia de la misa *en la vida del sacerdote* —importancia de la *celebración* de la misa por el sacerdote y, como dice

el concilio, la concelebración pone de manifiesto apropiadamente la unidad del sacerdocio.

Para comprenderlo perfectamente, hay que añadir que en la primitiva Iglesia no se celebraba todos los días. Parecía estrambótico que los sacerdotes fuesen a celebrar misa cada uno por su parte, y que incluso el obispo celebrase cuando no había nadie para asistir. La misa era misa de la comunidad, y se celebraba cuando la comunidad lo exigía.

Durante la edad media se desarrolla progresivamente el individualismo en la celebración de la misa, y muchas veces de forma inadvertida. Primeramente, se descentralizan los lugares de culto y comienzan a celebrarse misas privadas. Se pretende hacer más accesible la misa a los fieles, lo cual es laudable; pero se hace menos comunitaria, y los fieles son más pasivos. Más tarde, los fieles dejan de comulgar habitualmente y ya no participan plenamente del sacrificio. Se desarrolla el culto del Santísimo Sacramento, el culto de adoración. El Santísimo Sacramento, a partir de entonces, es algo que se guarda, no un alimento. La misa tiene por objeto *realizar* la eucaristía, y la eucaristía es la presencia real. La finalidad de la eucaristía, por tanto, es la *presencia* de Cristo entre nosotros, no la *renovación de su sacrificio* entre nosotros para beneficiarnos mediante nuestra unión con él, y la comunión tampoco dice ya relación al sacrificio de la cruz; tiene por objeto unirnos a la presencia real. Por otra parte, raras veces se comulga, y en algunas épocas absolutamente nada.

Los teólogos se esfuerzan siempre por mantener la doctrina auténtica, pero apenas se les presta atención, y cuando la Iglesia toma medidas para que la misa conserve su carácter, por lo general ya no se comprende nada de ella, y se cree que lo único que hace es aferrarse a viejas costumbres.

<sup>10</sup> ST 3, q. 82, a. 2, ad 2.

La lucha de la Iglesia por defender el pensamiento cristiano sobre la eucaristía constituye una bella página de historia doctrinal; la postura de la Iglesia era delicada; debía, por una parte, animar el culto del Santísimo Sacramento y, por otra, reaccionar contra los abusos. Mantiene, pues, el carácter de la misa, que defiende contra las incompresiones, y trata siempre de vincular la misa con el culto eucarístico. Este tiende de suyo a destacar más el tabernáculo que la mesa del altar; la Iglesia trata de frenar. Se tiende a hacer de la exposición del Santísimo el acto principal del culto; la Iglesia lo subordina a una autorización que parcamente concede. Se busca celebrar misas con exposición del Santísimo, lo cual constituye un absurdo para quien comprende lo que es la misa; la Iglesia trata de impedirlo. Por el contrario, ella fomenta el culto del Santísimo Sacramento en sí mismo, porque la presencia real, fruto del sacrificio, es el centro normal de la devoción cristiana, una vez terminado el sacrificio.

Por razones metodológicas, los teólogos por su parte contribuyeron, sin advertirlo, a eclipsar el sacrificio. Al colocar la eucaristía entre los sacramentos, centraron la doctrina eucarística sobre la presencia real, porque en esta presencia real consiste el sacramento. Después, hicieron un añadido: la eucaristía como comunión, siendo ésta la consumación del sacramento. Finalmente, como apéndice de este añadido, trataron de la eucaristía como sacrificio, favoreciendo así la idea de que el sacrificio tiene simplemente la finalidad de producir la presencia real. De esta forma todo contribuye a relegar el sacrificio al último lugar.

Es un movimiento general. Los fieles desconocen ya el sacrificio. Los sacerdotes no piensan más que lograr que los fieles comulguen, y todos se ponen de acuerdo para hacer de la adoración del Santísimo Sacramento el culto

eucarístico esencial. Al mismo tiempo, la concepción individualista de la misa va cundiendo entre los sacerdotes, y son tantos los elementos que la favorecen que termina por ser un nudo en la vida sacerdotal. La misa rezada conduce a la multiplicación de las misas y a que los sacerdotes digan misa todos los días. En adelante el buen sacerdote dice misa a diario y la dice piadosamente. La misa es *su* misa. La dice como medio de santificación personal y expresión de su piedad, pero no para una comunidad. Hasta tal punto se pierde el espíritu comunitario, que en las abadías, después de haber celebrado los sacerdotes sus misas privadas y de haber comulgado en ellas los ayudantes, la comunidad se reúne para cantar la llamada misa "conventual", en la cual únicamente el celebrante comulga.

Por otra parte, durante mucho tiempo la mayoría de los sacerdotes no decía misa diariamente; algunos no la decían nunca; lo mismo hay que decir de los obispos. Obraban así por tibieza, y se llevaba a cabo una gran propaganda para que la dijeran todos los días y piadosamente. Hasta el siglo xx, decir misa aparece como el acto por excelencia de la piedad sacerdotal.

Pero se había desvanecido la idea fundamental, tan clara en la Iglesia primitiva, de que la misa es el acto supremo, no de la devoción del sacerdote sino del culto cristiano, no de la vida de la Iglesia, el sacrificio de la comunidad cristiana, y de que si el sacerdote es el ministro, no es, sin embargo, más que el ministro. En toda misa debe haber un sacerdote celebrante. Sólo el sacerdote está capacitado para celebrar; pero lo necesario es que la misa se celebre. Desde el momento en que está asegurada su celebración, si hay varios sacerdotes asistentes y se cumplen, por otra parte, las normas prescritas, pueden concelebrar.

Es algo muy distinto a la misa particular, tan generalizada en los tiempos modernos. Según esta mentalidad, el sacerdote dice *su misa*, y la misa no incluye preocupación alguna comunitaria.

Esta tendencia se halla todavía acentuada, por el hecho de que los sacerdotes mediocres se dispensan con demasiada facilidad de la misa, sin preocuparse lo más mínimo de unirse al sacrificio celebrado por otro, y, además, porque hay otros sacerdotes piadosos, pero escrupulosos, que tampoco se atreven a decir misa. Y se insiste de continuo en que todos digan misa y la digan piadosamente.

Sin embargo, como ya hemos hecho constar, la Iglesia se obstina en prohibir que el sacerdote celebre sin tener al menos un ministro, representante simbólico de la comunidad cristiana. Parecía un puro empeñarse en conservar antiguallas, y uno se felicitó, por diversas razones, cuando recientemente, con motivo de las guerras, la Iglesia permitió a sacerdotes prisioneros decir misa solos en su celda. Se vio en ello un abandono de una tradición ya incomprensible. Ahora bien, tal medida puede justificarse en un sentido tradicional. Para un buen sacerdote, unirse al sacrificio es el acto principal de su vida. Pero esos sacerdotes prisioneros no pueden unirse al sacrificio más que celebrándolo ellos mismos.

Citemos, para terminar, este bello texto de monseñor Garrone, arzobispo de Toulouse:

“Todo cuanto tendiera a hacer del sacerdocio de los sacerdotes una ampliación del sacerdocio de Cristo, de su sacrificio una ampliación del suyo, sería un sacrilegio y una herejía absurda. Ni los sacerdotes, ni sus sacrificios añaden cosa alguna al gran sacerdote o al sacrificio de la cruz”.

“La multiplicidad de sacerdotes no tiene otra razón de ser que hacer presente, a través de los siglos y del espacio,

el único sacerdocio y el único sacrificio... Así “es ofrecida la oblación pura” de la cruz en todo lugar y siempre: ninguna misa le añade nada. Todas se limitan a poner su beneficio al alcance de las almas...”<sup>11</sup>.

\* \* \*

Quizás algunos lectores se extrañen de que esta cuestión de la misa se trate aquí con tanta amplitud; pero es esencial. En cierto sentido es cierto que el sacerdote es “el hombre de la misa”, porque el sacrificio eucarístico es el alma de la vida de la Iglesia, y porque en la vida cristiana todo converge hacia la misa y todo parte de ella. Pero hay que entenderlo bien, y han aparecido tantas desviaciones en el curso de los siglos, que es preciso un trabajo de investigación para volver a encontrar la significación auténtica.

Tenemos que hablar aún de las intenciones de misa, que desempeñaron y desempeñan un papel práctico considerable.

Están relacionadas con la misa rezada y con la misa privada. Aparecen el día en que el sacerdote puede decir su misa solo, simplemente con un ayudante. Los cristianos piden al sacerdote celebrar misa a su intención, y por ello le dan una limosna. La práctica se extiende. Al principio, muchos sacerdotes que únicamente celebraban cuando tenían un motivo particular, se limitan a decir misa conforme se les pedía y por la intención que se les encargaba. Pero esta práctica se generaliza; los cristianos piadosos encargan misas en gran cantidad; cien o mil misas por un difunto. Se crean fundaciones; una misa anual, semanal o diaria,

<sup>11</sup> *Prêtre unique et prêtres diocésains: Prêtres diocésains* 102 (1962) 206.

en tal iglesia, en tal altar. Las intenciones de misa se hacen incontables.

Para decir todas las misas, son necesarios sacerdotes. Se ordenan, pues, sacerdotes en masa, y así aparece una plebe eclesiástica, de la que hablan todas las obras de la edad media y del renacimiento, sacerdotes que se han hecho tales por asegurarse el sustento diciendo misas. En todas partes existen “beneficios”, cuya única carga consiste en decir misa. El sacerdote es realmente un celebra-misas.

De nuevo nos encontramos con una concepción puramente individualista, pero esta vez en el fiel que encarga la misa. Ninguna intención comunitaria, ninguna asociación al sacrificio de Cristo para que impregne nuestra vida, simple utilización de los méritos de la pasión en provecho de una intención particular.

Muchos abusos de antaño han desaparecido hoy, pero sigue siendo habitual que el sacerdote diga la misa a intención de un particular, y en el lenguaje corriente “intención de misa” significa ante todo la limosna entregada para celebrar la misa. Esta práctica ha entrado de tal manera en el terreno de las costumbres que las “intenciones” han venido a ser uno de los ingresos normales del clero, y al sacerdote le falta algo, cuando no dispone de intenciones.

Esto acentúa también el carácter individual de la misa, porque, por una parte, la costumbre de celebrar por devoción personal, y, por otra, al servicio de un particular, elimina profundamente el carácter de sacrificio comunitario. Es verdad que los teólogos tratan de mantener los principios, haciendo constar que la misa, en el peor de los casos, comporta siempre la intención general de la Iglesia, por la cual pide el sacerdote en diversos momentos. Pero repetimos una vez más que la cuestión que nos preocupa

no es justificar en lo posible abusos evidentes, sino buscar el medio de valorizar plenamente el sacrificio.

Hemos visto que en el ritual de la concelebración está previsto que los sacerdotes concelebrantes pueden aceptar una intención de misa. Ello indica la intención de la Iglesia no de suprimirlas, sino de integrarlas en el conjunto de la celebración eucarística.

Bajo el influjo del movimiento litúrgico, algunos sacerdotes buscan la manera, si no de eliminar las intenciones particulares, al menos de relegarlas al puesto secundario que deberían ocupar. Nos encontramos en el punto inicial de una evolución.

Y volvemos a encontrar de nuevo, en el derecho canónico, unos esfuerzos por mantener la tradición de la Iglesia. Así, los obispos y los párrocos están obligados, en determinados días, los domingos y días festivos, a reservar su intención a la comunidad que les está confiada. En la edad media, y hasta una época bastante reciente, no celebraban misa diariamente, y esto era un medio de obligarles a decir misa, al menos esos días. Hoy se acostumbra a decir misa todos los días, y en los demás días no señalados pueden aceptar una intención diferente —lo que a veces se llama una intención libre. Pero sería un error deducir de aquí que en los días en que su intención es libre no tienen obligación de pedir por la comunidad.

\* \* \*

Ya se ve, pues, que el problema presenta varios aspectos, y que el origen de las intenciones de misa se halla en una piedad que manifiesta gran respeto al sacrificio. Para muchos cristianos mandar celebrar misas es una de las manifestaciones importante de su fe. Pero, como muchas veces ocurre, se introdujeron desviaciones debido a cierta vulga-

rización, y el movimiento litúrgico actual intenta restaurar el pleno respeto al sacrificio, no sólo en la doctrina teológica, sino en las disposiciones de los fieles.

Esto depende, ante todo, de los sacerdotes. ¿Cómo podrían tener los fieles sentido exacto de la misa, si los sacerdotes no se lo dan, y cómo podrán darlo los sacerdotes, si no lo tienen?

En el plano del renacimiento litúrgico actual, uno advierte que existe un falseamiento en el hecho de que se estime normal hacer encargos de misas a las que no se piensa siquiera asistir, en las que, por tanto, se está muy lejos de comulgar, en las que no existe asociación de ninguna clase. Se entrega una limosna —lo menos posible (en los obispados se hace necesario fijar el arancel mínimo de las intenciones de misa)— y ya no se vuelve a pensar en ello; ¡de esta forma cree uno producir gracias en abundancia!

No es difícil advertir las desviaciones que se dan —como ocurre con frecuencia, desviaciones de una cosa excelente—. En las misas comunitarias, que con tanta frecuencia se celebran ahora, exponen en alta voz sus intenciones, y, entre otras, hacen memoria de sus difuntos por los cuales desean que rece toda la asamblea. Esto contribuye a dar a la misa su verdadero sentido y manifiesta mucho mejor el sentimiento cristiano que la intención de misa expresada por una suma de dinero. También hemos de llegar hasta Dios de manera muy distinta.

\* \* \*

El detalle que acabamos de recordar indica que la idea de sacrificio comunitario no es una utopía. Los fieles responden cada vez mejor en la misa. Se elimina, igualmente, la comunión fuera de la misa. Se va difundiendo la idea

de que la comunión es la participación en el sacrificio y que es normal que todos los que participan en la misa comulguen en ella. El alma del movimiento es el sacerdote.

Sin embargo, los sacerdotes que dan a la misa su debida importancia en su propia vida, son todavía relativamente pocos. El esfuerzo que se realiza hoy día para que los sacerdotes den el primer puesto a la misa en su vida personal, para que la celebren piadosamente y la consideren como el elemento principal de su santificación, ha producido sus frutos, pero todavía hay sacerdotes que celebran sin espíritu de piedad. Se ha llegado, no obstante, a la convicción general de que se *debe* decir la misa piadosamente y al hecho de que la mayoría de los sacerdotes tome interés en celebrar diariamente. Si se compara con los siglos pasados, el progreso realizado es considerable. Sin embargo se divisa una nueva etapa en una toma de conciencia más general del verdadero carácter del sacrificio eucarístico.

Los párrocos, según hemos dicho, están obligados a decir la misa, en determinados días, por las intenciones de su parroquia. Podrían comprometerse no sólo a decir la misa *por* su parroquia, sino *con* su parroquia, explicando a sus feligreses cómo la misa es el sacrificio de todos, invitándoles a celebrar con ellos —juntos—, a hacer de la misa su sacrificio común. Esto no implica que cada uno de los miembros de la asamblea pronuncie todas las palabras de la misa, sino que cada cual participe según su condición. Y la participación esencial es evidentemente la comunión.

Asimismo cabe imaginarse a un obispo diciendo la misa, cada domingo en una parroquia de su diócesis, e invitando a los parroquianos a unirse a él, haciendo así de su misa la misa diocesana. Sería el retorno a las estaciones romanas. O bien, yendo todas las mañanas a celebrar la misa de comunidad del seminario, invitando a los seminaristas a



ofrecer con él el sacrificio por la diócesis, haciendo también de esta misa la misa diocesana —e informando de ello a sus diocesanos—, para que sepan que se ofrece el sacrificio por ellos a esa hora y puedan unirse a él.

Ya hemos hablado de los sacerdotes profesores o capellanes, y de su vinculación con la diócesis. En general consideran su misa sin relación alguna con su función. Es *su* misa, un acto privado. Tienen su misa por un lado, su profesión por otro. No piensan siquiera en explicar a las personas que les están confiadas cómo su misa es la misa de la comunidad que todos forman, ni en buscar el medio de que se les asocien.

Podríamos entrar en otros detalles; pero esto nos bastará para demostrar que esta orientación no es una utopía. Por lo demás, las experiencias se realizan en diversas partes. Y dondequiera que se llevan a cabo, la vida cristiana se transforma.

### *Los sacramentos*

El concepto comunitario y pastoral de la misa facilita la unión de los sacramentos con la misa. A nadie se le ha ocurrido nunca decir que el sacerdote confiere el bautismo, distribuye la comunión o da la absolución para sí mismo, por devoción personal; es evidente que al distribuir los sacramentos él es el ministro de Dios *para los cristianos*, o que los sacramentos son para los cristianos, no para el sacerdote. Pero, teniendo una concepción individualista del sacerdocio, ha habido sacerdotes piadosos que han aspirado al sacerdocio para decir misa por sí mismos, considerándola como un instrumento de santificación personal, y rehuyendo la distribución de los sacramentos. Al no pensar

más que en sí mismos y en su perfección, no tenían el menor deseo de ser los ministros de Dios para sus hermanos.

Hemos criticado anteriormente la concepción cultural del sacerdocio, que hace del sacerdote un celebrador de misas y un distribuidor —algunos dicen traficante— de sacramentos. Esto no impide que la misa y los sacramentos ocupen un lugar central en la vida del sacerdote, como en la de la comunidad cristiana. Pero en conexión con la caridad.

¿Es preciso repetir que todo es amor en la vida cristiana? La misión de Cristo es anunciarnos el amor del Padre e invitarnos a sumergirnos en el amor divino. Todo es amor; amor que Dios nos dispensa y que nosotros le tributamos a El. Y, al mismo tiempo, amor del prójimo, es decir, de todos los hombres, sin separación posible. Como decía Jacques Marchant en el siglo XVII: “Si amamos a Jesús sinceramente, debemos amarle en las almas; porque no desea solamente ser amado en sí mismo, sino también en ellas”. Cito este texto por tenerlo ante la vista, pero todos los siglos cristianos, comenzando por el evangelio, están imbuidos de este pensamiento, que es verdaderamente el alfa y la omega del cristianismo.

Pero entonces los sacramentos no pueden tener más finalidad que desarrollar la caridad. La caridad, el crecimiento de la caridad, es la única finalidad concebible del cristianismo. La *finalidad* de la vida cristiana no puede ser celebrar misa, asistir a misa, recibir los sacramentos.

La intención de Cristo es clara: llama a sus discípulos a una vida de caridad, y para sostenerlos dispone a lo largo de toda la vida de una serie de apoyos espirituales, misa y sacramentos, cuya razón de ser es ayudarlos a vivir en El. Misa y sacramentos se han instituido para los cristianos que desean vivir en Cristo.

A esto se opone una práctica extendida en la iglesia moderna. Uno de mis amigos, nombrado coadjutor en 1919 de una gran parroquia de Bruselas, me resumió así, al cabo de un año, sus primeras experiencias pastorales. “Mientras la gente vive, no se preocupa uno de ella. Pero cuando se encuentra a punto de morir, no se regatea ningún esfuerzo por administrarle los sacramentos. Clero y cristianos fervorosos de la propia familia pasarán noches en vela, si es preciso. Una religión para morir, no para vivir”.

Sin duda exageraba un poco. Se daban también algunas otras diligencias: bautismo, primera comunión, matrimonio religioso, confesión y comunión pascuales; todo vinculado a unos sacramentos. Y se intentaba que recibiera estos sacramentos el mayor número posible, no que viviera en consecuencia. No obstante, existía también un apostolado para con una élite que rendía más. Pero ante todo los sacramentos. Los sacramentos constituían el objetivo. Después, lo demás, si era posible.

Hoy día, en que se vuelve a una concepción del cristianismo que se intenta sea la misma de Cristo, se comienza a ver en los sacramentos lo que Cristo ha querido que sean, un medio. Es preciso, pues, dispensar los sacramentos a cuantos desean vivir cristianamente. Según esta perspectiva, se debería conferir el bautismo a aquellos niños que sus padres desean educar cristianamente, no a aquellos que sólo ven en el bautismo una ceremonia tradicional, que realiza un nuevo nacimiento, o un folklore. Asimismo sólo debería admitirse a la primera comunión a aquellos de quienes cabe esperar que lo habrán de hacer más veces, y se la debería retrasar eventualmente hasta que se manifieste el deseo de vivir cristianamente.

Lo mismo puede decirse de los demás sacramentos. El sacramento del matrimonio se ha instituido para aquellos que desean fundar un hogar cristiano; la unción de

los enfermos, para ayudar al cristiano en los últimos momentos, es decir, al que manifestó su fe durante la vida. Es verdad que pueden producirse conversiones, incluso en el lecho de muerte. Pero en quien ha vivido fuera de la Iglesia, se precisa una conversión, y no existe señal de conversión en quien ha vivido fuera de la Iglesia y recibe la extremaunción en estado de coma.

Lo mismo ocurre en cuanto a los funerales religiosos. Los cánticos y las oraciones presentan al difunto como un servidor de Dios: “Recibe, Señor, en paz a tu servidor”. También se pide perdón por sus pecados; pero todo el oficio está concebido con vistas a cristianos que han vivido cristianamente. Los cristianos tradicionales no prestan atención a ello, pero ¿sentirá algún respeto por esta religión un no católico, si sabe que el difunto ha pasado toda su vida adulta apartado de la Iglesia, manifestando a veces su menosprecio hacia ella y sin haber dado señal alguna de retorno hasta el último instante?

Todo esto son manifestaciones de decadencia en la Iglesia de Cristo y explica su descrédito en muchos ambientes. A medida que se aviva el sentido de los valores sobrenaturales en la Iglesia actual, se hace sentir una reacción. Es de desear que termine por constituir un pueblo cristiano que viva según Cristo y que sostenga su vida por medio de la misa y los sacramentos; pero *sostenga su vida*: viendo, ante todo, en la adhesión a Cristo *una vida*, y en el culto, el sostén de la vida.

Estamos en una época de transformación, y esta transformación debe realizarse lentamente, como la mayor parte de las cosas que se hacen en la Iglesia, porque las situaciones son muy diversas y se encuentra uno ante situaciones adquiridas, defendidas con frecuencia por gentes de buena fe, más o menos formadas. La concepción de que aquí hablamos debe transformar profundamente la comu-

nidad cristiana, pero existen en esta muchos ambientes tradicionales, aferrados a ideas que siempre han conocido y a las costumbres de su vida; estos medios reaccionan, a veces con violencia, contra todo lo que turba sus costumbres.

En un coloquio habido entre sacerdotes, y al cual ya hemos hecho referencia, un párroco alsaciano dice lo siguiente: "Constato en el medio cristiano en que me encuentro, que cuando uno trata de vivir auténticamente su sacerdocio, anunciar una palabra verdaderamente auténtica y hacer vivir una celebración y una vida sacramental auténticas... existe un sector en la parroquia, que comienza a pensar adónde podría conducirles todo eso, que toma una posición hostil y se opone por todos los medios: obstrucción, calumnia, sabotaje, etc.". Se trata no obstante, añade, "de gentes que se consideran excelentes cristianos"<sup>12</sup>.

Sin embargo, ya se han transformado muchas cosas. Cuando se compara la Iglesia actual con la de hace cien años, se siente uno plenamente optimista. Pero en toda esta evolución, el papel del clero es fundamental y todavía hemos de hacer mucho para adquirir plena conciencia de lo que supone ser ministro de Cristo. Si Cristo vino a traer el amor de Dios a la tierra, el sacerdote debe ser el hombre del amor. Ante todo, debe ser alguien que ama a los hombres como Cristo les ama. Los hombres han de ver en él a Cristo, porque de lo contrario no lo verán. Podrán verle ocasionalmente en un laico; pero no pasa de ser ocasional; en el sacerdote le verán institucionalmente, es decir, la Iglesia hace presente a Cristo, sobre todo, mediante el cuerpo de sus sacerdotes.

Realizando los gestos de Dios, el sacerdote fácilmente puede darse cuenta de que para él el problema que rebasa todos los demás es saber si reúne las condiciones deseadas para que Dios pueda servirse de él según su voluntad.

Sin duda que ha sido necesario precisar que el sacrificio y los sacramentos siguen siendo válidos aunque el sacerdote sea infiel. Ha habido que hacerlo porque existen desgraciadamente malos sacerdotes, y es preciso evitar a los fieles turbaciones de conciencia. No obstante, el primer problema está en que la fidelidad del ministro se acople a la acción divina. Puesto que Dios quiere servirse de hombres para realizar su obra, importa, ante todo, que los hombres elegidos por Dios aporten a su servicio todas sus capacidades humanas, y se conformen, por consiguiente, en lo posible, al espíritu del salvador.

<sup>12</sup> M. OSTER, en *Etudes sur le sacrement de l'Ordre*, 433.

## LA ESPIRITUALIDAD SACERDOTAL

**H**AY POCO amor en esa parroquia: difundirlo”, se le dijo al cura Vianney, al destinarle a Ars. No se le dijo: “Hay pocos practicantes”, sino “hay poco amor”. Y el cura de Ars es célebre por el número de horas que pasaba en el confesonario. Si fue un “distribuidor de sacramentos”, lo supo hacer bien. Esto plantea de plano el problema de la espiritualidad sacerdotal.

“Hay poco amor: difundirlo”. No basta amar; hay que difundir el amor. En otras palabras, digamos que el sacerdote no solamente ha de llegar a ser perfecto, sino que debe conducir a los demás a serlo.

Y el cardenal Suhard, dirigiéndose a sus diocesanos para hacerles comprender lo que han de esperar de sus sacerdotes, dice “el sacerdocio ha sido inventado por el amor; es incluso el amor el último hallazgo del Señor.

Con él, todo se ilumina en el sacerdote. Unos, en la

ciudad, han elegido la gloria, el dinero, el placer. Otros consagran su vida a la ciencia, al gobierno, a la conquista. El sacerdote, en cambio, lo ha dejado todo, ha renunciado a todo, lo ha dado todo. Renuncia a todo bien, se renuncia a sí mismo. Pero hay algo que reivindica y ante lo cual nada le hará ceder, un bien que reclama para sí con decidida voluntad: en la ciudad humana él ha elegido el amor. El lo ha querido para sí prefiriéndolo a todo lo demás. El lo desea para sus hermanos que han venido a ser su único bien"<sup>1</sup>.

Es todo un programa. El cardenal Suhard, dirigiéndose a sus diocesanos les dice qué es el sacerdote y qué deben ver en él. Pero nosotros que somos sacerdotes sabemos perfectamente que lo realizamos mal, y el problema que se plantea en este libro es cómo aprender a realizarlo. "El sacerdote ha elegido el amor". Sí, pero somos egoístas. Radicalmente somos como todos los hombres. Lo que nos hace sacerdotes es el deseo. Quisiéramos amar, pero debemos aprender a hacerlo. Amar no es sólo partir con un gran impulso, es continuar cada día dándonos sin cesar, pensando en el amado, olvidándose de sí mismo. El sacerdote desea esto, y para esto se hace sacerdote... "Sus hermanos han venido a ser su único bien". Sí, sus hermanos. Su único bien. Nada para él.

### *Un hombre comido*

El sacerdote es un hombre comido, decía el P. Chévrier. "El sacerdote es para los demás; se ha entregado a las almas, y este don debe iluminar y dominar toda su vida", dice M. Guerry. "Todo para todos, por deber de

estado, a disposición de todas las almas, cualesquiera que sean sus tendencias: al servicio del pueblo cristiano".

Siempre que se habla de él, entra de por medio la función. Se puede acudir a santo Tomás, testigo autorizado de la tradición. Santo Tomás habla del obispo, pero es aplicable al sacerdote, puesto que el sacerdote no tiene otra razón de ser que la de colaborador del obispo: "su estado consiste en obligarse, por amor a Dios, en consagrarse a la salvación del prójimo"<sup>2</sup>. Por esta razón, añade, no puede descuidar el bien espiritual de los fieles ni para buscar el reposo de la contemplación divina ni para ninguna otra cosa. Recuerda a san Pablo que escribía a los filipenses (1,22): "teniendo el deseo de ser desatado y estar con Cristo... mas el quedarse en la carne es más necesario en atención a vosotros", no para evitar dificultades o para lograr ventajas, añade todavía santo Tomás, sino porque, como dice san Juan (10, 11), "el buen pastor da su vida por sus ovejas".

Todo. Dar todo, incluso la alegría de la unión con Dios. Nada para sí. Únicamente para los demás.

Es una renuncia asombrosa. "Un hombre comido": bella fórmula cuando se la entiende así. Pero la realidad está por debajo. No resulta agradable ser comido. Absolutamente nada agradable.

Un teólogo dice esto mismo de manera abstracta que no habla a la imaginación y no despierta por ello ni repugnancia ni entusiasmo. "La perfección sacerdotal, en lo que tiene de propio, se caracteriza por la primacía de la caridad"<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> E. SUHARD, *El sacerdote en la sociedad*, en *Dios, Iglesia y Sacerdocio* (Patmos 18) Madrid 1956, 294 s.

<sup>2</sup> ST 2-2, q. 185, a. 4.

<sup>3</sup> G. LEMAITRE, *El gran don del sacerdocio*. Bilbao 1953, 233 s.

Hay que añadir —cosa que dicen todos— para sus hermanos, para los demás.

Porque la caridad consiste en primer lugar en amar a Dios. El orden lógico es amar a Dios primeramente, y después dirigirse a los hermanos. Pero este orden lógico no es el del sacerdocio, porque el fundamento del sacerdocio no es un desarrollo personal, buscado para sí, aunque, a fin de cuentas, esta búsqueda de desarrollo personal conduzca a olvidarse en el amor; *el punto de partida del sacerdocio es la función que Dios confía a un hombre, función que consiste en santificar a sus hermanos.*

El sacerdote está investido de esta función. El joven ordenado sacerdote queda colocado en medio del pueblo para ser el hombre de Dios entre los demás hombres. ¿Cómo lo será, si no es reflejando en su vida la imagen de Dios?

En su vida. No simplemente en sus sermones. Si explica el catecismo, enseña la verdad divina; pero si no está lleno del espíritu de Dios, si no habla como Dios, sus alumnos perderán la fe, como la han perdido millones de un siglo a esta parte; o bien su fe será una fe muerta, como lo ha sido para tantos millones también —aunque se crean cristianos y se preocupen de no cometer pecado.

Ni tampoco simplemente en los ritos. No obstante, a través de los sacramentos que confiere, de la misa que celebra, de las bendiciones que da, es Dios quien actúa. Pero esta acción divina no tendrá su plena eficacia si la vida del sacerdote no refleja a Dios.

Y esta es su razón de ser. Para que Dios actúe sin obstáculos. Sobre sus hermanos.

Esta es la primera diferencia fundamental con la perfección religiosa. La vida religiosa ha sido concebida para la santificación de los religiosos. El religioso abandona el

mundo para vivir en Dios. Al sacerdote se le envía al mundo para llevarlo a Dios. Es todo lo contrario. Los antiguos, e incluso san Gregorio Magno, estimaban que no se podía ser a la vez sacerdote y religioso —entonces se decía monje. Más tarde, el nacimiento de las órdenes religiosas sacerdotales, se debió a que el clero era deficiente, y se pensó que el medio de tener buenos sacerdotes era hacerlos religiosos. Hemos visto también que cuando se comenzó la reforma del clero secular por la creación de los seminarios, se buscó en la espiritualidad religiosa todo cuanto podía ayudar a la formación de los sacerdotes. Pero hoy día se da uno cuenta de que por ese camino se llega a situaciones muy equívocas.

En un pasaje célebre dice la *Imitación de Cristo*: “siempre que he estado entre los hombres, me he vuelto menos hombre”. Este texto no es del evangelio. Jesús envía, por el contrario, a sus discípulos entre los hombres. El autor de la *Imitación* dice también: “dichosa soledad, única felicidad”. Lo menos que se puede decir es que este pensamiento no rezuma celo apostólico y que la preocupación por la salvación de las almas no roza al autor.

Todo esto tiene repercusión en la práctica. He conocido una casa de hermanas al servicio de los pobres que se ocupaba con admirable dedicación a los enfermos del barrio. Por la tarde, a la hora de completas, entraban en silencio mayor hasta el día siguiente por la mañana. Este silencio mayor es tradicional en los conventos, y se comprende fácilmente su razón de ser. Es tanto más importante cuanto que las religiosas tienen una actividad más absorbente durante el día, a fin de permitirles guardar su vida en Dios. Cuando durante la noche se las llamaba para un caso urgente, enviaban a una enfermera seglar, y la gente del barrio comentaba: “cuando se trata de un golpe fuerte se acude a los laicos; las hermanas están para las tareas fáciles”.

les". Era totalmente injusto; las hermanas no obraban así porque les faltase dedicación, pero el público no comprendía la preocupación por defender su vida interior.

Este caso me hace pensar en excelentes párrocos a quienes se puede molestar noche y día y que acuden tan pronto se les llama. El párroco que refunfuña porque se le molesta durante la noche, es un mal párroco. El buen párroco está siempre dispuesto a servir: "un hombre comido". ¿Su sueño? Bueno, que se arregle para dormir cuando no se tenga necesidad de él. ¿Su breviario, su meditación? Que se arregle también para rezarlo o hacerla cuando el cuidado de las almas no le requiera a él personalmente. Las almas ante todo. Los demás. Un hombre comido.

"La espiritualidad del sacerdote secular consiste en una total y definitiva renuncia por amor a Cristo y a las almas", dice el cardenal Richaud. Se trata de una renuncia sin límites.

El religioso también practica la renuncia. La renuncia propia del religioso es la que le aísla del mundo a fin de vivir en Dios. La renuncia propia del sacerdote es perderse en el servicio de las almas. No existe siquiera derecho a defender las exigencias de su vida espiritual. En principio, al menos, porque veremos que para ser todo para todos, debe, no obstante, defenderla en cierta medida. En teoría no debería hacerlo. Pero se llega a sacerdote siendo joven; no posee uno todavía la madurez espiritual, y, para entregarse, es preciso aprender a hacerlo. De aquí provienen todas las complicaciones. ¡La vida sería sencilla si se fuera perfecto!

*Sed santos*

*porque vuestra función es santa*

Pastoral: todo el mundo lo dice también. Santidad pastoral, santidad que se adquiere en el ministerio pastoral y se expresa por él. "Nunca insistiremos demasiado en ello, no hay que separar espiritualidad y pastoral en la vida del sacerdote"<sup>4</sup>.

El párroco de que hablaba hace un instante es santo en la medida en que acepte las molestias a cada momento, si las almas necesitan de él. El buen sacerdote no tiene defensa; ya no dispone de vida privada; está totalmente entregado a los que le están confiados. El religioso debe defender su recogimiento, y sus superiores deben defenderlo por su propio bien si él no es capaz de hacerlo.

Por esta razón el sacerdote debe encontrar en su mismo ministerio, en la función que Dios le confía, los instrumentos de su propia santidad. "No es añadiendo observancias inspiradas en la vida religiosa, sino en el ejercicio mismo de su ministerio donde el sacerdote diocesano debe encontrar sus propios medios de perfección..."<sup>5</sup>. A. G. Martimort llega incluso a decir: "del mismo modo los medios de perfección del religioso no podrían bastar al sacerdote, porque esos medios miran únicamente a la perfección individual".

Habla luego de la "dura ascesis del apostolado", del "deber de aprovechar la oportunidad de la gracia, incluso cuando supone una molestia para la hora de comer y de dormir". A decir verdad, el sacerdote no puede comer ni dormir más que cuando los parroquianos no necesitan de él.

<sup>4</sup> A. M. CHARUE, o. c., 170.

<sup>5</sup> A. G. MARTIMORT, en *Pour le clergé diocésain*, 55-56.

Y esto no es algo teórico. Conozco párrocos que al fijar una hora vespertina para la misa lo único que les preocupa es si la hora es oportuna para sus parroquianos, y cambian la hora, consiguientemente, de su propia comida.

Asimismo, conozco párrocos y coadjutores hostigados por llamadas telefónicas durante sus comidas, o por visitas. Diríase que las horas en las que el resto de los hombres suspenden su actividad son horas en las que los sacerdotes no pueden estar tranquilos. Y así es como quizás deben ser las cosas; porque en el momento en que ellos suspenden sus actividades habituales, es cuando los demás hombres encuentran tiempo para ocuparse de su alma. Y el sacerdote debe estar a su disposición en ese momento.

Se ve la diferencia entre la espiritualidad del sacerdote y la del religioso. La vida religiosa se establece para santificar a los religiosos y por esto les impone sacrificios, a veces muy duros; pero mira al bien de los religiosos directamente —el bien de las almas indirectamente—, en cuanto la santidad de los religiosos es un estímulo para los demás. Pero las órdenes religiosas sacerdotales se entregan a lo que no constituye, de suyo, el fin de la vida religiosa, santificar a los demás, y entonces los religiosos dejándose también arrastrar por su celo sacerdotal se ponen a disposición de las almas, y peligra la vida religiosa. —¿Cómo llevar una vida común, una oración común, comidas en común, una atmósfera de recogimiento, el silencio, cuando los religiosos están siempre repartidos? El convento se convierte en una pensión a la que no se vuelve más que para dormir y comer, cada uno según las exigencias de sus propias ocupaciones, es decir, según las necesidades de las almas de quienes se ocupa—. O bien se impone al celo sacerdotal un límite inspirado en las exigencias de la vida común y del recogimiento de la vida religiosa.

Es una dificultad que conocen todas las órdenes religiosas activas. Las soluciones son diversas, y no hemos de examinarlas aquí, puesto que el presente volumen está consagrado al clero diocesano. Si se señala el problema, es simplemente para mostrar que la cuestión de la espiritualidad sacerdotal es diferente de la cuestión de la espiritualidad religiosa.

Cuando A. G. Martimort dice que los medios de perfección religiosa no pueden bastar al sacerdote, emplea por lo demás, según mi opinión, una expresión equívoca; la leída anteriormente, cuando dice que el sacerdote no ha de *añadir* a su propia vida observancias inspiradas en la vida religiosa, me parece preferible. El sacerdote no ha de comenzar por vivir como un religioso y, más tarde, añadir algo más; debe tener una vida en sí, inspirada en las exigencias propias de su estado.

El canónigo Thils emplea, a este respecto, una expresión muy feliz, que muestra lo mucho que hay que hacer en este campo. “El sacerdote diocesano, dice, no aprecia bastante el valor “objetivo” de las tareas apostólicas que le están confiadas. Debería ver mejor —se le debería mostrar detalladamente— todo lo que hay de *mortificante* en una caridad pastoral que progresa con la lógica de sus exigencias, todo cuanto hay también de unificador en esa misma virtud de amor que se *expansiona* según las leyes de su naturaleza teológica”<sup>6</sup>. Este pasaje confirma lo que tiene de peculiar la espiritualidad sacerdotal, inspirada en las funciones sacerdotales. Al mismo tiempo confirma que hasta ahora no se ha intentado deslindar lo que presenta de exclusivo: es lo que quisiéramos hacer aquí. La preocupación actual de las exigencias de la espiritualidad sacer-

<sup>6</sup> *Pour le clergé diocésain*, 101.



dotal proviene del hecho de que anteriormente uno se limitó a aplicarle una espiritualidad elaborada por otros.

Hasta una fecha reciente en todos los seminarios se leía la *Imitación de Cristo*. Era una lectura oficial. Ahora bien, sabemos que se trata de un libro escrito por un contemplativo para contemplativos. Quizá hoy día la obra continúe siendo algo oficial en cierto número de seminarios. No lo he indagado. Pero, ¿cómo se quiere que el sacerdote alimentado en esta espiritualidad sea todo para todos?

### *Conseguir su santidad en la santidad de su función*

Cuando uno se introduce por este camino, lo que parece extraño es que en todo tiempo se haya presentado el ejercicio del ministerio pastoral como un obstáculo para la perfección. En este punto particular que tratamos, habrá lectores que probablemente se pregunten: “pero, ¿ha ocurrido esto alguna vez?”. Sin embargo, han sido muchos los sacerdotes piadosos, deseosos de la santidad, que se han hecho sacerdotes para santificarse y deseosos también de evitar el ministerio sacerdotal, haciendo esto con vistas a la propia santificación.

¿Es posible que el único medio de santificarse sea retirarse a la soledad para orar o entregarse a mortificaciones que no tienen en cuenta para nada al prójimo, y que ser el instrumento de Dios por los sacramentos, por la enseñanza de la palabra de Dios, por todas las obras de Dios, no tenga importancia alguna? Se decía, es verdad, que en el ejercicio de sus funciones el sacerdote manifestaba su santidad; pero dichas funciones parecían no poder ayudarle a santificarse. ¿Es posible? Y asimismo ¿sería posible

que el ayuno o el cilicio fuesen medios de santificación, y que las innumerables renunciaciones a la propia voluntad que entraña el ministerio sacerdotal no tengan valor alguno para la santificación del sacerdote?

Y comencemos diciendo que la observación de los hechos muestra que en realidad todo esto ha ejercido una gran influencia. Siempre ha habido santos sacerdotes ejerciendo las funciones sagradas —y cuando se habla de funciones sagradas, no hay que pensar solamente en las funciones sagradas con un sentido de Dios, que se iba agudizando cada vez más a medida que más las ejercían—. Los antiguos decían: “ese sentido de Dios procedía de su vida interior”. Pero es una petición de principio. Estando convencidos de que la función no *podía* unir a Dios, se concluía *a priori* la imposibilidad de que la vida sobrenatural de esos sacerdotes se alimentara en esa fuente. No hay que separar los elementos de la vida sobrenatural. Si el cristianismo es auténtico, es imposible que el ser instrumento de Dios en toda su vida no constituya un elemento de santificación.

Pero hay que pensar en ello. Es preciso que los valores que dimanen de la función sacerdotal queden integrados en la vida.

\* \* \*

Es, pues, un hecho que el ministerio sacerdotal debe ser el eje de la espiritualidad sacerdotal. Todo el mundo lo dice, pero hasta nuestros días no se ha tenido en cuenta. No se deja de enseñar a los sacerdotes que su vida espiritual depende de su fidelidad a un conjunto de prácticas cuya importancia les ha sido inculcada en el seminario y que están inspiradas en la tradición de la vida religiosa. Se les explica que todo el valor de su vida espiritual de-

pende de la regularidad con que hagan su meditación, su examen de conciencia, su lectura espiritual. Apenas se habla de encontrar a Dios en las almas, de encontrar a Dios dándole a los demás.

Ahora bien, esto es lo que caracteriza o debe caracterizar la santidad sacerdotal. El sacerdote debe encontrar a Dios dándole. Lo da, porque lo tiene dentro de sí y en la medida que lo tiene en sí mismo; pero si lo da, porque lo tiene dentro de sí, al mismo tiempo intensifica la vida de Dios en sí mismo al darlo a los demás. Es una espiral; lo contrario de un círculo vicioso. La espiral es un círculo ascendente. Es exactamente la imagen de lo que debe ser la vida del sacerdote en Dios, por y en el ministerio. El sacerdote, según acabamos de decir, da a Dios porque lo tiene dentro de sí. Pero en teología, para tranquilizar a los cristianos molestos por asistir a la misa o recibir los sacramentos de un mal sacerdote, se ha profundizado mucho en cómo la misa y los sacramentos confieren la gracia a los fieles aun en el caso de que el sacerdote sea pecador. Es otro punto de vista. Aquí tratamos de cómo el dar a Dios es un medio de santificación para el propio sacerdote.

Si queremos comprender esto, hay que entrar en detalles concretos, porque si se han repetido mucho las ideas generales, según hemos visto, las consecuencias prácticas apenas se hacen sentir y se debe a que no se llama la atención de los sacerdotes sobre el papel del ministerio sacerdotal en su santificación. Se les dice: "sed santos, porque vuestro ministerio es santo", e inmediatamente, cuando se trata de saber cómo santificarse, se acude a fórmulas extrañas al ministerio sacerdotal y, por otra parte, originariamente concebidas para cristianos que no llegaban a ser sacerdotes.

Esto comienza en los seminarios. Se inculca también enérgicamente la necesidad de defender la vida espiritual

a fin de ser buenos sacerdotes. Y es cosa clara que el buen sacerdote da a Dios. Pero fijándose en la formación espiritual, da la impresión de que el medio de dar a Dios consiste únicamente en ser fiel a los ejercicios espirituales tradicionales —tradición, no nos cansaremos de repetirlo, que no mira específicamente a la vida sacerdotal—, meditación, examen de conciencia, lectura espiritual, adoración del Santísimo Sacramento.

Se exhorta a la regularidad en la vida espiritual; se pone en guardia contra los peligros de un celo excesivo. No sé si hay seminarios en los que se ponga en guardia contra los peligros de la pereza. No los he conocido jamás. Sin embargo, siempre ha habido muchos sacerdotes perezosos. Dice un proverbio que "la pereza es madre de todos los vicios" y, en todo caso, fomenta grandemente el egoísmo.

Cuando se sale del seminario, el ritmo mismo de la vida sacerdotal imposibilita a un gran número de sacerdotes, si no a la mayoría, el permanecer fieles al programa. Coadjutores que deben estar en la Iglesia a primera hora de la mañana, oír confesiones, distribuir la comunión, explicar el catecismo, decir la misa: imposible absorberse en el recogimiento. Pero se les ha dicho que si no hacían su meditación antes de la misa, su vida espiritual se iría a pique. Deberían para esto levantarse muy pronto. Pero por la noche deben acostarse tarde porque los trabajos apostólicos solamente son posibles después de las horas de trabajo. No puede uno acostarse tarde y levantarse pronto. Algunos lo intentan y se quebranta la salud. Después, el médico les dice que hay que dormir más... Pero como se les ha dicho en el seminario que si no hacen su meditación antes de la misa todo está perdido, ellos están convencidos de ello. Se les ha dicho y repetido. Todo, pues, está perdido y ellos se dejan llevar. Unos se convierten en

activistas, sumergidos en las obras del ministerio pastoral, con una visión naturalista. Otros se quedan en unos administradores religiosos, que ejercen sus funciones —asuntos parroquiales, visita de enfermos, práctica de la enseñanza— concienzudamente, como todo buen funcionario, según el punto de vista humano y, aparte de esto, preocupados de sí mismos. Si se les habla de la vida en Dios responden: “Sí, sí, todo eso es muy bonito. Es lo que se enseña en el seminario. Pero la vida...”.

Cuando yo estaba en el seminario se me repitió muchas veces esto y yo entreveía un misterio. Los curas viejos decían: “cuando conozcáis la vida...”, y me preguntaba qué podría ser esa vida misteriosa sobre la cual, por lo demás, no hacían precisión alguna. Hoy la conozco. En el momento de escribir estas líneas tengo mis setenta y tres años, de más edad que la mayor parte de aquellos sacerdotes “viejos” de mi juventud. Sé lo que la vida reserva, y sé que la realidad no cambia, que Dios tampoco cambia y que su llamamiento continúa siendo el mismo. Lo que cambia es el mejor conocimiento de la propia debilidad y el convencimiento de que muchas cosas que parecen fáciles de lejos son difíciles cuando se encuentra uno frente a ellas. Pero muchos rehúsan reconocer su debilidad y acusan a la vida —sin precisar, porque no se podría—. Acusan a la vida para no tener que acusarse a sí mismos y, replegados sobre sí, no buscan en Dios lo que sólo El puede dar.

Algunos, sin embargo, permanecen fieles a los ejercicios espirituales, pero el resultado es bastante decepcionante, porque no son siempre los mejores. Son probablemente los más piadosos, pero se comprueba, tratándoles, que la piedad no se identifica con la virtud. La piedad es una virtud, pero no es más que una. Ahora bien, los mejores sacerdotes son aquellos que dan a Dios lo más intensa-

mente posible, puesto que la misión del sacerdote consiste únicamente en dar a Dios.

De nuevo debemos insistir sobre esto, porque cuando se habla de buenos sacerdotes, se basa uno con frecuencia en la regularidad de las prácticas espirituales, y se cae, otra vez, en un círculo vicioso. Si *a priori* se piensa que el buen sacerdote es aquel que permanece fiel a las prácticas espirituales tradicionales, no se tendrá en cuenta ninguna otra cosa. Y es lo que se ha hecho, porque toda la acción que intentaba hacerse sobre el clero desde este punto de vista, tendía a obtener estos resultados.

Cuando se dice aquí que los que permanecen fieles a las prácticas no son siempre los mejores sacerdotes, se cambia el sentido de las palabras, y por esto es preciso tratar de precisar el penasmiento, porque de lo contrario el lector sigue sus categorías mentales. Con frecuencia los sacerdotes muy fieles a las prácticas espirituales son de aquellos que no permiten se les moleste y, por otra parte, están satisfechos de sí mismos, porque cumplen puntualmente lo que siempre se les ha propuesto como regla de la santidad. La inquietud por Dios se encuentra más frecuentemente en los sacerdotes absorbidos por la entrega de sí mismos, porque esta misma entrega, que es para el sacerdote entrega de Dios con olvido de sí mismos, les hace tomar una conciencia más aguda de lo que les falta para ser ministros del Señor. El que se absorbe en la oración siente menos esta impresión que aquel que se pierde en la obra de Dios, y esto es uno de los obstáculos que encuentran los contemplativos.

Pero repito que este libro no es para ellos. En lo que respecta al sacerdote, ser el hombre de Dios en medio del pueblo, perderse en las almas es el medio más poderoso de todos para tomar conciencia de la nada que es uno, de su impotencia para cumplir su función, para ser, según

se ha dicho, lo que él es, si no está lleno de Dios; de esta forma el buen sacerdote se convierte en un "hombre de deseo", en un hombre en quien el deseo de Dios no deja de profundizar, sin que esto guarde una relación necesaria con determinadas prácticas espirituales.

Así es cómo encuentra en el ejercicio de su vida espiritual un estímulo para su vida espiritual, ante el cual los demás parecen sin importancia.

La mayor debilidad del clero diocesano, hasta el momento presente, proviene sin duda de aquí. Sabido es que uno de los reproches que con más frecuencia se hace a los sacerdotes es dar la impresión de que no creen en lo que enseñan, así como de no amar. Ya notamos anteriormente que cuando un sacerdote se interesa por alguien hay casi siempre un sacramento a la vista. No se convence uno de que amen verdaderamente, y por sí mismos, a aquellos que les están confiados. Un joven educado en centros católicos desde los seis a los dieciocho años, me decía un día que no había tenido más que un profesor que aparentara creer lo que enseñaba. Con mucha frecuencia el sacerdote parece recitar una lección, repetir un programa —decir tal cosa porque está en el programa—, repetir lo que ha leído en un tratado. Es raro verlo expresando su vida, "lanzando su alma hacia fuera" de alguna manera; verlo hablar bajo una presión interior como para liberarse del mensaje del que está impregnado. Pero cuando un sacerdote hace esto, de todas partes acuden a él. Es la lección del cura de Ars, que no tenía más que esto, pero que lo tenía.

Si la enseñanza religiosa dada a poblaciones enteras durante tanta generaciones ha terminado en descristianización que por doquier lamentamos, ¿no encuentra en esto su causa principal? Se invocan causas económicas y sociales: pero, ¿podían los cristianos ver a Dios en sus sacerdotes? Se dice también que los sacerdotes no eran

mejores en otras épocas, sino que tenía fuerza la religión del pueblo; y, ¿no es este nivel de vida religiosa el que explica la descristianización?

Si podemos alimentar esperanzas en el porvenir de la Iglesia, hoy día, es porque aumenta el número de sacerdotes que dan la impresión de creer lo que dicen y hacen. Y toda la literatura a la que tratan de hacer eco las presentes páginas se limita a testimoniar esta preocupación.

\* \* \*

De esta forma el ministerio sacerdotal es la base de la espiritualidad sacerdotal. Caminando entre los hombres ante todo, es como el sacerdote adquiere conciencia de lo que es ser sacerdote, y como asimismo agudiza esta conciencia.

Primeramente debe existir el deseo de ser auténticamente sacerdote, de ser sacerdote como Jesucristo desea que sean sus ministros. El deseo ante todo; con él debe salir el joven sacerdote del seminario. No se trata de jóvenes que se hacen sacerdotes porque la persona del sacerdote sea honorable ante los demás y para llevar una vida fácil, llena de consideraciones. El que se hace sacerdote con estos criterios necesita una verdadera conversión para orientarse hacia la vida del sacerdote tal como aquí la describimos.

En otra época, la mayor parte de los sacerdotes eran así, y ello explica muchas decadencias religiosas. Los libros que exaltaban las grandezas del sacerdocio terminaban tanto por imbuir a los sacerdotes de sí mismos y preocuparles por los honores que se les tributaba, como por llevarles a ser los mensajeros y los testigos del amor divino. La conciencia de la dignidad sacerdotal se torna fácilmente a exigir señales de respeto y a considerar por debajo de sí

ciertas formas sencillas de afecto. Tales sacerdotes van siendo afortunadamente cada vez menos numerosos en muchos países en los que la Iglesia ha sufrido pruebas. El renacimiento del espíritu sobrenatural, del celo sacerdotal al que estamos asistiendo en nuestros días, se debe para muchos a estas dificultades exteriores. Pero no puede afirmarse que la situación sea tan halagüeña en todas partes. En España, en tiempos del gobierno antirreligioso, hacia el año 1935, el número de vocaciones descendió mucho y aumentó rápidamente cuando, bajo el régimen de Franco, el Estado comenzó a favorecer a la Iglesia. Es bastante inquietante el porvenir de la Iglesia en España. En Polonia, por el contrario, durante los primeros años del gobierno comunista, los seminarios rebosaban. Es esperanzador el porvenir de la Iglesia en Polonia.

Aquí sólo se habla para aquellos que aspiran a ser ministros de Jesucristo lo más íntegramente posible. Estos, sobre todo, salen del seminario con el deseo de una entrega total y, por tanto, con el deseo de que no exista nada para ellos dentro de sí mismos. Todo para las almas. Saben perfectamente que tienen mucho que aprender, que están llenos todavía de sí mismos y que es necesario un cambio para que sólo viva en ellos Cristo. Experimentan a veces la tentación de la soledad, o el deseo de retirarse primeramente para santificarse, antes de intentar santificar a los demás. Sabido es que el cura de Ars conoció estas tentaciones.

Y para el sacerdote esto constituye una tentación. Si la Iglesia lo ha hecho sacerdote es porque deseaba servirle de él. Es un servidor; él es para la Iglesia, para ser el instrumento de la Iglesia entre los hombres: la cuestión de su perfección personal pasa a último plano y, si se presenta, es después. El primer punto es el ministerio que le confía la Iglesia; el segundo es capacitarse para ejercerlo

plenamente. Querer renunciar a la función bajo pretexto de prepararse dignamente, sería una traición. Si tantos sacerdotes han conocido y conocen aún esta tentación, si un santo como el cura de Ars la conoció, se debe en gran parte a la mala formación recibida en el seminario.

Como se ha dicho anteriormente, el que sabe lo que hace al ordenarse sacerdote, advierte con una agudeza cada vez mayor que la más elemental honradez le impone un deber estricto — y un deber total, hasta el punto de consumir toda la vida— de hacerse tan santo como sea posible, de ser, por tanto, en lo posible, únicamente para Dios. Simple deber de honradez. No se insistirá bastante en ello.

Y se va viendo cada vez más claramente a medida que, en el ejercicio del ministerio, se va convenciendo uno más de la propia insuficiencia. Ahora bien, esto se percibe cada vez mejor a medida que se entrega uno a la obra de Dios. Aunque estas insuficiencias disminuyan, se las percibe más vivamente, porque uno es más consciente de lo que debería ser para ser plenamente ministro de Jesucristo.

\* \* \*

El ministerio sacerdotal educa en el desinterés y en la humildad, de manera muy distinta a como lo hacían las consideraciones y propósitos sacados de las meditaciones. Educa en el desinterés porque al preocuparse de los demás, se olvida uno de sí mismo, se olvida uno tanto más cuanto más absorbido se está por la preocupación de los otros. Y como esta preocupación, por los demás, es la preocupación por la vida divina en las almas, el ministerio sacerdotal orienta hacia Dios, y quien está enteramente entregado a su ministerio purifica en sí mismo el sentido de lo divino, al purificar su deseo de dar a Dios.

Todo esto va unido y se desarrolla al contacto con las almas, cuando este contacto procede del deseo de dar a Dios. Volvemos a encontrarnos con el movimiento en espiral, cuyo punto de partida es ser ministro de Dios, desear dar a Dios, sufrir por darlo de manera incompleta, desear darlo mejor; lo demás es una consecuencia.

Al mismo tiempo, el ministerio sacerdotal es el más poderoso estímulo para la humildad; la humildad es la virtud clave de la vida cristiana, porque es la virtud que permite volverse hacia Dios, al buscar en él lo que él es. El orgulloso cree en sí mismo; se complace en su valer; está satisfecho de lo que hace; ¿cómo se volvería hacia Dios como un ser que no vale nada? ¿Cómo podría decir a Dios: "Mi Señor y mi todo"? ¿Cómo podría decir: "Qué tengo que no haya recibido"? Y si lo dice, porque se halla en fórmulas que recita, no lo cree.

Lo que forma en la humildad es, más que nada, la dificultad, gracias a la cual se adquiere conciencia de los propios límites. No se hace lo que se quiere con los demás. Dar a Dios a los demás, es darlo de una manera que sea conforme al ser de Dios y al ser de los demás. Es expresarlo de forma que lo comprendan. Pero para ello no hay que pensar en sí mismo. Y uno adquiere conciencia de sus propios límites; se da uno cuenta de que un hombre reducido a sí mismo no puede dar a Dios, que sólo se da a Dios si Dios se sirve de uno mismo. Y para que Dios se sirva de uno mismo hay que pertenecerle sin reserva.

Todo esto a través del ministerio sacerdotal. Así todo termina en un crecimiento sin igual de la caridad, porque la caridad consiste en que sólo Dios y el prójimo cuenten en la vida. El buen sacerdote está comprometido por un camino que le impulsa en ese sentido por la fuerza misma de su ministerio.

Cuanto aquí se dice no es un punto de vista abstracto, sino real; cosas que se encuentran en la vida a diario y que simplemente trato de explicar. En todas partes se encuentran sacerdotes que viven cuanto acabamos de decir, y esos sacerdotes constituyen focos de vida. En su ministerio sacerdotal precisamente perciben las condiciones en que han de hacerlo.

Sin embargo, con frecuencia tienen un oscuro sentimiento de culpabilidad, porque su vida no está conforme con la enseñanza que han recibido. No siendo teóricos, no elaboran sistema alguno. Advierten que la enseñanza recibida no se aplica a la vida sacerdotal tal como ellos la viven, y se produce así un malestar, como de hecho se ha producido en todas partes, cuando se enseña una teoría que no se acopla a las exigencias de la realidad. No se aplica la teoría; pero los mejores experimentan una semi-consciencia de culpabilidad en la que se mezclan el respeto a quienes enseñan tal doctrina y la conciencia clara de que resulta inaplicable.

Lo que uno quisiera aquí es ante todo tranquilizar a esos sacerdotes explicándoles con claridad lo que han intuitido en la vida; y después ilustrar a los demás que titubean y no saben actuar. Sin duda que esta virtud pastoral es menos importante que la de ciertos teólogos o especialistas de la espiritualidad; pero es auténtica, y donde se encuentre la humildad y la renuncia, donde se aprecie una caridad en todo momento, puede uno estar seguro de que también se encuentra Dios.

### *Espiritualidad flexible*

La espiritualidad sacerdotal está regulada, según hemos visto, por las exigencias de los fieles. Debe, por tanto,

plegarse a las necesidades de los demás. Pero, ¿cómo asegurar de esta forma la regularidad de su propia vida?

El sacerdote debe fijar la hora de su comida cuando no se le necesite; asimismo debe dormir cuando su ministerio no le requiera en otra parte. ¿Cómo no habrá de suceder otro tanto con su oración?

Ya hemos visto que la vida religiosa está organizada para los religiosos; esto es un punto capital. En los seminarios se estableció un régimen a semejanza de la vida religiosa cuya base esencial es la reglamentación. Todos los días lo mismo; las mismas prácticas a las mismas horas. El punto de partida se encuentra en la vida monástica, separada del mundo, para estar libres de las fluctuaciones humanas. En esta vida, en la que todos los días son parecidos, en la que ningún acontecimiento imprevisto viene a romper la regularidad, es fácil observar un horario fijo. Pero desde el momento en que el mundo irrumpe en ella, se resiente dicha regularidad.

Durante mi estancia en una abadía trapense, puede advertir hasta qué punto queda uno dominado por el medio ambiente. Por lo demás, tal es la razón de ser de los monasterios. El monasterio forma un mundo cerrado sobre sí mismo. Los monjes se acostaban a las siete de la tarde y se levantaban a las dos de la madrugada. Cuando un huésped se acostaba a las nueve, tenía la impresión de estar velando muy avanzada la noche, y cuando se levantaba a las seis, tenía la impresión de levantarse demasiado tarde. Pero si uno vuelve al mundo y debe vivir con gente que se acuesta a media noche y se levanta a las seis, todo cambia. Si por exigencias de la vida hay que relacionarse con ellos, trabajar con ellos, es preciso adaptarse a su régimen de vida.

Esto plantea inmediatamente el problema de que hay que conciliar la reglamentación personal de la vida con la acción sobre el medio que uno no ha elegido. En nuestros

días, se encuentra esto ya en el seminario. Siempre ha habido costumbre en los seminarios de acostarse hacia las nueve y levantarse a las cinco de la mañana. Al parecer no existen dificultades porque las clases se dan dentro de casa y los seminaristas no salen por la noche. Pero los seminaristas han vivido en el mundo antes de entrar en el seminario, y en la actualidad, en la mayor parte de los sitios, se van habituando a acostarse tarde y levantarse igualmente tarde. Los seminaristas que han de acostarse a las nueve no llegan a dormirse, y al día siguiente por la mañana tampoco llegan a levantarse... La solución está entonces en que los seminaristas comiencen a estudiar en el seminario menor, donde entran aún siendo niños, y donde se habitúan a la vida reglamentada. En el siglo XIX, e incluso hoy en algunos países, todos los sacerdotes se formaban así. Tienen entonces una piedad y una reglamentación monacal, pero son incapaces de tomar contacto con los hombres.

Como el clero de los siglos precedentes no tenía con frecuencia formación alguna, ni intelectual ni espiritual, los seminarios, formando al clero tal como acabamos de leer, han dado a los sacerdotes una ciencia teológica y una virtud nuevas. Pero ese clero se aislaba administrando los sacramentos, predicando sermones cuidadosamente preparados según los manuales de teología e ininteligibles para los fieles. Así es como se explica que la descristianización se da la mano con el refuerzo de la virtud sacerdotal.

Se trataba sin duda de una etapa necesaria. Para comprenderlo hay que conocer la situación del clero en los siglos anteriores. Pero hoy día la etapa está franqueada, al menos en cierto número de países —en la mayor parte quizá— y se puede abordar una nueva etapa que se inspirará en las exigencias específicas de la misión sacerdotal.

\* \* \*

Una primera cualidad de la espiritualidad sacerdotal es la flexibilidad, la adaptabilidad a las circunstancias. En lugar de decir: “debes hacer meditación todos los días a la misma hora, y esa hora debe ser la misma para todos, la primera del día”, hay que decir al sacerdote: “debes ser capaz de hacer meditación a cualquier hora, en el momento en que te resulte mejor”.

He conocido seminaristas que no hacían más que dormir durante la meditación en el seminario. Y se explica porque hoy día en que se han estudiado estas cuestiones, se sabe que hay ciertos temperamentos que sólo se despiertan plenamente cuando tienen algo en el estómago. Si se trata de trapenses, la cosa no tiene mayor importancia. Muchas veces en abadías cistercienses tiene uno la impresión de que muchos monjes pasan una gran parte del día en un estado de somnolencia. Pero a uno le parece que no tiene importancia para ellos por no quebrantar la regla. No cargan con responsabilidad alguna. Muy distinta es la vocación del sacerdote a quien Dios exige actuar en el medio humano en que ha de trabajar, y hablar a los demás...

Para volver a los seminaristas de que hablaba, conocí algunos que durante toda su estancia en el seminario no hicieron nunca una verdadera meditación. La meditación oficial no pasaba de ser para ellos un acto de mortificación y de obediencia. Estas son virtudes importantes en las que hay que ejercitarse; pero no es ésta la finalidad de la meditación. El resultado es que una vez sacerdotes y no estando ya obligados a levantarse para la meditación, tales seminaristas, que habían dormido en el seminario durante todas sus meditaciones, en adelante seguían durmiendo en la cama. Y esto no introducía ningún cambio en su vida espiritual; pero les permitía dormir mejor y estar mejor dispuestos para las tareas del día. Aquellos que en el semi-

nario llevaban una vida espiritual aparte de las prácticas oficiales, seguían con ella; los demás se encontraban sin nada. Pero ¿es que en realidad tenían algo de vida espiritual anteriormente?

Desde el seminario hay que decir, por tanto, a los aspirantes al sacerdocio: “sed capaces de llevar vuestra vida espiritual por vuestra cuenta, y de encontrar las horas propias para la oración y el recogimiento”.

Esto supone un deseo de hacerlo. Una espiritualidad flexible exige una personalidad desarrollada —ser adulto como se dice modernamente—. En el pasado se cultivó una especie de infantilismo espiritual. Cuando se ocupaba uno de la vida interior, se manifestaba una desconfianza plena en lo personal. Había que ponerse en orden, todos rezando, meditando, adorando de la misma forma, durante el mismo tiempo, a la misma hora a poder ser. Se trató siempre esta cuestión como si uno se dirigiera a espíritus incomprensivos, si no rebeldes, a quienes había que exhortar con todo el patetismo posible a realizar un minimum. Leyendo los libros de espiritualidad y escuchando los sermones clásicos, no se concebía que pudiera haber sacerdotes desesosos de la vida espiritual, que el número pudiera ir en aumento, ni que pudiera centrarse en eso principalmente el esfuerzo. Se limitaba uno a la reglamentación material —que por lo demás no se obtenía— y aquellos que eran capaces de una orientación auténtica hacia Dios no hallaban ni sostén ni dirección.

La espiritualidad sacerdotal debe ser, pues, una espiritualidad de adulto, que exige una cierta madurez humana y espiritual —puesto que no puede haber madurez espiritual sin madurez humana—. Y esto exige un cambio en lo tradicional, porque con frecuencia se ha teorizado que la perfección espiritual exigía ser como un niño. Pero si hay ciertos rasgos que pueden servir como modelo en el



niño, como la sencillez, espontaneidad, rectitud, el niño tiene también defectos que hay que evitar, tales como la irreflexión o la credulidad; el adulto, por su parte, posee cualidades que es preciso sumar a las del niño. En materia de piedad se ha predicado muchas veces el infantilismo y se han desarrollado sus formas bajo la capa de sencillez. De aquí que se encuentren adultos auténticamente infantiles por lo que a la vida religiosa se refiere. El sacerdote, más que nadie, debe ser un adulto *en su vida religiosa*.

Desde esta perspectiva ha de capacitarse para cargar con la responsabilidad de su vida espiritual.

En confirmación de esto podrían aducirse testimonios antiguos que revelan un espíritu semejante. Se cita con frecuencia a santa Teresa cuando manifiesta su estima por la vida intelectual y aconseja a sus religiosas que elijan a un director sabio antes que a un director piadoso. Pero santa Teresa murió en 1582, y aunque se cita su testimonio con admiración, no quiere decirse que, después de ella, se haya convertido en criterio corriente, ni que puedan citarse muchos autores en el mismo sentido.

\* \* \*

Profundicemos un poco en la noción de “adulto”; porque si se habla muchas veces de ello, al menos en la actualidad, raramente se precisa su significado.

Lo específico del adulto es conducirse a sí mismo. Por propia cuenta decide cuanto hace. Para la mayoría de los hombres, el matrimonio supone un paso importante en este sentido, porque al casarse el hombre se independiza y guía su propia vida. Este es el motivo que impulsa a muchos jóvenes a casarse; mientras viven con sus padres no se sienten en calidad de adultos.

El niño, por el contrario, necesita guía y protección. Necesita un adulto a quien acogerse. Hay que ayudarlo a estudiar y enseñarle todo, incluso a jugar. La pedagogía moderna trata de dar al niño lo antes posible el sentido de la responsabilidad y de la actuación personal. En cierta manera es llevarlo a actitudes de adultos. Los malos educadores impiden el desarrollo de la personalidad del niño y tratan, a veces con buena intención, de mantenerlo bajo una dependencia interior.

Muchos hombres sufren al tener que vivir bajo una dependencia en su trabajo, que les impide ser dueños de sí mismos, y entonces sólo en el hogar se sienten plenamente adultos, porque en él el ritmo de vida se ordena bajo su propia responsabilidad, y deciden por sí mismos. Las mujeres, sobre todo, se sienten dueñas de sí mismas por el matrimonio, porque al disponer de un hogar que les pertenece, ordenan la vida a propia voluntad. Quizás sea éste uno de los motivos principales del menosprecio que con tanta frecuencia manifiesta la mujer casada para con la celibataria. Hay chicas jóvenes que desean casarse para disponer de un campo de acción dentro de sí mismas. Todo ello está ligado a la vida conyugal y a la maternidad; pero la responsabilidad sobre sí juega en papel importante.

El sacerdote debe ser adulto en máximo grado. Debe serlo, porque todo el mundo debe encontrar en él un apoyo, y teóricamente él no debería necesitar apoyarse en nadie. Cuando se dice que debe ser un padre, que debe ser “centro”, se quiere indicar esto. El puesto más normal para el sacerdote es el de párroco; se puede decir que la función pastoral representa la edad adulta del sacerdote, y el párroco debe conducir a su parroquia. Ocupa un puesto determinado dentro de un conjunto, recibiendo instrucciones de su obispo y un marco de vida por parte de la Iglesia; es de desear que se rodee de consejeros; pero, en definitiva,

él es el jefe de la parroquia y bajo su propia responsabilidad debe guiarla.

Adulto en toda su vida, debe serlo también en su vida espiritual. También en este caso debe rodearse de apoyos que puedan sostenerlo; pero, en definitiva, debe gobernarse a sí mismo y adaptar las normas generales a su propio caso. Como dueño de sí, es también responsable de sí mismo. Todo esto acentúa la necesidad de una espiritualidad flexible, es decir, adaptada a cada uno.

Actualmente en muchos seminarios se busca una adaptación del régimen de vida, dejando más en manos de los seminaristas el gobierno de sí mismos. Es un movimiento totalmente nuevo que no ha dado todavía resultados como para poder sacar conclusiones; pero es un movimiento sintomático de nuestros tiempos. Se desean sacerdotes capaces de conducirse por sí mismos, y deben serlo tanto en su vida espiritual como en lo demás, so pena de desequilibrio.

\* \* \*

En la base de esta vida espiritual debe estar el deseo. El sacerdote que tiene conciencia de lo que implica la función sacerdotal, sufre por no ser suficientemente de Dios. Desea vaciarse de sí mismo, y que Dios le invada por completo con el fin de ser instrumento incondicional en sus manos. Y como la vida interior, la oración, el recogimiento son indispensables para la unión con Dios, sufre casi constantemente por no poder rezar bastante.

Da la impresión de que en la mentalidad antigua se partía de la idea de que el sacerdote no deseaba la unión con Dios y de que era preciso inculcarle la necesidad de un *mínimum* de vida espiritual, porque, de por sí, no tenía noción alguna sobre ella ni sentía su necesidad. Asegu-

rado este *mínimum*, el sacerdote ya no se preocupaba de más y vivía como un burgués cualquiera, respetando las leyes de la moral como todo cristiano honesto. Sin duda hubo siempre un número de sacerdotes deseosos de más, y se les citaba con admiración; pero se les consideraba como casos excepcionales.

Nuevamente se da aquí como una perspectiva inversa. Según la idea que estamos desarrollando, el sacerdote que se aplica a cierto número de prácticas sin preocuparse de que toda su vida esté bajo el influjo de Dios, parece un sacerdote inconsciente de las exigencias de su estado. En otro tiempo —y quizás algunos lo dicen en nuestros días— se dijo: “Quien desea hacer el ángel, hace la bestia. Por querer volar demasiado alto, se rompe uno las alas”. Hasta el renacimiento espiritual de siglo xx, era corriente afirmar que la santidad no era de nuestro tiempo y que era de exaltados aspirar a ella. El sacerdote del siglo xx, cuyo tipo ha perdurado hasta cerca de 1920, es un personaje digno, respetable, un administrador concienzudo que evita los excesos de virtud así como también se preocupa de evitar el pecado. La idea de que sea normal para el sacerdote estar sediento de Dios, de aspirar a ser de Dios sin reserva, es relativamente nueva y no ha calado aún en todas partes.

Aquí volvemos a encontrar la acción recíproca entre el ministerio sacerdotal y la vida interior. En su ministerio sacerdotal el sacerdote encuentra a Dios de muchas maneras, según dejamos indicado. Encuentra a Dios dándole a los demás, y, al mismo tiempo, se da cuenta de que no le da lo suficiente, porque no lo posee suficientemente dentro de sí. Y cuanto más le da, más le invade el único pensamiento de darle, es decir, de ser sacerdote, y más desea ser enteramente suyo. Cuanto más es enteramente de Dios, tanto más desea darle.

Al decir esto, uno piensa en los sacerdotes que ejercen funciones profanas, como ciertos profesados. El número de estos sacerdotes ha disminuido mucho y tiende aún a disminuir. Pero los hay, sin embargo, y algunos sacerdotes deben aceptarlo debido a las exigencias generales de la vida de la Iglesia. Cuando uno tiene un sentido exacto de lo que es la vocación sacerdotal, se siente estar comprometido en lo profano y se aspira a desligarse de ello. En otro tiempo, a principios de siglo incluso, siendo yo sacerdote joven, esto no constituía problema. Sacerdotes de vida muy honorable ejercían funciones puramente profanas sin plantearse problema alguno, cumpliendo puntualmente con sus prácticas espirituales, llevando después una vida totalmente profana con una evidente satisfacción. Pero se dan otros casos.

Cuando M. Seipel llegó a ser canciller de Austria en 1922, subió al poder en un momento en que su país pasaba por una crisis que parecía agónica. Había llegado al poder porque, siendo una autoridad en cuestiones sociales, se le había pedido desempeñase una serie de funciones políticas, en las que había prestado servicios extraordinarios. Una vez canciller, se aplicó a cumplir sus funciones como sacerdote, dedicándose exclusivamente al gobierno del país y absteniéndose de toda actividad pomposa. No se hospedaba en la cancillería, sino en un convento; al dirigirse a su oficina de trabajo, daba a entender claramente que en sus funciones no buscaba nada para sí.

En el punto de arranque de la vida espiritual del sacerdote debe hallarse, por tanto, el deseo. No basta con un principio general rápidamente establecido y seguido de una serie de prescripciones tomadas de la espiritualidad religiosa; se trata de un deseo alimentado por toda la vida. El concepto que se tenía de las prácticas espirituales, realizadas las cuales ya no se planteaba problema alguno, signi-

ficó, sin duda, un progreso con respecto a lo que existía anteriormente; pero hoy día no puede uno contenerse con ellas. Un sacerdote consciente de lo que hace al dar el paso de la ordenación, no puede ser el ministro de Dios sin darse cuenta de lo que le falta para serlo plenamente, y, por consiguiente, sin aspirar a que Dios signifique cada vez más en su vida. Si aspira verdaderamente a ello, buscará los caminos para lograrlo.

\* \* \*

Sometido como está a las exigencias de aquellos a quienes sirve en su ministerio, el sacerdote debe, por tanto, adaptar su vida espiritual a las condiciones de la vida sacerdotal. Por esta razón precisamente su espiritualidad debe ser flexible. Pero no debe exagerarse esta cualidad. El sacerdote no puede llevar una vida reglamentada como un monje; pero toda vida lleva consigo un orden, de proporción variable, que cada cual debe determinar en su propio caso. En estos últimos años se han publicado diversos libros sobre cómo transcurre la jornada de un párroco, que señalan la variedad e irregularidad de sus ocupaciones. De ordinario estos libros se aplican a párrocos de las grandes ciudades, de grandes parroquias, y no suponen más que una pequeña minoría. No obstante, con el desarrollo del ministerio extrasacramental, el clero parroquial lleva, de modo habitual, una vida de múltiples ocupaciones, a la cual cada uno ha de adaptarse conforme a su propia situación.

Existe, sin embargo, una forma de irregularidad que se llama activismo. Bajo pretexto de celo, algunos se dejan llevar, a la ventura, por toda clase de solicitudes en apariencia motivadas por la generosidad, que siempre se presentan en número excesivo. Si no controla uno su acción,

si no se distingue entre lo esencial y lo accesorio, si no se distingue entre las obligaciones inherentes a la función y lo que es puramente supererogatorio, se pierde uno en el confusionismo. Hay personas celosas que emplean su tiempo en hacer lo que otros deberían hacer y descuidan su propia función. Todo esto hay que tenerlo en cuenta. Pero, una vez más, para que cada uno encuentre lo que más le conviene o encuentre a Dios a su modo, debe ser dueño de sí mismo, tener una espiritualidad de adulto y ser capaz de dirigir su vida.

La irregularidad de la vida sacerdotal lleva consigo que no todos los días discurran de la misma forma. Ahora bien, el programa clásico de la vida espiritual se apoyaba en la hipótesis de que todos los días discurrieran de modo semejante. La idea antigua de una uniformidad cotidiana suponía una vida muy uniforme también, y los que llegaban a dicha regularidad eran de ordinario sacerdotes muy ligados a sus costumbres. En la extrema variedad de situaciones, el orden de la vida espiritual debería inspirarse muchas veces en un ritmo semanal o incluso mensual más bien que cotidiano. Muchos sacerdotes tienen días ocupados por obligaciones estrictas desde por la mañana hasta por la noche, mientras disponen de otros días totalmente libres. Muchas veces resultará más fácil encontrar un día o medio día por semana, un día al mes, para el pleno recogimiento, que hacer media hora de meditación diaria.

Tanto más cuanto que todos los actos que podemos llamar propiamente espirituales exigen sobre todo el recogimiento, es decir, la paz, el silencio interior. Es muy corriente que personas que practican la meditación de modo sistemático, se lamenten de permanecer de continuo en la sequedad y de que su meditación se resuma únicamente en la lucha contra las distracciones. En cambio, cuando uno se retira por algunas horas, el tiempo ofrece posibi-

lidades para que la paz vuelva al alma y en la paz se encuentre a Dios.

El recogimiento y la oración son formas de actividad que exigen un espíritu dispuesto. Muchos se entregan a la oración cuando están cansados, nerviosos, y por eso oran mal. La antigua concepción de la vida espiritual, que exigía recogerse por la mañana antes de que las ocupaciones diarias invadiesen el espíritu, era sana en su principio, pero irrealizable hoy día en muchos casos. De aquí que haya que buscar para la oración la hora más tranquila del día.

Nada exige, como la oración, un espíritu tranquilo y despierto, porque la atención que se presta a Dios no está sostenida por estímulos humanos, como una conversación con otra persona, o como un trabajo sobre un objeto inmediato. A pesar nuestro pensamos en cosas que nos preocupan; pero respecto a Dios no tenemos más que una preocupación general, y rara vez se tiene un objeto directo, inmediato, que se relacione con Dios. Ponerse en la presencia de Dios y examinar su vida desde la perspectiva de Dios exige la mayor libertad de espíritu, y los momentos especialmente consagrados a profundizar en la conciencia del puesto que Dios ha de ocupar en nuestra vida, deben ser también los momentos en los que el espíritu se encuentre más libre.

Dedicar tiempo suficiente para el recogimiento exige también de ordinario abandonar la propia casa. En la propia casa le molestan a uno de continuo las visitas y el teléfono. Y, si no se hace con demasiada frecuencia, puede uno salir medio día o uno entero, sin que apenas nadie lo advierta. ¡Se hacen tantas salidas por otros motivos! La mayoría puede encontrar no lejos de su residencia un lugar tranquilo. Pero todo hay que prepararlo. Si uno se abandona a lo que salga, no se encontrará nunca ocasión para

el recogimiento. Y nuevamente volvemos al deseo: quien sufre por no ser suficientemente de Dios busca las ocasiones para llevar su espíritu a las cosas de Dios. Quien no posee un deseo auténtico, personal, no llega a ninguna parte.

La mayor parte de los sacerdotes están más o menos vinculados a una iglesia. El clero parroquial vive de ordinario cerca de su iglesia y pasa con frecuencia por delante de ella. Los capellanes o profesores tienen una capilla dentro de la casa. Esta presencia de la Iglesia o de la capilla es una invitación permanente a la adoración. Hay pocos sacerdotes que respondan a la invitación. La mayoría de ellos sólo acuden a la iglesia cuando sus funciones lo requieren. Diríase que la iglesia es el oficio, que Dios no está presente en el Santísimo Sacramento, siendo como es la realidad de la misa. En la espiritualidad flexible de la que estamos hablando, esos momentos de adoración, que no están enmarcados en horario alguno, constituyen, de alguna manera, una adoración continua.

La espiritualidad de que hablemos, aparte de flexible, ha de ser también amplia. Es una búsqueda de Dios; comprende, por tanto, todo cuanto eleva el espíritu hacia Dios. Asistir a una conferencia, leer un libro o un artículo sobre los problemas de la Iglesia, informarse sobre la doctrina social o internacional de la Iglesia, estar al tanto de los problemas bíblicos, incluso los que se refieren a la autenticidad de los libros, su contexto histórico, seguir los acontecimientos de la vida de la Iglesia en el mundo: todo orienta el espíritu hacia Dios, sin formar parte de los elementos de lo que en otro tiempo se llamaba “vida espiritual”.

Los libros antiguos de meditación trataban de la vida religiosa personal, de la unión del alma con Dios sin hacer referencia a cuanto rodea al hombre; ello explica que

cristianos de una gran vida interior tuvieran con frecuencia actitudes muy poco cristianas, tan pronto como se apartaban de la unión del alma con Dios en sentido estrictamente interior o individual. Una vida interior completa es una vida por la cual uno se coloca dentro de la vida divina no solamente en su propia alma, concebida aisladamente, sino en el mundo; y la vida divina en el mundo es esencialmente la vida de la Iglesia... San Pablo decía: “Nada humano me es extraño”; lo mismo hay que decir respecto al sacerdote, entendiendo también la expresión “nada humano”, como “nada divino”; es decir, se trata de Dios en el mundo, de Dios entre los hombres, de la acción de Dios y de la referencia a Dios de todas las acciones humanas.

Por ser ministro de Dios, el sacerdote debe identificarse con Dios, llevando su espíritu a todo cuanto se refiere a la vida divina en el mundo. En sus relaciones con los fieles debe ser capaz de hablar tanto de los problemas sociales y misioneros, como de los problemas litúrgicos, doctrinales y morales. Debe cultivarse en todos los campos que interesen a la vida de la Iglesia, y su vida personal en Dios se desarrollará de muy distinta manera, si se basa en esta información.

Nos referimos sobre todo aquí a las lecturas; porque la lectura es una actividad al alcance de todos y a la que uno se entrega personalmente. Pero hay otras formas de actividad que mueven al espíritu a ocuparse de las cosas de Dios.

Es lo que se trata de puntualizar especialmente en las reuniones de Acción católica, en las que los miembros hacen la revisión de vida examinando todos conjuntamente su actividad desde la perspectiva de Cristo. Sale uno de esas reuniones más cristiano. ¿Y qué quiere decir esto, sino más unido a Dios?

Por otra parte, en esto nos ofrece una enseñanza el evangelio, porque los evangelios no son una recopilación de meditaciones. Se ha querido distribuir el evangelio en temas de meditación; pero es algo artificial. Los evangelios son retratos de Jesús; nos muestran a Jesús vivo y operante; nos ponen en contacto con él; al leerlos y releerlos, se hace uno más cristiano, lo cual, repetimos, no responde a fórmulas de acción sino a la participación del espíritu de Cristo, a mirar la vida desde su perspectiva.

### *El problema del número*

La espiritualidad que estamos explicando es, según hemos dicho, una espiritualidad de adulto, que exige del sacerdote ser un hombre plenamente desarrollado. Esto, repetimos, representa una evolución fácil de comprender cuando se sabe el punto de partida. En la actualidad se está produciendo en toda la Iglesia un movimiento de enderezamiento de la vida sacerdotal, que tiende a transformar al clero, al hacer usuales unas actitudes que en otro tiempo eran excepcionales.

Siempre hubo buenos sacerdotes, totalmente entregados a Dios. En el libro de M. Charue<sup>7</sup>, se encuentra una lista impresionante de sacerdotes seculares canonizados; pero la aspiración a la santidad puede desarrollarse en todo cristiano, y en todos los estados se encuentran santos canonizados, en especial en el estado religioso, que a esto debe su razón de ser. Lo específico, y particularmente interesante de nuestro tiempo es la reflexión sobre el carácter propio de la santidad sacerdotal, y ese carácter propio que proviene de la función, da a su vez a la santidad sacer-

dotal un carácter ejemplar del que volveremos a hablar y que puede marcar huella profunda en el medio cristiano.

Pero todo cuanto acabamos de decir sobre la espiritualidad sacerdotal, y sobre todo la inserción de esta espiritualidad en el ministerio sacerdotal y en la formación del espíritu termina por sugerir unas exigencias no sólo espirituales, sino humanas, en las que antes no se pensaba. En la fundación de los seminarios se tuvieron en cuenta los países que disponían de pocos estudiantes y en los que la mayoría de los sacerdotes eran ignorantes en extremo y de costumbres muchas veces groseras; el fin de los seminarios era reunir niños pobres, piadosos y bien dotados para darles una formación intelectual y espiritual que les capacitara para ejercer dignamente la función sacerdotal.

Hemos dicho anteriormente cómo los seminarios transforman al clero y cómo son el punto de partida de todo el renacimiento actual de la Iglesia. Pero los sacerdotes salidos de los seminarios eran hombres de condición modesta bajo todos los puntos de vista. Se facilitaba ante todo una formación espiritual que aseguraba al sacerdote una vida digna y ordenada; en segundo lugar, una formación teológica práctica para facilitarles cuanto necesitaban para predicar bien y confesar. Por otra parte, durante mucho tiempo no todos los sacerdotes se formaban en el seminario. Los que ocupaban puestos importantes, en especial los obispos, formaban el alto clero cuyo reclutamiento era diferente. Hoy día esta situación ha desaparecido casi totalmente, pero quedan todavía rastros de ella. En algunos países todavía los seminaristas se seleccionan entre las clases más bajas, siendo gratuitos los estudios en el seminario. Entre las clases intelectuales resulta inconcebible hacerse sacerdote. O bien, cuando un joven de buena familia desea hacerse sacerdote, se le orienta hacia ciertos seminarios especiales, de más relieve que los seminarios diocesanos.

<sup>7</sup> *El clero diocesano*. Vitoria 1961.

Igualmente en algunos países se seleccionan los obispos entre aquellos que han hecho sus estudios en esos seminarios especiales.

Pero todo esto va desapareciendo paulatinamente. Asimismo la democratización de los estudios ha hecho posible que ya no sea necesario recoger esos niños pobres y bien dotados a quienes en otro tiempo había que facilitarles los estudios. Todos los jóvenes bien dotados encuentran cada vez más facilidades para realizar los estudios que desean. El seminario ya no constituye para nadie el único medio de desarrollo intelectual. El que se hace sacerdote, lo hace porque con plena deliberación desea serlo, cuando podría llegar, en el mundo, a una vida intelectualmente del mismo nivel y, socialmente, igual o superior.

En otros tiempos, en los seminarios se ejercía una viva presión para que el seminarista llegara al sacerdocio. No se ocultaba que se les pagaba sus estudios *para* conseguir sacerdotes. Cuando uno no llegaba a serlo, era un fracasado. Por lo demás, en muchas órdenes religiosas la selección se hacía del mismo modo. De esta forma se obtenía un clero numeroso, pero bastante mediocre, al que sólo se le inculcaban ciertos hábitos, la sumisión a los reglamentos y un conocimiento de lo más esencial del dogma y de la moral, sin impulsar a la iniciativa.

Hoy día en todas partes se oye la queja de que disminuye el número de vocaciones. Pero son más auténticas. El joven que en nuestros días se hace sacerdote es alguien que podría hacerse otra cosa, humanamente de tanto relieve o más. Son cada vez más numerosos los que sacrifican algo socialmente al hacerse sacerdotes. Pero no hay que extrañarse de que sean menos que aquellos a quienes en otro tiempo los suyos consideraban como el honor de la familia, cuyos hermanos trabajaban la tierra y pasaban entre los propios como figuras aristocráticas.

A través del siglo xx comienza a dibujarse, en diversos países, un nuevo tipo de vocación sacerdotal. Jóvenes enraizados ya en la vida, entre los veinte y cuarenta años, se presentan para hacerse sacerdotes, muchas veces después de haber ejercido anteriormente una vida profesional. Muchos no son intelectuales ni desean serlo; no buscan tampoco una vida tranquila, rodeada de consideraciones. Desean ser apóstoles de Jesucristo, y nada más. Su procedencia es diversa: hay estudiantes, universitarios ejerciendo ya una profesión, obreros, técnicos. Es cierto que siempre ha habido vocaciones de esta índole, pero eran excepcionales; hoy en cambio, tienden a ser habituales. Es otro tipo de vocación distinta a la del niño piadoso, procedente de una familia cristiana, colocado a los doce años en un seminario menor donde se le educa al abrigo de las influencias del mundo. Este último sistema ha proporcionado el clero honorable del que hemos hablado, eliminó la corrupción anteriormente reinante y suministró cierto número de sacerdotes eminentes. Pero el nuevo tipo de vocación, radicalmente es más sacerdotal y constituye un retorno a la Iglesia primitiva. En el seminario de la Misión de Francia, que es un seminario de vanguardia, sólo se admiten seminaristas a partir de los veintidós años.

Pero este movimiento, repetimos, tiende a hacer menos numerosas las vocaciones sacerdotales. Antes, e incluso hoy en muchos países, existía la preocupación de que entraran en el seminario los más posibles con el fin de que la vocación "no se perdiera". Asimismo la mayor parte de las órdenes religiosas se proveían de las escuelas apostólicas. Y es cierto que las vocaciones de adultos de que acabamos de hablar no son más que un resto de todas las que hubieran podido llegar al sacerdocio, si se las hubiese cultivado en medios cerrados, desde la infancia o la

primera adolescencia. Pero, ¿no es más importante tener buenas vocaciones que tener muchas?

A esto se añade que las condiciones exigidas para el sacerdocio son cada vez mayores. Los estudios se hacen más difíciles; las exigencias espirituales más severas. Hay incluso diócesis y órdenes religiosas que comienzan por someter a los candidatos a un examen psíquico. En tales condiciones, ¿cuántos sacerdotes de antaño no hubieran sido eliminados?

Respecto al punto que tratamos, se mantiene la antigua idea de los seminarios menores en ciertos países, sobre todo en los países latinos. El problema de la vocación se plantea a los doce o trece años, al terminar la escuela primaria. Los que no entran en el seminario a esa edad, ya no se plantean el problema, y cuando un joven de dieciocho años se presenta para ser sacerdote, se le califica de vocación tardía. Estas, por lo demás, tienden a multiplicarse, lo cual supone una evolución.

En otros países, como son los anglosajones y Bélgica, se deciden las vocaciones al terminar los estudios medios, es decir, en la adolescencia, entre los dieciséis y los veinte años. Por otra parte, es la edad ordinaria de las grandes resoluciones, el momento en que el joven decide la orientación de su vida. Y sin duda que esto continuará así; pero el aumento en proporción de las vocaciones de adultos, al mismo tiempo que el deseo de preparar mejor al seminarista para las responsabilidades de la vida sacerdotal, conducen a una transformación progresiva de los seminarios.

Sea lo que fuere, la disminución numérica del clero parece un fenómeno inevitable, pero, para medir su alcance, hay que preguntarse si la cuestión más importante, en este particular, es la del número de sacerdotes. Se lamenta uno de la descristianización de nuestros países,

pero no parece repararse en que esa descristianización se ha producido con un clero numeroso. No basta, pues, con que sean numerosos los sacerdotes para asegurar la vida cristiana; es necesario, ante todo, que los sacerdotes sean como deben ser. Sin duda es deseable tener el mayor número posible de buenos sacerdotes, pero ante todo buenos, ante todo auténticos hombres de Dios.

Esto comienza a constatarse de diversas maneras. En 1962, *L'Union apostolique*, que celebraba su centenario, publicó un número especial de la revista "Prêtres diocésains", consagrado a los problemas del clero. M. Lochet, director de la Obra de vocaciones en Reims, escribe:

"¿Menos vocaciones? Según las estadísticas, sí. Ante Aquel que concede más importancia a las realidades espirituales que al cálculo numérico, ¿quién sabe?... Los equívocos entre situación humana y vocación han sido eliminados progresivamente por la historia. El sacerdocio debe ser vivido más puramente como consagración a Dios y ya no es apenas posible buscarlo de otra forma. Con el mismo impulso, que es el del Espíritu, el sacerdote se ha acercado poco a poco a la vida. Cuanto más cercano a Dios, más cercano está de los hombres... Una situación humana crea entre el sacerdote y los hombres distancias sociales. La dignidad del sacerdote no es un rango social, sino un servicio a la Iglesia. Aquella no debería crear distancia alguna entre el sacerdote y los hombres. Cuanto más desprendido del mundo, tanto más próximo al mismo tiempo estará de él el sacerdote, por estar más inmerso en la caridad de Dios. ¿Cómo no comprender que la Iglesia de la que formamos parte, por su evolución en la etapa histórica moderna, nos lleva a vivir un sacerdocio purificado?"<sup>8</sup>

El ministerio sacerdotal, por otra parte, puede ejercerse

<sup>8</sup> Prêtres diocésains 102 (1962) 246.



de formas muy diversas; en tiempos de clero numeroso la Iglesia estaba organizada sobre un plan basado en ese número. Había un sacerdote en todos los poblados con algunos centenares de habitantes; su misión consistía en decir misa y distribuir los sacramentos; muchos no tenían casi nada más que hacer. He conocido la costumbre, en pueblos muy cristianos, de llamar al sacerdote tan pronto como nacía un niño, a fin de bautizarlo inmediatamente, porque los padres no soportaban que viviera una hora como pagano. Esto supone una fe conmovedora, pero exige que haya un sacerdote en todo lugar, y disponible. En países como Francia y Bélgica, en los que va disminuyendo el número de sacerdotes, es preciso modificar la distribución sacerdotal, y esto ha causado sorpresa, porque jamás se había pensado en ello. Conocido es el drama de los sacerdotes que tienen cinco o siete parroquias. Pero a veces, si se hacen números, uno advierte que no llegan a mil habitantes ni a doscientos practicantes en todas esas parroquias juntas.

Y se encuentra uno con problemas, sobre este particular, que provienen simplemente de que la religión es antigua en el país. En cada pueblo hay una iglesia y una casa parroquial. Se resiste uno a abandonarlas. La gente del pueblo está habituada a tener allí mismo la misa y no quiere ir a otra parte. Pero en algunos pueblos la gente que desea tener misa en su iglesia se reduce a algunas personas. Y hay sacerdotes que se agotan los domingos diciendo cinco o seis misas, cuando los asistentes a todas esas misas no llenarían una sola iglesia.

El sacerdote de antaño tenía como función principal decir misa y administrar los sacramentos. Las misas se multiplicaban. Cuando cuatro religiosos disponían de un pequeño convento, procuraban tener misa en su capilla. Asimismo, en las parroquias, las misas de entre semana

se celebraban en una iglesia casi vacía. En cambio, en los grandes centros, se celebraban funerales con tres, cuatro o incluso siete curas, y se celebraba gran número de aniversarios de fundación, con tres sacerdotes, en iglesias vacías. En determinados lugares, el clero pasaba la mitad de las mañanas celebrando ceremonias, porque se le pagaba.

Todo esto puede simplificarse y comienza a serlo debido a la disminución del número de sacerdotes en muchos países. Lo mismo ocurre respecto a los sacramentos: Se puede administrar el bautismo una vez por semana a todos los niños que deben recibirlo, y celebrar igualmente todos los matrimonios una vez por semana, en una única ceremonia. ¡La religión no saca provecho alguno de matrimonios rumbosos que cuestan caro! Lo mismo hay que decir de los funerales. Si los sacramentos dejan más libertad al sacerdote, podrá concentrar su atención en reavivar espiritualmente a la comunidad cristiana.

Todo esto desborda nuestro tema, pero era necesario decir algo, para puntualizar la cuestión del número de sacerdotes. En América latina, donde los sacerdotes son escasos, se ha comenzado a dar por radio una enseñanza religiosa dirigida a toda la nación y más allá de ésta. ¿Qué se precisa para que esa enseñanza resulte eficaz? Que los sacerdotes que la dan sean sacerdotes apostólicos y que la enseñanza esté adaptada. En nuestros países, se ha dado enseñanza religiosa a poblaciones enteras, y los descristianizados de nuestros días son los descendientes de aquellos que recibieron tal enseñanza. Muchos, por lo demás, la han recibido también personalmente. No, ni el número de sacerdotes, ni la enseñanza religiosa son panaceas. Lo que ante todo se necesitan son buenos sacerdotes —digamos incluso: santos sacerdotes— y una buena enseñanza.

Todo cuanto se realiza por el perfeccionamiento del clero contribuye ante todo al crecimiento de la Iglesia.

Y cuando se habla de “perfeccionamiento”, el término se refiere más que nada a la toma de conciencia de las exigencias sacerdotales.

### *Sacerdocio y derecho canónico*

A lo expuesto anteriormente, resulta que se responde: “¿Pero obliga a eso el derecho canónico?”. En efecto, la imagen del sacerdocio que se deduce del derecho canónico es menos radical. Y con mucha frecuencia reina el equívoco en estas cuestiones, porque las concepciones parecen a primera vista diferentes. Pero es necesario comprender lo que intenta el derecho canónico.

El derecho canónico es el derecho de la Iglesia. El derecho es la regla de vida común establecida, o al menos reconocida, por la autoridad social. El derecho civil es la regla establecida por el Estado para regir la vida privada de los ciudadanos; el derecho canónico es la regla establecida por la Iglesia para regir la vida común de los cristianos.

Las normas del derecho canónico destinadas a toda la Iglesia deben ser mínimas, comportando lo que puede exigirse en el mundo entero y en toda circunstancia. El derecho canónico no tiene un carácter exhortatorio. No tiene que proponer un ideal, sino establecer las normas necesarias para que la sociedad se mantenga unida y funcione normalmente. Son puntos de vista muy diferentes.

Así, cuando el derecho canónico exige ir a misa el domingo, no excluye en modo alguno que sea deseable ir más veces; sino simplemente indica que la asistencia a misa, el domingo, es el *minimum* indispensable para que se mantenga la vida cristiana. La Iglesia, por tanto, estima necesario exigir a todos ese *minimum*.

Si el derecho canónico no exige más que la misa dominical y la comunión pascual, no puede sacarse ninguna

conclusión espiritual. Igualmente, desde el punto de vista moral, hay que prestar mucha atención a lo que significa la prescripción canónica. Algunos dicen: “No estoy obligado a más”. Y muchos cristianos creen que lo que rebasa la obligación canónica es de supererogación. Pero la obligación canónica no pasa de ser canónica. La obligación moral es algo muy distinto. No hay obligación canónica de decir la verdad, de respetar la vida o los bienes de los demás; sin embargo, está uno obligado a ello moralmente. Quien falta, pues, a misa peca contra el derecho canónico, y quien asiste a ella de forma inconveniente, no peca contra el derecho canónico. Este no dice que se deba asistir piadosamente, ni rezar en ella. Es más, quien asiste a la misa el domingo en otra iglesia distinta de donde debe hacerlo, peca contra el derecho canónico. Quien asiste a misa de forma irrespetuosa, no peca contra el derecho canónico, pero de ahí no se sigue que no peque. Lo único que puede decirse es que no será castigado *por haber infringido el derecho canónico*; pero puede recibir castigo por otros muchos motivos.

La obligación canónica, por tanto, se vincula a la moral, únicamente por razón de la obediencia a la Iglesia. La falta canónica es una falta de desobediencia a la Iglesia, y las prescripciones del derecho canónico forman en cierto modo un marco que la Iglesia establece para todos los cristianos, con objeto de crear un clima colectivo de vida, que permita a cada uno orientar su acción según las exigencias del cristianismo.

Esto permite comprender las disposiciones del derecho canónico relativas a la vida espiritual de los sacerdotes. “Los clérigos deben llevar una vida interior y exterior más santa que los seglares y sobresalir como modelos de virtud y buenas obras” (c. 124). Ya se ve: es una fórmula general. A continuación se dispone, igualmente, que deben confe-

sarse “frecuentemente” y dedicar cada día “algún tiempo” a la oración mental. Asimismo está prescrito que continúen estudiando durante toda su vida.

Hay mayores precisiones cuando se trata de la prohibición de profesiones profanas y de la participación en placeres mundanos. Se trata en tales casos de una respetabilidad profesional, lo mismo que cuando se prohíbe frecuentar las tabernas. No puede decirse que esto llegue al nivel de la espiritualidad: se trata más bien de salvaguardar un orden externo. Prescripciones análogas se encuentran para oficiales con uniforme, magistrados o diplomáticos.

El sacerdote está obligado al celibato: esto es algo radical, materialmente; pero el celibato no implica la santidad y, de por sí, no conduce a ésta. En este punto el derecho canónico es el eco de muchas dificultades de tiempo pasado, puesto que el código contiene diversas prescripciones respecto a la familiaridad con las mujeres.

Por otra parte, se inspira muy claramente en una concepción funcional del sacerdocio. No hace exposición de principios; pero declara que el obispo no puede ordenar sacerdotes, si no es para las necesidades o utilidad de la diócesis<sup>9</sup>. Implícitamente es condenar el sacerdocio por devoción personal. Asimismo la obediencia del sacerdote a su obispo es una obediencia funcional, al servicio de la diócesis. Por la promesa de obediencia que hace en el momento de su ordenación, el sacerdote se consagra al servicio de la diócesis, y el obispo puede exigirle lo que requiera la necesidad de la Iglesia. No se trata, como en la vida religiosa, de una obediencia que mira a la vida íntima del subordinado.

La concepción canónica, por tanto, está muy de acuerdo con la que hemos desarrollado a lo largo de estas páginas. El sacerdocio es una función; el sacerdote está al

servicio de la iglesia: para esto ha sido ordenado, y se explica que la Iglesia insista tanto sobre las exigencias de honorabilidad exterior de la función; que, por otra parte, cuando se trata de la vida íntima del sacerdote, se limite a líneas de orientación: “dedicar algún tiempo a la oración mental...”; que cuando habla, asimismo, de las exigencias de perfección del estado sacerdotal, establezca comparación con los laicos, entre los cuales debe vivir el sacerdote y a quienes debe ofrecer el don de Dios; llevar una vida más santa y dar ejemplo.

Sobre la pobreza, nada. Habremos de volver sobre el problema de la pobreza eclesiástica; pero importa notar, que el derecho canónico no habla de ella. Puede presumirse, según esto, que es una cuestión de ascesis personal.

El punto más característico, sin duda, es el de la misa. El derecho canónico obliga al sacerdote a rezar el oficio todos los días, pero no a decir la misa. El obispo y el párroco deben aplicar la misa, en determinados días, por sus diocesanos o feligreses. Asimismo, los párrocos deben celebrar los divinos oficios, cuando los fieles lo pidan legítimamente, y administrarles los sacramentos. Todo esto, como se ve, es para los fieles. La noción del sacerdote que dice misa para su santificación es extraña al derecho canónico.

El sacerdote, pues, no está obligado a decir misa, a no ser cuando los fieles tengan necesidad de ella, o desempeñe una función que lo exija. Al menos canónicamente. Esto manifiesta claramente la diferencia entre el punto de vista canónico y el moral. Desde el punto de vista canónico, el sacerdote no tiene otras obligaciones distintas de la de los fieles, por lo que a la misa se refiere, a excepción de cuando debe decir misa por el pueblo. Aquel que no tiene obligación de celebrar la misa por el pueblo únicamente está obligado a asistir a ella los domingos y a comulgar por Pascua, como todo el mundo... Canónicamente, claro es-

<sup>9</sup> Canon 969.

tá. Es preciso insistir, porque existe tal confusión de ideas sobre este particular, que actualmente la mayor parte de los cristianos se escandalizan al enterarse de que el sacerdote no está obligado a decir misa, y como no se sabe distinguir entre el derecho canónico y la moral, para ellos es lo mismo estar obligado canónicamente y estar obligado sin más.

Esta confusión entre el derecho canónico y la moral es origen de muchas desviaciones. Bien se trate de la asistencia a misa, bien de la abstinencia del viernes, o de cualquier otra disposición disciplinar, corrientemente se dice que está uno obligado a tal cosa porque existe una obligación canónica, dando por supuesto que no se está obligado a otra cosa. Existe un tipo de buen católico, o al menos de católico que se cree tal, muy preocupado por cumplir sus obligaciones —entiéndase: canónicas— pero no por su vida cristiana como espíritu. Son los que comen mejor el viernes que los demás días, respetando las reglas canónicas, y los que se las ingenian hábilmente para preparar verdaderos banquetes el viernes santo, respetando siempre las disposiciones canónicas. Asimismo los que se preocupan de llegar a misa lo más tarde posible, pero a tiempo para que la misa sea canónicamente válida —sin cuidarse, claro está, de unirse al sacrificio—. ¡Por otra parte, el derecho canónico no habla de esto!

También se encuentran sacerdotes cuidadosos de cumplir canónicamente, y completamente extraños a los problemas que aquí nos ocupan. La Iglesia los acepta; prefiere tener esos sacerdotes a no tener ninguno. Pero el papel de esos sacerdotes en la Iglesia es simplemente sostener unas estructuras. Son funcionarios; no impiden la esterilidad progresiva de las estructuras, ni construyen nada positivo.

## LA ESPIRITUALIDAD DE LA ACCION

**S**E TRATA aquí probablemente de la cuestión más importante de la espiritualidad contemporánea. Re-basa el campo estricto de la espiritualidad sacerdotal; pero se aplica al sacerdote de manera eminente y proyecta una gran luz sobre su vocación. Cuando se aplica al conjunto de los cristianos ofrece además, en cierto modo, la clave que permite solucionar un gran número de problemas de la vida cristiana.

Pero para comprender la cuestión, es preciso acudir a cierto número de nociones tradicionales habitualmente utilizadas.

### *Vida contemplativa y vida activa*

Esta es la primera y más fundamental de las nociones tradicionales, y de la que hemos de hablar con precisión.

La distinción entre vida activa y contemplativa concebidas como dos formas de vida distintas no aparece en el Nuevo Testamento. Más tarde se intentó vincularla a ciertos textos ocasionales, tales como el episodio de Marta y María; pero el origen de la distinción se encuentra realmente en un conjunto de circunstancias humanas. Desde el momento en que desaparecen las persecuciones en el imperio romano, un cierto número de cristianos fervorosos se retira al desierto, para buscar allí la perfección. Son los célebres padres del desierto, que suscitan una admiración general y que dan origen a la vida monástica. Su objetivo no es en modo alguno apostólico, no tratan de ejercer una acción entre los hombres; buscan a Dios y la perfección. Para llegar a ésta, renuncian a todo.

Sobre estas bases se desarrolla la vida monástica. Los monjes se retiran del mundo para consagrar su vida únicamente a buscar a Dios y la perfección —una “escuela de servicio del Señor”, como dirá san Benito—. Hay también mujeres consagradas a Dios con el mismo espíritu. Se enclaustran y centran su vida en la oración.

Los monjes buscan la perfección. No son sacerdotes, y los sacerdotes no son monjes. El sacerdocio es una función, y esta función se ejerce en la comunidad cristiana. El monje se retira a la soledad para buscar a Dios. Hacia finales del siglo VII, san Gregorio Magno considera todavía que existe incompatibilidad entre sacerdocio y monaquismo.

La cuestión, por tanto, es clara, independiente de las conclusiones introducidas más tarde. El monje no es sacerdote; en las comunidades cristianas se elige como sacerdote al más digno, y si un monje llega a ser sacerdote, deja de ser monje.

Por otra parte, la vida contemplativa, que es la vida en Dios, está considerada como la vida perfecta por exce-

lencia, y el estado contemplativo como el estado más elevado.

En la baja edad media se produce una evolución, cuando se fundan órdenes religiosas con el fin de formar buenos sacerdotes, y se llega, con santo Tomás, a una concepción nueva. Hablando de los estados de vida, santo Tomás expone que la contemplación es más perfecta que la acción; pero añade que la vocación más perfecta de todas es la que él llama vocación apostólica, por la cual se aplican a la acción los frutos de la contemplación. Es la célebre fórmula: *contemplata tradere*. Según el pensamiento de santo Tomás, esto se aplica únicamente a las funciones de predicación y de enseñanza, las únicas que practicaban los dominicos.

Las órdenes femeninas eran únicamente contemplativas y enclaustradas. Las funciones de caridad las ejercían los laicos.

Hay que esperar al Renacimiento para que aparezca —por lo demás lenta y tímidamente— la idea de una vocación religiosa con fines caritativos. Al mismo tiempo, entre los hombres, se multiplican las órdenes religiosas apostólicas y se ven aparecer algunas cuyo objetivo explícito es formar buenos sacerdotes. La idea de que el estado de perfección no se encuentra más que en la vida contemplativa se esfuma progresivamente, y se comienza a vivir en la confusión, porque la antigua concepción que ligaba la perfección a la vida contemplativa se defiende e invoca la tradición, pero se afianzan nuevas concepciones que proponen su estilo de perfección sin hablar de la antigua ideología.

Finalmente, sólo en el siglo XIX las religiosas activas, principalmente las de enseñanza y hospitalarias, quedan integradas al derecho canónico a título de religiosas. Se da un paso más adelante cuando Pío XII, en 1957, en un

discurso a un congreso de religiosas hospitalarias, les explica que cumplen un servicio a la Iglesia, sin el cual faltaría a ésta un elemento esencial de su misión, y que deben ser plenamente religiosas. La religiosa activa tiene sin duda una vocación diferente de la religiosa contemplativa; pero es religiosa por el mismo título. No existen religiosas de primero y segundo orden.

Sin embargo la distinción subsiste, basada en una tradición más que milenaria. Y la tradición se expresa en el derecho canónico, cuando, por ejemplo, se establece una jerarquía entre las órdenes religiosas. Pero, a excepción de los beneficiarios, se presta a ello cada vez menos atención. Hemos visto, sin embargo, que la concepción de la vida espiritual basada sobre el aislamiento del alma en Dios ha dominado toda la tradición, y que, pasando de los monasterios contemplativos a las órdenes activas y más tarde a los seminarios, ha inspirado toda la formación espiritual. Hoy día, en cambio, se tiene la impresión de que algo nuevo está naciendo.

### *Valores espirituales de la acción*

En general la literatura espiritual tiene bastante de partido, es decir, que los autores se han preocupado de defender una tesis; y en particular, se trata habitualmente de la oración y de la vida en Dios, como si la mayor parte de los lectores sintieran repugnancia por ella y fuera preciso exhortales a descubrirla de nuevo; en tanto que no se tiene la misma preocupación cuando se trata de la vida activa. Además, como ya lo he hecho notar, generalmente la literatura espiritual no está redactada por los que militan en el siglo.

Esto explica ciertas anomalías. Por este motivo, a lo

largo de toda la historia, encontramos contemplativos que abandonan su vocación contemplativa para lanzarse a la acción. Y nadie dice nunca que haya perdido algo de su santidad. El caso de san Gregorio Magno es particularmente significativo: era monje y abad de un monasterio romano. No parece que el cargo abacial le alejara de la contemplación. Una vez que hubo llegado a papa no deja de suspirar, lamentándose de haber perdido su vida espiritual. Da la impresión, sin embargo, de que entonces brilló su santidad como nunca. Más tarde se han visto muchos casos de contemplativos obligados a aceptar cargos administrativos. Casi siempre se lamentan de ello; pero de nuevo quien los ve no tiene la menor impresión de que la irradiación espiritual haya disminuido.

Ya esta primera experiencia nos plantea el problema de si la conciencia de la unión con Dios en la contemplación se identifica con la realidad de esa misma unión con Dios, y si ésta no puede ser tan fuerte en la acción, con una conciencia menos viva.

*Cuando fija uno la atención en este aspecto de la vida,* se advierte que los ejemplos de los contemplativos que pasan a la acción son innumerables y provienen de los más grandes santos. Citemos simplemente a san Bernardo, uno de los cantores más puros de la vida mística, cuya existencia está entregada al apostolado. Así encontramos en todas partes y en todos los siglos hombres y mujeres que han intentado entregarse a Dios en la contemplación, se han lanzado a la acción más o menos a pesar suyo, y cuya santidad ha brillado mucho más.

Por otra parte, ¿se han lanzado a la vida activa a pesar suyo? No siempre. Para quedarnos en el caso de san Bernardo, parece ser que nadie le impedía permanecer en su monasterio. Pero el celo de la casa de Dios le arrastraba, y no sé que alguien se lo haya reprochado.

Santa Teresa de Avila, la mística más insigne del siglo xvi, pasa los veinte años de su madurez en continuos viajes fundando monasterios, cuyas religiosas, por lo demás, forma ella misma. Pero todo esto es algo muy distinto de la contemplación. La acción juega, en resumidas cuentas, un gran papel en la vida de los eminentes contemplativos; hay que tenerlo en cuenta, cuando se habla de la vida perfecta.

Estas cuestiones se han tratado sobre todo a propósito de los monasterios de mujeres. Se exhorta siempre a las religiosas a entregarse con espíritu sobrenatural a todos los trabajos que impone la obediencia. Se les dice que si la obediencia les manda a la cocina, cuando desean hacer oración, en la cocina encontrarán a Dios. Y cuando se lee la regla de las órdenes contemplativas, queda uno extrañado del poco espacio que la contemplación ocupa durante la jornada. Por otra parte, si el monasterio contemplativo tiene por objeto reunir religiosos o religiosas para la contemplación, la vida común ocupa también una gran parte en su existencia, y esta vida común es la ocasión de contactos humanos —entre los mismos religiosos contemplativos, es verdad; pero, no obstante, contactos humanos—. Y dentro del monasterio hay que asegurar todo un conjunto de ocupaciones humanas que, en sí mismas, son totalmente extrañas a la contemplación, aunque sólo se trate del cuidado de la cocina o de la sacristía.

\* \* \*

En resumidas cuentas, la vida contemplativa no puede separarse de la activa. Pero hay que comprender lo que apuntamos aquí, cuando decimos vida activa.

Es ya tradicional dividir la enseñanza espiritual en dos partes: la ascética y la mística; la ascética, que comprende

todo lo referente a la formación del carácter y a la práctica de las virtudes; la mística, que trata de la unión con Dios, especialmente en la oración. Estas nociones, por otra parte, no son aceptadas universalmente. Hay autores que reservan el nombre de mística a los estados de oración superior, y que incluyen en la ascética la oración habitual. Pero en todo caso habría que acudir a la ascética para encontrar consideraciones sobre la acción.

Y resulta bastante decepcionante cuando uno aborda esas obras con tal intención, porque todas presentan la búsqueda de la vida perfecta desde un punto de vista estrictamente individual, tratando al hombre como un ser aislado. Además, la mayor parte ha sido redactada para uso de los noviciados o de religiosas contemplativas. No evocan la idea de un cristianismo vivo y operante en el mundo. Cuando hablan, por ejemplo, de la humildad y de la caridad, evocan estados interiores y, a lo sumo, los pequeños incidentes que pueden producirse en una comunidad cerrada. La vida profesional, la vida apostólica, la vida familiar no figura en ellas, ni generalmente, lo que puede llamarse la vida social, es decir, la vida en la comunidad de todos los hombres. Sin embargo, estas últimas actividades constituyen un elemento importante e incluso quizás el elemento esencial de la mayor parte de las actividades humanas.

\* \* \*

Ya hemos hablado de ello a propósito de la espiritualidad sacerdotal, pero conviene volver a tratar la cuestión de manera más general, hablando de las virtudes de la acción, de la influencia de la acción sobre el espíritu y de las condiciones de la acción, como instrumento de desarrollo espiritual. La acción estimula las más altas virtudes y, en particular, la humildad y la caridad.

La humildad ante todo, porque el hombre toma esencialmente conciencia de sus límites en la acción. La acción le pone en contacto con el mundo material, que le resiste, y del que sólo puede triunfar en unas condiciones que no dependen de él. Aunque se trate de la actividad más simple, como cavar la tierra, o de la más complicada, como enviar un proyectil a la luna, el hombre ha de aceptar unas condiciones que no dependen de él y guiar su acción conforme a las mismas.

Además, la acción pone en contacto con los demás hombres y también en este caso el hombre choca con obstáculos que ponen de manifiesto sus límites. Para obrar fructuosamente sobre los demás o con los demás, ha de tener en cuenta lo que ellos son. No hace, por tanto, todo lo que quiere; debe aceptar sus límites y, para ello, tomar conciencia de los mismos. Si no se resigna a aceptarlos, lo cual es propio del orgullo, se encuentra con el fracaso.

Por lo demás, el orgullo es muy corriente. El orgulloso, al no reconocer sus límites, choca con el fracaso, y rehusando reconocer su responsabilidad, acusa a los demás o se lamenta vagamente de la vida. El orgullo explica por qué tantos hombres llegan a la madurez amargados y desencantados, lamentándose de que la vida no ofrece lo que se esperaba de ella, porque lo que esperaban era que todo les resultara fácil, que todo se plegara a sus deseos, porque no han previsto el obstáculo ni han sabido aceptarlo.

Esto demuestra que no todo el mundo saca de la acción el provecho que podría esperarse de ella. Pero la acción *puede* prestar el servicio que hemos indicado y se encuentra con mucha frecuencia entre los activos una humildad más profunda que en ciertos contemplativos, porque el peligro de la contemplación es replegarse sobre sí mismo. Todos los tratados sobre la vida contemplativa lo hacen notar y se insiste sobre la obediencia que aparece

como el remedio por excelencia contra el orgullo, al plégarse el que obedece a la voluntad de otro. Sin embargo, la acción contiene, bajo este punto de vista, una virtud sin igual, porque en ella se presenta el obstáculo espontáneamente, sin que se le haya buscado, mientras que la obediencia religiosa conserva un carácter más o menos artificial o prefijado. Ahora bien, existe el peligro de buscarse a sí mismo, cuando interviene la voluntad. El obstáculo que proviene de la naturaleza o de los demás hombres, se presenta ante nosotros sin intervención alguna por nuestra parte, y la obediencia a las circunstancias exige una actitud interior de renuncia a sí mismo. De modo parecido, la acción obliga a ponerse al servicio de los demás, y por ello estimula la caridad. Probablemente haya muchos activos que no piensen más que en sí mismos. Pero cuando un activo tiene en sí un fondo de generosidad, la acción le estimula a servir a su prójimo. No existe, por así decir, un oficio en el que no se tenga ocasión de prestar un servicio, bien se trate de un obrero en el taller, bien de un empleado en una ventanilla, bien de un comerciante al servicio de los clientes. Y no hablo de ciertas profesiones orientadas de por sí al servicio del prójimo, como la de médico, la de profesor, la de juez. Ni, con mayor razón, de los padres, que no son buenos padres si no se consagran a sus hijos.

Se podría hablar largamente de las ascesis por la acción. Los éxitos ruidosos son por lo general peligrosos, y algunas profesiones están orientadas de por sí al servicio del prójimo más que otras. Entre los hombres de acción, hay quienes buscan ocupaciones por las cuales prestar un servicio, de la misma forma que otros no buscan más que los bienes materiales o la satisfacción de la vanidad. Cuando se habla del valor moral de la acción, se trata de hombres de acción que tienen preocupaciones morales. Entre éstos



se encuentra en primera línea el sacerdote. Se hace uno sacerdote para ser ministro de Jesucristo; como ya hemos dicho, en su sacerdocio no existe nada exclusivamente para él.

Un mal sacerdote puede desviar el sacerdocio de su finalidad y tomar como objetivo personal unas ventajas humanas, una vida tranquila, honorable, unos recursos fijos, y puede ocurrir que trate de evitar toda molestia. Son debilidades a las cuales está expuesto el clero sobre todo en los países en que la vida le resulta fácil. Padres cristianos de condición humilde impulsan a sus hijos a hacerse sacerdotes, a la vez por el honor de tener hijos consagrados a Dios y por la promoción social. Los jóvenes se orientan hacia el sacerdocio con el mismo espíritu, sin cuidarse de un don total. Tales sacerdotes no pueden ser más que unos administradores eclesiásticos.

Como hemos visto en el capítulo precedente, el deseo de la perfección puede nacer de la toma de conciencia de las responsabilidades sacerdotales. Tal parece haber ocurrido, por ejemplo, con san Vicente de Paúl, oriundo de una familia humilde, hecho sacerdote por razón de la misma carrera y convertido al deseo de la perfección después de ser sacerdote. Pero esto no ocurre siempre. Cuando se dice que la acción es un alimento de la vida espiritual, no significa que siempre lo sea, sino que puede serlo, y que ella tiene una especial eficacia para orientarse hacia Dios. Para esto se necesita tener un espíritu abierto al problema de Dios. Esto, por otra parte, constituye una verdad universal. La misma vida contemplativa, que de por sí sólo trata de buscar a Dios, puede desviarse, y bajo el prisma de buscar a Dios, puede que el contemplativo se esté buscando sólo a sí mismo.

## *Espiritualidad global*

Por este camino en que estamos, volvemos al evangelio. Cristo no hace distinción entre vida activa y vida contemplativa. El tiene sobre la vida una visión global. Llama a sus discípulos a una vida de amor de Dios, respuesta al amor que el Padre nos tiene, y ese amor de Dios se difunde por el mundo como amor del prójimo. No se comienza por amar a Dios para dirigirse luego hacia los hombres. Amor de Dios y amor del prójimo proceden de un mismo movimiento. El amor lo domina todo, y quien ama se olvida. El cristiano se mueve por un único impulso a la edificación del reino de Dios.

En esta obra del reino de Dios, cada cual trabaja según sus medios. No vamos a entrar en el detalle de las diversas vocaciones. Pero la finalidad es única en todas: edificar el reino de Dios. Algunos se preguntarán, ante estas afirmaciones, en qué viene a consistir la vida interior en el sentido tradicional de la palabra. Pero ya lo hemos visto a propósito de la espiritualidad sacerdotal; la vida interior o, para evitar todo equívoco, la vida en Dios, es como la respiración del alma. Para trabajar en el servicio de Dios, es preciso que Dios sea, en lo posible, una realidad para el discípulo; el pensamiento de Dios debe estar subyacente en toda acción. El cristiano que se da cuenta de las exigencias de la fe, se vuelve, por tanto, hacia Dios en cuanto le es posible. No pregunta: "¿Cuánto tiempo debo rezar?" El reza lo que puede, y la mayor parte de los buenos cristianos que viven en la acción sufren de ordinario por no rezar suficientemente.

Hablamos aquí de oración, porque es la palabra más sencilla. Se puede hablar también de recogimiento, de vida interior, de meditación.

Todo esto viene a ser lo mismo y las formas varían según los hombres. Lo esencial es volverse hacia Dios.

En resumidas cuentas, la acción en el cristiano estimula el deseo de trabajar en la edificación del reino. La una incluye a la otra y no se las puede separar. La concepción según la cual la acción vacía de Dios, porque la vida espiritual únicamente se alimenta en los ejercicios de la vida interior; concepción que afirma que la acción aleja de Dios, y que implica un deber de alimentar la vida interior para mantener el espíritu sobrenatural, volviendo a El con regularidad como a una fuente, para aprovisionarse, tal concepción se basa en una psicología un tanto corta, que fragmenta la vida y supone que se pasa de una forma de actividad a otra como si ambas actividades fueran contradictorias y como si el espíritu no fuera siempre el mismo. Cuando se es verdaderamente cristiano, se sufre tanto por no llevar a Dios en su acción como por no hacer nada por El, cuando uno desea estar unido a El.

La mayor parte de los que hacían oración según la antigua concepción se lamentaban de estar habitualmente en la sequedad. Se debe, en realidad, a que los esfuerzos del hombre por unirse a Dios no son más que una preparación, un ponerse a disposición de Dios, para recibirle cuando a él le plazca venir. Pero se prepara uno también a la visita divina por una acción al servicio de Dios. Y esta visita divina toma las formas que son del agrado de Dios.

Jamás se ha hablado de esta visita divina si no es en los escritos místicos, y éstos la vinculaban únicamente a la oración solitaria. Pero Dios puede venir por la acción, esa acción que lleva consigo, en determinados casos, una concentración en Dios que transporta el espíritu. Quizás el primer ejemplo de esto nos lo haya ofrecido el martirio de san Esteban.

Citado ante el Sanedrín, Esteban expone la fe cristiana y provoca la indignación general. Pero "Esteban, lleno del Espíritu Santo, fijó los ojos en el cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba de pie a la derecha de su Padre. Y exclama: he aquí que veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios". Esteban en aquel momento no se encontraba en modo alguno en una situación conforme a las exigencias de la oración tal como se la describe en las obras especializadas.

Algo parecido se vuelve a encontrar en el célebre episodio del beso de san Francisco de Asís al leproso. No afirmó que hubiera visto a Dios; pero fue a besar al leproso llevado de un impulso espontáneo, debido a que veía a Cristo en los leprosos. Y probablemente estos casos de unión divina difieren de aquellos que describen los místicos; pero no se ve por qué habrían de ser menos sobrenaturales y no habrían de unir tanto con Dios, tratándose de una acción puesta a su servicio.

Puesto que el primer mandamiento de la ley de Cristo es la caridad, y el amor de Dios y del prójimo no son más que uno, es imposible amar cristianamente al prójimo sin amar a Dios y amar cristianamente a Dios sin amar al prójimo. Toda la primera carta de san Juan no hace más que repetir esto. Uno se une a Dios al amar al prójimo.

Todo esto no impide que haya que aprender a amar. Nuestro punto común de partida es que somos egoístas y orgullosos; el espíritu de Dios sólo puede invadir el alma lentamente, pero sería un error creer que ante todo debe uno aplicarse a desarrollar dentro de sí el amor de Dios y dedicarse luego al amor del prójimo. Ambos amores no hacen más que uno y juntos se desarrollan, el uno por el otro.

\* \* \*

Esta visión global de la vida cristiana se apoya en una base doctrinal, debido al desarrollo, en el siglo xx, de la doctrina del cuerpo místico de Cristo. Sabido es que esta doctrina lleva a considerar a la Iglesia bajo una luz bastante diferente de aquella bajo la cual se la consideraba en siglos precedentes.

A partir de la Reforma se había generalizado el considerar a la Iglesia desde un punto de vista jurídico. Habiendo sido la Reforma una rebelión contra el papa, se consideraba a la Iglesia como la reunión de los cristianos en comunión con el papa. La doctrina del cuerpo místico no se opone a esto, pero se sitúa en otro punto de vista: ve preferentemente en la Iglesia el conjunto de cristianos en los cuales vive Cristo. La Iglesia es el cuerpo místico de Cristo, porque es la reunión de aquellos en los cuales Cristo vive por la gracia, y que le prestan, por tanto, sus cuerpos para continuar su presencia en la tierra.

Esta presencia de Cristo en la tierra se manifiesta en toda la vida de la Iglesia. Cristo presente en la tierra es el conjunto de todos los cristianos. El problema de la vida cristiana para cada uno de nosotros no consiste solamente en unirse personalmente a Dios, sino en ocupar un lugar dentro del cuerpo místico. La obra de Dios es una obra colectiva. Los cristianos forman un pueblo y juntos deben construir el reino.

La antigua concepción individualista de cristianos que se ocupan de su salvación, cada uno por sí mismo, o cada uno a solas con Dios, deja paso a una visión global, en la que cada cual debe aportar su contribución a la obra colectiva. No se realizará de otro modo la obra de Dios en el mundo. Cada cual ocupa su puesto en la obra colectiva, ayudando o entorpeciendo. Es inútil pretender mantenerse al margen y ocuparse solamente de sí mismo. Somos todos solidarios. El problema de la perfección para

cada uno está en saber cuál es el lugar que le corresponde en el reino.

En la vida contemplativa no se ocupaba uno del mundo más que para rehuirlo. Hemos destacado esta visión incluso en la *Imitación de Cristo*. Es cierto que en todo tiempo se han dado contemplativos que han sido gigantes de la acción. Hemos ofrecido diversos ejemplos, pero el peso de la vida contemplativa continuaba centrándose en el retiro del mundo para entregarse a Dios. Santa Teresa constituye un ejemplo muy simpático de ello, porque si está totalmente entregada a la actividad, tal actividad se enfoca en la fundación de monasterios contemplativos, cuyo objeto es encerrar tras las rejas a mujeres que viven en Dios. La tradición contemplativa, por tanto, consiste en pensar en la propia alma y en Dios, no apareciendo directamente la preocupación de convertir al mundo.

Esta tradición llega hasta cerca del siglo xx. A finales del siglo xix, comienza a desarrollarse entre los contemplativos el deseo de actuar sobre las almas mediante la oración; y hoy día se asiste a un fuerte movimiento en este sentido, que atribuye a la vida contemplativa un papel esencial en la vida de la Iglesia y que considera la vida de oración como un elemento esencial del crecimiento de Cristo en el mundo. Al declarar a santa Teresa del Niño Jesús patrona de las misiones, la Iglesia sancionó este punto de vista contemplativo. Se ha fundado incluso una obra que tiene por objeto fomentar la instalación de conventos contemplativos en países no cristianos, y obispos misioneros han solicitado contemplativos en sus diócesis, no para colaborar directamente en la labor misionera, sino simplemente para estar allí y rezar.

La idea de la obra colectiva de la Iglesia tiene, por tanto, hoy día tal solidez que la convicción de sostener a los activos por medio de su oración ha venido a ser uno

de los fermentos más eficaces de la vida contemplativa. En vano se buscaría algo parecido en los padres del desierto, e incluso en los místicos de la edad media, si se exceptúa, quizás, santa Catalina de Siena. En nuestros días he conocido a un abad trapense que mandaba leer el periódico en el refectorio, porque estimaba que el conocer lo que pasa en el mundo mantenía e incluso alimentaba la oración de los monjes.

Se llega, pues, a una noción de la vida espiritual bastante diferente de las otras épocas. El primer problema para todos es cooperar en la obra de la Iglesia. Cada cual debe situarse en el lugar que le corresponde, y sobre este terreno se plantea el problema de la vocación particular. Pero cualquiera que sea la vocación, en definitiva se consagra uno al servicio de la Iglesia.

La labor personal de purificación interior, se inserta en este conjunto. Para estar enteramente al servicio de Dios, es preciso purificarse; nadie se encuentra de buenas a primeras con la pureza que exige el ideal cristiano. La obra de purificación hay que llevarla a cabo tanto por la acción como por la contemplación. La acción, según hemos visto, ofrece unos medios de purificación; la contemplación ofrece otros distintos; la contemplación tiene necesidad de la acción tanto como la acción de la contemplación. Y así volvemos al evangelio.

En resumen, según la mentalidad moderna, sumergirse en Dios simplemente para unirse a El y gozar de esta unión parece una concepción truncada de la vida cristiana. Se sumerge uno en Dios para que venga a ser algo vivo en nosotros, y para volver de nuevo con acrecentada pureza a las obras por las cuales le expresamos nuestro servicio.

### *Espiritualidad comunitaria*

Todo cuanto acabamos de decir lleva a una concepción fraternal de la vida, que se manifiesta también en la vida espiritual. Los hombres se salvan solidariamente, y cada cual trabaja en una obra colectiva, en la que se inserta la actividad individual, sin poder separarse de ella. Uno se salva únicamente trabajando por salvar a los demás; se sufre la influencia del medio al mismo tiempo que se trabaja por crear el medio. Se santifica uno únicamente al santificar el ambiente; el santo es un producto del medio ambiente al mismo tiempo que es su creador.

En nuestros días la evolución general de la época es de signo comunitario. Esto se manifiesta en el campo del pensamiento por el desarrollo de lo sociológico, en el campo del trabajo por el trabajo en equipo y el trabajo en cadena. Los espíritus se habitúan al pensamiento de que todo lo que es humano es colectivo, y de que los hombres se influyen mutuamente por el solo hecho de vivir juntos. Más aún, se llega a no concebir ya una acción individual aislada. Todo se organiza con vistas a metas colectivas y a una acción colectiva. El individuo aislado viene a ser algo inservible.

Esta orientación es tan fuerte que algunos ya no ven qué puede realizar el hombre por sí mismo y llegan a negar su libre albedrío, declarando que el hombre es un puro producto del medio. La exageración es evidente, puesto que si el hombre es un producto del medio, éste, a su vez, es un producto del hombre. El medio resulta del encuentro entre los hombres, y el espíritu colectivo del medio es una resultante común de todos los encuentros individuales. El exceso mismo de las tendencias colectivistas lleva también a un cierto número, como reacción, a buscar la aventura aislada. Pero sea lo que fuere, lo que quedará

como conquista de nuestro tiempo será indudablemente la importancia de la comunidad y la clara inteligencia de que la acción individual debe orientarse ante todo a formar, a purificar, a mantener el ambiente.

En otra época, por el contrario, sólo se prestaba atención a lo individual; especialmente en el campo moral, espiritual, religioso se hablaba como si todo esto dependiera únicamente del individuo. Se imaginaban al hombre como un ser soberano, independiente de los elementos exteriores. Se estudiaba el ritmo que debía dar a su vida, como si esto no dependiera más que de él. “Querer es poder”, se afirmaba.

Sin embargo, existieron siempre muchos elementos comunitarios en la vida cristiana. El culto público, que ocupa un lugar tan importante en la vida de la Iglesia, responde al carácter colectivo de la vida religiosa. Asimismo las órdenes religiosas, las comunidades sacerdotales, la mayor parte de las asociaciones piadosas nacieron del convencimiento de que el individuo tiende más fácilmente a la perfección si le favorece el ambiente. Desde los primeros tiempos de los padres del desierto aparecen jóvenes en la escuela de afamados ascetas. Todo esto, por tanto, es muy antiguo y las tendencias comunitarias actuales no son más que un retorno al pasado. Si dan la impresión de nuevas se debe sin duda en parte a que las palabras son nuevas, y en parte también a que la mayoría desconoce la historia, toma por tradición lo que se ha hecho en los últimos siglos y es incapaz de volver a las fuentes. Ahora bien, los últimos siglos han estado dominados por el individualismo en todos los campos, y lo mismo en materia religiosa.

Aparece así en nuestros días una espiritualidad comunitaria inconcebible para otros tiempos. La vida espiritual ya no se reduce a un encuentro a solas con Dios; sino

que por todas partes se reúnen cristianos para comunicar su vida espiritual, incluidos sus elementos más íntimos. Novicios y seminaristas se reúnen para intercambiar sus experiencias espirituales, comunicarse las dificultades que encuentran y salen felices de esos coloquios por haber descubierto que los demás pasan por las mismas experiencias que ellos. Asimismo en los más diversos grupos, reuniones de familias, de obreros, de jóvenes de ambos sexos, se ponen en común las propias experiencias y todos testimonian que su sentido cristiano, su conciencia de las realidades divinas quedan enriquecidos por las aportaciones de los demás.

En ningún momento se afirma más vivamente esta espiritualidad comunitaria que en la participación del sacrificio de la misa. La misa es un intercambio continuo entre el sacerdote y los fieles, y por eso viene a ser expresión de la comunidad al mismo tiempo que su afirmación. Juntos celebran la misa, juntos rezan en ella; nadie se siente solo; cada uno se siente llevado por la comunidad. Se da uno cuenta hasta qué punto en nuestros días resulta nueva esta espiritualidad, por la reacción de las personas entradas en edad que se lamentan de que en las misas comunitarias “no hay manera de rezar” porque para ellas sólo existe oración individual, palabras solitarias, en silencio. Pero los jóvenes salen de esas misas comunitarias con la impresión de haber descubierto verdaderamente el contacto con Cristo y una dilatación de la vida cristiana muy distinta y, sobre todo, más intensa que en las prácticas de otros tiempos.

Empleo aquí la expresión “vida cristiana” que no es la de la espiritualidad antigua, porque esta espiritualidad comunitaria es extraña a las antiguas distinciones. Los partidarios de la nueva actitud espiritual no conciben se fragmente la vida replegándola primeramente en Dios para

ir luego a trabajar en su obra. Todo va unido y se pone en común hasta la misma vida interior.

Tenemos un ejemplo muy sugestivo de la espiritualidad comunitaria en la peregrinación a Chartres que los estudiantes de París organizan todos los años. Durante dos o tres días millares de estudiantes recorren ese camino a pie, rezando, cantando, intercambiando puntos de vista sobre temas espirituales previamente propuestos. Todos coinciden en afirmar que vuelven más cristianos.

Pero, ¿se trata aquí de vida interior?, dirán los que permanecen aferrados a concepciones antiguas. En efecto, todo parece exterior. Pero si esas reuniones comunitarias son una preparación del alma para la visita del Señor, ésta se producirá cuando y como Dios quiera. Con los antiguos métodos, los cristianos fervorosos que buscaban la unión con Dios se lamentaban muy corrientemente de su sequedad espiritual. Si esos momentos de sequedad son reemplazados por experiencias comunitarias expansivas, no parece que esto pueda entorpecer la verdadera unión con Dios.

En esta espiritualidad comunitaria no adquiere tanta importancia el análisis de los estados del alma. Y hoy día se tiene la impresión de que, bajo el prisma de la unión con Dios, los antiguos practicaban con frecuencia una introspección o, a fuerza de investigar a qué altura se encontraban, pensaban mucho en sí mismos. Ahora bien, la esencia de la vida cristiana es la caridad, y ésta consiste ante todo en olvidarse.

Por otra parte, según ya hemos visto, podría preguntarse si esta espiritualidad comunitaria es tan nueva como ordinariamente se cree. Es verdad que acaba con la piedad individualista que reinaba en los siglos XVIII y XIX. Es cierto también que los antiguos no hablaban de espiritualidad comunitaria; pero su vida religiosa era esencialmente comunitaria. La concepción individualista de la vida reli-

giosa es, no obstante, muy antigua, puesto que se la encuentra ya en los padres del desierto. Los eremitas rezaban en la soledad y no se preocupaban de una acción en la Iglesia; pero cuando en la misma época comenzó a desarrollarse la vida en comunidad, se la basó sobre la oración común, en voz alta o cantada. Durante toda la edad media esta oración común, que se concretizó en el oficio divino, constituía la esencia de la vida monástica. La regla no prescribía meditación u oración solitaria; en los intermedios de los oficios el monje alimentaba su espíritu con la lectura o se dedicaba a diversos trabajos; pero nadie hubiera pensado que la oración común del oficio no fuera una verdadera oración, e incluso la oración esencial, para todos los miembros de la comunidad.

Pues bien, en nuestros días, se vuelve a esto mismo y a veces por unos derroteros bastante inesperados. La Iglesia ha entrado en contacto con el mundo de otros continentes y se encuentra con pueblos que han permanecido extraños al individualismo europeo de los pueblos modernos. Especialmente todos aquellos que hablan "del alma negra", advierten cómo los negros se deben a su comunidad, cómo sienten necesidad de una unión vital entre sí y con unos seres superiores. Parece darse aquí una predisposición para la espiritualidad comunitaria. Hay quien incluso pretende que no se debe intentar convertir a los negros individualmente, sino que hay que tomarlos en grupo y actuar sobre el grupo. Sin discutir aquí estos problemas que plantean muchos interrogantes, contentémonos con retener que existe algo que se acopla mejor a la espiritualidad comunitaria de hoy día que a la antigua espiritualidad individualista.

Muchos de los que destacan estos caracteres en el alma negra vienen a concluir que el negro es profundamente diferente del blanco. Pero puede preguntarse si lo que ellos

llaman “espíritu de los blancos” no es simplemente el espíritu individualista que comenzó a desarrollarse en el Renacimiento y, si este enraizamiento del hombre en la comunidad, que se encuentra entre los negros, no es el estado normal del ser humano.

Podría también preguntarse si el desarrollo del individualismo en la Iglesia no es una de las causas esenciales de la descristianización de las masas en los países católicos modernos. Es sintomático observar, en la historia del siglo XIX, cómo los enemigos de la Iglesia empleaban todos los medios de acción sobre las masas, mientras que los católicos se entregaban a un apostolado individual. Como a veces se ha dicho, los católicos pescan a caña, mientras sus enemigos lo hacen a red.

En conclusión, puede afirmarse que la espiritualidad comunitaria no hay que enjuiciarla como un accidente aparecido al acaso y sin relación con la evolución general de las mentalidades. Se encuadra en toda la evolución del siglo y, si se evitan ciertos excesos, puede conducir a un renacimiento religioso muy profundo.

## VISION CRISTIANA

*La unidad entre lo religioso  
y lo moral*

**S**E ha hecho notar muchas veces que el cristianismo no es sólo una religión, sino una moral, y no solamente una moral, sino una religión. La originalidad del cristianismo está en unir inseparablemente religión y moral; la religión, que se refiere a las relaciones del hombre con Dios; la moral, que se refiere a la rectitud de vida. En el cristianismo, el único medio de agradar a Dios es practicar la moral, y la moral tiene por fin agradar a Dios o servir a Dios. El culto divino forma parte de la moral y toda la moral tiene un carácter religioso, porque es querida por Dios. Separar ambas cosas supone una desviación para el cristiano. Cristo insistió sobre este punto más que sobre ningún otro.

A pesar de esta voluntad tan enérgica y frecuentemente manifestada, ha persistido entre los cristianos la tendencia a hacer una separación, y es habitual entre las almas religiosas estimar y concentrar su pensamiento sobre las actividades que miran directamente a Dios, la oración en primer lugar, después las virtudes que precisamente por esto se llaman “religiosas”, y descuidar más fácilmente o subestimar las virtudes llamadas humanas, cuyo enunciado no exige directamente la idea de Dios.

Ahora bien, la vocación sacerdotal es fundamentalmente religiosa. Los que se hacen sacerdotes, lo mismo que aquellos que entran en el convento, se consagran al servicio de Dios y se vinculan con preferencia a los aspectos de la vida moral que dicen referencia directa a las relaciones con Dios. Ello explica que algunos laicos tengan una moralidad más elevada que determinados sacerdotes en lo que concierne a la vida profesional, el trabajo, el sacrificio, el cumplimiento de la palabra dada. No son éstas las virtudes que caracterizan al clero. Se encuentran sacerdotes piadosos, pero indolentes o amantes del dinero; sin embargo, no parecen ser malos sacerdotes por esta razón. El calificativo de mal sacerdote se aplica de ordinario al sacerdote que descuida sus deberes de piedad o de castidad. En la práctica, la castidad está más ligada a la religión que el trabajo o el sacrificio.

Da la impresión de que estas virtudes llamadas especialmente “religiosas”, constituyen un elemento muy importante de la vocación eclesiástica y religiosa; esto también explicaría por qué algunos jóvenes profundamente idealistas no sienten ningún atractivo por la vocación sacerdotal, y por qué otros siguen la vocación sacerdotal sin tener grandes aspiraciones a la perfección e incluso a veces, haciendo distinción entre la perfección “moral” y la “religiosa”. Se advertirá, por ejemplo, que guardan una

puntualidad extrema para el rezo del breviario, pero que son poco sacrificados.

La visión cristiana exige ante todo ser dócil a la unidad de lo religioso y de lo moral proclamada por Cristo. No hay que extrañarse de que ambas realidades espirituales estén con mucha frecuencia en oposición, puesto que uno de los elementos más audaces del pensamiento de Cristo es haber hecho un solo bloque de la religión y la moral. Y lo que demuestra su audacia es que no se ha llegado a realizar. Desde los primeros siglos la religión se centra sobre el culto; sobre los actos y fórmulas del culto las controversias son continuas. Parece tener menos relieve la preocupación por una acción eficaz entre los hombres.

Es cierto que ya se encuentran estos pensamientos en los profetas del Antiguo Testamento; pero son precursores de Jesús y creemos que Dios los suscitaba para prepararle los caminos; en todo caso con la predicación evangélica la unidad entre lo moral y lo religioso adquiere plena resonancia en la línea de la vida.

Pero al hombre no le resulta esto natural y ello explica quizás, en parte, la tendencia a concentrar la acción del sacerdote sobre el culto. La concepción del sacerdote como hombre de Dios entre los demás hombres, que se mezcla en toda su vida con la perspectiva de Dios, es la única conforme al espíritu de Jesús, pero rebasa lo humano.

En una encuesta americana sobre el clero, tanto católico como protestante, se constata que éste es, por lo general, más bien tímido que audaz, que se surte de ordinario de hombres de carácter tranquilo, amantes de una vida sosegada y ordenada.

Esto queda confirmado por una teoría de los organicistas alemanes del siglo xix que declaraban a la Iglesia de sexo femenino y al estado de sexo masculino, porque la dulzura de la Iglesia se oponía a la energía del estado.



Hay mucho de simplismo en estas teorías; pero es significativa la coincidencia en los puntos de vista. Podría añadirse la propensión de muchos sacerdotes a ocuparse de las mujeres y de los niños, lo cual parece indicar que existe algo que se conforma a su carácter.

Entonces se comprende que uno de los defectos más extendido entre el clero sea el miedo a las responsabilidades, el deseo de no tener disgustos —¡fuera “papeletas”!— lo cual entraña una falta de caridad conquistadora. Se encuentran, afortunadamente, numerosas excepciones, pero parece ser que al clero le falta por lo general más audacia apostólica que reserva, y que debería tenerse en cuenta en su formación.

Al leer esto algunos pensarán quizás que se trata de fomentar la indisciplina o la excentricidad. Se trata de algo muy distinto; del tipo de hombres como san Vicente de Paúl o de san Juan Bosco, como esos coadjutores que levantan casas para muchachos sin hogar, como el arzobispo que se rodea de jóvenes de esa misma clase para compartir con ellos su palacio episcopal y su mesa. En todas partes se encuentran ejemplos de esta índole; pero se les cita, porque son excepcionales.

Son numerosos los textos del evangelio en los que se afirma que la piedad carece de valor si no se proyecta en la acción. De nada sirve decir “Señor, Señor, si no se cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. Y la voluntad del Padre es dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, etc. La oración puede conducir a esto, y únicamente así lleva el sello de autenticidad cristiana.

Volvemos continuamente a los mismos principios; la contemplación sólo es auténticamente cristiana cuando lleva a la acción; y sólo hay acción auténticamente cristiana cuando se apoya en la contemplación. Unidad de la vida. Cuando se considera ésta con la mirada de Cristo, todos

los valores humanos se alinean con vistas a la construcción del reino.

Ser hombres de Cristo. No resulta fácil, porque Cristo está tan por encima de todo lo humano, que para seguirle hay que sobrepasar esto constantemente, aunque nadie sea más humano que Él. Se tiene la impresión de caminar constantemente por las cumbres. Continuamente también está uno amenazado de recaer en los valles de los hombres, en los que la religión se reduce a la piedad, donde la caridad se limita a una bondad natural y en los que el espíritu de Dios no aparece para nada. Según el espíritu cristiano, lo religioso y lo moral se alimentan recíprocamente. Dios está tanto en uno como en otro, pero en cada uno a condición de estar en el otro.

Más aún, no es posible volverse hacia Dios sin que Dios nos muestre a nuestros hermanos; ni es posible volvernos cristianamente a nuestros hermanos sin ver en ellos las criaturas de Dios y los instrumentos de la obra divina. El sacerdote está de alguna manera en la cima de esta unidad, puesto que no hay nadie que esté tan identificado con Dios como él.

### *Todo lo humano*

Ser los hombres de Cristo. Ver las cosas de la tierra como las ve Cristo. Cuando se habla de visión cristiana, se quiere indicar precisamente esto.

Ahora abordamos el aspecto objetivo de la cuestión. En las páginas que se acaban de leer he abordado solamente el subjetivo. El problema moral es el problema de la pureza de *intención*. Cuando hablábamos de lo religioso, hablábamos de *vida* religiosa. Pero existe el objeto de la religión y el objeto de la moral. Para tener una vida religiosa

pura, hay que conocer exactamente el objeto de la religión. La perfección moral exige que el hombre se desarrolle conforme a las exigencias de la naturaleza y que se ponga la naturaleza al servicio de la gracia. Todo se descentra si uno se equivoca.

Ya hemos aducido algunos ejemplos. Si uno cree que el rosario es más importante que el sacrificio eucarístico, la vida religiosa queda descentrada. Una práctica de la penitencia que concentre la atención sobre sí mismo puede perjudicar a la caridad. La virtud exige ideas precisas. Para obrar el bien, hay que conocerlo. Uno de los primeros deberes de la vida moral, el primero incluso cronológicamente, es informarse del bien, de las condiciones de su realización.

Decimos "cronológicamente", porque por ahí es preciso comenzar. Quizás no sea lo más importante. Por lo demás, las discusiones sobre la importancia son generalmente vanas: muchas cosas pueden ser necesarias sin ser igualmente importantes. Saber dónde está el bien es, en todo caso, condición indispensable para orientar la vida.

Esto demuestra una vez más la unidad del hombre. Sólo se obra bien si se piensa bien, y únicamente se piensa bien cuando se obra bien. Esta última afirmación quizás parezca menos evidente para algunos; pero quien obra mal se deforma el espíritu —quien tiene la costumbre de ofuscarse se vuelve incapaz de razonar con calma—; hay que ser sereno para razonar sanamente; quien tiene miedo a comprometerse o teme las responsabilidades es incapaz de enjuiciar una situación objetivamente.

Llegar a la perfecta unidad de la vida es sin duda la obra maestra del hombre, y nunca se llega por completo. Se encuentran con frecuencia intelectuales poco preocupados del bien obrar, y grandes inteligencias presentan sorprendentes lagunas que provienen de debilidades mora-

les. También existen virtuosos cuya virtud está empujada por desviaciones igualmente sorprendentes, por falta de una concepción exacta de los valores.

Hemos observado cómo se llega hoy día a superar la dualidad de la vida contemplativa y activa. Pero es preciso todavía decir una palabra sobre una última forma de humildad.

Se trata del elemento comunitario. Cuando los hombres realizan juntos una cosa, la obra común lleva consigo un elemento que rebasa la suma de las obras individuales; además, el desarrollo individual del hombre está ligado a las condiciones de vida colectiva. La instrucción está ligada a la organización escolar; la virtud está ligada al medio. En nuestros días se ha observado que el turgorio es fuente de inmoralidad.

Para llevar a los hombres a un desarrollo, es preciso, por tanto, actuar no sólo sobre los individuos, sino sobre el medio, crear condiciones de vida que hagan practicable la virtud; esto es tan importante como predicar la moral.

\* \* \*

Surge así una dimensión social de la moral que parece nueva. Si esta dimensión moral es un elemento importante de la vida moral, hay que ocuparse de ella.

Pues bien, la moral hasta ahora se presentaba habitualmente bajo un punto de vista estrictamente individual. Se estudiaba el mérito o la culpabilidad de las acciones, o incluso la búsqueda de la perfección, como si la cuestión dependiera únicamente del individuo. No creo haber leído nunca en una obra sobre la vida espiritual que uno tenga la obligación de situarse en un buen medio, ni que uno tenga la obligación de actuar sobre el medio con el fin de ejercer una influencia buena sobre sus miembros.

Sin embargo, se trata de una evidencia humana tal, que se la ha puesto en práctica sin decirlo, de manera instintiva. Pero como sucede de ordinario cuando se obra instintivamente, hubo muchas faltas de lógica. Se fundaron las órdenes religiosas, porque la búsqueda de la perfección exigía un medio ambiente que sostuviera. Los que deseaban vivir en Dios fundaron, como decía san Benito, escuelas de servicio del Señor. Pero en los libros sobre la vida religiosa se habla poco de la importancia, para los religiosos, de ser un buen elemento de la comunidad.

Igualmente, el culto público se basa en la idea de que la oración de una comunidad es algo más que una suma de oraciones individuales; y las reivindicaciones respecto a la escuela, se basan también sobre la convicción de la importancia del medio. Puede decirse, por tanto, que siempre se ha apreciado esta importancia de la comunidad y, sin embargo, hoy día algo ha cambiado.

Algo ha cambiado, por una parte, porque se observa la importancia de la comunidad en todos los campos, y, por otra, porque las posibilidades de organización social se han extendido en unas proporciones que transforman profundamente la vida.

Si se puede organizar la sociedad de forma que todos sus miembros se beneficien de unas condiciones de vida satisfactorias, hay que hacerlo.

A este propósito se cita muchas veces un texto en el que santo Tomás afirma que la práctica de la virtud supone un *minimum* de bienestar. En nuestros días, se le ha dado a este texto mucha importancia; santo Tomás dice esto de pasada, en un opúsculo sin importancia, y no es en modo alguno para él una idea fundamental.

En su tiempo los medios de actuación sobre el bienestar general eran muy reducidos. Hoy día, por el con-

trario, se puede actuar eficazmente. Se puede incluso influir en el bienestar de todo el género humano. El problema del que tanto se habla, del hambre en el mundo, se explica por esto: en la actualidad es posible alimentar convenientemente a todo el género humano, y si no se llega a ello se debe a una mala organización social, originada por causas morales, el egoísmo, el orgullo de los pueblos y de las clases, etc. Uno de los fundamentales problemas *morales* del género humano es desarrollar un espíritu universal de fraternidad, por el cual todos los hombres se sientan mutuamente responsables. Cada uno debe abordar esto en su propio medio.

\* \* \*

Volvemos ahora a encontrarnos con el sacerdote. Para ser el hombre de Dios en medio del pueblo, debe estar abierto a todas las condiciones del desarrollo humano. Hasta el presente, las condiciones del desarrollo sacerdotal eran estrictamente individuales.

Sin duda que los antiguos hicieron en su tiempo lo que pudieron. Cuando se conoce la situación moral del clero en los siglos anteriores e incluso en muchos países hasta nuestros días, uno piensa que lo más que se pudo hacer, y también lo más urgente, era, sin duda, llevar al clero a una cierta vida espiritual y a la mejora de costumbres. Pero hoy día podemos dar un paso más, y el sacerdote sólo puede ser el hombre de Dios, como debe, si sus preocupaciones son tan amplias como el bien del hombre.

Ahora bien, la mayor parte de los sacerdotes insisten aún, tanto en su caso como en el de las personas que les están encomendadas, en una moral puramente individual, como una enseñanza doctrinal abstracta. Se llega a ser sacerdote cursando los estudios de filosofía y teología en

un seminario que trata de preparar para la vida interior. Por lo que respecta a los grandes problemas humanos, el candidato al sacerdocio no recibe formación alguna y aborda, por tanto, la vida con el bagaje de ideas que le proporciona su medio de origen. Según que proceda de un medio rural o urbano, de un medio de clase superior o modesta, mantiene las ideas de su clase. Más tarde, en su carrera sacerdotal, recibe el influjo del medio en el cual vive.

Se podrían citar numerosos ejemplos. Nos bastará uno solo. Desde hace cerca de dos siglos el mundo evoluciona en el sentido de una igualdad creciente y de una fraternidad universal. Todo esto con muchos choques, pero algo se está operando y se puede trabajar en ello en muchos aspectos. Pues bien, el clero no ha representado papel alguno en esta evolución. Por el contrario, existe en los medios eclesiásticos un respeto desusado a antiguas separaciones de clase y a descendientes de antiguas clases dirigentes. El medio católico, las parroquias, los colegios, los hospitales presentan con frecuencia, en este aspecto, una apariencia un tanto anticuada. En la actualidad se dibuja una reacción en ciertos países y en ciertos sacerdotes, pero no se puede decir que, en su conjunto, el clero haya aprovechado una evolución tan conforme al espíritu evangélico, para influir sobre las formas sociales y para desarrollar entre los fieles el sentido de la fraternidad. Para esto hubiera sido necesario que el clero estuviera imbuido de ello, pero no lo estaba. Admitía sin dificultad las costumbres sociales, sin preguntarse si tales costumbres se inspiraban en el cristianismo, ni siquiera si estaban conformes con él. En muchos centros de religiosas, por ejemplo, se daba una importancia considerable al origen social de las alumnas, cuando ya no se planteaba el problema en los centros laicos.

El sacerdote debe ser, por tanto, un hombre que tenga una visión cristiana de la vida. Solamente se es cristiano si se reacciona instintivamente en cristiano en todas las circunstancias. En cierta manera se necesita tener unos reflejos cristianos. Visión cristiana: sin duda esto se aplica a todo cristiano; pero, ¿el sacerdote no debe ser el cristiano por excelencia? Y estos reflejos se aplican a toda la vida, a la vida interior y a la vida exterior. Quien tenga una verdadera noción de la fraternidad, la aplicará en su parroquia, en su clase, en su hospital, en su oración. Hoy día este sentimiento se extenderá a todo el mundo. Para él no habrá ni edad, ni sexo, ni clase social, ni raza, sino en todas partes Dios e hijos de Dios. Esto impregna toda la personalidad.

Desde hace cerca de un siglo, los papas hacen grandes esfuerzos para orientar a los cristianos hacia una verdadera caridad, en materia social, en el problema obrero y en los problemas de las clases sociales, así como en el problema internacional. Han recibido escaso apoyo por parte del clero, que no ha comprendido que tales cuestiones tuvieran una vinculación con la vida interior. Más de una vez se han dado ambientes sacerdotales muy preocupados por la oración o por la liturgia, y vinculados a formas sociales anticuadas, que se oponen incluso en este punto a la doctrina pontificia.

Se daban excepciones, es cierto, pero no es exagerado decir que los sacerdotes piadosos, aquellos que estaban preocupados por su vida interior, incluso muchos de los más caritativos, no veían unión alguna entre su vida sacerdotal y los grandes problemas humanos. Los miembros del clero por lo general reaccionaban en estas materias, según ya hemos observado, conforme a la influencia del medio humano que les rodeaba. No tenían ninguna reacción independiente ni como cristianos ni como sacerdotes.

El ejemplo de las dos guerras ha sido particularmente significativo. En los países beligerantes el clero se mostró generalmente muy patriota; pero casi en ninguna parte se advirtió que el patriotismo del clero tomara un matiz propio, como inspirado por el espíritu cristiano. Muchos de los que leen esto se preguntarán también qué sentido pueden tener las presentes afirmaciones, porque jamás han pensado que la fe cristiana hubiera de modificar el sentimiento patriótico.

Quizás tengamos ocasión de volver sobre este punto. De momento hemos de quedarnos con la afirmación de que todo esto forma parte de la actitud de la vida; que la actitud del sacerdote ante Dios es inseparable de su actitud ante los hombres, y que sus sentimientos personales ante los hombres forman una misma cosa con su actitud de sacerdote en su ministerio sacerdotal. La concepción espiritual de quienes practicaban la vida interior y, por otra parte, desde el punto de vista social, mantenían una actitud opuesta al cristianismo, sufría un error fundamental; la vida más puramente interior no puede ser auténticamente cristiana, si la persona no está impregnada de cristianismo en todo su ser.

Sobre este particular se da a veces una comprobación que muchos encontrarán inesperada. Se han estudiado las ideologías sociales de los santos canonizados en el siglo xix, y si bien la mayor parte de ellos eran ajenos a tales problemas, se ha constatado que sus actitudes estaban conformes, como por casualidad, con lo que los papas habrían de enseñar más tarde.

Lo que acabamos de decir unifica la vida más aún que lo precedente. Por lo general, no se piensa en poner al mismo nivel la lectura espiritual y la lectura de una obra sobre la doctrina social o internacional de la Iglesia; sin embargo, estas últimas materias contribuyen a la forma-

ción del hombre, y la vida espiritual únicamente llega a su total desarrollo cuando el cristiano es plenamente cristiano en todas sus reacciones. Se llega así a una fórmula de vida que abarca verdaderamente toda la vida, pero que es exigente en extremo.

Toda la vida. Indudablemente venimos a parar a un programa tan amplio que nadie podrá realizar plenamente. Nadie puede conocerlo todo y es preciso distinguir las cuestiones que uno conoce bien porque las ha estudiado a fondo, de las que sólo conoce de modo superficial. Pero es cuestión de orientación, de estar abierto a todo cuanto puede engrandecer al hombre, de condolerse con todo lo que le hace sufrir. Quien desea ser amigo de Dios, el que es su ministro no puede desinteresarse de lo humano, así como tampoco puede resolver problema alguno prescindiendo de una visión divina.

El cristiano debe sumergirse en lo humano, porque en lo humano hay que construir el reino de Dios. El sacerdote, cuya misión consiste en ser el hombre de Dios, debe ser un promotor de toda grandeza humana. Grandeza humana en el camino que Dios nos trae. Para llevar a los hombres por el camino que Dios traza, hay que conocer a Dios, hay que impregnar la vida de Dios, hay que enjuiciar todo problema a la luz de Dios; pero para conocer el camino de Dios entre los hombres, también hay que conocer al hombre y los problemas humanos, porque el sentido profundo de los problemas humanos es el que Dios les asigna.

Volvemos siempre a esta unidad del ser. El hombre está sometido, sin duda, a la ley de la multiplicidad que le obliga a separar los problemas, a hacer una cosa y después otra; cada cual en su lugar debe trabajar dentro de los límites de lo que puede y de lo que debe. Pero hay que permanecer abierto a todo cuanto viene de Dios, tener el

alma dispuesta a cuanto procede de Dios. Hay muchos, entre sacerdotes y entre aquellos que se creen los mejores, que no tienen el alma abierta a Dios más que en ciertos campos, mientras que en otros reservan su espíritu para el mundo, para su medio humano, para su clase, para su pueblo. Estar abierto a lo que Dios exige, estar siempre vuelto hacia El y prestar toda la atención, todo el amor a cuanto expresa su reino entre los hombres, exige estar totalmente entregado, pero al mismo tiempo ver cómo todo se unifica, advertir que Dios está en todo, que está siempre y en todas partes operando, que el sacerdote, siendo el hombre de Dios, debe interesarse por todo cuanto interesa a Dios y bajo su mismo punto de vista. Esto pide ser totalmente de Dios.

### *La mirada de Jesús*

El programa que aquí se traza es tal, que nadie puede jactarse de realizarlo íntegramente. El hombre es un ser deficiente, limitado por todas partes, en la duración de su vida, en la capacidad de su inteligencia, en la resistencia de su cuerpo, en las circunstancias que lo determinan, y ningún hombre, lo mismo el sacerdote que otro cualquiera, puede gloriarse de conocerlo todo, de prestar atención a todo, de comprender todas las situaciones; pero no se trata de esto. La cuestión es estar *abierto* a todo cuanto Cristo desea realizar valiéndose de nosotros, y por tanto seguir las huellas de Cristo en todo —en cuanto sea posible—. Si se sigue totalmente a Cristo, no se abordará problema alguno con ideas preconcebidas —lo que en sentido estricto de la palabra llamamos “prejuicios”, juicios formulados de antemano— extrañas a la visión de Jesús.

La vida pública de Jesús duró tres años. Durante este

tiempo, bastante corto, pudo indicar una orientación de la vida, inculcar un espíritu —por lo demás debía ante todo revelarse a sí mismo, revelar el puesto a ocupar en la vida de sus discípulos. El problema no estribaba en resolver uno por uno los casos particulares que podían presentarse. Por lo demás, estos casos cambian según las personas, los países, las épocas. El problema cristiano está en reaccionar en todas las circunstancias según la visión de Cristo.

Por otra parte, aunque Jesús hubiera querido resolver todos los casos, hubiera resultado ineficaz, porque más tarde se hubieran planteado inevitablemente otros, cuya solución completa no se hubiera encontrado. Lo que Jesús nos deja es una actitud de vida, y esta actitud de vida conduce a proyectar sobre el mundo una mirada nueva.

La primera condición para mirar al mundo con la mirada de Cristo, es vivir con Cristo, alimentarse de Cristo, lo cual se verifica concediendo a la realidad de Cristo en la vida el puesto que le corresponde. Esto se manifiesta, por ejemplo, en el puesto que se concede al sacrificio de la misa y a la adoración del Santísimo Sacramento. Pero se trata del sacrificio entendido como se ha dicho más arriba, y de la adoración del Santísimo Sacramento, como prolongación de la misa —presencia de Cristo inmolado en el sacrificio—. Todo esto es unirse al sacrificio del calvario, fuente de nuestra salvación. Ya he hecho observar que muy pocos sacerdotes de parroquias rezan ante el Santísimo Sacramento que está en su iglesia, muy cerca de su casa.

No se trata del culto del Santísimo Sacramento tal como se practicaba en el siglo XIX, simple culto de la presencia real, sin relación con la pasión y el sacrificio de la misa; se trata del culto del Santísimo Sacramento en conexión con la misa. Esto supone, en primer lugar, que los sacerdotes hagan de la misa el centro de su vida y la cele-

bren con plena conciencia de lo que el sacrificio de la misa representa en la vida de la Iglesia. No se trata de sacerdotes que digan la misa de prisa y corriendo, como para liberarse de una carga.

Además, el sacerdote debe alimentarse de Cristo, leyendo y meditando su vida y su palabra. En otros términos, el Nuevo Testamento debe estar en el centro de su vida. Cuando decimos esto no hablamos de exégesis, de estudios de carácter intelectual o científico; se trata de un alimento del alma, de una lectura que va acompañada de oración. Sabemos que el evangelio no es un tratado doctrinal. El evangelio muestra a Cristo vivo y da la visión de Cristo, así como más tarde las cartas muestran el espíritu de los discípulos que continuaron la obra de Cristo en los primeros tiempos. El contacto con el Nuevo Testamento nos introduce en la intimidad de Cristo vivo.

Pero esto hay que buscarlo, y después, abordar la vida llevando dentro de sí el espíritu de Cristo.

Preguntarse ante cualquier problema cuál sería la actitud de Cristo...

Ahora bien, se está muy lejos de ello. La mayor parte de los sacerdotes está también muy lejos de ello. Se contenta uno con un simplismo que limita la vida sacerdotal a unos deberes de piedad, a ciertas virtudes de renuncia o de caridad sobre el plano inmediato de ideas que reinan en el medio ambiente, pero no relacionando con Cristo más que limitados campos de acción. El ejemplo citado anteriormente de las actitudes en materia social e internacional, por parte de los sacerdotes piadosos y caritativos en su ministerio inmediato, es muy significativo respecto a esta limitación de la vida sacerdotal.

Si hoy día lo advertimos, se debe al prodigioso renacimiento de la vida de Cristo en la Iglesia, que constituye

sin duda la esencia del renacimiento cristiano en nuestro tiempo.

\* \* \*

Sin advertirlo, una vez pasada la primera admiración de la Iglesia primitiva, se había vuelto más o menos progresivamente a procedimientos humanos y se había forjado una especie de racionalismo cristiano, haciendo de la enseñanza cristiana un sistema que parecía satisfactorio a la inteligencia y se inspiraba en los pensamientos de los hombres. Se aplicaban entonces textos de la Escritura y se jactaba uno de haber llegado a una exposición cristiana de modo razonable. Esta enseñanza agradaba tanto más cuanto que extraía sus datos de todas las fuentes del pensamiento humano. Esto constituía con frecuencia el fundamento, suministrando los materiales de la construcción; la doctrina de Cristo únicamente intervenía más tarde para dar una confirmación. Y se creía haber construido un sistema cristiano perfecto, cuando en realidad se había llegado a un revestimiento cristiano del pensamiento de Platón o de Aristóteles.

Situarse en la visión de Cristo es algo muy distinto. Se trata, en primer lugar, de ponerse a la escucha de Cristo, para abordar los problemas humanos como El los aborda, dando a cada uno la importancia proporcionada a la concedida por El, y no la que nosotros tendemos a darle o la que nuestro medio humano le concede. Cristo no es un racionalista; no hace razonamientos, El proyecta sobre la vida una mirada global e indica una orientación del pensamiento. Pero la orientación del pensamiento es algo muy distinto del razonamiento. Ante dos orientaciones diferentes del pensamiento se pueden hacer dos razonamientos muy distintos, pero igualmente válidos, una vez admitido el punto de partida.

La renovación actual de los estudios bíblicos, la consiguiente renovación en la enseñanza de la teología y en la espiritualidad tienen como consecuencia centrar al cristiano sobre Cristo de una manera totalmente nueva y ponerle a la escucha de Cristo, del Cristo vivo, que habla, que está en el punto inicial del pensamiento. Y entonces no es cuestión simplemente de vivir según las costumbres de su tiempo, de su país, de su clase, y después acomodar toda esta a ciertas fórmulas cristianas, aisladas de su contexto; se trata de partir de Cristo, de enjuiciar todo inspirándose en Cristo. Poco a poco se va perfilando la actitud cristiana.

Hablo de actitud cristiana, puesto que esto se aplica a todos. Pero a los sacerdotes de modo particular. Y volvemos otra vez al Nuevo Testamento en el que leemos según expresión de san Pablo que, en Cristo, todo ha cambiado.

En la literatura sobre el sacerdote hasta la época moderna, la perfección de éste discurría sobre ciertos campos limitados, la vida privada y el ministerio sacerdotal concebido, según hemos visto, de una manera muy restringida. Pero nuestro tiempo llega, enfrentándose a todos los problemas humanos, a una actitud nueva, inspirada en Cristo. Algo en lo que, según parece, nunca jamás se ha pensado.

El sacerdote, por ejemplo, continuaba siendo de la clase y de la nación de la cual era originario. Después de san Pablo se repetía muchas veces que el cristiano no conocía ni clase, ni sexo, etc.; pero no se aplicaba. No se detenía uno a preguntarse si el sacerdote no debería estar, con Cristo, por encima de todas las divisiones humanas. Se creía serlo mostrándose bueno y caritativo con los inferiores, pero se continuaba considerando a éstos como tales. Hoy día en que se comienza a reflexionar sobre el fracaso

de las misiones modernas, uno advierte que una de las causas principales, si no la principal, ha sido porque al llegar a esos países, los misioneros estaban imbuidos de todo un conjunto de concepciones extrañas al cristianismo, debidas simplemente a su educación en el medio occidental, y porque no habían pensado nunca que siendo apóstoles de Cristo habían de renunciar no sólo a trabajar en su país y a vivir en él, sino a las concepciones de la vida que tenían en su país —por ejemplo la superioridad de la raza blanca... Estos misioneros eran de una generosidad admirable; algunos de ellos murieron por la fe o sufrieron duramente; pero continuaban siendo de su país, y no veían que, incluso sobre ese plano que les parecía profano y de evidencia natural, debían también encontrar en Cristo una actitud determinada para la vida.

Por otra parte, abundan ejemplos de esta índole. También se encuentran muchas aplicaciones en nuestros países. Si la Iglesia, según la expresión de Pío XI, “ha perdido a la clase obrera”, ¿en qué medida no se debe esto a que el clero no tenía en esta materia otras ideas que las de la clase burguesa y agrícola, de la que él procedía o con la cual estaba en contacto, sin caer en la cuenta de que el espíritu de Cristo pudiera exigir una modificación en ese conjunto humano?

Estas consideraciones abren amplias perspectivas, y uno no puede ser competente en todas las materias; pero se trata nuevamente de una orientación del espíritu. Si se tiene de la fraternidad cristiana la idea que de ella tuvo Cristo, se sentirá uno herido en todas las formas de menosprecio y se deseará todo cuanto supone reconocimiento de la dignidad de todos los hombres.

Pero, dicho esto, es preciso añadir que en el punto de arranque de una acción auténticamente cristiana se encuentra el pensamiento evangélico, y que Cristo cambia



todo. Absolutamente todo. No hay que afirmar que lo cambia y, después, comportarse de manera que determinados campos le sean extraños. Cuando Cristo no cambia nada en la solución de un problema considerado en sí mismo, puede ser que oriente a una perspectiva diferente, porque, en la realidad, el problema no existe en sí mismo, sino en conexión con otros; puede que sea suficiente un cambio de puesto en el conjunto, que adquiriera más o menos importancia de la que se le concede en el medio humano, para que la vida se transforme.

En primer lugar, pues, hay que acudir a la escuela de Cristo, alimentarse de El, referirse a El, en cuanto se pueda. Sabemos que nadie es perfecto y que no se puede esperar a serlo para comenzar a actuar. Se hace lo que se puede en el estado en que uno vive, y hay que trabajar toda la vida por purificarse. Hay que estar siempre dispuesto a modificar sus propios puntos de vista, si advierte que no son los de Cristo. Los ejemplos ya citados del problema obrero y del problema internacional, son particularmente interesantes, porque los papas han intervenido de manera insistente, tanto en el uno como en el otro. Los sacerdotes habían sido alertados. Algunos siguieron; en su mayoría se hicieron los sordos. Por otra parte, les parecía que todo esto caía fuera de su función sacerdotal. ¿No consistía ésta en distribuir los sacramentos, celebrar la misa, fomentar la caridad, a fin de prestar una ayuda a los desventurados? Ya hemos visto que esto no es para descuidarlo, pero no es tanto.

Ser el hombre de Cristo y mantenerse en el punto de vista de Cristo, intervenir donde Cristo intervendría y como Cristo lo haría. Volveremos a hablar sobre esto. Pero, en todo caso, ello exige que Cristo llene nuestra vida, toda nuestra vida, que no exista en nosotros repliegue alguno que no le pertenezca.

## *La revisión de vida*

La revisión de vida es una práctica espiritual característica de nuestro tiempo. Consiste en el hecho de que un grupo de cristianos, laicos, sacerdotes, religiosos, se reúnan para examinar su vida a la luz de Cristo, partiendo de una situación concreta.

La revisión de vida difiere del examen de conciencia tradicional por su carácter comunitario. Los cristianos se reúnen para examinar conjuntamente el caso que desean confrontar con el espíritu del salvador. En otro tiempo el examen de conciencia era individual; se examinaba uno a sí mismo, en silencio. Incluso cuando el examen era dirigido, tal como se realizaba en ciertos ejercicios comunitarios, continuaba siendo individual, es decir, que el director se limitaba a hacer unas sugerencias a las que se respondía interiormente.

La práctica de la revisión de vida nació de la Acción Católica, pero pronto se aplicó a todos los grupos de militantes cristianos; por otra parte, están aún lejos de haberse generalizado. Exige, por lo demás, que se la tome muy en serio, que se la prepare cuidadosamente, y que se la aborde plenamente con buena voluntad. Totalmente diferente a los antiguos ejercicios, a los que se acudía para oír un sermón, con libertad para sacar de él lo que uno quisiera, en los que se rezaba el rosario, juntos o individualmente. Este rezo del rosario no exigía ninguna disposición especial, ni conducía a conclusión alguna para la vida: era simplemente un acto de devoción, terminado el cual se partía de nuevo. Sin duda, son necesarios actos de devoción; tienen su puesto en la vida, y realizados con buenas disposiciones intensifican la vida sobrenatural; pero, no obstante, son algo muy distinto a todo esto.

Particularmente entre los sacerdotes, está muy poco

extendida hasta el momento la revisión de vida, a excepción de algunos grupos de vanguardia. Constituye, sin embargo, un instrumento de desarrollo cristiano que permite explicar todo cuanto acabamos de decir. Porque la revisión de vida se extiende a todos los aspectos de la vida. Unos sacerdotes reunidos pueden también hacer su revisión de vida sobre la celebración de la misa o el rezo del breviario, sobre la visita a los enfermos o la distribución de los sacramentos, sobre la predicación y el catecismo, sobre la visita a las familias, sobre el patriotismo y sus diferentes manifestaciones, sobre la fraternidad entre las clases, entre los pueblos, entre las razas, y sobre lo que puede hacerse para desarrollar en este sentido un espíritu cristiano, sobre el empleo de los bienes materiales, la importancia del dinero, y la actitud de la Iglesia, o sobre un punto de vista más concreto, la actitud propia de los sacerdotes que participan en la reunión respecto al dinero. Estos son algunos problemas solamente, y la mayor parte lleva consigo numerosas cuestiones. Es decir, que se puede practicar la revisión de vida durante años sin agotar los temas de conversación.

No parece exagerado decir que una revisión de vida tomada en serio, cuidadosamente realizada, puede transformar profundamente la vida sacerdotal, y que es el medio por excelencia para desligarse de la influencia absorbente del medio humano, y de situarse bajo la luz de Cristo. Si se generaliza, puede esperarse a través de ella una transformación del clero.

Puede considerarse como la conclusión de todo cuanto se ha dicho anteriormente, porque exige sacerdotes de auténtica buena voluntad, únicamente preocupados por ser los hombres de Cristo, sacerdotes que, en su vida personal, se entreguen ya a fundamentarse sobre Cristo. Para que la revisión de vida sea eficaz, es preciso llegar

a ella libres de miras humanas de las que estamos impregnados y dispuestos a aceptar lo que fuere desde el momento en que se trate de la aplicación del espíritu de Jesús. Cuando se revisan con estas disposiciones las diferentes actividades del sacerdote, se produce una transformación por la cual el espíritu de Dios impregna toda la vida.

Por lo demás, se trata de una acción lenta, como la del fermento al que el salvador mismo compara el reino. O incluso, es como si, a lo largo de las reuniones de la revisión de vida, se pasara un haz luminoso por la vida. Lo esencial está en que esta luz sea la luz de Cristo y no la de la sociedad humana en que uno vive. En este punto particular ya se manifiesta en muchos aspectos ese renacimiento cristiano, pero con mucha frecuencia, está limitado a pequeños grupos. En la medida en que este espíritu se generalice, podrán cifrarse fundadas esperanzas.

## EL SACERDOTE NO ESTA SOLO

**H**EMOS visto que el sacerdocio es una función. El sacerdote es el hombre de Dios entre los demás hombres. Es elegido por la Iglesia como su representante oficial. La Iglesia está donde está el sacerdote. El laico, por muy santo que sea, necesita del sacerdote para estar en la Iglesia.

El sacerdote: término genérico: el papa, los obispos, los que hoy día llamamos sacerdotes —todos sin embargo sacerdotes—. Asimismo se dice de Cristo que es el sacerdote por excelencia, el gran sacerdote. Todo esto equivale a decir que el clero forma un cuerpo. El sacerdote pertenece a este cuerpo.

En nuestros días, cuando se habla del sacerdote, se piensa en lo que en otro tiempo se llamaba sacerdote de segundo rango, el sacerdote cuya función se cifra en ser colaborador. El derecho canónico afirma que el obispo

no puede ordenar a un sacerdote más que para el servicio de la diócesis. Ya lo hemos recordado: dentro del sacerdocio no hay nada para el sacerdote; el sacerdote sólo existe para el pueblo cristiano.

Lo mismo hay que decir de toda la jerarquía sacerdotal. El papa, los obispos, los simples sacerdotes, todos son únicamente para el pueblo. Son los instrumentos o los ministros de la Iglesia, y ésta es la obra común de todos los cristianos. Pero, en esta obra común, el clero constituye el cimiento. En un muro, las piedras son más interesantes que el cimiento; pero no habría muro sin cimiento. Igualmente, la Iglesia se mantiene unida por el clero. Acabamos de decirlo: cuando los laicos buscan la Iglesia se vuelven hacia el clero.

### *El presbyterium*

Decir que el sacerdote ejerce una función es también decir que se inserta en una comunidad, que forma parte de un cuerpo. Todo esto va unido. En nuestros días existe un retorno a unas nociones fundamentales, fuera de las cuales el sacerdocio pierde su significación.

Aparece nuevamente aquí el grado de decadencia en que había caído la Iglesia en los tiempos modernos: es una nueva manifestación de ese individualismo religioso que había corrompido tantas cosas. Se ha hablado bastante de la soledad del sacerdote. Se ha dramatizado bastante esta vida solitaria. ¡Cómo si el único problema fuera el de la soledad material!

Es cierto que la función del sacerdote estaba concebida como una carga individual. El párroco de tal parroquia, el capellán de tal hospital, el profesor de tal colegio recibían el nombramiento simplemente para ocupar una

plaza y ejercían en ella su actividad, sin preocuparse de nada más. El párroco, en particular, no tenía que preocuparse de los párrocos vecinos. El formaba parte, es verdad, de una administración en la que se le imponía unos reglamentos y debía aceptar una disciplina para vivir en paz. Pero nada de colaboración. ¿No era cada párroco dueño de su parroquia?

En cuanto al obispo, era un administrador. Cumplía ciertas funciones, administraba determinados sacramentos, nombraba a los sacerdotes para sus funciones, cuidaba de la marcha de la diócesis. Indudablemente el derecho canónico se esforzaba por mantener ciertas tradiciones ya inteligibles, tal como la norma según la cual el obispo no podía ordenar a un sacerdote más que para la utilidad de la diócesis. Se deseaba ser sacerdote para santificarse —a sí mismo—, para decir la misa —para sí—. Al menos los mejores. Los demás buscaban una situación honorable, agradable, etc. Decir la misa para el pueblo era una carga que se imponía a algunos; pero ningún sacerdote deseaba decir la misa para el pueblo. Todos preferían, y con mucho, decir la misa solos, su misa.

Hoy día se produce una especie de explosión corporativa que comienza por los obispos, e incluso por el papa. Pero como el papa es único, no puede darse una corporación para él más que formando un “cuerpo” con otros. Según la concepción individualista, únicamente el papa gobernaba, enseñaba, nombraba. Estaba solo en la cumbre, rodeado de subordinados, sin colaboradores.

A partir del día en que Juan XXIII convocó el Concilio Vaticano II, se comenzó a hablar del *colegio* de los obispos; se comenzó a recordar que Cristo confió su Iglesia, *colegialmente*, a Pedro y a los apóstoles —siendo el papa el sucesor de Pedro, los obispos los sucesores de los apóstoles— y que, por consiguiente, los obispos no son

simplemente los subordinados del papa, sino sus colaboradores; que se les ha confiado la Iglesia como al papa, bajo la presidencia del papa ciertamente —dejarían de ser católicos si se separaran del papa—; pero el papa no puede prescindir de ellos. Y el papa ha reunido el concilio para que los obispos deliberen *con él*.

Son viejas verdades. En principio, jamás se las ha olvidado. En la práctica, no se las tenía en cuenta.

Igualmente, con ocasión del Concilio Vaticano II, ha recobrado importancia la antigua doctrina según la cual los obispos llevan colectivamente la carga de la Iglesia universal. También aquí campeaba el individualismo. El obispo no se ocupaba más que de su diócesis; sólo el papa se ocupaba de la Iglesia universal. Al volverse a encontrar en el Vaticano, los obispos han descubierto que formaban una comunidad, y el mismo lenguaje de Juan XXIII indicaba una conciencia clara de que la Iglesia les estaba confiada a todos.

¿Cómo ha podido olvidarse? Es, no obstante, tan evidente que Cristo confía su Iglesia a Pedro y a los apóstoles... Pero no hemos de hacer aquí un libro de historia.

\* \* \*

En primer lugar, el papa y los obispos: primer colegio. Después, el obispo y sus sacerdotes: segundo colegio.

El obispo está rodeado de sacerdotes que le ayudan a ejercer la función sacerdotal. La diócesis está confiada al obispo. Los sacerdotes no son más que *sus* colaboradores; no tienen otra razón de ser que la de ayudar al obispo a cumplir su función y, al mismo tiempo, ejercen así su propia función: en este sentido son también sus colaboradores.

Cuando un sacerdote es capellán de un hospital, la función que ejerce es función del obispo; pero no pudiendo el obispo hacerlo todo personalmente, necesita la asistencia de sacerdotes. Y otro tanto hay que decir tratándose del párroco.

San Agustín enseñaba el catecismo a sus diocesanos. Los obispos de hoy día ya no enseñan el catecismo. No es porque no sea una función episcopal, sino sencillamente porque tienen demasiadas cosas que hacer. El obispo es el sacerdote "ordinario" en todos los sentidos de la palabra. Todas las funciones sacerdotales le pertenecen. Pero debe buscarse ayuda.

En la Iglesia primitiva, las diócesis eran más pequeñas y los obispos más numerosos. Con sus sacerdotes formaban el *presbyterium*, un solo cuerpo. La concepción individualista del obispo y del sacerdote constituyó una corrupción. Se han conservado algunas palabras en una época en que no correspondían ya a realidad alguna. Siempre se dijo, por ejemplo, que el obispo era un pastor. Los ritos de la ordenación están llenos de doctrina auténtica y siempre se han hecho bellísimos comentarios. Pero la realidad era muy distinta. Hoy día se vuelve de nuevo a esa realidad.

Es cierto que siempre ha habido santos obispos, así como santos sacerdotes —y santos de toda condición, hay que reconocerlo—, pero lo que renace hoy día es una vida colectiva inspirada en la doctrina de Cristo.

El obispo no es simplemente un personaje representativo que asiste a determinadas ceremonias, ni un personaje administrativo que extiende nombramientos y controla la administración eclesiástica; es el sacerdote, el sacerdote encargado de la diócesis, ayudado en su ministerio por otros sacerdotes, sus colaboradores. Todo sigue el mismo rumbo: la idea que se tiene hoy del párroco no es tampoco la de

un funcionario gerente del culto que administra una parroquia, sino también la del pastor, del hombre de Dios en medio del pueblo fiel.

De esta forma todo adquiere nueva vida en la Iglesia. El tipo actual de obispo se está haciendo muy diferentes del de hace cien años, e igualmente el tipo de párroco.

Digo “se está haciendo”, porque todavía no está hecho. No todos los obispos están aún conformes con este tipo, ni todos los párrocos, ni todos los sacerdotes; pero la idea del obispo como padre de su diócesis, y del sacerdote como asociado al obispo en su ministerio, se está generalizando constantemente.

Se llega a decir que la misión del sacerdote no es sólo santificar las almas, cada uno por su cuenta, sino “formar una Iglesia viva” (dom Botte). Una Iglesia viva: algo muy diferente a preparar uno a uno a los elegidos, y a preocuparse de que los feligreses realicen ciertos actos —ir a misa, confesarse, respetar el decálogo...

En nuestros días se habla frecuentemente de una vida comunitaria entre el obispo y sus sacerdotes, así como de una comunidad diocesana integrada por aquél y éstos. Se trata de una comunidad de colaboración, no de una comunidad material de mesa y techo. Pero esta comunidad de colaboración es importante, porque proporciona a todos los sacerdotes la conciencia de participar en una empresa común. La vida cristiana se cifra no en lo que hace tal sacerdote, sino en lo que realiza el obispo *con* sus sacerdotes. Es importante que el obispo vea en sus sacerdotes no a simples subordinados, sino a sus colaboradores, no solamente o sobre todo a personas que vigilar, sino a personas que trabajan junto *con* él. En cuanto a los sacerdotes, no es menos importante que adquieran conciencia de que no ejercen solamente una función personal, sino que colaboran en la obra de la diócesis.

Por otra parte, se ve alborear una nueva ampliación de esta colaboración. Desde hace algunos años, Roma pide que los países en los que abundan los sacerdotes, envíen parte de ellos a los países en los que escasean, con el fin de establecer una corriente sacerdotal a través del mundo y con el fin de volver poco a poco al clero auténticamente católico, es decir, universal. Ya en el Concilio Vaticano II, los obispos han tomado conciencia de que son colectivamente responsables de la Iglesia universal. Esta mentalidad debe pasar a los sacerdotes, de modo que todos, obispos y sacerdotes, estén al servicio de la Iglesia universal y adquieran plena conciencia de lo que son.

\* \* \*

Cuando se habla de la vida comunitaria del clero, se hace referencia sobre todo a la vida entre sacerdotes. En este sentido los progresos realizados son mayores aún que entre obispos y sacerdotes.

Hay que tener en cuenta dos elementos: espiritual uno, material el otro.

El elemento espiritual es el desarrollo doctrinal del que ya hemos hablado. A medida que el sacerdote toma conciencia de estar asociado a una obra común, de colaborar con su obispo y con sus hermanos en la vida de Cristo dentro de la diócesis, vida común de la que el clero es colectivamente responsable, se siente menos aislado.

Pero este desarrollo espiritual está sostenido por las exigencias y los medios de acción colectiva de nuestra civilización.

En otros tiempos la mayor parte de los párrocos vivían en las aldeas, casi sin carreteras, sin medios de transporte ni de comunicación, se encontraban aislados y no disponían de medios para concertar su acción con sus hermanos.

El único medio de poner la vida religiosa al alcance de los fieles era dispersar a los sacerdotes por los pueblos, y ya hemos visto que la vida religiosa se limitaba a una enseñanza teórica de la religión durante la infancia, a una predicación abstracta, poco eficaz, el domingo, a la celebración de la misa y a la administración de los sacramentos. El sacerdote estaba muy aislado.

Sin embargo, siempre hubo preocupación por crear contacto entre los sacerdotes; pero en el estado en que se encontraba el clero, eran reuniones puramente rituales, tales como conferencias teológicas, por lo común reducidas a formulismos sin alma o a reuniones de esparcimiento, para jugar a las cartas, para beber. Hoy día surge la preocupación por una colaboración, que se ve posible y necesaria.

Ha sido posible, gracias a los medios de comunicación. Las carreteras, los vehículos, el teléfono ofrecen facilidades para reunirse, para ponerse de acuerdo, incluso para vivir en equipo. Un grupo de sacerdotes viviendo bajo el mismo techo puede atender a una región, dispersándose por los alrededores para ejercer su ministerio. La vida cristiana puede organizarse regionalmente y, si lo esencial de la vida cristiana se centra en reuniones en las que conciertan su acción junto con el sacerdote diversos grupos cristianos como los jóvenes de ambos sexos, los obreros, los labradores, las madres de familia, los matrimonios, es lógico que los sacerdotes se especialicen en una forma determinada de acción y en un medio social concreto, a escala regional, y no cada cual en su parroquia ocupándose de todo al mismo tiempo.

Todo esto explica que se hable cada vez más de una "pastoral de conjunto", por la cual el clero de una región se ponga de acuerdo para trabajar en la misma de forma convenida. Colaboración sacerdotal que se impone cada vez más, porque la vida social se organiza en todos los

planos en función de conjuntos más vastos que antaño. Hasta los mismos aldeanos se marchan lejos —lo que hubiera supuesto en otro tiempo una distancia inaccesible— para trabajar, para divertirse, para realizar diversas compras. Los reagrupamientos religiosos deben seguir la misma línea; pero ello exige que el clero se ponga de acuerdo y, por consiguiente, colabore.

Vida comunitaria o vida de colaboración, cuya esencia es algo espiritual, pero que se expresa en formas de vida material común, diversas hasta el infinito. En lo material ha existido siempre la vida comunitaria entre sacerdotes en diversas regiones: coadjutores viviendo con su párroco, comunidades de sacerdotes especializados en diversos campos del ministerio. Pero en otros tiempos estas formas de vida común no entrañaban de ordinario comunidad espiritual alguna, ninguna realización en común ni de vida espiritual, ni de ministerio sacerdotal. Párrocos que vivían con sus vicarios y que no hablaban nunca de su vida ni de su acción sacramental. Cada cual trabajaba en su parcela y los demás permanecían totalmente extraños. Lo que se va generalizando en nuestro tiempo son los sacerdotes que se reúnen para hablar de su vida sacerdotal, para reflexionar juntos, para estudiar juntos, para ponerse de acuerdo en la preparación de su acción.

Se observa claramente aquí la dependencia entre lo material y lo espiritual con predominio de lo espiritual. Muchas circunstancias de nuestro tiempo favorecen la comunidad material, como son la mayor facilidad para vivir en grupos, facilidad de cuidados domésticos, facilidad de verse y de ponerse de acuerdo cuando se vive juntos. Pero todo esto no da resultado alguno espiritual si no media un espíritu. El sacerdote que desea ser plenamente sacerdote, desea compartir su vida y su actividad sacerdotales con sus hermanos; aprovecha entonces todas las ocasiones

para desarrollar el espíritu comunitario y el hecho comunitario.

Este espíritu comunitario se está generalizando actualmente por doquier. En América del Sur, sobre todo, donde la situación del clero es muchas veces tan crítica en diversos aspectos, se desarrollan rápidamente los "equipos de vida sacerdotal" que tienen por objeto agrupar a los sacerdotes con el fin de estimular, por su contacto, la vida sacerdotal. En ciertos países, como Chile, adquieren un puesto importante en la estructura de la vida eclesiástica.

### *Espíritu de Iglesia*

El espíritu comunitario del que acabamos de hablar está ligado al sentido de Iglesia cuyo desarrollo es también una de las señales de la renovación cristiana de nuestro tiempo.

Cristo ha venido a salvar la humanidad. Su obra redentora se dirige al género humano como a un todo. Su pasión no es una pesca a caña; ella lanza sobre el mundo el acto redentor como una red que comprende a toda la humanidad. Los hombres forman un todo: se han perdido por el pecado de uno solo, y han sido rescatados por los méritos de un solo. Los cristianos forman un pueblo que realiza la obra colectiva de la construcción del reino de Dios.

En tiempos del individualismo, de vida tan difícil y del que solamente acabamos de salir, estas nociones estaban totalmente desdibujadas. Pascal decía: "ha derramado tal gota de su sangre por ti". En realidad la ha derramado toda por todos. Y el pueblo de Dios debe encaminarse con entusiasmo a la obra colectiva. A cada uno le corresponde su parte; pero la obra individual de cada

uno es una *participación* en la obra colectiva y no tiene más valor que el que le corresponde dentro de ésta.

El desarrollo de la sociología se acopla hoy día a esta concepción. Se sabe perfectamente que cada cual depende de su medio y que sólo es posible un cierto grado de virtud si el medio prepara para ello. La virtud del sacerdote supone un medio sacerdotal. El primer elemento del medio sacerdotal es que el obispo sea el padre y el pastor de la diócesis, pero *con* sus sacerdotes. Los sacerdotes son sus colaboradores; las funciones que ejercen son las suyas; él debe estar entre ellos y con ellos. El obispo, según este espíritu, participa en la vida de sus sacerdotes, toma parte en sus reuniones, hace uso en ellas de la palabra de Dios. Es un tipo de obispo totalmente distinto al de los tiempos anteriores, que se limitaba a presidir ciertas ceremonias y a cumplir unas funciones administrativas.

Además, el segundo elemento del medio sacerdotal es la colaboración por parte de los sacerdotes. Es algo más que vivir materialmente juntos; lo esencial es entregarse de corazón a una obra común, que es la Iglesia en la diócesis, y para cada uno, en especial, la parte de la obra común que se le confía.

Se habla muchas veces de espíritu de equipo. Repetimos que el espíritu de equipo no es estar materialmente juntos, es estarlo de corazón, tener un espíritu de colaboración, desear trabajar juntos, hablar juntos de lo que juntamente se realiza.

Como ministro de la Iglesia, el sacerdote está consagrado para la edificación del cuerpo de Cristo entre los hombres. Cuando se está impregnado de la doctrina del cuerpo místico, cuando se comprende cómo ella es capital en el cristianismo, cuando se comprende el lugar central que el sacerdote tiene dentro de la Iglesia, la unidad del



sacerdote con el obispo y el papa —desde este punto de vista—, el sacerdote viene a ser otro muy distinto.

La concepción del sacerdote que se hace sacerdote para sí, para santificarse a sí mismo, parece entonces tan mezquina, que da la impresión de pertenecer a otro mundo. El sacerdote que comprende lo que es el cuerpo místico y lo que él mismo representa en ese cuerpo místico, se pierde en la santa Iglesia. Aunque en la vida cotidiana no esté totalmente despegado, aunque los ejercicios de ascesis conserven su razón de ser hasta el último día, sin embargo, el impulso de entrega que ha realizado de sí mismo al hacerse sacerdote tiende a quedar absorbido por la Iglesia. Y la Iglesia es la Iglesia universal, desde el papa hasta la parroquia más modesta, pasando por el obispo.

Cuando se dice que Cristo vive en la Iglesia, que la Iglesia es su cuerpo místico, no se aplica a una diócesis y, menos aún, a una parroquia; tampoco se aplica al papa o a un obispo, ni siquiera al cuerpo de obispos, ni al cuerpo de sacerdotes; se aplica al género humano, en tanto que vive en él la gracia, y se hace uno sacerdote con el fin de consagrar su vida a esta edificación del cuerpo de Cristo. La conciencia del sacerdote entraña, por tanto, una conciencia aguda de la universalidad de la Iglesia. El buen sacerdote sabe que toda la Iglesia está en él, y él se sumerge en la Iglesia.

Por otra parte, el sacerdote está respaldado por ciertos actos esenciales de su función sacerdotal, en particular por la misa y el oficio.

Cuando el sacerdote celebra la misa, ejerce plenamente la función sacerdotal. De la misma forma, la misa de cada sacerdote es el sacrificio de Cristo y de la Iglesia. Sabido es que la misa no añade nada al sacrificio del calvario, que Cristo ha ofrecido su sacrificio de una vez para siempre y que, por la misa, manifiesta simplemente en este momento,

en este lugar, su voluntad, siempre la misma, de sacrificarse por los hombres; que él lo hace con el fin de poner el único sacrificio al alcance de la comunidad cristiana. Cada vez que un sacerdote celebra, tiene lugar la misma renovación de la voluntad sacrificial. Es, pues, Cristo quien se ofrece sobre el altar; la persona del sacerdote no tiene importancia alguna. Si Cristo se inmola por las palabras del sacerdote, es porque El mismo ha querido servirse de éste. Si el que no es sacerdote es incapaz de hacerlo, es porque Cristo no lo ha querido.

Pero las palabras de la consagración pronunciadas por cualquier sacerdote tienen la misma trascendencia. Cuando se llega a ser obispo y cuando se llega a ser papa, nada cambia en el poder de decir la misa. Toda misa celebrada en cualquier parte y por cualquier sacerdote tiene el mismo carácter divino. El sacerdote, por su ordenación, está investido de la plenitud del sacerdocio en lo que concierne al sacrificio eucarístico, y en este aspecto nada puede ganar. El está inmerso en lo divino; no hay nada más divino sobre la tierra.

En cambio, ninguna misa añade nada al sacrificio de Cristo. Lo que hace la misa es sencillamente poner el sacrificio de Cristo al alcance de los fieles, según el modo propio del sacrificio eucarístico. De donde resulta que las misas deben multiplicarse cuanto se multipliquen los grupos de fieles que desean participar en ella. En una parroquia donde se precisan varias misas para que todos los fieles asistan a ellas, hay que multiplicar las misas. Pero si es suficiente una misa y hay varios sacerdotes, con tal que se observen las normas prescritas, pueden concelebrar.

De aquí se sigue que si el pueblo fiel es poco numeroso y es suficiente una misa, no hay por qué decir más. En la Iglesia primitiva sólo celebraba el obispo, rodeado de su clero —según hemos visto. Hoy día si la misa diocesana,

celebrada por el obispo, bastara para toda la diócesis, no habría necesidad de ninguna otra; si la misa pontificia celebrada por el papa fuera suficiente para toda la Iglesia, no se precisaría de ninguna otra. Pero se trata de hipótesis que de hecho no se dan. Las misas son necesarias en todo el mundo, en todo lugar y a todas las horas, porque el pueblo cristiano necesita de ellas.

La misa del sacerdote más sencillo es, pues, el sacrificio de Cristo en toda su plenitud, pero al mismo tiempo, no es de suyo necesaria. Es necesario que la misa esté al alcance de los cristianos; es preciso que puedan beber en la fuente de la salvación que es la cruz; es preciso que puedan alimentarse con el manjar eucarístico; esto es todo. La persona del ministro no tiene importancia. Quien celebra es Cristo: el sacerdote es sencillamente el instrumento de que se sirve.

Pero esto da al sacerdote un sentido muy agudo de la Iglesia, de su asociación a la Iglesia, de su instrumentalidad en relación a ella y, en cierta manera, la sensación de que él es la Iglesia. Cada vez que celebra la misa, debe recordar que su misa no es suya; es la de la Iglesia; el sacerdote celebrante es la Iglesia celebrante; toda misa tiene la importancia, la tragedia, la solemnidad del sacrificio del calvario, puesto que es Cristo quien desciende sobre el altar con la voluntad redentora que tenía en el calvario.

Repitémoslo, en la celebración de la misa, el sacerdote es la Iglesia. Es un acto de tal plenitud que nada le puede rebasar. Todo lo demás que se realiza en la Iglesia brota del sacrificio de la cruz y, por tanto, de la misa.

\* \* \*

Cuando el sacerdote reza el oficio, lo hace también como representante de la Iglesia. El oficio queda a su cargo. Es la Iglesia quien ora por sus labios.

El sacerdote ama su breviario en la medida en que es consciente de su identificación con la Iglesia, en la medida también en que se da cuenta de que la oración es un elemento esencial de la vida de la Iglesia y que la Iglesia reza por él. Si el sacerdote reza mal, la Iglesia reza mal, cuando ella reza por su medio, y esto es grave. Si los sacerdotes, en todas partes, rezan bien su breviario, la Iglesia estará como sostenida por una base de oración para realizar su obra en el mundo.

La importancia del breviario es ésta: rezar con la Iglesia; prestarse a la Iglesia, de modo que ésta rece lo mejor posible, cuando el sacerdote reza.

La Iglesia. Nuevamente la persona humana del sacerdote carece de importancia, la piedad personal del sacerdote, su devoción. Se hacen muchas críticas del breviario; se ha desarrollado a través de los siglos, conforme a un conjunto de circunstancias que podrían glosarse. Pero lo que nos interesa aquí es que el sacerdote que reza el oficio es la Iglesia orante, y que todo cuanto hemos visto anteriormente sobre la conexión entre el sacerdote y la Iglesia conduce a que él rece su breviario con la convicción de que la Iglesia reza por su boca.

En los medios litúrgicos se ha insistido mucho sobre la dignidad del oficio y sobre la devoción con que hay que rezarlo. Pero en la práctica para la mayoría de los sacerdotes la cuestión del breviario es, ante todo, una cuestión de derecho canónico. Y volvemos a encontrarnos aquí con los caracteres del derecho canónico, tal como los hemos descrito anteriormente.

El derecho canónico impone ciertos actos. Por ejemplo, rezar diariamente el oficio completo del breviario. No es preciso decir que haya que rezarlo piadosamente. Esto pertenece a la moral. Y los moralistas no dejan de decirlo; pero como la enseñanza de la moral se basa, hasta en

nuestros días, sobre la determinación del pecado y la distinción entre el pecado mortal y el venial, los moralistas se limitan solamente a esto.

Ahora bien, determinar cuándo un rezo sin fervor constituye un pecado mortal, es una cuestión que no parece plantearse. Por el contrario, existe pecado mortal cuando se omite el rezo del breviario, y se puede determinar qué parte del breviario, hay que omitir para que exista pecado mortal. Da la impresión de que se pueden hacer precisiones sobre el particular, porque se trata de un acto material, objetivo, fácil de determinar.

Sin embargo, este acto material deja de ser gravemente culpable, si se tiene una causa excusante proporcionada a su importancia. El rezo del oficio tiene importancia en la vida del sacerdote. Si deja el oficio porque lo requiere otra obligación más apremiante de su ministerio, queda excusado de su rezo.

En cambio, la obligación de rezar piadosamente el oficio es consecuencia inmediata de todo cuanto motiva el oficio. Parece inconcebible que el sacerdote que comprende el puesto que deben ocupar en su vida Dios, la Iglesia, la misa, el breviario, no tenga una extrema preocupación por rezar el oficio con la mayor piedad posible. En estas condiciones no se comprende cómo la actitud contraria no debería constituir un pecado mortal. Pero, a decir verdad, esto parece tan absurdo que ni se concibe como posible.

Ocurre con frecuencia que, bajo la presión del derecho canónico, hay sacerdotes que rezan mal su breviario, en unas condiciones que matan la piedad, con objeto de rezarlo íntegramente. Es conveniente, por tanto, afirmar que el primer deber de quien está obligado al breviario es hacer de él una oración auténtica; que debe hacer los posibles por rezarlo íntegro, pero piadosamente y que es

preferible rezar una parte piadosamente a rezarlo todo sin piedad alguna.

Indudablemente habría que insistir sobre este punto, porque sucede con mucha frecuencia que hay sacerdotes que rezando su breviario en unas condiciones en las que es imposible rezar piadosamente, se excusan diciendo: "si no lo rezo en tales condiciones, no puedo estar seguro de rezarlo". Es necesario, por tanto, precisar que vale más rezar una parte piadosamente que rezarlo todo mal, si no puede rezarse todo piadosamente.

Pero, dirán algunos, ¿no existe contradicción entre exaltar la importancia del oficio y dar sólo una importancia relativa a la integridad material de su rezo? ¿La obligación de rezarlo piadosamente no supone, ante todo, la obligación de rezarlo? Y rezarlo es rezarlo materialmente.

Se dirá incluso, arguyendo contra lo expuesto anteriormente: "la piedad personal del que reza tiene poca importancia, puesto que es la Iglesia quien reza. ¿Lo esencial no es que se diga la oración de la Iglesia?". Es cierto; pero la Iglesia valiéndose de los hombres; la oración de la Iglesia debe, por tanto, manifestar una piedad humana. Para la oración de la Iglesia no bastan máquinas rezadoras. Se necesitan hombres que recen. Toda la vida de la Iglesia es vida de Dios entre los hombres; las ceremonias, los ritos, la pompa, el lujo de ornamentos, todo esto no tiene interés alguno si no expresa diversos estados del alma humana. Lo que proporciona *todo* el valor a cuanto se realiza en la Iglesia, se debe a la caridad, a la piedad, a la vida de Dios en las almas. Lo que los hombres aportan es lo que tienen dentro del alma. El valor del oficio proviene del encuentro de las disposiciones del que reza con las fórmulas que le están propuestas.

El breviario es la oración de la Iglesia, y el sacerdote cuando reza el breviario es la voz de la Iglesia en oración; es importante que él responda a lo que la Iglesia espera de él.

Hay que concederle, pues, importancia. Cierta número de sacerdotes llevan una vida sacerdotal muy ocupada y puede suceder que el cuidado de las almas les impida en mayor o menor grado satisfacer la obligación del breviario. Deben examinar entonces su vida para ver de qué elementos pueden prescindir a fin de satisfacer esta obligación fundamental.

Pero, en todo caso, el breviario que rezan el papa y el obispo es el mismo que el del sacerdote, que no está revestido de ninguna dignidad jerárquica, y todos lo rezan de la misma manera. A partir del subdiaconado, el aspirante al sacerdocio está investido, en cuanto a la función de la oración, de la misma dignidad que cualquier ministro de la Iglesia.

Sin duda que la misa y el breviario no son todo en la vida del sacerdote. Lo han sido demasiado en el pasado. Pero en el concepto actual del sacerdote, hombre de Dios en medio de la comunidad cristiana, adquieren un sentido mucho más profundo, mucho más divino, y se identifican mucho más intensamente con la vida de la Iglesia, identificando también con ellos, al mismo tiempo, al propio sacerdote.

### *Obediencia y colaboración*

La cuestión de la obediencia ocupa un lugar importante en la mayoría de los tratados de espiritualidad sacerdotal; pero, a decir verdad, resulta bastante difícil plantear esta cuestión, porque hemos visto que se ha adaptado

simplemente, hasta el siglo xx, la espiritualidad de la vida religiosa a la formación sacerdotal.

Parece ser que la importancia que se le atribuye data sobre todo de la Reforma, y que es uno de los elementos de la Contrarreforma. La Reforma aparecía ante todo como una rebelión contra Roma, y la obediencia se presentaba como la virtud por excelencia del católico. Esto no se aplicó solamente al clero; sucedía lo mismo respecto a los fieles: el católico, ante todo, era el que obedecía, el que creía lo que la Iglesia le mandaba creer y el que hacía lo que ella le ordenaba.

Por lo que al clero se refiere, lo que primeramente se exige al sacerdote es obedecer, ser una rueda fiel en la máquina eclesiástica. Se llegó, en efecto, a formar un clero disciplinado como no lo hubo en ningún tiempo. A veces también se pregunta uno si esta disciplina no ha sido en detrimento de la personalidad y del impulso.

\* \* \*

Pero, ¿tiene algún sentido la obediencia, separada de la colaboración, de la confianza y del amor? Y, ¿existe colaboración sin confianza, sin adhesión?

El fundamento de la obediencia eclesiástica se encuentra en la adhesión a la Iglesia. Hemos visto lo que la Iglesia debe ser para el sacerdote y cómo el sacerdote forma una misma cosa con la Iglesia. Según este espíritu, él desea estar de acuerdo con la Iglesia, conformarse a las orientaciones de la Iglesia, a sus directrices, tal como las expresan los dirigentes de la misma y, en particular, aquellos con quienes colabora de manera inmediata.

Trátese de la Iglesia universal o de su obispo, el buen sacerdote desea ajustarse a cuanto de ellos procede. El cree estar de acuerdo, porque cuando se tiene confianza en

alguien, no se resigna uno a estar en desacuerdo, mientras que es feliz estando de acuerdo. Sólo se siente uno satisfecho cuando existe una armonía. Los amantes de la crítica, los que hacen casuística para precisar lo que es materia de obediencia y hasta qué punto hay que obedecer en tal caso, muestran que no han comprendido lo que es el sacerdocio, lo que es la Iglesia, lo que es la colaboración del sacerdote con la Iglesia.

Existe un género de literatura ascética que parece complacerse en hacer costosa la obediencia, incluso odiosa, a fin de aumentar el mérito. Se dice: "incluso si la Iglesia —o el superior— ordena un absurdo, hay que obedecer porque la voz de la Iglesia es la voz de Dios". Existe también en esa literatura el miedo a la desobediencia. Pero es un miedo que conduce a consecuencias inhumanas.

A afirmaciones de este género hay que responder: "lo absurdo es prever tal hipótesis. La Iglesia no me ordenará nada que sea absurdo. Es la esposa del Señor y tengo confianza en ella. Imaginar que pueda ordenarme algo absurdo es implícitamente negar lo que es. Ella, por tanto, no me ordenará nada que sea absurdo; estoy cierto; ella es la voz de Dios: creo en ella, la amo; estoy unido a ella con toda mi alma; deseo estar con ella en todo".

Creo en la Iglesia y amo a la Iglesia: son dos cosas inseparables. Mi vida sería una ruina si no estuviera unida a la Iglesia, si no le perteneciera a ella con todo mi ser. Nadie está más enteramente ligado a la Iglesia que el sacerdote. —No pensemos aquí en tal sacerdote en particular, sino en el sacerdote como tal—. No preguntemos: ¿es necesario el papa o el obispo? ¿Lo es también el párroco? Son cuestiones que no se plantean o que no parecen plantearse más que cuando se hace abstracción de la realidad. Si no hubiera más que un sacerdote, éste sería el papa:

¿qué otra cosa podría ser? Y, en una diócesis, si no hubiera más que un sacerdote, éste sería el obispo.

La Iglesia es inconcebible sin el sacerdote; pero éste también es inconcebible sin la Iglesia. He dicho que el sacerdote está identificado con la Iglesia; pero cabe entender la frase de diversas maneras. Hay a veces sacerdotes que creen poder —o deber incluso— alejarse de la Iglesia; dejan de ser sacerdotes, aparte de una gracia secreta que nadie puede descubrir.

\* \* \*

La obediencia dentro de la colaboración corresponde a la obediencia filial de la que habla san Pablo. En Cristo, el cristiano recibe un espíritu de adopción; Dios es su Padre; pasó el tiempo de la esclavitud, y Jesús, en el discurso después de la cena, dice a sus apóstoles: "Vosotros sois mis amigos, si hicierais lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, pues el siervo no sabe qué hace su señor; mas a vosotros os he llamado amigos, pues todas las cosas que de mi Padre oí, os las di a conocer".

La familia es, por excelencia, el medio en que se encuentra uno a gusto, porque uno está en su casa. El hijo está en su casa dentro de su familia, en casa de sus padres. A decir verdad, no está sólo en casa de sus padres; está en su casa. Estar en casa de sus padres es estar en su casa. Esto es esencial a la familia. Asimismo la familia es el medio en que, en cierto modo, está uno en su casa de modo natural. Uno pertenece a tal familia porque ha nacido en ella; no se concibe salir de ella; la familia forma parte de nuestro ser; no podríamos dejar de pertenecer a nuestra familia como tampoco podríamos dejar de ser nosotros mismos. Todo esto lo implica la obediencia filial. Es obediencia y solidaridad, obediencia y vinculación, obediencia

cía y confianza. Cuando la familia es lo que debe ser, se encuentra todo esto en ella.

En primer lugar, la confianza. Cuando los padres inspiran a sus hijos los sentimientos que deben inspirarles, los hijos no preguntan siquiera si deben obedecerles. Es inconcebible para ellos todo lo que supondría una fisura en la unión.

Esto no impide que existan desacuerdos sobre muchos puntos, choques de carácter, divergencias de gusto, incluso desacuerdos sobre muchas ideas. Pero, ante todo, se lleva la misma sangre; los hijos son los hijos; no son ni extraños ni exclavos.

Lo mismo sucede en la Iglesia. La vinculación a la Iglesia de la que acabamos de hablar, es el sentimiento fundamental, el que impregna toda la vida y la domina. Lo que uno ve en la Iglesia es a la esposa de Cristo, a nuestra madre, y se entrega uno a ella sin reserva. Pero la Iglesia se resuelve prácticamente en una serie de hombres, y si Cristo vive en la Iglesia, si nos habla por medio de ella, los hombres que componen la Iglesia y la dirigen continúan siendo hombres. La voz de Cristo nos llega a través de ellos, mezclada con el acento humano de sus voces.

La práctica de la colaboración plantea, pues, problemas de toda índole. En primer lugar, la voluntad de los superiores no es siempre clara; no todo son órdenes y prohibiciones; existen ruegos, deseos, insinuaciones, manifestaciones de preferencia. Un obispo manifiesta el deseo de que los párrocos hagan una cosa determinada; pero no desea que la hagan, si tienen razones perentorias para proceder de otra forma. Todo esto es flexible y se opone al concepto de la obediencia servil, que mata la colaboración. Esta obediencia servil, por otra parte, hace imposible la colaboración y resta eficacia a la acción sacerdotal, toman-

do como modelo a la máquina, cuando se debe llegar a una actividad humana con toda la riqueza que hay en el hombre.

La obediencia con espíritu de colaboración depende de la vinculación a la Iglesia y del deseo fundamental de estar en la línea de la Iglesia, de estar en armonía con quienes la representan. Entonces se desea cooperar a la vida de la Iglesia, y se centra la atención en lo que une a la Iglesia.

Pero como la autoridad está representada por organismos y hombres múltiples, puede suceder que ellos no estén de acuerdo, así como puede suceder que un superior manifieste voluntades contradictorias, en momentos diferentes. A un año de distancia puede ocurrir que un obispo pida a un párroco dos cosas que se excluyen. El espíritu de colaboración se manifiesta entonces en el acuerdo fundamental, en el deseo de trabajar en la línea de la Iglesia, que llevan a elegir lo que exige esta línea. Sucede lo mismo con las instrucciones que vienen de Roma y las adaptaciones que hay que hacer en el momento preciso. Estas adaptaciones son inevitables; pero lo que permite hacerlas con pleno conocimiento es la vinculación a la Iglesia y el deseo de sumergirse sin reserva en la vida católica.

Se reconoce a los sacerdotes que tienen el sentido de la obediencia filial en el dominio y en la flexibilidad de su obediencia, al mismo tiempo que en la espontaneidad con que se orienta su acción en la línea de la Iglesia. La perfecta obediencia es una de las cumbres de la perfección sacerdotal, porque lleva a la unión del sacerdote con la Iglesia, y hemos visto cómo toda la vida sacerdotal conduce a esto mismo.

Existe otro aspecto de la obediencia que se confunde muchas veces con el precedente, pero que es claramente distinto: la obediencia ligada a la disciplina exigida en todo orden social.

Digámoslo: todo orden social, porque esto no es propio de la Iglesia. Hay que evitar dar un carácter exclusivamente sobrenatural a lo que, en la Iglesia, sigue las mismas leyes que en toda sociedad.

Siempre que los hombres se unen para una empresa común, trátase de una sociedad política, comercial, industrial, de un ejército, de una Iglesia, es preciso que haya dirigentes y dirigidos; los dirigentes deben mandar y los dirigidos obedecer, cada uno dentro de ciertos campos y de ciertos límites. La buena marcha de la sociedad exige que los poderes de cada uno estén definidos con exactitud y firmemente ejercidos.

No ocurre distinto en la Iglesia. De esto se ocupa, en primer lugar, el derecho canónico y, después, todos los reglamentos. Todo marcha mal, cuando los superiores no toman sus responsabilidades y cuando los subordinados no obedecen. Estas dos formas de corrupción se producen con frecuencia: los superiores que no toman las responsabilidades que deberían tomar, por timidez, indolencia, o por otro motivo, y los subordinados que no obedecen, porque quieren obrar a su gusto, o también por pereza, por indolencia.

Por otra parte, cada cual, y sobre todo el sacerdote, es a la vez superior y súbdito. No creo que haya ningún sacerdote que no tenga que tomar muchas iniciativas y cargar con responsabilidades. El joven coadjutor a quien se le confía una catequesis o un patronato, obedece entregándose a ello; pero sólo se le dan orientaciones genera-

les. El obispo está sometido al derecho canónico; pero sobre todo está sometido a las leyes que le imponen los hechos y el carácter de sus colaboradores.

La obediencia, para el sacerdote, consiste en aceptar que los superiores sean superiores. El coadjutor debe aceptar que su párroco sea el párroco, y el párroco que el obispo sea el obispo, aceptar la parte de responsabilidad y de sumisión que su función exige. Lo que entorpece fundamentalmente la buena marcha de todo grupo, es que el subordinado se constituya en superior, y que algunos no cumplan sus propias funciones al pretender cumplir con las de los demás.

Respetar las competencias de cada uno y cumplir los deberes de su cargo, cumplirlos todos y no pretender sustituirlos por otros, constituye el secreto de un buen orden social.

Así no hay nada raro. Por otra parte todo esto no tiene relación con la mística. No se debe hacer intervenir lo sobrenatural sino con sobriedad. Se trata de sanos principios de gobierno humano. No hay que condescender con lo que dicen los superiores únicamente por espíritu de fe, pensando que, sin eso, uno no obedece. Hay que obedecer porque es regla de disciplina social. Y el espíritu católico, la vinculación a la Iglesia de la que hemos hablado, debe simplemente inspirar una mayor atención a obedecer puntualmente, y un deseo más vivo de ponerse plenamente en la corriente de la Iglesia.

\* \* \*

En el plano de la disciplina, uno estaría tentado a decir que sólo interviene la obediencia cuando no se está de acuerdo con el superior. ¿Es necesaria la obediencia cuando uno comparte su opinión, cuando lo mandado es lo que uno haría espontáneamente? En efecto, cuando supe-

riores y subordinados se entienden bien, su acción se conjuga sin que haya de intervenir por lo general el principio de autoridad. Es la situación normal, la del superior e inferior equilibrados. Los superiores que se ven precisados a mandar mucho, son de ordinario malos superiores, así como los subalternos a quienes hay que mandar mucho.

Los casos en los que interviene formalmente el principio de autoridad son casos extremos. En los casos ordinarios, superiores y subordinados trabajan juntos; el superior indica la orientación y el subordinado la sigue. En muchos casos el subalterno no tiene opinión y la decisión del superior la determina, sin que él trate de formarse una opinión personal.

Sucede a veces, sin embargo, que el subalterno tiene una opinión personal, diferente de la del superior. En tal caso debe prevalecer la del superior, y si el superior condena lo realizado por el subordinado, éste debe someterse. No sería difícil aducir numerosos casos en los que los subalternos han debido someterse ante decisiones que creían erróneas y que a veces lo eran.

¿No contradice todo esto a lo dicho anteriormente, cuando se negaba uno a creer que la Iglesia pudiera imponernos algo absurdo? Hay que entenderlo todo en su conjunto.

Me uno a la Iglesia porque veo en ella a la esposa de Cristo, y esto implica evidentemente un acuerdo fundamental sobre las orientaciones de conjunto. Pero dada la complejidad de los problemas, dada también la variedad de los hombres, puede producirse un desacuerdo sobre un punto particular. Entonces la cuestión es saber qué opinión debe prevalecer sobre este punto particular, y es entonces cuando interviene el principio de la jerarquía de competencias. Es preciso que el papa sea papa, que el

obispo sea obispo, que el párroco sea párroco. Si mi obispo, actuando dentro del ejercicio de su competencia, toma una iniciativa diferente a la que yo tomaría en su lugar —o de la que yo creo que tomaría, porque posiblemente mi opinión cambiaría si cambiara de puesto—, la única cuestión importante es saber si debe prevalecer la opinión del obispo o la mía. Esto puede imponer a algunos una renuncia muy costosa; pero no es ésa la cuestión. Quizás haya quien no tenga valor para hacer esa renuncia, y sea preciso compadecerse de él; hay que ayudarlo. Pero tampoco es ésa la cuestión. Por lo demás, cuando se habla de ayudarlo, quiere decir: ayudarlo a someterse.

En todo caso, la Iglesia sigue siendo la Iglesia. La actitud católica será siempre permanecer fiel a la Iglesia, unirse a ella y si, en un punto particular, la actitud de la Iglesia parece poco defendible, hay que permanecer en la disciplina, permanecer unido, permanecer al servicio de la Iglesia y someterse en el punto de desacuerdo.

Hay quienes chocan constantemente con la Iglesia y quienes terminan por vivir en un estado habitual de tensión penosa. Y dan la impresión de no haber vivido nunca en un estado de confianza, ni con un deseo de colaboración que dominan la vida del buen cristiano y, en especial, del buen sacerdote. Estos sentimientos permiten permanecer profundamente unido a la Iglesia a pesar de numerosos defectos de conjunto y de detalle, que uno descubre y desea ver desaparecer. Se los puede apreciar por todas partes y hay que tener incluso conciencia de ellos, si se desea ayudar a la Iglesia a corregirlos. Es una cuestión totalmente distinta de saber si hay que negarse a obedecer en lo que uno juzga inoportuno.

Se trata, según se ve, de una cuestión fundamental de orden social, idéntica en toda sociedad. No se trata de infalibilidad ni de inspiración divina. La cuestión de saber



si el culto debe celebrarse en tal lengua o si en la misa deben arder velas de cera de abeja o incluso si hay que emplear los términos de la filosofía aristotélica en la enseñanza religiosa, son cuestiones humanas que hay que tratar en un plano humano y sobre las que han de decidir expertos en la materia. Pero cada cual debe tener la opinión que juzgue fundada. Las cuestiones prácticas, por lo demás, son muy complicadas y contienen numerosos aspectos. Nuevamente nos encontramos aquí con la confianza general en la Iglesia, que renuncia a detenerse en detalles y a obstinarse en puntos particulares.

Ya lo hemos dicho: la perfección de la obediencia es una de las más altas virtudes de la vida sacerdotal, una de las más raras también. La obediencia está amenazada por dos peligros que corresponden a sus dos aspectos. Unos, no viendo más que la obediencia-disciplina, caen en la obediencia servil, se ajustan a la letra del pensamiento y terminan a veces por hacer odiosas las medidas que se toman para perfeccionamiento de las almas. Otros, bajo el pretexto de unirse a la Iglesia, no tienen en cuenta alguna los reglamentos, obran como si les perteneciera a ellos solos toda la Iglesia y matan la colaboración al rehuir la disciplina. Esta supone la aceptación de la Iglesia tal como es, y el lugar que a cada uno corresponde. No se trata de decir: “amo y venero a la Iglesia; pero el papa actual no comprende nada de la situación, la curia menos aún; mi obispo es de mentalidad estrecha y sus vicarios generales viven fuera de la realidad”. Resulta que el papa es el papa y que la curia son los hombres que ha elegido como colaboradores; que mi obispo es mi obispo y que con los medios de acción que tiene a su disposición debe regir la diócesis como él cree conveniente. Resulta que la Iglesia está bajo la guía del Espíritu Santo y que si el Espíritu Santo hubiera querido, hubiera podido hacer que yo fuera

papa u obispo. No hubiera sido difícil para él. ¿No dijo nuestro Señor que Dios podía suscitar hijos de Abrahán de las piedras del camino?

Pero Dios no ha querido que yo sea papa ni obispo. Debo, por tanto, obedecer a los que lo son, y aportarles la colaboración que pueden esperar de mí aquellos a quienes el Señor eligió como instrumentos.

También el Señor ha hecho de mí su instrumento. Pero ellos lo son como papa, como obispo; debo, pues, aceptar que lo son y aportarles mi colaboración, a fin de que puedan realizar su misión. Mi acción se insertará así en la de la Iglesia en el puesto que le asigne la disposición divina.

La unión entre la obediencia-colaboración y la obediencia-disciplina engendra la flexibilidad de la obediencia auténtica. El subordinado se preocupa por entrar en los puntos de vista de su superior y le aporta una colaboración total; pero si le parece que su superior se equivoca, cosa que puede ocurrir, procurará esclarecerle; le dirá lo que él piensa y propondrá la solución que estime oportuna. La fórmula que empleamos aquí basta para indicar que todo es cuestión de matices, y que la justa medida es cuestión de delicadeza moral, ligada a ambos aspectos de la obediencia.

El subordinado puede y debe decir lo que piensa; puede a veces insistir; pero debe evitar negarse a la colaboración, la crítica sistemática, agresiva, obstinada. ¿Cómo expresar todo esto en fórmulas intelectuales?

Hay que tener también en cuenta la importancia de los casos y cada cual debe sentir la fuerza de sus responsabilidades. Un párroco perfectamente dócil a las directrices de su obispo debe ser capaz de juzgar por sí mismo las adaptaciones necesarias por razón de las circunstancias locales. Hay cosas permitidas que no es preciso preguntar, porque se refieren a hechos sin importancia que es imposible ex-

plicar teóricamente, a no ser a base de grandes explicaciones, dadas las cuales no se esclarecería todavía la situación.

Nuevamente aquí no hay que separar la obediencia religiosa del orden humano general. Con espíritu de obediencia-disciplina, ha habido sacerdotes que por deseos de corrección consultaban a cada momento al obispado para ciertos detalles. Hay que añadir que, en las autoridades eclesiásticas, había existido también con frecuencia una obsesión por la desobediencia de los sacerdotes. Toda la Iglesia ha estado dominada durante los últimos siglos por el temor de la desobediencia y no se ha dejado de insistir sobre la obediencia, sin hacer jamás alusión a la colaboración. Este espíritu se encontraba en Roma, en los obispados, en toda la jerarquía. El espíritu que se desarrolla actualmente es un verdadero renacimiento de vida y de espontaneidad.

Un aspecto particular del problema proviene, en nuestros días, de la tendencia, general en toda sociedad, a la centralización y reglamentación. Esta cuestión no es exclusiva de la Iglesia, y ésta es incluso más flexible que muchos organismos temporales. Hay, por ejemplo, ingenieros al servicio de empresas industriales, indignados por el hecho de que el trabajo en la fábrica se decida en la banca que controla, en una oficina donde no se tiene la menor idea de la realidad.

Esto es un aspecto técnico que se ha dado en la Iglesia católica como en otras partes. Se podrían citar numerosos ejemplos de esta desviación tanto en Estados como en empresas privadas. Pero lo que nos interesa aquí es la vida interior del sacerdote y sus disposiciones íntimas. En este plano son de capital importancia la obediencia con espíritu de colaboración y el espíritu de libertad dentro de la obediencia.

## 6

### LA VIDA AFECTIVA DEL SACERDOTE

**E**N LA espiritualidad antigua sólo se hablaba de la vida afectiva como objeto de precaución. Existía la convicción de que únicamente originaba males. Por otra parte, no se usaba la expresión *vida afectiva*. Se hablaba de pasiones, para exhortar a la lucha contra ellas. Es el campo donde más se han transformado las ideas.

#### *Función de la vida afectiva*

La aportación más importante de la psicología contemporánea es, sin duda, haber puesto de relieve la importancia de la vida afectiva.

Hoy se advierte que toda la vida síquica del hombre está inmersa, de alguna manera, en una atmósfera afectiva, designando este calificativo la zona central del si-

quismo humano, en el que la vida del espíritu se conjuga con la vida síquica.

Hasta el siglo xx, se razonaba siempre sobre el hombre como si lo intelectual estuviera casi totalmente separado de lo síquico. Recordemos a Descartes y la huella que dejó en los siglos siguientes... Los medios católicos se atuvieron durante mucho tiempo a la sicología de santo Tomás, y santo Tomás, siguiendo a Aristóteles, trataba de las operaciones estrictamente intelectuales —la filosofía o las matemáticas— como si el cuerpo no interviniera para nada en ellas. Es verdad que siempre se dijo “*Mens sana in corpore sano*”, y se sabía perfectamente que el trabajo, incluso el más puramente intelectual, produce fatiga... Digo: “se sabía perfectamente”, pero no es del todo exacto; más propio sería decir: se sabía, pero se sabía mal, y constantemente le sorprendían a uno los acontecimientos. Por otra parte, se desconocían también los elementos científicos de la cuestión: no se conocía la sicología del cerebro, ni se sabía que las células cerebrales entran en acción en toda clase de actividad intelectual.

Todos los estudios de sicología de cien años a esta parte han venido a poner de relieve el papel de los sentimientos y, al mismo tiempo, se advierte que si el sentimiento no es algo racional —si, bajo este punto de vista, pertenece a lo irracional—, no por ello es antirracional. Se puede obrar conforme a la razón, lo mismo que se puede obrar contra la razón, pero el hombre no es capaz de obrar si no está sostenido por un sentimiento. La actividad más puramente intelectual supone que uno *se interese* por su ocupación, y el interés es un valor afectivo. Los que han de entregarse a una ocupación sin interés, lo hacen a duras penas y, de ordinario, mal.

La espiritualidad del siglo xix reacciona fuertemente contra el sentimiento. Diríase que perfecto es el hombre

que obra únicamente bajo el dictamen de la razón. Y la fórmula puede mantenerse, cambiando su alcance. En nuestros días se pretende que el virtuoso tenga sentimientos que le inclinen al bien. Se advierte con más claridad que en otras épocas que la razón y la voluntad necesitan ser sostenidas por estados afectivos fuertes.

El perfecto, por tanto, no es un hombre desprovisto de pasiones, sino el hombre de pasiones fuertes, bien orientadas. Esta afirmación es tan opuesta a las corrientes del siglo pasado, que todavía en la actualidad una frase como la que acabamos de decir tiene una resonancia un tanto paradójica.

Existe, no obstante, una larga tradición en tal sentido: san Agustín, san Bernardo, algunos textos de santo Tomás bastante perplejo en este punto, Pascal, etc. Pero en el siglo xix estos autores tenían poco ascendiente, llegando a ser maestros del pensamiento en el siglo xx.

En todo caso, las posiciones hoy día son claras. Se ve en la pasión o, de una manera más general, en la vida afectiva, el sostén de la existencia. Ella da un valor al hombre tanto en el bien como en el mal; es la que da impulso a la vida.

Hoy se prefiere hablar de vida afectiva y no de pasión, porque esta palabra evoca un estado violento, o, para decirlo en lenguaje neutro, un estado de tensión, mientras que la vida afectiva es una corriente continua que se manifiesta en todo y a cada instante en diversos grados de intensidad. En las relaciones humanas la simpatía o la antipatía juegan siempre un papel, pero sólo se hablará de pasión cuando se trate de estados violentos, que corren el peligro de hacer perder la cabeza y arrastrar a uno irremediablemente.

La vida afectiva es, pues, como un medio en el que se halla inmerso todo nuestro siquismo. En particular, no

hay vocación sin estados afectivos que la sostengan. Uno de los problemas fundamentales de la vida síquica y, por tanto, moral es tener una afectividad en armonía con lo que se debe hacer, o con la orientación de la vida, y encontrar en su vida las satisfacciones afectivas que uno necesita. El equilibrio humano, el desarrollo humano, la perfección del hombre, de todo hombre, exigen que afectivamente esté satisfecho. Tendrá ánimos para obrar, se consagrará con gusto a lo que hace, únicamente en la medida en que esté afectivamente satisfecho. La satisfacción afectiva da un sentido a la vida.

Como todos los hombres, el sacerdote ha de estar, por tanto, afectivamente satisfecho. Como todo hombre, tiene un siquismo inmerso en la afectividad. La vida afectiva tiene para él una importancia como para otro cualquiera; pero plantea ciertos problemas especiales que debemos escudriñar, porque su vocación exige que su afectividad se desarrolle conforme a las condiciones propias de su vida.

\* \* \*

Es incuestionable, sin embargo, que en la espiritualidad actual existe menos preocupación que en otras épocas por sofocar las pasiones. Quizás sea porque, antes, las pasiones eran tan fuertes que no se pensaba en la hipótesis de que hubiera alguien desprovisto de ellas. Hoy parece se procede con más reticencia...

De todas formas, los santos son todos figuras vibrantes, de amor antes que nada, amor de Dios y del prójimo, y el amor no es puramente cerebral, de ardor apostólico, de entusiasmo por las causas que defienden, de simpatía, de cordialidad, de amistad hacia aquellos que son objeto de sus preocupaciones.

## *Vida afectiva y familia*

Si la vida afectiva es un elemento dominante de la vida síquica de todo hombre, presenta una modalidad especial en aquellos que no se casan, porque por lo general el centro propio de aquella es la familia.

Decir que su centro propio es la familia, es decir que se centra en el matrimonio. El hombre busca la felicidad esencialmente en el matrimonio. El hombre feliz es normalmente el hombre que ama a su mujer y a sus hijos, que vive y trabaja para ellos. Muchos, por otra parte, no encuentran en el matrimonio la felicidad que buscaban, pero no hemos de examinar aquí este problema, como tampoco el problema de los que buscan solamente la felicidad en el goce pasional. Desde el punto de vista del sacerdote, sólo nos interesa la felicidad que el matrimonio está llamado a dar, y a la cual renuncia el sacerdote deliberadamente.

Por otra parte, debe encontrar su equilibrio afectivo, y para esto ha de darse perfecta cuenta ante todo del valor al cual renuncia. Debe saber lo que se busca en el matrimonio y lo que puede encontrarse en él. Es conveniente para ello, antes que nada, que, en su juventud, antes de los estudios eclesiásticos, se haya dado cuenta de ello existencialmente.

Esto está ligado a un estilo de vida. Los niños que han tenido buenos padres, que les han visto amarse, que han crecido en un hogar donde se respiraba mucho amor, adquieren, sin pensarlo, la estima de la felicidad familiar. Igualmente, los que han tenido hermanos y hermanas, y les han visto desposarse y casarse. Los sacerdotes que en su juventud han vivido en una atmósfera de felicidad familiar y han estimado la familia, no han podido abrazar el sacerdocio por menosprecio del matrimonio.

Incluso aquellos que no tienen esta experiencia se preparan para una idea auténtica de la vocación sacerdotal, si en su juventud, siendo niños, jugaron con niñas, si más tarde, adolescentes, tuvieron trato con muchachas jóvenes en plan de camaradas. El haber visto en torno suyo a muchachas de su edad y el haberlas tratado sin segundas intenciones, les da un equilibrio humano que les permite ver la vida de otro modo. Para tratar con muchachas jóvenes de manera que ello prepare para la vida, no es preciso haber sido novios, y menos aún estar prometidos; pero es bueno haber vivido en unas condiciones que hicieran esto posible, y haberlo visto cerca de sí. Por lo demás, los amores juveniles no excluyen la vocación, y ésta será a veces más sólida y más consciente de lo que uno pudiera pensar.

Es cierto que hay casos en los que podría esperarse una vocación y casos en los que desaparecen esas veleidades cuando se les somete a esta prueba. No siempre cabe congratularse, porque las situaciones son muy diversas; pero parece ser que, en la mayoría de los casos, es preferible que no llegue a darse vocación.

Más tarde, es importante que el joven sacerdote mire a los jóvenes de su edad casados —que están de ordinario en la flor de su felicidad conyugal— con una simpatía y una comprensión sin límites. Para ello es necesario que comprenda, por una parte, lo que hay de bello en el amor conyugal, y que, por otra parte, se dé claramente cuenta del carácter específico de su propia vocación y de los valores que en ella busca.

Para que el sacerdote mantenga con los esposos, los prometidos, en una palabra, con todos los laicos, unas relaciones suaves, de confianza, que le permitan ayudarles poniéndose en su lugar, preocupándose de ellos, es necesario que se sienta feliz en su estado sacerdotal; de lo contrario, el espectáculo de la felicidad en otra vocación le

turbará. O bien sentirá una satisfacción malsana en ver a los laicos en dificultades, o bien se sentirá deprimido si los ve felices. O bien incluso no se atreverá o no querrá abordar sus propios problemas, y se encerrará en una especie de torre de marfil, fuera de las realidades de la vida común. Le será imposible ser lo que debe ser: el hombre de Dios para los demás.

Todo cuanto acabo de decir se presenta con mucha frecuencia. En otros tiempos era hasta casi fenómeno general, y está ligado, en gran parte, a la concepción puramente sacramental del sacerdocio, de la que ya hemos hablado. El sacerdote se limitaba a distribuir los sacramentos y a comprobar si los fieles se hallaban en condiciones para recibirlos. Según esto, no tenía que ocuparse de la vida concreta de los fieles y ni pensaba en ello.

En una palabra, para que el sacerdote sea auténticamente sacerdote y aporte a los laicos lo que tienen derecho a esperar de él, es preciso que sea feliz, que encuentre en su vocación el pleno equilibrio de su vida afectiva. Si afectivamente está maduro, podrá ser todo para todos y dar a cada uno lo que corresponde a su vocación particular, olvidándose de sí mismo.

Pudiera sorprender esto a primera vista, pero, para olvidarse, es preciso ser feliz. Uno es feliz cuando tiene lo que debe tener, cuando está *satisfecho*, y satisfecho quiere decir *tener bastante*. La felicidad reviste formas muy diversas; pero el hombre sólo se abre cuando es feliz. Y se puede decir lo mismo cuando se habla de que cada cual debe encontrar su equilibrio.

El sacerdote que jamás ha hablado a una joven antes de ser sacerdote, que llega al sacerdocio con una ignorancia total de los problemas femeninos, para quien la mujer, como ocurría frecuentemente en otras épocas, es “pecado”, es incapaz de dar a las mujeres lo que ellas deben recibir

de él. Y no faltan sacerdotes jóvenes profundamente turbados cuando, ya sacerdotes, se encuentran con el problema de la mujer por razón de su ministerio, de cuya existencia ni siquiera habían tenido sospechas en su juventud.

### *En el nudo de la vida .*

No vamos a discutir aquí si el celibato es esencial a la vida sacerdotal. Siempre ha habido discusión sobre ello y esta discusión reaparece periódicamente. En concreto, se ha escrito mucho sobre este tema en Francia a partir de 1945. Cierta número de intervenciones más o menos alborotadoras formulan el deseo de que se autorice a los sacerdotes el matrimonio. Pienso que la mayor parte de las veces en la base de esas opiniones existe una ignorancia de lo que es el matrimonio y de lo que es el sacerdocio. En otro lugar traté de explicar la diferencia entre ambas vocaciones<sup>1</sup>. Existe también un deseo de tener en cuenta las dificultades de algunos sacerdotes. Pero quizás también se trate de una ingenuidad en este caso; porque buscar la perfección en el matrimonio resulta también un camino difícil... Cuántas veces me han dicho hombres casados: "Tiene usted suerte. Ha escogido la mejor parte". Y no se trataba únicamente desde un punto de vista sobrenatural.

En todo caso, hemos de ocuparnos de los sacerdotes, y el objeto del presente libro es ayudarles a ser buenos sacerdotes.

Ahora bien, respecto al punto que tratamos, la mayoría de los hombres centran su vida afectiva sobre la fa-

milia; el sacerdote, por tanto, debe centrarla sobre otra cosa; pero ha de tener una vida afectiva desarrollada.

¿Cómo se conseguirá? Sobre el plano de todo cuanto hemos expuesto en estas páginas, no es preciso buscar lejos la solución. El sacerdote es el hombre de Dios en medio del pueblo. Debe serlo, y en ello encuentra su recompensa. Una recompensa humana, que es, al mismo tiempo, de alguna manera inhumana o sobrehumana.

Si el sacerdote es, en efecto, el hombre de Dios entre los hombres, ama a todos cuantos le están confiados, no por sí mismo, sino por ellos, porque desea el bien de ellos, no el suyo propio —desea ayudarles a desarrollar la vocación de cada uno de ellos; se entrega a todos aquellos que le están confiados—; el párroco, el coadjutor aman a sus parroquianos, el profesor a sus alumnos, el capellán de hospital a sus enfermos, etc.

La base fundamental del ministerio sacerdotal es, sin duda, que aquellos a quienes el sacerdote se dirige se sientan amados.

No hay más medio de amarlos, como el sacerdote debe hacerlo, que amarlos en Dios. Porque no es natural al hombre amar desinteresadamente. El sacerdote ama a las almas, porque Dios las ama, como Dios las ama, para ayudarles a cumplir la voluntad de Dios en su vida; y no puede realizarlo si él mismo no está fijo en Dios, si no busca únicamente el reino de Dios, es decir, la voluntad de Dios. Todo esto forma un todo cuyo centro, punto de partida y punto de llegada es Dios. Ya hemos visto que es la quintaesencia de la espiritualidad sacerdotal.

Y el sacerdote encuentra ahí su recompensa. Primeramente en Dios, porque ve realizarse la obra de Dios a través de él, y si no tiene otra meta en la vida, se desarrolla plenamente viendo que Dios responde a su acción por los frutos que ésta reporta.

<sup>1</sup> *Mi vocación religiosa*. Bilbao 1961, c. 3.

Esto es siempre una realidad. No que los frutos de la acción sacerdotal sean siempre los que uno esperaba o uno pretendía. Cuando se pone al servicio de Dios, consigue de nuestra acción lo que El desea, y sus caminos no son los nuestros. Además, el éxito según Dios no tiene mucho que ver con el éxito humano; la historia de la pasión es su primer signo y el signo decisivo. El éxito sobrenatural no consiste en realizar obras notables a los ojos de los hombres, ni en ocupar puestos vistosos, aunque sean eclesiásticos; la acción de Dios se realiza en las almas, y las almas no se ven.

Pero lo que se ve son los sentimientos de los hombres. Ahora bien, cuando en alguna parte hay un buen sacerdote, dondequiera que sea, no tarda en verse rodeado de un afecto, de un respeto, de una amistad muy particular, que viene a ser para él un apoyo sin igual.

Se explica fácilmente. Tan pronto como aparece un buen sacerdote en un lugar, todos acuden a él, porque se sienten amados allí como en ninguna otra parte —los niños, los adolescentes, los jóvenes, las jóvenes, los adultos, todo—. Es el hombre que no busca nada para sí, que es para los demás, que no tiene más que esta razón de ser y en ello sólo piensa.

La mayoría de las personas se aman a sí mismas, se preocupan de sí y, por consiguiente, piensan y hablan sólo de sí mismas. Si de vez en cuando ocurre que un laico es más o menos parecido a lo que acabamos de decir del buen sacerdote, causa extrañeza y parece casi una anomalía. Y, en efecto, podría uno preguntarse si el laico no debe consagrarse a su propia tarea, como el padre de familia que ha de hacer felices a su mujer y a sus hijos, pero no a las mujeres de los demás. El sacerdote, por su parte, tiene como única tarea la de consagrarse a la felicidad de

todos. Y por esta razón, cuando aparece un buen sacerdote, todos acuden a él.

No sólo los cristianos fervorosos que frecuentan la iglesia y desean oír sermones. Todos. Recuerdo el caso de un sacerdote obrero, que era un buen sacerdote y trabajaba en una fábrica en medio de un ambiente completamente descristianizado. Al cabo de algún tiempo sus compañeros de trabajo le dijeron: “Ya no debes venir aquí. Se te va a alquilar una habitación en el barrio, y tú permanecerás allí a nuestra disposición”. Y durante todo el día se desfilaba por allí para preguntarle... ¿qué?

Sí, ¿qué? Todo. Hay quienes desean simplemente un alivio, porque lo que llevan en el corazón les ahoga; otros necesitan pedir una información, una orientación; hay quien necesita de una palabra fraternal; hay incluso quien desea hablar de religión, de la Iglesia, de Dios, de un problema moral. Sí, todo. El sacerdote está sencillamente ahí, y está ahí para ellos. Y en último término, si alguien se pregunta el porqué de esta vida, debe responderse que, fuera de Dios, no cabe explicación.

Los niños vienen a contar sus pequeños roces, que para ellos son grandes, con sus padres, sus compañeros, sus profesores; los adolescentes vienen a hablar de sus estudios, de sus penas interiores, de su hastío; y los adultos de todas las dificultades de la vida... Lo único de lo que no se habla es del mismo sacerdote; diríase que nadie se interesa por él, pero todos acuden a él.

Y después de veinte años, cuando un sacerdote ha tratado de ser buen sacerdote, siente el peso de todos aquellos para quienes ha sido una luz en la vida.

Pero es necesario para eso que no reclame nada para sí mismo. Tan pronto como el sacerdote busca algo para sí, busca su propio bienestar en reuniones o distracciones,

deja de ser el hombre a quien se acude por Dios, porque ya no es el hombre de Dios.

¿No se llega así a un programa de una austeridad humana? ¿Es el sacerdote un hombre que pueda atenerse a él y no corra el peligro de quedarse en un personaje de puras apariencias, por no ser capaz de realizarlo?

Así ha ocurrido con mucha frecuencia entre sacerdotes mediocres, llegando, a pesar de su mediocridad espiritual, a puestos jerárquicos elevados y simulando actitudes religiosas que su vida privada desmentía. En otras épocas, esta situación era habitual, y si se ponía interés en guardar tales formas exteriores, era, en gran parte, porque el interior no correspondía a ellas. Pero, ¿cómo sacerdotes de esta índole podían dar a Dios? Así se explican muchas decadencias de la Iglesia, y el motivo más vivo de esperanza en la Iglesia actual es ver aumentar el número de sacerdotes que desean ser totalmente de Dios.

¿Cómo se explica entonces la queja tan frecuente de la soledad del sacerdote, de que el sacerdote se encuentra solo y de que nadie se ocupa de él? Creo que esto se relaciona con lo dicho anteriormente sobre los sacerdotes que tenían una concepción puramente sacramental de su ministerio y que no concebían otro género de vida que estar en la casa parroquial y esperar a que vinieran a pedirles los sacramentos, o perseguir a sus parroquianos para que los recibieran, contentándose con reprenderlos ásperamente si es que no llegaban a desearlos. Pero cuando hay un sacerdote, y los hombres llegan a convencerse de que les ama y de que desea ayudarles, se acude a él, porque todos los hombres, pequeños y grandes, jóvenes y viejos, sienten deseos de ser amados.

\* \* \*

Al leer estas páginas, quizás a algunos lectores les parezca todo esto puro idealismo. Ya sabemos que el hombre no realiza plenamente los ideales del espíritu. Pero insistimos, una vez más, en que se trata aquí de una orientación de la vida. Hay que hacerse sacerdote con el deseo de llegar a lo que acabamos de decir; después, uno lo realiza en mayor o menor grado. En la vida ordinaria cada uno encuentra sus lagunas: uno tiene más éxito actuando de tal forma, otro actuando de la otra. Y cada cual tiene sus propios defectos, debidos a la vida interior, o debilidades de la naturaleza; pero lo esencial es la orientación de la vida. Cuando un sacerdote se entrega y no se busca a sí mismo, cuando ésa es la nota dominante de su vida, no se presta atención a sus defectos; se tiene en cuenta lo que constituye la base de su vida y se manifiesta en lo esencial de su acción, la entrega a la obra de Dios y el deseo del bien de todos.

Y puesto que el sacerdote es un hombre, tendrá días penosos. Se encontrará cansado; le decepcionarán los que se le enfrentan por puro egoísmo o pereza; sentirá la tentación de pensar en sí mismo, como todo el mundo. Pero nada de todo esto cambia la línea general de la vida; simplemente nos recuerda la debilidad humana, que el sacerdote encuentra en su vida lo mismo que en la de los demás hombres, y que motiva la vigilancia espiritual, la ascesis y los ejercicios de la vida espiritual de los que nadie puede dispensarse. Pero aquellos a quienes se dirige en su ministerio comprenderán, por encima de estas debilidades, el don de sí del cual son beneficiarios y no lo echarán en olvido.

Lo mismo ocurre en las familias. Los niños que tienen buenos padres se dan perfecta cuenta de los defectos de éstos y, no obstante, les profesan un afecto, una admiración y una confianza casi ilimitada, porque los pequeños



defectos humanos significan muy poco al lado del empuje que lleva consigo la vida.

Hablo de estas cosas con conocimiento de causa, porque soy sacerdote desde hace cerca de cincuenta años, y debo atestiguar desde el fondo del alma que jamás he conocido la infelicidad en un buen sacerdote, sino todo lo contrario; lo he visto siempre rebosando una felicidad que hay que calificar de extraordinaria, porque cae fuera de lo humano corriente, una felicidad que parece profundamente misteriosa en la masa humana.

Esta riqueza sacerdotal se presenta bajo unas apariencias muy sencillas. No se trata de obras extraordinarias, sino de una vida ordinaria al servicio de las almas. La palabra "alma" es aquí la propia, porque de ellas se trata, de su desarrollo espiritual se ocupa el sacerdote; y si este desarrollo espiritual está ligado a todas las contingencias de la vida, por esta razón también el sacerdote se ocupa de todo, y es lo que da, en cierto modo, un colorido especial a su acción.

El sacerdote que trata de ser un buen sacerdote está sostenido en la vida por aquellos precisamente que él sostiene. La misma confianza que se le testimonia le obliga hasta cierto punto a seguir por el mismo camino. Su vida está comprometida en una dirección en la que ya no puede detenerse. Es un conjunto de cosas del que dimana una vida que al fin parece toda luz.

### *La vida en equipo*

Cuanto acabamos de ver constituye realmente el alma de la vida sacerdotal, y la perfección del sacerdote resulta inmediatamente de su acción sacerdotal. Pero como la realización de ese ideal debe coordinarse con las exigencias

de la naturaleza, intervienen también algunos elementos secundarios. Y, en primer lugar, la vida con sus hermanos.

Nos referimos ahora muy de cerca a lo que hemos visto anteriormente respecto de la vida comunitaria. El sacerdote necesita el apoyo de otros sacerdotes que comparten su ideal. Ya hemos dicho que, con realizaciones muy diversas, se está buscando continuamente la vida comunitaria. Una manifestación de ello son las sociedades sacerdotales que agrupan a sacerdotes que comparten el mismo ideal. Y en un plano más amplio, existen reuniones de todas clases que tienen como objetivo el que el sacerdote se explaye entre sus hermanos en el sacerdocio.

La vida del sacerdote presenta aquí un carácter que le es peculiar y que se debe al hecho de no tener familia. La mayoría de los hombres encuentra su centro afectivo en la familia, según se ha dicho, pero el sacerdote renuncia a ella. Los religiosos llevan una vida de comunidad que debe remplazar a la familia según la carne por la familia espiritual. Y cuando se estudia esta cuestión, uno advierte que existen en la familia elementos de contacto humano, de coexistencia, de familiaridad muy diferentes del aspecto carnal de la vida conyugal. El contacto con sus hermanos en el sacerdocio debe proporcionar esto al sacerdote en cierta medida. Porque llevan la misma vida que él, pasan por las mismas experiencias, tienen las mismas dificultades, pueden también aportar muchos hechos de vida que no les son comunes con otras personas.

Por esto las amistades entre sacerdotes son particularmente valiosas. Hay amistades que se estrechan en el seminario y duran toda la vida. A veces la colaboración en una parroquia o centro de enseñanza crea también lazos muy profundos. En cualquier caso, hay que favorecer todo aquello que permita a los sacerdotes encontrarse y reunirse. No hay que temer que los buenos sacerdotes pierdan

en ello el tiempo, porque de ordinario están sobrecargados. Entre el clero se habla de "hermanos"; en efecto, el sacerdocio engendra una especie de fraternidad que no se encuentra en otra parte.

Esto es importante sobre todo en la juventud. En la madurez, el hombre se independiza más del medio; pero los sacerdotes jóvenes necesitan el apoyo de la comunidad de pensamiento y de ideal de quienes comparten su vida. A veces hay sacerdotes demasiado solos, que acuden a los laicos o a casas particulares, para comunicar allí sus confidencias, y no para aportar la luz y la paz de una presencia sacerdotal. Esto les rebaja a ellos y merma también la estima del sacerdocio ante esas personas en quienes uno busca alivio.

En la medida de lo posible, el sacerdote necesita, por tanto, de un medio sacerdotal. Se da a las almas con más facilidad y espontaneidad, cuando ve en torno suyo a otros sacerdotes animados del mismo ideal y entregados a un ministerio similar, aun siendo diferentes las condiciones del orden material.

### *La familia*

El problema de la familia se plantea al sacerdote diocesano de una manera muy particular, porque no funda una familia de la cual sea él cabeza, como la mayoría de los hombres, que rompen así los lazos con su familia de origen. Por otro lado, no forma parte de una comunidad que constituya una familia espiritual. El religioso deja su familia, pero para encontrar otra. El sacerdote, pues, como tal, no tiene familia, y si queda vinculado a la familia de origen, es por un lazo de unión con el pasado; este lazo no se rompe como sucede con el laico que se casa o el reli-

gioso que entra en el convento. El sacerdote permanece en su familia, es decir, en la de sus padres, y sólo lentamente se desliga de ella, pero sin remplazarla.

Esto se observa entre los seminaristas. Vuelven a sus casas en vacaciones. "A sus casas", es decir, a las de sus padres; el seminario no es su casa; mientras que para el que entra en el noviciado, en una orden religiosa, ya no es su casa la casa de sus padres, y las vacaciones no consisten en volver a la casa paterna.

En la literatura comunitaria se habla de la familia que los sacerdotes deben formar con su obispo. Pero la palabra "familia" se toma entonces en un sentido derivado, y se aplica más bien a la familia en sentido lato, comprendiendo a cuantos llevan la misma sangre. Cuando hablamos aquí de familia, pensamos más bien en la comunidad de los que viven bajo un mismo techo.

Por consiguiente, cuando el sacerdote entra en función, su vinculación con la familia es muy variable. Entre otras cosas depende de que su destino esté enclavado en la misma región de origen. De todos modos, los lazos de unión con la familia presentan ventajas e inconvenientes que es preciso examinar para servirse de las primeras y tratar de evitar los segundos.

Históricamente se ha llamado la atención más que nada sobre los inconvenientes. En numerosas sociedades en las que el sacerdote aparecía como una promoción social, la familia trataba de aprovechar las ventajas que el sacerdote podía reportar, y con mucha frecuencia el sacerdote, a veces inocentemente, por parentesco natural, se prestaba a ello sin adivinar mal alguno. El caso más resonante fue el nepotismo, por el cual altos dignatarios eclesiásticos, e incluso papas, aprovechaban su situación para dotar a sus parientes. Aunque hoy día no se presente ya ese caso con carácter tan escandaloso como entonces, todavía exis-

te en formas atenuadas. Es un aviso para todos los sacerdotes. Ocuparse de los parientes y aprovechar la influencia que se tiene, como sacerdote, para procurarles ventajas materiales es una tentación de la que hay que estar advertidos.

En muchos países se recluta el clero en la clase más pobre, y la familia se aferra al sacerdote. En la vida de san Vicente de Paúl, que procedía de una familia así, aparece cómo tiene sumo cuidado, ya sacerdote, de romper todo lazo con su familia. En nuestros tiempos esto parece algo excepcional, en nuestros países al menos; pero la razón es fácil de adivinar cuando se conocen las costumbres de la época, y todavía hoy existen costumbres parecidas en algunos países.

Abusos escandalosos no se dan actualmente en naciones como Francia, Bélgica y, de manera general, en Europa septentrional; pero la tendencia existe.

Cuando hay un sacerdote en una familia, como no tiene hogar propio, espontáneamente se piensa en él cuando hay que ocuparse de un problema relativo a la familia. De esta forma hay sacerdotes jóvenes, hijos mayores de la casa, con quienes se instalan padres, hermanos y hermanas, quedando vinculados ellos a la familia y perdiendo su independencia. Por otra parte, el sacerdote se convierte como en el cabeza de familia, ocupándose de los estudios de los hermanos más jóvenes y de sus hermanas. O bien se encarga el sacerdote de los intereses materiales de la familia, de la administración de los bienes. Todo esto corre el peligro de resultar muy perjudicial para la vida sacerdotal, cuando sobrepasa el servicio ocasional.

En estas materias los matices son muy diversos, lo mismo que las situaciones. Lo esencial es que la familia respete al sacerdote y se dé cuenta de que tiene otra mi-

sión. Ahora bien, ocurre con frecuencia que la familia no tiene la menor idea de la misión del sacerdote y en el cargo que desempeña no ve más que los aspectos humanos, el número de horas de servicio obligatorio, el dinero que gana, etc., y encuentra natural manejarlo para su servicio.

He conocido a un sacerdote perteneciente a una familia numerosa de cierta categoría social, a quien sus hermanos y hermanas casados encargaban de representar a la familia en todos los entierros. El sacerdote, para ellos, es el único que siempre tiene tiempo. Ciertamente es un abuso muy pequeño, pero está en la línea que examinamos.

En cambio, es razonable que el hijo sacerdote pueda preocuparse de sus padres ancianos. Para los padres puede ser un apoyo importante, y para el mismo sacerdote puede ser un elemento de equilibrio afectivo. Asimismo puede ocurrir que una mujer que queda viuda con niños, encuentre en el hermano o cuñado sacerdote el consejero que necesita. Cuando no sirve de obstáculo al ministerio sacerdotal, todo esto puede ser bueno y contribuir al equilibrio afectivo del sacerdote.

\* \* \*

Un grupo bastante numeroso de sacerdotes, y sobre todo de sacerdotes jóvenes, vive con su madre o con una hermana soltera. También esto contribuye con frecuencia al equilibrio afectivo del sacerdote, pero con ciertas condiciones.

Es preciso que la madre o la hermana del sacerdote acepten llevar una vida escondida y estar en casa del sacerdote. Si se empeñan en que el sacerdote viva en casa de ellas, todo cambia. En muchos casos la madre o la hermana del sacerdote son personas muy cristianas que desean lle-

var una vida semirreligiosa al amparo del sacerdocio de su hijo o de su hermano. Ayudan incluso a veces al sacerdote en las actividades parroquiales, y la ayuda puede ser valiosa.

El sacerdote encuentra en esa intimidad familiar un elemento de equilibrio humano que puede ser beneficioso. Pero puede ocurrir que la madre o la hermana sean dominadoras y controlen lo que hace el sacerdote, constituyendo así un obstáculo para su actividad sacerdotal bajo el pretexto de quererle preservar. Se dan casos y casos, y es imposible establecer una regla general. Pero lo que podemos afirmar es que muchos sacerdotes atribuyen la vocación a su madre, aseguran que les sirve de apoyo en su ministerio, y que, en muchos casos también, las madres de los sacerdotes se sienten felices llevando junto a su hijo una vida oscura y piadosa.

En nuestros tiempos, en Francia y en Bélgica, la vida del sacerdote en familia ha adquirido una importancia nueva, debido a la desaparición de las domésticas. En el siglo pasado, y todavía en nuestros días en ciertos países, como los germánicos, el sacerdote llevaba un estilo de vida burgués, disponía de recursos que le permitían una vida fácil, y, por consiguiente, aun estando solo, se encontraba a gusto en su casa. Hoy día en nuestros países, siendo los recursos del sacerdote mucho más escasos y habiendo desaparecido las sirvientas, el sacerdote que vive solo se encuentra en una casa poco cómoda y, especialmente en Francia, se quejan mucho del carácter desmoralizador de la vida del sacerdote que, después de una jornada llena, vuelve, en invierno, a una casa no sólo silenciosa y desierta, sino fría, en la que debe comenzar por encender la estufa y preparar la comida.

Se encuentra uno en este sentido con casos trágicos, y entonces se da uno cuenta de la importancia que puede

tener, para algunos sacerdotes, vivir con su madre o una hermana, así como del papel importante que desempeña ese pequeño número de personas consagrado a asistirlos.

Acabo de decir que las sirvientas de los sacerdotes han desaparecido. Las que hoy día asisten a los sacerdotes son personas piadosas que se consagran a esta tarea con el fin de servir a la Iglesia.

También aquí se dan situaciones muy dispares. Hay sacerdotes viviendo solos en un apartamento, pero en relación con una familia que habita en el mismo inmueble. Es realmente difícil tener una perspectiva de todas las situaciones; pero el principio general al cual hay que atenerse es que el sacerdote necesita vivir en una situación que le permita ser sacerdote lo más perfectamente posible.

Por lo demás, el estado presente de cosas corresponde a un estadio de transición que ciertamente no ha de durar. La situación material del sacerdote ha cambiado mucho en el siglo xx, y quizás sea esto particularmente cierto en Francia y Bélgica. Cabe esperar que aparezcan nuevas formas de vida común sacerdotales, por la organización de la pastoral de conjunto, entre otras. Los sacerdotes que viven solos en casas rectorales con cien años de existencia, residen en viviendas construidas en una época en que el clero vivía de otra forma. En la actualidad, todo un conjunto de instrumentos antiguos de la vida católica, y especialmente sacerdotal, resulta inútil, y es preferible dejarlos caer y remplazarlos; pero se precisa para ello un poco de imaginación, un poco de osadía en la acción, un poco de despegue para no conservar cosas ya en ruinas, un poco de iniciativa. Se advierte el giro que van tomando las cosas, y se ve sobre todo, cada vez mejor, la orientación de la vida sacerdotal. Con estos medios se hace posible el avance.

El problema de la castidad se simplifica bastante, cuando se la integra a cuanto acabamos de decir, porque la castidad, como la lujuria, está ligada al conjunto de la vida afectiva. Si la castidad preocupó tanto a los autores antiguos, se debe a que se la separaba del conjunto, determinando los pecados contra la castidad como algo en sí, sin vinculación con la vida síquica, y exponiendo en qué consistía el pecado a fin de abstenerse de él, pero deteniéndose bastante poco en las condiciones que hacen posible o fácil la renuncia al pecado. Se exaltaba la “bella virtud” como la virtud angélica, la que hace a los hombres semejantes a los ángeles, y en las obras espirituales se exponía cómo la castidad se extiende a toda la vida, dando a nuestra actitud un carácter espiritual.

Aquel que tiene una vida afectiva equilibrada apenas encuentra dificultades en materia de castidad, y, por eso, la vida afectiva equilibrada constituye el problema fundamental para la misma castidad. Es muy raro que los sacerdotes buenos tengan dificultades en este sentido. Sin embargo, también hemos de hablar de ello, en primer lugar porque nadie es perfecto, y cuando se habla de un sacerdote bueno, sólo se entiende en mayor o menor grado; además, porque las circunstancias son muy diversas, y se corre el peligro de sufrir una sorpresa.

Por otra parte, el estado de vida del célibe casto es un estado de vida excepcional. Y esto no sólo se aplica al sacerdote. En la vida existen alternativas, períodos en los que ciertas cosas se vuelven más difíciles. Y esto se da por doquier. Sabido es que incluso en el matrimonio existen períodos difíciles, y cuando se escribe un libro para casados, es preciso prevenirles. Este es un libro para sacerdotes; también hay que prevenirles.

Las dificultades no son las mismas para todos ni para toda edad. Para el sacerdote joven que tiene una vocación sacerdotal consciente y madura, la renuncia se refiere al matrimonio. Ve a sus hermanos y amigos buscar la felicidad en el matrimonio, mientras que por su parte renuncia a él. Más tarde, en la madurez, con mucha frecuencia el sacrificio se refiere a la paternidad. El sacerdote ve a sus contemporáneos rodeados de sus hijos, mientras él se encuentra solo; observa en las buenas familias la confianza sin igual de los hijos para con sus padres, mientras él no tiene hijos; ve que para los niños la familia es el centro, y que el padre, para el niño, domina toda su vida, mientras que él, sacerdote, no pasa de ser un consejero, más o menos al margen. De aquí la tentación, cuando se presenta la ocasión, de instalarse en un hogar, que uno hace suyo —se trata, por ejemplo, de la casa de una mujer viuda, a quien se mantiene y ayuda—, y se educa a los hijos, o se administra su fortuna. Con ello se pierde algo de su carácter sacerdotal, aunque no exista falta carnal.

Es preciso, por tanto, tomar precauciones. No basta con tener un gran impulso; se requiere ser prudente y estar prevenido.

\* \* \*

La castidad es la virtud por la cual el hombre domina la pasión sexual. Esto vale tanto para casados como para célibes; pero en el caso del sacerdote presenta un carácter particular, puesto que implica para él un carácter de abstención, mientras para los casados es de moderación.

En nuestros tiempos se ha estudiado mucho la vida sexual, no sobre el plano moral, sino sobre el plano de los hechos. Estos estudios han aportado ciertas luces que no cambian para nada los puntos de vista tradicionales,

sustancialmente al menos, pero que llevan a discernir ciertos detalles que antes no se observaban, a destacar aspectos que quedaban en la penumbra.

En el campo de la sexualidad, entre otras cosas, se han determinado los caracteres primarios ligados al aparato genital, y los caracteres secundarios, muy numerosos y que extendiéndose a toda la persona se manifiestan en la sensibilidad y hasta en el siquismo. Por otra parte, también se sabe en nuestros días que el siquismo está ligado a la estructura física. La sexualidad, por tanto, está ligada a toda la persona, y esto ha permitido a algunos ver fenómenos sexuales en todas las actividades del hombre, mientras que existen otras tendencias fundamentales que también aparecen en toda la vida.

Se ha extendido, igualmente, la noción de relaciones sexuales a todos los contactos entre personas de diferente sexo, o al menos a aquellos que se presentan de otro modo entre personas de diferente sexo. Hay quien sostiene que una mujer nunca habla a un hombre como habla a otra mujer, y viceversa. Y se produce en nuestros días una especie de embriaguez de sexología, que lleva consigo muchas exageraciones. Pero el desarrollo científico en este campo ha dado, no obstante, frutos útiles.

Se ve más claramente que en otros tiempos que es preciso distinguir la sexualidad puramente fisiológica de una sexualidad que se llamaría mixta, en la que lo fisiológico se mezcla con lo afectivo, lo síquico, y a veces está completamente dominado por lo suprafisiológico. Se llega entonces a la noción de amor que sobrepasa lo sexual.

Antes, se confundía todo esto. El cristianismo ha acentuado mucho la noción de amor espiritual, amor de Dios y amor de las almas; sobre este plano se ha precisado mucho la noción de amor de amistad, y, en la espiritualidad conyugal, se ha distinguido el amor de amistad del amor

afectivo y del amor carnal, para lograr que el amor de amistad domine y oriente las otras formas de amor. Y es cierto que lo que constituye la grandeza y la pureza del amor es su vinculación a valores espirituales. Pero el amor humano, sin embargo, sigue siendo sexual.

La pasión sexual física no merece el nombre de amor. Se la llama corrientemente amor carnal, siendo esta expresión fuente de equívocos. Mejor sería hablar sencillamente de satisfacción carnal, o de alivio sexual. En realidad es esto: el alivio de una pasión física, y, como todo alivio de pasión física, simple búsqueda de satisfacción personal.

Asimismo, esta sexualidad puramente fisiológica puede satisfacerse de diversas formas, solo o con otro, y cuando es con otro, bien con persona del mismo sexo, bien de distinto sexo. No implica sentimiento alguno de amor.

Pero el apetito sexual es natural al hombre. Es legítimo satisfacerlo dentro del matrimonio, y, al servicio del matrimonio, puede ser un estímulo del amor verdadero. Al célibe, como al sacerdote, le impone un deber de vigilancia.

Porque el sacerdote es un hombre, y debe, por tanto, contar con la experiencia en sí de todo lo humano. Unos tienen la pasión sexual más fuerte que otros. Tener las pasiones más fuertes no supone una debilidad moral, y puede ser la contrapartida de virtudes fuertes también. Pero quien tiene más peligro de caer, debe también tomar mayores precauciones.

En conjunto, el principal problema es un problema general de vida, y cuanto hemos dicho anteriormente se reduce a esto. Cuando un buen sacerdote tiene debilidades de este orden, casi siempre es en momentos de fatiga, de decaimiento o porque vive en excesiva soledad. Para guardar el dominio de sí mismo, es necesario velar por la higiene general de la vida. Esta es a veces difícil de realizar,

porque no siempre es uno dueño de las circunstancias. Pero si la causa de las debilidades se encuentra en circunstancias de las que uno no es dueño, tampoco se es responsable de las consecuencias.

Esto demuestra que, a pesar del carácter puramente fisiológico de tales debilidades, lo síquico juega también un papel, y, en efecto, lo síquico interviene en todo lo físico. El hombre es uno; apenas se dan fenómenos físicos sin intervención síquica, como tampoco se dan fenómenos síquicos sin intervención física. Un estado de alma alegre o triste puede quitar el apetito, y, no obstante, comer es una actividad puramente fisiológica. Este aspecto síquico tiene todavía más razón de ser cuando se trata del apetito sexual. Es preciso, pues, estar vigilantes.

\* \* \*

Como en toda virtud, lo esencial de la castidad es amarla. Se ama la castidad cuando uno se da cuenta de la importancia que representa, cuando uno advierte que sólo se puede ser el hombre de Dios, ser un auténtico sacerdote, siendo dueño de sus sentidos, y entonces, incluso dándose a veces debilidades, espiritualmente no producirán gran daño, y puede uno estar cierto de que apenas constituirán pecados mortales, puesto que inmediatamente uno las lamenta y están en oposición a toda una línea de vida.

Para juzgar de la culpabilidad de un acto es esencial la línea de vida, porque ella indica dónde se ha fijado el corazón y lo que uno desea hacer. Aquel cuya vida está orientada en un sentido determinado, desea conducirse en consecuencia. Aquel cuya vida está orientada hacia el pecado, ama el pecado y desea cometerlo. Incluso cuando no peca, está también en estado de pecado, porque desea pecar. Si no tiene ocasión de pecar, espera tenerla y se goza

en el pensamiento del pecado que tendrá ocasión de cometer. Por el contrario, el sacerdote que desea ser el hombre de Dios, y especialmente el sacerdote cuya vida está dominada por este deseo, siente horror hacia el pecado que le desvía del objetivo de su vida, y si por debilidad llega a caer, se puede tener la seguridad de que es por pura debilidad, es decir, que se produce en un momento en que no es dueño de sí.

\* \* \*

Finalmente, hemos de decir algo sobre las relaciones del sacerdote con las mujeres, pues es una cuestión donde el sacerdote roza con unos peligros que no puede evitar.

La cuestión es delicada, ante todo, porque el sacerdote permanece célibe y no puede, por tanto, tener una mujer sobre la cual concentrar su afecto. En cambio, las mujeres tienen con el sacerdote una intimidad que no tienen con nadie, porque muchas de ellas dicen al sacerdote cosas que no manifiestan a ningún otro. El sacerdote ha de aceptar esta intimidad y ella es al mismo tiempo peligrosa. Es necesario, pues, ser prevenido y prudente.

Y, antes que nada, para que el sacerdote pueda aconsejar a las mujeres que necesitan un apoyo espiritual, es preciso que sea célibe; y esta circunstancia da al celibato eclesiástico su pleno relieve. El hombre casado concentra su vida y debe concentrarla, sobre una mujer, una sola. El sacerdote ha de estar a disposición de todas.

Es cierto que a veces se dan hombres que son los confidentes de muchas mujeres, en especial tratándose de médicos. Pero en cierto modo es algo accidental. Ser consejero espiritual es un elemento esencial de la misión del sacerdote, y cuando se habla de vida espiritual, se habla de lo más íntimo que hay en la existencia. Esto, por lo demás,

no es exclusivo de mujeres. El sacerdote está a disposición de todos, de las mujeres lo mismo que de los hombres; muchas veces son más numerosas las mujeres cuando se trata de preocuparse por su vida interior.

Vida interior: podríamos decir también vida íntima. De suyo se trata de lo más íntimo que hay en la vida.

Esto plantea problemas, que no hemos de rehuir; hay que afrontarlos, ya que responden a una exigencia de la realidad. Y el sacerdote debe ocuparse de las mujeres; debe ocuparse de ellas como de los hombres, no con preferencia sobre los hombres, sino por igual, porque el sacerdote ha de ser el hombre de Dios para todos.

Pero se plantea un problema en ser el hombre de Dios y en no ser más que eso. El problema se plantea ya en las relaciones con los hombres y los jóvenes. Hay sacerdotes que, bajo el pretexto de querer ser flexibles, se ocupan de todo lo profano. No se puede ejercer ningún influjo espiritual jugando a las cartas o al billar con todos, aunque puede ocurrir también que el compartir los juegos con las personas suponga un acercamiento de las almas. Todo depende de lo que se tenga por dentro en el alma.

Por lo que se refiere a las mujeres, es más delicado. Sucede con mucha frecuencia que una mujer sólo busca en el sacerdote el apoyo masculino del que siente necesidad. Esto se comprueba fácilmente por el hecho de que la clientela femenina del clero se compone casi exclusivamente de mujeres que no tienen un buen marido, de las que lo tienen positivamente malo, o de las que no tienen ninguno, solteras, viudas, divorciadas. El sacerdote fácilmente cree que acuden a él en busca de una ayuda espiritual, y ellas mismas lo creen muchas veces. Pero cuando uno ve que las mujeres que tienen un buen marido le piden pocas veces consejos íntimos y pasa mucho tiempo sin que vengan a desahogarse, es para estar precavidos.

Es extremadamente importante para el sacerdote no demostrar afecto a las mujeres. Debe estar presto a dirigirlas, a ayudarlas, pero ayudarlas con consejos, no con afecto. Cuando un buen sacerdote ha sufrido un percance en este campo, casi siempre ha sido porque ha querido ayudar a una persona desgraciada, o simplemente por testimoniar afecto a una joven o mujer que parecía intimidada.

Se descende a detalles muy concretos, como, por ejemplo, la norma de dejar siempre una distancia material entre la mujer y uno mismo. Esto parece una simpleza cuando se dice así, pero muchos tienen la impresión de que no es posible confiarse a un metro y medio de distancia, o cuando se está separado por una mesa. Las que no pueden confiarse en estas condiciones, es preferible que no se confíen, porque su confianza ofrece algo sospechoso.

Asimismo es importante que el sacerdote no se confíe a las que se confían a él. Su papel es asistir, no ser asistido. Con bastante frecuencia hay directores espirituales que se desahogan inagotablemente con aquellas que dicen vienen a consultarles. Y muchas veces las mujeres están orgullosas de ello, porque no hay nada más agradable para ellas que la impresión de sostener a un hombre. Lo que es perfecto en el matrimonio, constituye una desviación para el sacerdote. Y se comprende el peligro: ambos se sienten ayudados al sentirse comprendidos y experimentan alivio al comunicarse mutuamente sus preocupaciones. Ahora bien, ellos están preocupados por sí mismos. Por tanto, se ayudan y reconfortan hablando de sí mismos. Esto no presenta nada de sobrenatural, y debilita al alma, si en un principio buscaba a Dios.

Muchas veces se le reprocha al buen sacerdote la dureza. Y es por los motivos que acabamos de ver. Uno creía buscar a Dios en él, pero sin darse cuenta de ello, se buscaba otra cosa. Muchas mujeres solas son felices cuando



encuentran a un sacerdote que se interese por ellas, porque les parece que no existe peligro alguno por esta parte, mientras los hombres que se interesan por una mujer le piden de ordinario compensaciones carnales. Ellas no se dan cuenta de que merman al sacerdote; porque el sacerdote que tiene una mujer en su vida, de manera exclusiva, ya no puede ser de todos. Esto sólo ya es una reducción, y esta reducción lanza por un camino en que muchos, indudablemente, se detienen. Aunque uno no llegue al extremo, siempre queda mermado.

El sacerdote que acepta el reproche de ser duro, en ello mismo recibe la recompensa, porque incluso las mismas que más vivamente se lo han reprochado, le testimonian por esto mismo una confianza que no tienen para quien se les mostró más humano. Se dan cuenta de que, sin saberlo tal vez, o al menos sin tener de ello una conciencia clara, ellas buscan en ese sacerdote algo que no han encontrado en aquellos que se mostraban humanamente agradables.

## 7

### LOS BIENES TERRENOS

CUANDO se trata de obligaciones clericales, el silencio que guarda el derecho canónico respecto a la pobreza contrasta con el cuidado que pone en hablar de las relaciones con las mujeres. Probablemente sea ésta la mayor diferencia entre sacerdotes diocesanos y religiosos. Se podría mencionar también la vida común; pero el derecho canónico exhorta a los sacerdotes a la vida común. En cuanto a la pobreza, guarda silencio.

Ya sabemos que el derecho canónico no es un tratado de moral. Su silencio indica simplemente que no ve problema disciplinar sobre este tema. Queda por saber lo que significa la pobreza en la vida del sacerdote y, más generalmente, el uso de los bienes terrenos.

#### *En la vida sacerdotal*

Los bienes terrenos en la vida sacerdotal... El sacerdote es el hombre de Dios entre los hombres. Todo, en él,

está al servicio de su misión. Los bienes terrenos, cualesquiera que sean, dinero, dignidades, formación, diplomas, todo debe estar al servicio de su misión. Esta es un centro donde todo debe converger. Todo debe servir a la función sacerdotal; nada puede seguir otro rumbo.

El estilo de vida debe, por tanto, inspirarse en el hecho de que el sacerdote es sacerdote. Si posee bienes patrimoniales, la cuestión no es si puede retenerlos, sino saber de qué manera le ayudarán más eficazmente a cumplir su misión sacerdotal.

Además hay que precisar el sentido del término cuando se pregunta si el sacerdote *puede* retener. La palabra *poder*, únicamente apunta al derecho canónico. Cuando se pregunta si el sacerdote puede retener sus bienes, quiere decir: ¿exige el derecho canónico a título disciplinar que todos los sacerdotes entreguen sus bienes? Esto no implica consecuencia alguna sobre la obligación moral que tal sacerdote puede tener de darlos.

Cuando se trata de esta última cuestión, la única respuesta es que el sacerdote debe ser el hombre de Dios y que toda su vida debe estar dominada por este hecho.

Si dispone de una fortuna personal o ejerce funciones muy bien retribuidas, pone una falsa nota en su vida al disfrutar de sus bienes en plan egoísta. Y el pueblo lo percibe. La mayoría de los sacerdotes acostumbran más o menos a apelar a la caridad; el sacerdote que pide limosnas para su iglesia o para las obras que lleva entre manos y que, por su parte, vive en la comodidad, no inspira confianza.

En este aspecto, existe una actitud frecuente entre el clero, e incluso entre los buenos sacerdotes, de establecer una separación entre su vida privada y su función. Si disponen de bienes, si ganan dinero, se sirven de ello para

su uso, no pensando que la fortuna debe estar al servicio de Dios y de las almas como toda la vida. Pedirán, por ejemplo, ayuda para su actividad sacerdotal, para su iglesia, mientras podrían prestar esa ayuda ellos mismos. Y no se dan cuenta de que el pueblo necesita sacerdotes en los cuales no haya nada que no sea de Dios.

En otra época, la mayor parte de los sacerdotes vivía en un confort burgués, y muchos se preocupaban demasiado por su bienestar. Decimos "en otra época", porque es difícil precisar; las situaciones cambian mucho según los tiempos y regiones. También en nuestros días se encuentran sacerdotes en diferentes lugares que viven lujosamente, disponiendo de importantes fortunas personales a las que están fuertemente apegados. No obstante, parece ser que en el siglo xx se ha efectuado una gran evolución, marcada por las obras de espiritualidad. Todas las obras de espiritualidad anteriores a la guerra de 1914 precaven contra el lujo... Hoy apenas se habla de ello.

Sin embargo, sigue planteándose el problema. Muchas veces de otra forma. En una obra antigua se hacía problema sobre las cortinas de seda, los tapices. Hoy la tentación será tener un vistoso coche, una televisión, una discoteca, una máquina de fotografías en colores último modelo, etc. O bien coleccionar obras de arte y muebles antiguos. Es lo mismo. Hay que darse cuenta de que es un corte en la unidad de la vida sacerdotal...

Ordinariamente todo esto constituye pequeños defectos. Los sacerdotes en su mayoría proceden de una clase modesta, y los que consiguen grandes ganancias son pocos. La mayor parte viven modestamente, algunos incluso pobremente —no por ideal, sino por necesidad— y casi todos se quejan de su situación. Son muy raros los sacerdotes que aman la pobreza.

Además, por lo general, viven según las costumbres de

su familia —la familia de donde proceden— añadiendo simplemente una oficina y una biblioteca, si su familia no disponía de éstas con anterioridad.

Ahora bien, el sacerdote no debería vivir según las costumbres de su familia —supone una desviación que darse ahí— sino según las exigencias de su ministerio sacerdotal. Hoy se empieza a caer en la cuenta de ello, y se ven sacerdotes en un medio obrero que adoptan las costumbres propias del mundo obrero; pero esto es nuevo. Hasta una época reciente, el sacerdote vivía un ritmo de vida de burgués modesto —el de su medio de origen— o mejor aún que un burgués modesto, si su medio de origen era más elevado.

Algunos sacerdotes de origen obrero viven como obreros, pero también ellos se limitan a vivir como se vivía en su familia. Es verdad que antes, cuando un sacerdote tenía un origen modesto, vivía mejor que en su familia de origen, porque llevaba un tren de vida sacerdotal que era el de los pequeños burgueses.

Si el sacerdote tiene como línea de conducta el bien espiritual de las almas, suprimirá de su tren de vida todo cuanto suponga buscarse a sí mismo. Sólo puede darse esta regla general, porque las circunstancias son tan diversas que una forma de bienestar, exagerada en un medio, puede resultar muy modesta en otro. A esto hay que añadir que el sacerdote debe tener en su casa un minimum de bienestar necesario para la distensión, si, como les suele ocurrir a los buenos sacerdotes, lleva una vida cansada. Todo indica que se hace imposible trazar una línea de conducta uniforme, y que, una vez más, lo que importa es el espíritu.

Pero decir que lo que importa es el espíritu no significa que haya que limitarse a consideraciones teóricas, y después seguir su capricho. Dos pequeños ejemplos precisarán el pensamiento. En los Estados Unidos la mayoría de

los sacerdotes disponen de lujosos coches, y la preocupación por tener el coche más lujoso y confortable posible es la tentación más habitual del sacerdote. En Francia de ordinario ni se plantea el problema, y en algunas regiones se reírían los sacerdotes si alguien suscitara esta cuestión. En cambio, después de la última guerra mundial, cuando se presentó el problema de la vivienda en París, conocí a un párroco de una parroquia antigua que tenía un apartamento de diecinueve habitaciones. No parecía pasársele por la imaginación el limitarse al número de habitaciones necesarias para su uso personal, y preguntarse qué empleo podría dar a las demás para que la gente viera que la Iglesia es la Iglesia de Cristo... La pobreza tiene muchos aspectos.

\* \* \*

El fervor de los fieles constituye a veces un peligro para el desprendimiento del sacerdote, porque los buenos cristianos, que respetan al sacerdote, se interesan por verle rodeado del bienestar que corresponde a sus propios sentimientos. Bajo este punto de vista, es un peligro muchas veces para el sacerdote estar rodeado de un pueblo cristiano fervoroso.

No hay que extrañarse, porque no teniendo ellos mismos vocación sacerdotal, los fieles no han reflexionado sobre lo que ésta exige. El respeto que sienten hacia el sacerdote lo manifiestan en las atenciones que tienen para con él. Y estas atenciones le desvían de lo que debe ser. Voy a casa de una familia: se me instala en el mejor sillón. Si lo rehúso y pido un asiento que no sea el mejor, parecerá que hago ostentación de austeridad y todo el mundo se sentirá incómodo. Nadie se atreverá a ocupar el asiento que yo dejé. Después me presentan los mejores manjares, los mejores vinos, y se crea una situación molesta si no

manifiesto mi aprecio. Si soy un buen sacerdote, desearé hablar de otra cosa; me gustaría que nadie se ocupe de lo que se come y se bebe. Pero esos buenos cristianos desean agasajarme. Mostrarse insensible, más aún, no prestar atención a esas cosas les disgustará... De esta forma, con la mejor intención, los buenos cristianos trabajan por desviar al sacerdote de lo que debe ser.

Este es un problema que se plantea, desde el punto de vista individual, a cada sacerdote, pero que se plantea también a escala de la Iglesia universal. Es el origen del fausto eclesiástico contra el cual se alza hoy día una reacción mundial. Si se produce esta reacción, es porque el mundo se halla ampliamente descristianizado y porque los medios católicos han entrado en contacto con otros. Se siente entonces la necesidad de demostrar que la Iglesia es la Iglesia de Cristo, y todo cuanto aleja del parecido de Cristo resulta chocante. La oposición que la Iglesia encuentra la ayuda a purificarse.

Este deseo de purificación se encuentra sobre todo en países descristianizados o en países en los que el catolicismo es nuevo. En los medios católicos homogéneos, los cristianos se hallan de ordinario satisfechos de sus costumbres y no desean cambiarlas. Les gusta que sus sacerdotes estén rodeados de consideración y estiman una dignidad de vida que corresponde a sus sentimientos hacia ellos.

A esto se añade que tal sentimiento de los fieles encuentra en el sacerdote ciertos sentimientos humanos. No siempre resulta agradable llevar una vida en la que todo se reduce al ministerio sacerdotal. Si se sabe que cierto bienestar ayuda al sacerdote a cumplir su misión, es natural que uno se deje llevar por estas cosas. Aquellos que empujan al sacerdote a una vida fácil vienen a fomentar tendencias demasiado naturales, y es una bendición para el sacerdote verse rodeado de un público que le exige ser

sacerdote por entero; asimismo es una bendición para la Iglesia actual sentirse vigilada por el mundo entero, con el fin de comprobar si su vida se conforma a Cristo.

### *La pobreza*

Los peligros del bienestar y el sentido de la debilidad humana han impulsado siempre a los buenos sacerdotes a buscar la pobreza. No es más que unificar toda su vida, incluso el empleo de los bienes terrenos, al servicio de Dios. Se trata de una actitud personal frente a los bienes del mundo, del dinero primeramente, del tren de vida que el dinero puede proporcionar, de la renuncia a cuanto puede alimentar la soberbia de espíritu, los estudios superiores, las funciones importantes, y la ostentación que tales funciones comportan.

El ideal de la pobreza está estrechamente ligado al ideal de la humildad. Se desea pasar desapercibido; se inspira uno en lo que Jesús decía de sí mismo, **que era pobre y humilde de corazón**. Comprende, por tanto, más que la pobreza en el sentido estricto, o que el hecho de no tener bienes materiales; es un todo cuyo punto central es la humildad. Humildad: desear tener en sí solamente a Dios y la acción divina. Si uno tiene medios de acción propios obra por propios recursos, ¿será todavía Dios quien obre?

Existe también en este deseo de pobreza una desconfianza frente a la naturaleza humana, y, por consiguiente, frente a sí mismo, puesto que se es hombre. Es fácil observar cuán dañosos son los bienes del mundo, por la soberbia habitual de los ricos y de los hombres encumbrados. Desde el punto de vista espiritual, la prueba más grave que puede llegar es ser rico o ser un hombre encumbrado. Y no existe diferencia entre los puestos eclesiásticos y los puestos temporales. Con razón, durante la

coronación del papa, se quema estopa delante de él al mismo tiempo que se dice: "Sic transit gloria mundi". La primera condición para subir sin peligro a altos cargos, es no desearlos. La hagiografía está llena de historias de santos que, nombrados obispos, se han resistido o se han ocultado, porque veían en ello un peligro para su alma.

Es, pues, razonable que el sacerdote desee ser el último de todos, no siendo para las almas más que un sacerdote. El sabe que la soberbia de espíritu le acecha, y que ésta se alimenta de todo lo que supone superioridad. Si todos los sacerdotes fueran así, se nombrarían para los cargos a los más capaces de ejercerlos, y la Iglesia se vería renovada.

La pobreza, pues, no puede entenderse sin relacionarla a un conjunto cuya dominante es la humildad. A veces se pretende practicar la pobreza considerándola en sí y colocándola no tanto en una actitud general de vida cuanto en determinadas prácticas de austeridad, casa, alimentación, mobiliario, o incluso en una abstención de placeres, de viajes por ejemplo, o de radio, televisión, tocadiscos.

Los que conciben así la pobreza, la practican a veces de manera demasiado radical en algunos puntos, pero caen en el espíritu de riqueza en otros, porque su pobreza no está integrada en un conjunto. Este conjunto es el espíritu de humildad.

Siendo muy variadas las circunstancias de la vida sacerdotal, sólo se vivirá pobremente de una manera efectiva si se experimenta una repugnancia por el lujo en primer lugar, después por la búsqueda del bienestar, las apariencias de clase y el gasto para procurarse comodidad. Sin embargo, puede uno verse obligado a determinados gastos en ciertos campos, para el servicio de Dios y de las almas.

La única regla que puede darse es la de un espíritu. En una palabra, es preciso invertir las perspectivas habituales.

La tendencia natural del hombre es amar el confort, los signos de riqueza y los signos de poder. Quien ama la pobreza no siente aprecio por ello.

A decir verdad, la cuestión que se plantea hoy día difiere algo de la de otros tiempos, porque la evolución democrática de la sociedad contemporánea lleva a los hombres más importantes y más poderosos a una simplicidad de vida y de porte semejante a la pobreza. Se les denomina con la palabra "señor", visten un traje corriente, viven en una casa parecida a las demás. Es clásico destacar en las revistas que los millonarios beben agua clara. El problema de la pobreza, por tanto, se desplaza. Por otra parte, muchos sacerdotes enrolados en el apostolado se dejan llevar de diversas formas por sus gustos o el lujo con el pretexto de ejercer mejor su ministerio sacerdotal —la fotografía en colores, por ejemplo, poderoso medio de atracción para la juventud.

Pero se forjan en esto muchas ilusiones, porque el sacerdote busca en realidad su diversión y se libera de un complejo de culpabilidad poniéndola al servicio de su ministerio. Incluso habría que ver si únicamente lo hacen por razón de su ministerio. Los matices son innumerables y pudiera caerse en el escrúpulo si se escudriñan todos los actos. La única solución se encuentra en el espíritu general, en la humildad, en la caridad. Si uno no busca el placer, si uno ama lo pobre, si lo ama de verdad, y no sólo de palabra, apenas existe ya el peligro de abusos o de egoísmo.

\* \* \*

Hemos hablado de "medios pobres"; es siempre la misma cuestión. Son los medios de acción que exigen lo menos posible los recursos humanos, que exigen lo menos posible el empleo de la técnica y del dinero.

Vivimos en un siglo dominado por el dinero y por los

medios de acción proporcionados por el mismo. La mayor parte de los hombres de nuestro tiempo tiene el alma asfixiada por el dinero, por el ansia de dinero y por el deseo de todo lo facilitado por el dinero. Se dice muchas veces que nuestra civilización moderna es una civilización materialista o una civilización sin Dios; pero los que sirven a Dios están amenazados de ser presa del materialismo práctico del ambiente. Por esta razón el desarrollo de la vida divina exige que se prefieran los medios pobres.

También en este caso se trata de una cuestión de espíritu. Muchos instrumentos proporcionados por la técnica son poderosos instrumentos de acción, entre otros los medios de comunicación, coche, avión, teléfono —ayer, el ferrocarril—. Pero estos medios deben emplearse como servidores y no deben convertirse en dueños. Digámoslo una vez más, el espíritu de que estemos animados determinará la manera de utilizarlos, y cuanto mayor sea la tentación de los medios ricos, más necesario será el espíritu de pobreza.

\* \* \*

En algunos países muchos sacerdotes son pobres, sin desearlo, y sufren por ello. Los que se ocupan del clero dicen que la miseria del sacerdote constituye un peligro; pero la miseria es algo muy distinto de la pobreza deseada. La miseria sacerdotal de la que uno se lamenta está ligada a un conjunto del que forma parte la concepción sacramental del sacerdocio, según lo dicho anteriormente. El sacerdote administrador, tal como antes se le concebía, que se encuentra en una situación materialmente difícil, mal alojado, sin ayuda material, y sin ascendiente sobre el pueblo, se marchita. El ideal de la pobreza es el hecho de sacerdotes activos, animados de celo sacerdotal, que sientan plaza en la comunidad que les rodea; estos sacerdotes

jamás quedan en el abandono. Si en el medio que les rodea, nadie se interesa por la vida cristiana, pueden ejercer un oficio que les sumergirá en medio del pueblo. Parece ser que la pobreza humillante responde a una languidez del ideal sacerdotal.

Existe la queja, sin embargo, de que el sacerdote pobre no puede desarrollarse intelectualmente, al no poder comprar libros ni suscribirse a revistas. Esto puede ocurrir en determinados casos; pero no parece que el clero rico brille generalmente por su intelectualidad ni tampoco por su espiritualidad. Desde un punto de vista general, parece que los inconvenientes espirituales del bienestar son peores que los de la pobreza, y que las formas de decadencia que aparecen en la Iglesia se deben más a la riqueza, al gusto por el esplendor, a la búsqueda de atractivos de la vida bajo todas sus formas, que a la pobreza.

En nuestros días se ha desarrollado una concepción nueva de la pobreza, inspirada por motivos sociales más que individuales. Se explica por la descristianización de la clase obrera y de las clases pobres, en general, y se tiende a hacerse pobre con los pobres.

Los dos movimientos en los que se ha puesto más de relieve esta idea son los hermanitos de Charles de Foucauld y los sacerdotes obreros.

Pero estos movimientos tienen precursores. A partir del siglo xix comienzan a aparecer apóstoles alarmados del carácter burgués de la Iglesia y preocupados por reunir sacerdotes para atender a las clases populares. Son, por ejemplo, los sacerdotes del Prado, fundados en Lyon por el P. Chévrier. Se comprometen, por una parte, a vivir pobremente, y por otra, a poner su ministerio sacerdotal al servicio de las clases pobres. Constituyen una reacción contra una concepción de la Iglesia y del clero que centra la vida cristiana sobre las clases educadas. Tanto en las parro-

quias como en los centros de enseñanza, la Iglesia se ocupaba sobre todo de los fieles de buen porte, y el pueblo se alejaba de la Iglesia por no sentirse en casa propia. Asimismo, los sacerdotes se consagraban a las clases superiores, y buscaban las funciones que les permitían ponerse en contacto con ellas. Lo que se llamaba una "buena parroquia" era una parroquia en la que uno estaba rodeado de fieles "distinguidos", o existía una buena casa parroquial, con pingües rentas. Los sacerdotes del Prado se especializan en las "malas parroquias".

Por la misma época, san Juan Bosco recogía por las calles de Turín a niños desgraciados, y fundaba los salesianos para la educación de los más pobres. Los salesianos también vivían pobremente. En estas instituciones se encuentra un ideal de pobreza que expresa no tanto el amor a la pobreza cuanto a los pobres. Se desea ser pobre para estar al nivel de los pobres.

Esta tendencia se desarrolló bruscamente por una especie de explosión después de la segunda guerra mundial. Los hermanitos de Foucauld desean vivir entre los más miserables, e inician un movimiento que se extiende al clero diocesano. Asimismo los sacerdotes obreros han ejercido una gran influencia en la orientación de los espíritus, aunque su experiencia haya sido frenada y últimamente autorizada de nuevo. En Bélgica, han aparecido en diversos lugares no sacerdotes obreros, sino sacerdotes *para* los obreros, instalándose en un barrio obrero, en una casa obrera, adoptando un género de vida lo más parecido posible a la vida obrera. Todos estos movimientos, y otros más, reaccionan contra cierta respetabilidad eclesiástica, que encierra al sacerdote dentro de las clases burguesas.

\* \* \*

Ya se ve que la cuestión de la pobreza sacerdotal presenta numerosos aspectos. Cuando el sacerdote reflexiona sobre la pobreza, debe saber de qué se trata y lo que él personalmente ve en ella. Por lo demás, no hemos terminado. La pobreza presenta todavía otro aspecto, sin duda el principal por ser el más sobrenatural, y a él vamos a consagrar una sección especial del presente capítulo.

### *La pobreza como abandono en Dios*

La pobreza cristiana presenta un aspecto más fundamental que se aplica a todo cristiano. En el evangelio, Jesús no deja de repetir que quien desee ser su discípulo debe renunciar a todos sus bienes. El discípulo debe seguir al maestro; pero para seguirle, es preciso renunciar a todo.

Tan pronto como la vida cristiana se desarrolla sin trabas, una vez terminadas las persecuciones, aparece un gran impulso de renuncia entre aquellos que desean entregarse a Dios. Citemos sólo un ejemplo: san Antonio, el ermitaño, que había heredado una gran fortuna. El día en que decide consagrarse a Dios, lo lanza todo por la ventana, con el fin de entregarse a Dios sin reservas.

Respuesta al evangelio. Su objetivo no es ser pobre entre los pobres, sino ser de Dios.

Siglo tras siglo reaparece esta concepción de la pobreza, dirigiéndose a Dios, sin preocuparse de los hombres. En el siglo xiii, san Francisco de Asís lo afirma con tanta brillantez que en adelante habrá de aparecer como el iniciador de un espíritu que se considerará como suyo.

Sabido es que san Francisco apareció en su tiempo como un hombre que jamás había encontrado otro pare-

cido. Daba la impresión de reproducir tan exactamente a Cristo, que era como si el salvador hubiera vuelto a la tierra; y destacaba tanto la pobreza en su vida cristiana que se le conocía por el *Poverello*.

De alguna manera toda la espiritualidad franciscana se reduce a la pobreza. Esta pobreza de san Francisco es, nuevamente, bastante compleja. Descansa sobre la idea de que los bienes materiales apartan de Dios. Es preciso, pues, desprenderse de ellos absolutamente. De aquí la indiferencia total respecto a todo lo material; no hay que preocuparse ni de la comida, ni de la bebida, ni del vestido, ni de la casa. Se comerá lo que sea —lo que se recibe—, se vestirá cualquier cosa —la idea de hábito religioso es contraria al espíritu de san Francisco—, se vivirá en las chozas más miserables.

Y esta pobreza se dirigirá particularmente contra la propiedad. Para ser de Dios, es preciso no tener nada, porque los bienes terrenos no sólo nos protegen contra los hombres, sino contra Dios. Para que únicamente la voluntad de Dios gobierne la vida, es preciso no oponer resistencia alguna, y, por tanto, no disponer de medio alguno de acción humana. Toda apropiación constituye un obstáculo para que sea la voluntad de Dios la que únicamente gobierne la vida.

Para san Francisco, pues, no basta vivir pobremente. Hay que *ser pobre*, es decir, no poseer nada. La propiedad es, según él un obstáculo absoluto a la vocación perfecta.

A esto se añade que la propiedad no es solamente un medio de protegerse contra la voluntad divina, sino la fuente de casi todos los conflictos humanos. Si se desea vivir en el amor fraterno, es preciso no sólo no poseer nada, sino incluso no desear poseer.

San Francisco lanzó el apelativo de *órdenes mendicantes*. Su ideal se mostró irrealizable para una colectividad, y conservando un espíritu muy particular, los franciscanos han debido tomar muchas cosas de las costumbres generales de la vida religiosa; pero la pobreza franciscana ha venido a ser un elemento permanente de la espiritualidad cristiana, y revive de continuo en cierto número de sacerdotes —quizás más todavía en los sacerdotes diocesanos que en los religiosos, porque aquéllos disponen de una mayor independencia personal.

Existe algo de reacción en esta concentración de la espiritualidad en la pobreza. San Francisco reaccionaba fuertemente contra la propiedad eclesiástica, que en aquella época era un elemento grave de corrupción, y contra las vanidades. Estimaba que para ser auténticamente de Dios, hay que estar totalmente desprendido, y como es natural al hombre estar ligado a los valores temporales, juzgaba indispensable desear positivamente no poseerlos. Pero se trata de una vocación especial. El ideal franciscano de pobreza es incompatible con el ejercicio de las funciones sociales. El puro franciscano, según el espíritu de san Francisco, es un cantor de Dios, una especie de vagabundo, que marcha al azar por el mundo proclamando la gloria divina; y la alegría perfecta que también canta san Francisco es consecuencia de esta libertad en Dios. Pero el servicio de Dios exige de ordinario el ejercicio de unas funciones, sobrellevar el trabajo de los hombres, prestarles un servicio, y todo esto implica la inserción en el orden humano.

Sin embargo, san Francisco propuso un ideal que sigue encantando a las almas, y siempre hay un cierto número que trata de realizar esa expropiación que libera. Un aspecto de esta espiritualidad es no querer disponer de segu-



ro de vejez, no ahorrar, vivir al día, de modo que todo lo que suceda sea únicamente lo que Dios quiere.

Respecto a esto, hay sacerdotes que entregan sistemáticamente a fin de año cuanto les ha sobrado, comenzando el nuevo año sin poseer nada. Asimismo, la obra de san Cottolengo, en Turín, en el siglo xix, se inspira en el mismo espíritu. Habiendo fundado una inmensa ciudad de miseria que reunía a millares de desgraciados, san Cottolengo quería que se diese cada noche cuanto quedaba en caja, prefiriendo arrojarlo por la ventana antes que guardarlo, a fin de comenzar cada mañana contando únicamente con la providencia. No se sabe si conoció a san Francisco de Asís; pero hay que preguntarse si no hay una influencia indirecta de éste, por el espíritu que san Francisco difundió por todo el mundo.

Esta concepción de la pobreza es, como se ve, una palabra dirigida a Dios, una manera de decirle que uno quiere depender solamente de El. Las personas "razonables" encuentran en esto muchas objeciones. Dicen que si hemos nacido de una familia que nos deja bienes, también es un signo de la voluntad de Dios; asimismo si ganamos dinero y si nos entregan dinero para las empresas que están a nuestro cargo, somos también responsables de ello ante Dios. Se puede discutir indefinidamente, y cada uno debe tener en cuenta las circunstancias en que se encuentra; los casos son todos diferentes. Pero como el apego a los bienes es un sentimiento natural, y como la confianza en Dios, que ve realmente en Dios a una persona operante, supone una vida espiritual muy despegada, la actitud fundamental del desprendimiento es una especie de necesidad para realizar la autenticidad cristiana.

Por esta razón la pobreza franciscana es sin duda, en nuestros días, más necesaria que nunca. Porque si la riqueza eclesiástica era una grave fuente de corrupción en

tiempo de san Francisco, el materialismo de la civilización actual pone a la Iglesia en un peligro de apego, que amenaza con desviarla del espíritu de Cristo. El peligro actual no es un peligro de corrupción, sino de apego. Y particularmente para el clero el peligro mayor no es el de un lujo descarado, sino el de un apego profundo a los valores materiales, que aleja del espíritu de Cristo. Se puede llevar una vida honesta y digna, la de un funcionario concienzudo y no tener nada de lo que debe ser el sacerdote.

### *¿Fin o medios?*

En resumen, los bienes terrenos suponen un obstáculo para que el hombre sea de Dios. Jesús ha dicho: "No se puede amar a Dios y a la riqueza". Es cierto que son necesarios ciertos bienes de la tierra para servir a Dios; la obra de Dios no puede realizarse sin instrumentos materiales; pero se necesita un cambio profundo del hombre para que reduzca los bienes materiales a ser lo que únicamente deben ser. Y la aspiración a la pobreza, tan general en aquellos que desean que Dios domine su vida, manifiesta simplemente que la experiencia de la vida cristiana les hace tomar conciencia de ella.

El sacerdote es el hombre de Dios. Lo es objetivamente; pero cuando el sacerdote reflexiona, se da cuenta de que no lo es suficientemente en su corazón. De ahí el deseo de serlo más, de serlo enteramente, y de tener solamente a Dios en su vida. Y entonces aparece el deseo de reducir los bienes materiales, incluso todos los bienes temporales, como son los títulos o los honores, a no ser más que lo que deben ser, es decir, nada en sí mismos.

Simple medios. Es difícil. Y para reducirlos a lo que

deben ser, no emplearlos más que lo estrictamente necesario, cuando el servicio de Dios lo exija.

Pero el hombre es un habilidoso desconcertante para encontrar razones y obrar según sus deseos. Si desea los bienes temporales, encuentra siempre razones justificantes. El único medio de ser de Dios es no desearlos, y el único medio de no desearlos es desear a Dios.

Nuevamente se trata de una espiral. Se comienza por desear a Dios, pero no está uno unificado en ese deseo, y uno advierte que se desean al mismo tiempo otras cosas. Entonces se desea vaciar el corazón de lo que no es Dios, y los bienes temporales son el elemento esencial de cuanto aleja de Dios. De ahí la postura de san Francisco.

\* \* \*

Era el año 1940, durante la invasión nazi, cuando toda la población huía. Un joven coadjutor había permanecido en la parroquia, hasta que todo el mundo hubo partido. Finalmente, encontrándose solo, emprendió a su vez el camino, sin un céntimo en el bolsillo. Cuando volvió quince días o tres semanas más tarde, sus bolsillos rebosaban dinero. Sencillamente porque era un buen sacerdote. Sin pensar en sí, había pasado todo el tiempo, durante la revolución y el desconcierto, ayudando, animando, tranquilizando. Su presencia rebosaba ánimos y paz. Sí, la paz en la derrota universal. Y todos le pedían oraciones; le daban intenciones de misa. El infundía ánimos, y los alentados por su presencia deseaban asegurar su intercesión.

Sí, el buen sacerdote recibe lo que le hace falta. Se le necesita a él demasiado. Siempre resultan pocos los sacerdotes. El pueblo acude al sacerdote bueno.

## FRENTE A LO TEMPORAL

**S**AN PABLO ha escrito: “Nemo militans Deo se implicat in negotiis saecularibus”. Esto se aplica, ante todo, al sacerdote. Pero si el principio general es fácil de formular, las aplicaciones son delicadas, y uno encuentra a muchos sacerdotes, y a veces sacerdotes eminentes, sumergidos en lo temporal. Es necesario, pues, no quedarse en los principios generales y tratar de precisar.

### *El servicio de Dios*

El sacerdote es el hombre de Dios entre los hombres. Debe, pues, intervenir donde Dios interviene y como Dios interviene. Ahora bien, Dios interviene —la comparación es del mismo Cristo— como un fermento que hace crecer la masa, pero sin cambiar su naturaleza. El mismo fermento dará pan blanco o moreno según la harina en que

trabaja. Todas las harinas conservan su naturaleza y dan pan, cada una según lo que es.

De modo semejante, los que sirven a Dios, lo hacen según su carácter, sus capacidades, las circunstancias de su vida. Fray Angélico fue un pintor genial; pero hubiera pintado otras obras, si no hubiera sido el hombre de Dios que era. No fue filósofo, ni teólogo, ni orador; sirvió a Dios según los talentos recibidos; pero se sirvió de éstos de una manera distinta a como lo hubiera hecho de no haber sido un hombre de Dios.

El sacerdote es el hombre de Dios. Su acción está en ayudar a los cristianos a poner a Dios en su vida. El sacerdote que dirigía a Fray Angélico no tenía que enseñarle a pintar, sino ayudarle en su vida cristiana, a fin de utilizar en el servicio de Dios los talentos recibidos.

Sabemos que el cristianismo es una vida. No es simplemente una doctrina, ni una moral; sino una vida inspirada por una doctrina. Así aparece claramente en el evangelio. Jesús no enseña una doctrina, para sacar de ella después simplemente las aplicaciones; propone una vida e indica la doctrina al mismo tiempo, porque la vida está ligada a ella. Y no se trata de moral en el sentido actual de la palabra. Jesús no habla de lo que hay que hacer; llama a ser su discípulo e indica lo que esto lleva consigo.

Como hoy se lee cada vez más el evangelio, y se da una base escriturística cada vez mayor de la vida y doctrina cristiana, se llega también a adquirir mejor la misma visión de Cristo; y esto modifica profundamente la actitud cristiana. Lo mismo en el sacerdote que en todos los cristianos. Para saber lo que significa ser hombre de Dios, es preciso referirse a Cristo.

Cristo se ocupa de las cosas de su padre. Uno se da cuenta de lo que esto significa mirándole a El. Esto rebasa el razonamiento, porque el razonamiento es un instru-

mento de la vida intelectual, del que uno se sirve en momentos determinados y que presta valiosos servicios si está bien empleado, pero no es más que un instrumento, y es un error pretender basar sobre él toda la vida y toda certeza. Y aquí se trata de una visión, de una actitud de vida. Debemos intentar determinar las líneas generales de esta actitud de vida, el espíritu que la condiciona, y así podemos resolver cristianamente los casos de aplicación concreta.

Como punto de arranque, una idea muy general: lo que Dios pide al hombre sobre la tierra. Dios coloca al hombre sobre la tierra, dotado de un cuerpo y de un alma, inteligencia o espíritu, para poner el cuerpo al servicio del espíritu a fin de realizar un desarrollo continuo, por el cual proclame la gloria de quien ha recibido todo lo que tiene. Ni que decir tiene que este desarrollo supone la armonía con Dios, y que, habiéndole concedido Dios por la redención medios de acción que sobrepasan todo cuanto el hombre pudiera imaginar por sí mismo, debe utilizar para su obra todo lo que está a su disposición. No vamos a desarrollar esto, no voy a explicar aquí un curso de dogma; pero hay que recordar estas afirmaciones fundamentales en el comienzo de la presente explicación.

Dios quiere que el hombre realice su obra por sí mismo, con el cuerpo y la inteligencia, que sin duda ha recibido de Dios, pero de los que debe servirse inmediatamente tomándolas como son. Por la intención y por la coordinación de sus actos es como el hombre refiere a Dios cuanto hace. Volvamos sobre el caso de Fray Angélico. El realiza su obra de pintor por la intención que le anima y por la manera de coordinar sus actos.

De todo esto la mayoría de los hombres no tiene casi la menor idea. Ni siquiera los buenos cristianos. Se sumergen en una confusión de espíritu inextricable. La misión

del sacerdote es llevarles el espíritu de Dios. Esto supone todos los elementos que ya hemos visto, relativos al ministerio sacerdotal. Y supone, por tanto, que dondequiera que se encuentre, el sacerdote aporte el punto de vista de Dios. Por lo que se refiere a la construcción de la ciudad terrestre y a todo cuanto con ella se relaciona —uno piensa aquí inmediatamente en las técnicas, en las estructuras sociales— el hombre debe servirse de los medios de acción que están a su alcance; pero se sirve de estos medios de modo diferente según las relaciones que mantenga con Dios. Estas relaciones constituyen el objeto de la actividad sacerdotal y no tiene que ocuparse de otra cosa.

Entre muchos ejemplos, tenemos un modelo muy sugestivo de lo que debe ser la intervención de la Iglesia y, por tanto, del sacerdote, en el radio-mensaje de Navidad de 1944 de Pío XII sobre la doctrina de la verdadera democracia. Se trata de las condiciones que deben cumplir los ciudadanos, lo mismo que los gobernantes, para que la democracia sea auténtica. Deben tener sentido de su responsabilidad, amor a la sociedad, etc. Pero el papa no habla de lo que el estado debe hacer. La idea básica es que si los ciudadanos y los gobernantes son como deben ser, la democracia terminará por ser un régimen político sano.

Así pasa en todas las cosas. El sacerdote debe vivir mezclado con los cristianos para ayudarles a ejercer cristianamente sus actividades; no para intervenir en los elementos humanos de sus actividades.

La situación es con frecuencia delicada. Un buen medio de tener una visión clara es preguntarse por lo que cambia cuando uno se hace cristiano. Un carpintero cristiano o no cristiano cepilla las tablas de la misma manera; un médico cristiano o no cristiano toma la tensión de la misma manera. ¿En qué tiene que reconocerse el cristiano? En su afecto, en su desinterés, en su deseo del bien de

aquellos a quienes sirve en la profesión, en su conciencia profesional. Esto lleva al cristiano a preocuparse por hacerse profesionalmente competente, a hacer buenos estudios, etc. El sacerdote debe impulsar a todo eso; pero no tiene que intervenir en los programas de enseñanza.

La misma vida sobrenatural tiene como objetivo final influir sobre la acción. Se reconoce al cristiano, no en el hecho de ir a misa, de recibir los sacramentos, de que rece o medite, sino en su vida, y en las realizaciones de la caridad en su vida. Ya hemos dicho mucho sobre el particular a propósito del sacerdote y del ministerio sacerdotal; esto debe traducirse en la acción del sacerdote en el mundo.

Todo ello se hace más claro hoy día, gracias a la promoción del laicado. Se ven aparecer laicos no solamente pios, preocupados por las virtudes personales, con miras a la salvación de sus almas, sino por el papel que han de desempeñar en el mundo, y por las responsabilidades que sobre ellos pesan. En los grupos que forman, el sacerdote es capellán o asistente eclesiástico; interviene para dar o garantizar la nota cristiana de la acción. Ya no es el director, y su función no está tampoco en dar una instrucción o predicar un sermón sobre un tema abstracto. Es una transformación profunda y una vuelta al espíritu de Cristo.

### *La tentación de lo temporal*

La tentación de lo temporal es una de las mayores del sacerdote, y en especial de los buenos sacerdotes. Ha sido a lo largo de la historia de la Iglesia una de las raíces de decadencia espiritual.

Esta tentación tiene un doble origen.

En primer lugar, cuando los cristianos son muchos e influyentes, sienten una propensión natural a pedir al sacerdote se ocupe de lo temporal, por una parte, porque tienen confianza en él; por otra parte, porque lo temporal es lo que les interesa. Sin acudir a la edad media y a la terrible mezcla entre lo temporal y lo espiritual que constituía una de sus notas esenciales, se encuentran en nuestros días situaciones análogas en mil detalles. Hay buenos católicos que pedirán a los sacerdotes intervengan para conseguir una colocación, o para conseguir una rebaja en un comercio. La mayoría se interesa mucho más por esto que por progresar por los caminos de la vida espiritual; el sacerdote se deja sorprender por todo esto, si no está extremadamente atento a permanecer en el plano espiritual.

En los países en que la Iglesia tiene pujanza esto adquiere grandes proporciones. El cura se convierte a veces en la cabeza de la parroquia en todos los sentidos, dando normas a la autoridad civil. No hace mucho tiempo todavía se veía con frecuencia en el Canadá francés o en Flandes. Y cuando esto cambia, no es porque el clero se limite a una actitud más espiritual, sino porque el pueblo se hace menos católico y ya no lo soporta.

Además, la intervención del sacerdote en lo temporal encuentra en él una complacencia muy fácilmente explicable. La mayor parte de los sacerdotes sólo tienen un desarrollo espiritual muy reducido, y fijan poco la atención en el problema que nos ocupa en este momento. Hay que reconocer, por otra parte, que se le estudió poco en el pasado, y que solamente desde hace algunos años se ha empezado a tratarlo debidamente. Antes, no se hablaba de la cuestión más que un tono apologético, para encomiar los servicios que la Iglesia había prestado a la civilización y a las sociedades particulares; pero no se planteaba la cuestión de si era papel propio de la Iglesia prestar dichos

servicios, si hay servicios que ella no debe prestar, y si, prestando ciertos servicios, no ha dejado de prestar otros a los que estaba obligada.

Quizá todo esto fuera inevitable en el pasado, y no debemos reprochar a nadie. El hombre es tributario de su medio, y es imposible, en una época, imaginar lo que parece absolutamente natural en otra. Pero estemos satisfechos de vivir en una época en la que se puede tener una visión más precisa de la misión del sacerdote.

Ya sabemos que en otras épocas, incluso los más piadosos muchas veces, sólo tenían un concepto ritual de la misión del sacerdote. En su mentalidad el oficio del sacerdote era administrar los sacramentos, predicar —por lo demás, muy ocasionalmente— una doctrina abstracta. Muchos buenos sacerdotes se encerraban en estos límites, llevando una vida piadosa, a su parecer edificante —y que, además, admiraban los mejores de entre los fieles— pero sin hacer nada para darles una visión cristiana de la vida. Uno se pregunta incluso si existía.

Para hacer una reflexión útil, hay que referirse a hechos concretos; quedando en las generalidades, como se hace de ordinario, no se llega a ninguna parte.

Para comenzar, tomemos un ejemplo histórico bastante distante de nosotros. Luis XIV se tenía por un rey muy cristiano. El acto del que se sintió más orgulloso fue la renovación del edicto de Nantes, restableciendo la unidad religiosa del reino. Pero no tenía nada de cristiano, ni en su vida, ni en el ejercicio de sus funciones. Era muy indiferente ante el bien de su pueblo y no se preocupaba más que del esplendor de su corte; inducía a guerras cuyo motivo era su propia gloria, y no dudaba en hacer matar a millares de hombres. Y no hago más que mencionar en último lugar el desorden de sus costumbres privadas en las que mostraba una cínica arrogancia. Uno se pregunta

qué había auténticamente de cristiano en esa vida. Incluso desde el punto de vista estrictamente religioso, si se gloria de haber restablecido la unidad religiosa del reino, era para que el pueblo se conformara al rey más bien que a Cristo, porque cuando veía que el interés del rey se apartaba de la doctrina de Cristo, no le preocupaba lo más mínimo. Se demostró en su actitud para con la Santa Sede. Constantemente trabajó contra la unidad de la Iglesia tratando de hacer una iglesia galicana independiente de la Santa Sede. Pero la finalidad no era hacer a los obispos franceses maestros de la religión en el país; la finalidad era hacerlos depender del rey.

Este conjunto de cosas pone de manifiesto una corrupción que llegaba verdaderamente a toda su vida privada. Pero el único punto que llamaba la atención de las gentes piadosas de la corte era el desorden de sus costumbres privadas, aunque no era lo más grave, puesto que el primer deber de un rey es hacer feliz a su pueblo. En la corte había un “partido de devotos” compuesto de obispos y mujeres piadosas, que todos los años trabajaba para que el rey cumpliera con la Iglesia, induciéndole a despedir a la favorita del momento. Todo se centraba en la recepción de un sacramento. Fuera de esto no se percibía problema alguno de vida cristiana.

Al final del reinado, Vauban publicó *La dime royale*, protestando contra los abusos del régimen; pero su pensamiento no hacía referencia a la religión. Los teólogos y las gentes piadosas que rodeaban al rey ni pensaban en ello.

Da la impresión de que nadie había reflexionado en la vida cristiana y de que nadie leía el evangelio. Y no es de extrañar que algún tiempo después se haya producido una terrible reacción anticristiana que casi logró hundir a la Iglesia.

Nuestra época, por su parte, nos ofrece otros ejemplos. Durante las dos guerras mundiales, Bélgica y el norte de Francia estuvieron ocupadas por el enemigo durante casi diez años. La actitud del clero fue muy sintomática.

La inmensa mayoría tenía miedo, y sólo se hablaba de cuestiones extrañas a la vida profana, del culto a la Santísima Virgen, del Sagrado Corazón, de otros temas piadosos, o de cuestiones de doctrina abstracta. Una sola vez oí a un sacerdote predicar sobre la Virgen de los Dolores, mostrando a la Virgen de pie junto a la cruz, sufriendo con su Hijo, compartiendo todas sus penas, sin ningún sentimiento de odio o de venganza para con los verdugos. Decía a su auditorio: “A imitación suya, debemos estar dispuestos a dar todo por nuestro país, pero sin sentimiento alguno de odio”. Aquel sacerdote intentaba descubrir el sentido cristiano del acontecimiento. Otra vez, un fiel me contó que en la misa de la mañana había predicado un sacerdote sobre las víctimas de la guerra, los soldados que morían en el frente, las madres que vestían luto: “No tenía nada de cristiano, decía él; era muy emocionante, todo el mundo lloraba”.

Algunos sacerdotes valientes predicaban contra los alemanes diciendo: “Son unos bárbaros, unos criminales, etc.”. El público les escuchaba con gusto, contento de alimentar así sus sentimientos de odio, y de no tener que cambiar nada en su vida, por otra parte, puesto que se conformaba con vilipendiar a los demás. Lo mismo ocurría con los sacerdotes que se ocupaban de la acción clandestina. No hacían nada por formar a los fieles en el patriotismo cristiano, sino que ellos mismos se entregaban a actividades de orden temporal. También he conocido a algunos que evitaban hablar de estas cuestiones con el fin de no llamar la atención —renunciando, en resumidas cuentas, a cumplir con su misión específica, que era formar a los

fieles—, para entregarse a una actividad que incumbía a los laicos. Y entonces no hay que extrañarse de que no existiera diferencia alguna entre el patriotismo de los cristianos y el de los no cristianos.

Encontramos otro ejemplo de nuestro tiempo en los movimientos nacionalistas. En los países católicos el clero siempre ha jugado un papel importante, a veces un papel preponderante. En todas partes: en Irlanda, en Cataluña, en el país vasco, en Flandes, en Bretaña, en Alsacia. Como base de esta actuación se hace el siguiente razonamiento: hay una injusticia que reparar; Dios quiere que se observe la justicia; por tanto, sirvo a Dios defendiendo esta causa justa; y ahí se detiene uno. El mismo razonamiento que se hacía para la acción patriótica en tiempos de guerra. Uno se pregunta si no hay unas formas de acción propias del sacerdote y otras que incumben a los laicos.

El resultado es que los laicos no están formados. Pero podríamos también preguntar: ¿estarían formados si los sacerdotes no se ocuparan de esas actividades profanas, ya que nadie piensa en la necesidad de recibir una formación, si se exceptúa el catecismo y la práctica de los sacramentos?

En nuestros días, parece que el renacimiento de la doctrina del cuerpo místico, la promoción de los laicos, la idea de que el laico tiene una misión a cumplir en la Iglesia, de que ante todo es él quien da testimonio de Cristo en el mundo, y el examen de estos problemas en los equipos de Acción católica, los grupos de matrimonios, los movimientos obreros y patronales cristianos, todo supone en la Iglesia una vida cristiana sin precedentes.

\* \* \*

Pero también tiene uno la impresión, después de estas

historias, de que lo sobrenatural puro rebasa la masa del clero. ¿No nos habrá servido Cristo un vino demasiado fuerte al encomendarnos ser portadores de su mensaje?

Todo sucede como si el clero —y los mejores— sufriera por mantenerse dentro de los límites de lo espiritual, y de esta forma se lanzara a lo temporal tan pronto como encuentra un razonamiento que le permita relacionar una causa temporal con lo espiritual. Ocurre de manera especial con el patriotismo. El clero no se limita a inculcar a los fieles la virtud patriótica y el sentido cristiano de la misma, sino que los más atrevidos se lanzan a una acción patriótica personal en nada diferente a la que podría llevar un no-católico. El sentimiento cristiano desarrolla simplemente la generosidad natural. Los sacerdotes muchas veces son hombres naturalmente generosos; cuando hay una causa noble, se entregan a ella con entusiasmo y se muestran particularmente activos, sin preguntarse siquiera si existe una manera sacerdotal de ocuparse de ella. Nos encontramos aquí en una segunda etapa de vida sobrenatural, que ya no es lo sobrenatural que estimula la pureza natural, sino un sobrenatural que sobrepasa lo natural. Muchos santos sacerdotes han percibido esto de una manera espontánea. Sería interesante estudiarlo en la vida de los santos. Pero nuestro tiempo nos invita a reflexionar sobre ello más sistemáticamente.

La actitud de que estoy hablando, de ordinario es propia de sacerdotes jóvenes. Los más avanzados en edad y los dignatarios eclesiásticos —por lo general también de edad— guardan normalmente una actitud conservadora, deferente para con las autoridades constituidas. También ellos toman posiciones en el orden temporal, pero a favor de las instituciones establecidas. No distinguen más que los otros entre el sentimiento cristiano y las instituciones positivas temporales. Sin embargo, éstas son sanas únicas

mente en la medida en que aquellos que las establecen y las manejan tienen sentimientos que corresponden al sentido cristiano.

Existe, pues, en esto un gran problema para el clero. Podemos darnos por satisfechos de que se comience a plantear en nuestros días. Y cada cual debe reflexionar sobre él, porque apenas hay un sacerdote que no encuentre a veces problemas de este orden, y la generosidad natural no basta. La generosidad sobrenatural exige que con la ayuda de la gracia nos elevemos por encima de nosotros mismos.

En este sentido, la doctrina social de los papas constituye una lección no aprovechada suficientemente. Desde hace setenta y cinco años, todos los papas han consagrado encíclicas y mensajes de diversa índole a las cuestiones sociales, y han puesto sumo cuidado en distinguir por qué título se ocupa la Iglesia de ellas. Su objeto consiste siempre en precisar lo que debe ser el sentimiento cristiano frente a las cuestiones sociales. En el problema obrero, afirman ante todo la fraternidad cristiana: si los hombres son hermanos, fundamentalmente son iguales, y todos tienen derecho a un respeto igual. Asimismo, por lo que se refiere a la guerra, se recuerda la frase de Pío X en el momento en que estallaba la de 1914 al embajador de Austria que le pedía bendijera los ejércitos de su señor: "Yo bendigo la paz". Esta frase es el comienzo de una acción nunca desmentida hasta el presente. Pero el clero no la ha seguido mucho, pronunciándose en pro o en contra de tal política positiva, a favor o en contra del rearme, por ejemplo, cuando las cuestiones positivas son insolubles sin un estado de espíritu inspirado en la visión cristiana.

Muchos sacerdotes permanecen ciegos a esta visión cristiana. Desean una solución positiva. Por ejemplo, en tiempo de guerra desean que su país sea el vencedor. Y

no piensan que el problema que les toca a ellos es que los cristianos hagan la guerra como cristianos.

Como no puedo extenderme en esto, me limitaré a citar dos grandes encíclicas de Juan XXIII, recientes en el momento en que escribo.

En la *Mater et Magistra* declara que, en muchos países, existe "un contraste irritante e injurioso entre la extrema miseria de las multitudes y la abundancia, el lujo desenfrenado de algunos privilegiados". El papa no puede ir más lejos. No puede pasar revista a todos los países, para emitir un juicio de hecho, al que inmediatamente se objetarían mil razones. A los obispos de los países a los cuales se aplica, les corresponde decir: "Nuestro país es uno de los señalados". Y después de la encíclica, varios obispos de América latina han intervenido en este sentido. Pero no les pertenece a los obispos decir: "Se necesita tal o cual reforma", porque la reforma puede realizarse de diferentes maneras. Son los laicos los que a su vez deben examinar las medidas a tomar para que la advertencia del papa produzca sus efectos. Así se realiza la división del trabajo en la Iglesia.

Del mismo modo, en la encíclica *Pacem in terris* dice el papa: "Es preciso el desarme", pero no condena, ni declara a nadie responsable de los armamentos. Después corresponde al clero formar a los fieles en el espíritu cristiano, en el deseo del desarme, de la paz y de la colaboración, sin atacar a nadie.

Esta doctrina social de los papas es una gran gracia para nosotros, pero es necesario conocerla y penetrarse de su espíritu, porque refleja un punto de vista. Otra gracia es el movimiento iniciado por la Acción católica y que en la actualidad se extiende en todos los sentidos, asociando a laicos y sacerdotes y determinando el puesto de cada uno.



También habría que conceder, sin duda, un lugar determinado en este movimiento, a la descristianización. Puede que sorprenda la afirmación; pero en los países que están en vías de descristianización es donde se hace necesario reflexionar sobre la misión exacta del clero.

Cuando un país es oficialmente católico, cuando toda la población profesa la fe, cuando el clero está rodeado de miramientos y de confianza, tiende a ocuparse de todo y a dirigirlo todo. Creo que nunca se ha visto que el clero deje de ocuparse de un valor temporal por su propia iniciativa. Cuando se ocupa de algo que no le concierne, y de lo cual se le descarta, de ordinario incita a la persecución. Por otra parte, esto sucede casi siempre por un pensamiento hostil a la religión, porque los buenos cristianos están encantados de ver al clero ocupándose de todo, y la mayoría de los sacerdotes, por su parte, se encuentra satisfecha de ello. Pero esto demuestra que una cierta persecución constituye una de las primeras necesidades de la Iglesia, y se explica que los países en los que el catolicismo es más activo en todos los aspectos, sean países en los que la Iglesia ha sufrido dificultades en épocas más o menos cercanas.

### *El cristianismo es encarnación*

La cuestión de lo temporal es difícil, más de lo que haya podido aparecer en las páginas precedentes, porque el cristianismo está en la vida, impregna la vida, da a la vida una coloración o un espíritu que la transforma. Y si el espíritu da a la vida un carácter, no obstante la vida es material, y no hay vida espiritual sin vida material. No se puede rezar sin comer ni dormir; pero al mismo tiempo

la oración influye, a su vez, en la manera de comer y de dormir.

Cierta concepción del cristianismo tiende a reducirlo al culto. Ya la hemos encontrado en aquellos sacerdotes, cuya máxima preocupación es salvaguardar su piedad, administrar los sacramentos, velar por su iglesia, conservarla y adornarla. Muchos anticlericales muestran la misma actitud y encubren su hostilidad diciendo: "Nosotros guardamos todo respeto a la religión; deseamos dejar plena libertad para el culto; pero que el clero se ocupe de salvar las almas; que no intervenga en lo temporal". Hitler decía: "Que la Iglesia se ocupe del cielo; yo me ocuparé de la tierra". Y entre ellos los hay sinceros; pero desfiguran el cristianismo. Se comprende que los haya de buena fe, porque las religiones distintas del cristianismo por lo general son puramente rituales. Los no católicos sólo tienen una idea muy aproximativa del cristianismo, y, por tanto, lo consideran como una religión más.

El cristianismo es una religión de encarnación, y la vida cristiana se realiza en la vida del hombre, en la vida completa del hombre, que es una vida material inspirada por el espíritu. Imposible ser cristiano sin ocuparse de la vida material, pero vista desde un ángulo determinado. Asimismo es imposible tener el espíritu cristiano sin que éste llegue a modificar la vida, y toda la vida. Porque la vida —o, si se prefiere, la acción— depende de lo que sea el espíritu. Además, la oración y el culto tienen valor cristiano en la medida en que transformen la vida. Únicamente la vida es expresión de lo que se lleva en el alma. Los que van a misa y viven como paganos son más pecadores, porque su vida es un insulto al sacrificio de Cristo que ellos pretenden venerar por una ceremonia ritual.

En el siglo xx especialmente, varios movimientos tota-

litarios han pretendido expulsar a la Iglesia de la vida práctica, encerrándola en el culto, al mismo tiempo que se defendían de ser anticristianos. Esto ha valido una serie de intervenciones pontificias reclamando el derecho y el deber de la Iglesia de ocuparse de toda la vida.

Tratándose de los laicos, no existe dificultad. Ellos han de desempeñar su papel de hombres en medio del mundo y tomar sus responsabilidades; deben aportar a la comunidad humana la contribución de su conciencia cristiana. Pero, ¿y el sacerdote?

\* \* \*

Con ocasión de la doctrina social de la Iglesia y del papel de los consiliarios de grupos de militantes, ya precisamos el carácter de esta intervención sacerdotal. Sin embargo, ¿no puede ocurrir que deba ir más lejos?

Siempre se ha hablado con elogio de ciertas intervenciones eclesíásticas que parecían apuntar a una acción temporal. Así los obispos “defensores de la ciudad”. Era en el momento en que se derrumbaba el imperio romano. Los bárbaros lo invadían todo; los magistrados huían; las poblaciones quedaban abandonadas; los obispos eran los únicos personajes importantes que permanecían en sus puestos y tenían la confianza de las poblaciones. En tales circunstancias intervinieron en defensa del pueblo, valiéndose de su prestigio para obtener de los jefes bárbaros el respeto de las poblaciones, velando por el mantenimiento del orden.

Asimismo recordamos las imágenes que representaban a san Vicente de Paúl recogiendo a los niños abandonados en las calles. Todo esto es acción temporal. Y piensa uno en el evangelio cuando describe a los elegidos diciendo

que han alimentado a los hombres, vestido a los desnudos... También se trata de acciones temporales.

Es verdad que no se trata especialmente de sacerdotes y que Cristo no envía a sus apóstoles a alimentar a los hambrientos. Pero en la parábola del buen samaritano, reprocha al sacerdote no haber socorrido al herido. Entonces, ¿en qué quedamos?

¿Sería una sutileza decir que el sacerdote es al mismo tiempo un cristiano, que debe, por tanto, practicar la caridad como todo cristiano, pero que en ello no hay nada de específicamente sacerdotal?

Es lo que se deduce de la parábola del buen samaritano. El samaritano es un laico y forma parte de un pueblo menospreciado; pero el salvador lo declara más estimable que el sacerdote y el levita, porque es caritativo.

Todos los cristianos deben ser caritativos. No es una virtud específicamente sacerdotal, ni una misión del sacerdote. El sacerdote debe ser caritativo como los demás, y cuando el caritativo ve a su hermano en la necesidad, le ayuda. Esto es básico y universal. Pero es una cuestión muy distinta de lo que es la misión del sacerdote.

¿No está claro? Posiblemente no, porque hay muchos sacerdotes que creen haber llegado al tope de *la función sacerdotal* cuando han practicado la caridad *de cualquier forma que sea*. Pero quizás lo aclare una comparación. El papel del arquitecto es construir. Pero si el arquitecto ve a alguien agonizando en la calle, debe socorrerle; no puede decir: “Mi oficio de arquitecto es construir casas; voy a dejar, pues, morir a mi hermano sin ocuparme de él”.

Los obispos defensores de la ciudad se encontraban en una situación análoga. Hay que notar, por otra parte, que el buen samaritano no abandona sus asuntos para cuidar al herido; no abandona tampoco a su mujer ni a sus hijos. El evangelio no dice si estaba casado; pero está claro que

si se cuida de que el herido sea atendido, no trastorna su vida por este motivo, ni Cristo manifiesta tal deseo.

Es preciso distinguir entre actividades ocasionales y actividades propias de un estado. Los obispos "defensores de la ciudad" tienen una actividad netamente ocasional. Intervienen para proteger a la ciudad, más que para dirigirla sistemáticamente; y si toman las riendas del orden de la comunidad, es en ciertos momentos de crisis; ni se ocupan sistemáticamente de lo temporal. No se les describe moviéndose por las murallas protegidos con casco y coraza, como más tarde habrán de hacerlo los obispos feudales que llevan sus tropas al combate. El día en que los obispos se convierten en hombres políticos, se produce un fenómeno de degeneración en la Iglesia.

De igual modo, san Vicente de Paúl no consagra su vida a recoger niños abandonados —al menos a realizarlo él mismo. Organiza una sociedad de Hijas de la Caridad que se dedique a ello; pero él, sacerdote, tiene otras muchas actividades que tienen como objetivo la formación de los cristianos y de los sacerdotes.

El sacerdote puede llegar a ocuparse de las actividades más diversas. No hace mucho se señalaba que un obispo español había organizado la construcción de casas para obreros. Esto es concebible en un país en que los obreros tienen problema de vivienda; pero si el sacerdote puede verse obligado a dar el impulso, su tarea específica será formar colaboradores laicos que tomen la organización en sus manos.

Uno de los más bellos ejemplos de nuestro tiempo lo encontramos en el movimiento familiar, cuyos iniciadores han sido casi siempre los sacerdotes. Pero la labor de los sacerdotes ha sido suscitar laicos que poco a poco han ido tomando la dirección de los movimientos, no figurando ellos mismos más que como consiliarios. Y si alguna vez

los sacerdotes iniciadores desean continuar como dirigentes, el movimiento se paraliza.

Encontramos una lección parecida en la historia siguiente, citada ya anteriormente, de uno de los mejores sacerdotes obreros de la posguerra en Francia. Los sacerdotes obreros habían pensado que ante la descristianización de la clase obrera, era preciso que los sacerdotes se hicieran obreros para aportar una presencia sacerdotal a dicho ambiente. Esta presencia sacerdotal consistía en ser, entre los obreros, unos obreros más. Aquel a quien hago alusión había ido a trabajar a la fábrica en estas condiciones, cuando al cabo de cierto tiempo sus compañeros le dijeron: "Tú ya no debes venir a trabajar con nosotros; debes quedar a nuestra disposición; se te va a alquilar una habitación en el barrio, y allí iremos a estar contigo". Se le instaló, pues, cerca de la zona obrera y pasaba los días recibiendo visitas; acudía la gente a hablarle de todo, incluso de religión. En una palabra, sus mismos compañeros de trabajo, por lo general incrédulos, le habían puesto en su lugar propio de sacerdote.

Es un bello ejemplo, porque ese sacerdote obrero posiblemente no hubiera encontrado ocasión de ser sacerdote entre los obreros, si no hubiera comenzado a trabajar entre ellos; pero como se trataba de un buen sacerdote, esa actividad no fue más que un aliciente para llegar a consagrarse a una misión sacerdotal.

### *El espíritu sacerdotal*

El problema al cual venimos a parar es, como siempre, el de ser íntegramente sacerdote. El sacerdote es el hombre de Dios; debe considerar el mundo a la luz divina, interesarse por todo como Dios lo hace. Siendo el hombre

de Dios entre los hombres, los ama como Dios los ama, deseando y buscando su bien sobrenatural. Si a veces se ocupa de lo temporal, será en la medida en que lo sobrenatural lo requiera. Por consiguiente, jamás buscará lo temporal por sí mismo.

No obstante puede verse obligado a ocuparse de lo temporal, y no puede señalarse límite al campo de su actividad. Todo depende de lo que sea en su interior.

El sacerdote auténticamente sacerdote no busca lo temporal y le repugna ocuparse de ello. Su corazón está en Dios y en los intereses de Dios. Quien tenga este espíritu sólo se ocupará de lo temporal en cuanto sea necesario, y se desprenderá de ello lo más pronto posible. Todos los abusos en esta materia provienen de que hay sacerdotes con deseos de poder, de dominio, o de que se interesan más por los problemas temporales que por los espirituales; en una palabra, de que son orgullosos y materiales.

Otros creen que el problema cristiano es únicamente el problema del culto, y que se reduce a que los fieles vayan a misa y a confesarse. Esos no han comprendido la doctrina de Cristo.

Felizmente se encuentran muchos sacerdotes mezclados en la vida de sus feligreses, siempre ocupados en ayudar a todos, buscando fieles para las tareas temporales, esforzándose en impulsar a los laicos a que actúen todo lo posible. Contrastan con aquellos cuya preocupación es salvaguardar su prestigio y mantener sus derechos.

Cuando un sacerdote ha de construir una iglesia o se le encomienda una iglesia antigua que es monumento histórico, a veces su mayor preocupación es levantar u ofrecer al Señor un hermoso templo. Existe toda una literatura sobre el tema del campanario que domina el pueblo o la ciudad y sobre el esplendor del culto. Así se dan casos de iglesias magníficas que permanecen vacías.

Otros se preocupan ante todo de atraer gente a su iglesia. Organizan espléndidas ceremonias y se enorgullecen de poder decir que han acudido a la iglesia incrédulos de renombre atraídos por la música.

Otros, finalmente, se preocupan más que nada de que los fieles recen. Esta debe ser la primera preocupación. Es preferible que haya cincuenta personas rezando en un granero que mil en una catedral sin rezar. Lo primero a conseguir es que los fieles recen; después, lograr que sean numerosos; por último, proporcionarles un lugar de culto que ayude a la oración. Por el orden de sus preocupaciones se juzgará el espíritu sobrenatural de los sacerdotes.

\* \* \*

Una de las maravillas del espíritu sacerdotal es la adaptabilidad. Hay sacerdotes, en efecto, de quienes nadie podrá decir de qué medio proceden, cuál ha sido su educación, cuáles sus gustos personales, porque están totalmente entregados a aquellos que les están confiados y sólo tienen como propio a Dios. Todo el mundo se encuentra a gusto con ellos: jóvenes, viejos, las clases populares, las intelectuales, las aristocráticas. Veo un símbolo de ello en aquel sacerdote que conocí hace tiempo, en la época en que todavía existían señores feudales, que pasaba con la más perfecta naturalidad de la cocina al salón, se encontraba igualmente a gusto con los domésticos que con los señores, y ellos, igualmente, contentos con él. En las regiones industriales también hoy se encuentran sacerdotes igualmente a bien con los patronos, los cuadros, los obreros. Nadie podría decir a quiénes prefieren ni de qué medio proceden ellos mismos.

Al hablar de esto no puede uno menos de recordar al papa Juan XXIII, de origen rural, y tan perfectamente

encajado en el supremo pontificado, amante, por otra parte, de evocar los recuerdos de la infancia, sin quedar por ello reducido a una “clase”; claramente se percibía que lo único que le guiaba era la caridad. No lejos de mí, conocí otro ejemplo en monseñor Kerhofs, obispo de Lieja, muerto en 1962. Era hijo de unos campesinos limburgueses; éstos son flamencos. Una vez obispo de Lieja, se encontró en una gran ciudad industrial de habla francesa; no tardó en verse rodeado de una gran popularidad que no dejó de aumentar constantemente a través de los treinta años de episcopado.

Adaptables: el espíritu de Cristo que vive en estos sacerdotes les hace abiertos a todo lo que es generoso y a todo lo cristiano. Nunca se oponen a una iniciativa que mire al bien de las almas apelando a la razón de que “eso nunca se ha hecho”, y jamás exigen se respeten fórmulas con detrimento del bien de las almas. Sacerdotes así los hay en todos los grados de la jerarquía. En ciertas parroquias populares, obreras o rurales, los sacerdotes tienen acogida entre sus feligreses únicamente porque les aman, porque les conocen, porque palpan sus necesidades, porque les hablan de esto. Y cuando decimos “esto”, se trata de lo que les hará cristianos —cristianos en su vida. Algo muy distinto de recitar fórmulas abstractas sacadas de un manual de teología.

## A LO LARGO DE LA VIDA

**E**L PUNTO que hemos de considerar en este último capítulo es común al sacerdote y al resto de los hombres, pero presenta aspectos particulares en el caso del sacerdote. Se es sacerdote para toda la vida y en toda la vida. Y según esto, el sacerdocio repercute en toda la vida del sacerdote.

### *Duración y unidad*

La vida es una unidad continua. Del nacimiento a la muerte, es una obra que se prosigue sin cesar; como una casa que se construye. Se ponen, en primer lugar, los fundamentos; pero éstos tienen valor en la medida en que habrán de soportar el edificio. Después, los muros y el techo. Y los arreglos interiores no acaban nunca.

En muchos casos, después de haber construido y arreglado la casa, no se la toca más. Se dan familias instaladas en una casa al comienzo de la vida que no cambian en ella absolutamente nada. Cincuenta años después, las tapicerías se encuentran deterioradas, los pisos levantados, los techos sucios o abiertos, los cuadros agrietados; todo sucede poco a poco; los que habitan la casa ni siquiera se dan cuenta de ello, habituados como están a vivir en un local más o menos deteriorado; y toda su persona se resiente de ello.

Lo mismo ocurre en la vida. Muchos se contentan con unos arreglos, con los estudios o formación de su juventud, el matrimonio o la vida religiosa, la elección de una profesión, y luego se abandonan en la vida, siendo previsores únicamente en campos muy reducidos, tales como son, en nuestros días, la preocupación por una pensión o hacer economías marginales. Pero no piensan que todo el valor del presente está en la preparación del futuro.

En realidad, jamás han pensado en nada y jamás han tenido una perspectiva general de cosa alguna. Hicieron estudios en su juventud, porque el medio social les impulsaba a ello y porque era necesario; después se casaron porque hubo ocasión de hacerlo, y escogieron una profesión o la están aguantando porque así se presentaron las cosas. Nada hay en ellos que dirija su vida. El presente absorbe su atención, y, por lo general, no se guían más que por instintos bastante elementales.

Parece que se le hace difícil al hombre darse cuenta de que la vida es un todo continuo y de que lo esencial del presente es preparar el futuro. Esto ya se advierte en la escuela: la tendencia de los maestros o profesores a considerar los estudios, los programas, los métodos, la enseñanza, como algo en sí, como un valor a desarrollar por sí mismo. Rara vez se enseña a los alumnos con vistas a ser

hombres de valor a los cuarenta años, y es uno de los motivos de tantas deficiencias. Se forma a los alumnos como si su vida hubiera de terminar con sus estudios, y no como si éstos debieran simplemente prepararlos para la vida.

Tratándose de niños, esto se aplica a los adultos que se ocupan de ellos; porque los niños no son capaces de prever un futuro del que no tienen experiencia alguna. Pero cuando se trata de adultos, deben regir su vida por sí mismos y ver de antemano a dónde van.

A dónde van: esto no se refiere a las condiciones materiales, sino a la formación de la personalidad que habrá de adaptarse a las circunstancias. Dentro de las condiciones que se presentan, hay que elegir las que forman la personalidad y preparan para el futuro.

Pero lo que aquí nos interesa es el sacerdote. Comenzando por la enseñanza religiosa de la juventud, muchas veces se intenta dar una formación completa, como si no hubiera de proseguir después. Se responderá, es verdad, que muchos de hecho no harán nada más en lo sucesivo. Hay que preguntarse entonces qué les podrá quedar de todo lo que hoy se les enseña, y por cierto que no serán las fórmulas teológicas.

No ocurre otra cosa en el seminario. La razón de ser del seminario no es formar buenos seminaristas, sino buenos sacerdotes veinte años más tarde. Ahora bien, la tendencia en los seminarios, contra la cual se reacciona actualmente, pero que ha sido muy general en el pasado, era formar seminaristas lo más perfectamente posible, en cuanto seminaristas, como si hubieran de permanecer en el seminario toda su vida, cuando se entra en el seminario para salir de él.

Hay más todavía. Cuántas veces jóvenes que quieren ser sacerdotes dicen que desean entregarse de jóvenes, sin pensar que a los cuarenta o cincuenta años el problema

se planteará de otra forma, y que uno se nace sacerdote para toda la vida, para ser el hombre de Dios —esto es el elemento permanente— pero que después la carrera humana evoluciona con las circunstancias y la edad.

En una línea continua. El joven sacerdote de veinticinco años que es un buen sacerdote, prepara al de cuarenta y al de sesenta años. Si es un mal sacerdote, también. Se ha de convertir uno todos los días, orientarse a diario, y orientarse es caminar hacia algo que se aproxima. En el presente llevamos, tanto el pasado cuyo fruto es el mismo presente, como el porvenir que el presente prepara. Respecto al pasado nada podemos hacer, y hemos de servirnos de él. En el presente poco podemos hacer, porque depende del pasado; pero lo poco que podemos realizar tiene toda su importancia por razón del futuro que prepara.

En esta materia se encuentra uno con las desviaciones más opuestas. Muchos viven el presente como si hubiera de durar siempre y continuamente quedan sorprendidos por los acontecimientos. Otros están tan preocupados por el futuro que no se atreven a vivir el presente. El evangelio aconseja a aquel que desea construir una torre comprobar primeramente si dispone de recursos para pagarla, así como utilizar los talentos recibidos; esto supone un conocimiento de los mismos. Invita también a la confianza en Dios que desea tomemos los trabajos de cada día tal como se presentan. Todo esto forma un conjunto de cosas dominado por la aceptación de la vida tal como podemos disponer de ella.

Se puede decir que todas las revoluciones sociales se deben a que los dirigentes no perciben las necesidades nuevas o las nuevas aspiraciones, y que las épocas de decadencia de la Iglesia provienen de una falta de adaptación. Esta muchas veces está ligada a un apego a las costumbres,

a una pereza que rehúye todo lo que no sea inmediato.

Todo esto está dominado por la moral. Hay que entregarse a Dios, estar presto para servirle en todo; hay que renovarse cuando el servicio de Dios lo exija, y seguir con las costumbres antiguas cuando lo pida también el servicio de Dios. Esto se consigue cuando se fija la mirada en Dios y no en sí mismo, ni en la propia facilidad, interés, deseo de agradar, etc. En la base de todo, tanto en el plano colectivo como en el individual, está la aceptación del transcurso del tiempo, con la permanencia de lo inmutable y la fluidez de lo transitorio.

El hombre es uno y cambia, porque está dentro de una duración. El sacerdote de sesenta años no es el joven de veinticinco. Sus funciones de ordinario son distintas, lo mismo que sus capacidades. Pero el joven sacerdote de veinticinco años prepara al sacerdote de sesenta. Con bastante frecuencia se dan casos en los que se apaga la personalidad después de una juventud brillante. Son los que únicamente vivían en el presente y se desgastaban sin preocuparse de preparar el porvenir. Y se amargan la vida, porque no quieren admitir sus límites, ni aceptan la lenta maduración de todas las cosas.

### *Aceptar la ley del tiempo.*

La ley del tiempo es una ley de continuidad y de cambio. Estamos en el tiempo y la ley de la vida es construir una personalidad y realizar una obra, fruto de la personalidad, en el tiempo y por el tiempo. Se hace uno sacerdote para la vida; pero la ley de la vida no está en realizar la obra de la vida en uno o algunos días.

La obra principal de la vida es la vida misma. El sacerdote es el hombre de Dios entre los hombres. Lo es, desde

el día en que se hace sacerdote; y no debe tener otra preocupación más que serlo. Esto se va afirmando poco a poco a través de toda la vida, según las circunstancias. Se comienza por el principio; pero la vida es larga. Comenzar no es terminar. Existen diversas etapas. La unidad está en la persona que permanece la misma, y en el sacerdocio.

Y cuando uno es sacerdote poco importa la carga que se le impone. Cualquiera que sea, el sacerdote sigue siendo el hombre de Dios y no tiene más meta que ésa en su función. Si es fiel a su misión, Dios obrará por él.

Es lo importante. Que Dios actúe. No el realizar tal o cual obra. Dios puede obrar según le plazca. La tentación de todos los apóstoles es querer siempre hacer más, y correr locamente, sin pensar que lo esencial es que Dios obre. Para que nuestra acción sea la acción de Dios, se necesita un clima en nuestra alma.

Por lo general, todos los apóstoles se cansan demasiado, y siempre ha sido así. Muchos mueren jóvenes y no dan los frutos maduros que podría esperarse de ellos. Muchas veces causan admiración, porque sólo se tiene en cuenta su celo; pero cualquiera que sea su buena fe, no han prestado al Señor ni a su Iglesia los servicios que hubieran podido prestarles. Con frecuencia he visto en iglesias de jesuitas a padres ancianos, septuagenarios u octogenarios, que, después de una vida desbordante de actividad, habían venido a ser confesores. Y todo el mundo acudía a ellos para beneficiarse de su experiencia y sabiduría. Hay servicios que puede prestar un anciano, pero con la condición de que acepte ser anciano y deje a los jóvenes las obras propias de éstos. Cada edad debe realizar su obra. Pero, para esto, se necesita aceptar la ley del tiempo.

Entra en juego la humildad, dejando de creerse indispensable, resignándose, por tanto, a no hacer más que lo

que Dios exige; pero aceptando también sin reservas el permanecer a su servicio y hacer cuanto pida.

El joven sacerdote comienza a trabajar en el servicio del Señor, y la mayor parte de los que acuden a él no saben que en él precisamente encuentran a Dios, porque no tienen la menor idea de Dios. Pero perciben algo y se siente ese atractivo especial hacia el buen sacerdote de que hablamos anteriormente. Es también una ley del tiempo y de la continuidad.

A medida que avanza la vida, las experiencias se van acumulando, y se forma la reputación por la multiplicación de las experiencias. En cierta manera el hombre vive de su reputación y ésta se forma por los contactos humanos, no por los discursos ni por los principios que uno profesa. El sacerdote que vive en medio del pueblo está muy en evidencia; su personalidad se manifiesta en infinidad de detalles que los testigos de la vida advierten a veces, sin tener conciencia de ello siquiera.

Lo que demuestra el efecto acumulador de la reputación es que uno tiene la que merecía unos años antes. Cuando un pecador se convierte, se necesita tiempo para saberlo y para asegurarse uno de que es algo auténtico y duradero. Lo mismo ocurre si una persona virtuosa se corrompe. De esta forma, el buen sacerdote vive de su reputación y ésta no deja de afirmarse, como simple consecuencia de la vida sacerdotal.

Se dice a veces que un cura tiene en sus manos la parroquia sólo cuando llega a casar a los niños que en otro tiempo bautizó. No se puede generalizar, pero es una buena ilustración de la ley del tiempo. Se necesita tiempo para formarse a sí mismo; se necesita tiempo para influir en los demás; se necesita tiempo para vivir. La vida es una obra de duración, y hay que convencerse de que se construye progresivamente.



Siendo la vida una continuidad, el hombre debe orientarse y andar por un camino. La vida es una obra; constituye un todo. No hay más que una. La ley del hombre es sufrir en esta tierra una prueba por la que demuestre lo que lleva dentro de sí; después, marcharse, y entonces viene la eternidad inmutable. Pero en la tierra es el tiempo, la duración, el cambio y, al mismo tiempo, la *única* vida.

El hombre comienza la vida sin darse cuenta de ella, sin entender nada. La inteligencia se desarrolla lentamente y las experiencias vienen una a una; hay éxitos y fracasos, hechos laudables y faltas. Muchos viejos, volviendo sobre su pasado, exclaman: "Si hubiera que comenzar otra vez..."

Pero no se vuelve a comenzar. No hay más que una vida, y en esa vida única, cueste lo que cueste, es preciso realizar las pruebas.

La vida es una, y se transforma constantemente al propio tiempo que permanece la misma. Todo cuanto hacemos compromete el porvenir. Hay que ponerse, pues, a la obra desde un principio y proseguir después con lo que uno tiene dentro de sí a cada instante.

Por esta razón la ley del hombre es orientarse en su juventud, no en la infancia, ciertamente —el niño no tiene aún perspectivas amplias— sino cuando se aproxima a la edad adulta. En una palabra, hay que decidir sobre la propia vida antes de haberla vivido. Si uno quisiera esperar a haberla vivido, sería ya demasiado tarde para comenzar.

Por otra parte, se orienta uno constantemente por lo que se dice y por lo que se hace. Se orienta uno haciendo estudios, escogiendo una profesión. Pero hay orientaciones fundamentales que dominan toda la vida, como el matrimonio, la vocación religiosa, el sacerdocio. Normalmente

estas decisiones fundamentales deben tomarse al comienzo de la vida adulta, porque de ellas depende la línea general de la vida y por ellas queda matizada toda la actividad. Tales decisiones reciben el nombre de vocaciones, y la edad habitual de las vocaciones es la adolescencia, porque entonces adquiere el ser humano conciencia de su personalidad.

Estas orientaciones fijan la vida. Ninguna tan decisiva como la del sacerdocio. Se hace uno sacerdote para siempre; y para serlo bueno hay que entregarse *enteramente*.

En otras épocas el compromiso perpetuo parecía natural, desde el momento en que uno se entregaba. Hoy día, una mayor previsión y el aumento de precauciones son causas de que muchos teman el compromiso perpetuo. Hay otros, mejores, que dicen: "Deseo comprometerme por tres años, por diez años. Pero, ¿qué sé yo lo que seré después? ¿Puedo decidir a los veinte años para cuando tenga cuarenta?". Y se ven sacerdotes que piden la reducción al estado laical diciendo: "No sabía lo que era esto en el momento en que me comprometí". Hay religiosos que quieren secularizarse por idéntico motivo, y del mismo modo se encuentran maridos que dicen: "Cuando me casé, no tenía la menor idea de lo que sería mi mujer (o mi marido) veinte años después..."

Y en efecto, debe uno comprometerse sin conocer los detalles concretos. Por el compromiso se adhiere uno a la orientación general y no es posible hacer más. Pero la ley del hombre es que la vida sea un todo continuo, una obra que se construye gradualmente. Y el hombre no logra su vida, cuando rehúsa comprometerse por un camino y perseverar en él. Antes de ser un viejo párroco, hay que ser un joven coadjutor, y el joven coadjutor debe ser capaz de llegar a ser un viejo párroco.

Es verdad que no hay que comprometerse a la ligera. Es preciso pensar y reflexionar. El sacerdocio, en concreto,

exige largas demoras. Si también las hubiera para el matrimonio, serían menos los hechos a la ligera. Asimismo, hay que comprometerse cuando se es joven. Cuando uno es viejo, es demasiado tarde. Se habla favorablemente de viudos que se hacen sacerdotes a los setenta años; pero con esos sacerdotes no está asegurada la vida de la Iglesia.

\* \* \*

Es cierto que la vida es larga, y que se dan altibajos. Apenas hay un hombre que, sobre los treinta o cuarenta años de vida adulta, no pase por crisis de santidad, de depresión, por contradicciones, reveses de toda clase, tentaciones o debilidades morales. Pocos hay que no sientan en algunos momentos la tentación de abandonar la línea de su vida. Sentirse comprometido resulta entonces una ayuda. Si se ha comprometido uno para toda la vida, si se ha entregado uno con toda lucidez por buena o mala fortuna, se encuentra en el compromiso una fuerza que permite superar las crisis.

En la aceptación del sacerdocio, por otra parte, hay mucho más, porque el sacerdocio es una misión confiada al hombre por Dios, y la más alta misión que pueda concebirse. El sacerdote debe estar anonadado de confusión por el honor que se le hace. Tener la tentación de abandonar el sacerdocio como un peso indica una falta de inteligencia profunda de lo que es.

El joven sacerdote debe recibir el sacerdocio como el honor supremo de la vida; y lo esencial de su vida, después, es alimentar su sacerdocio, desarrollar su espíritu en uno mismo. La duda en comprometerse implica no ver lo que es el sacerdote, y en tal caso no debe uno serlo.

No obstante, si uno se ha hecho sacerdote, sin haber comprendido bien lo que hacía, la única solución es revisar sus ideas y tratar de comprender.

En la actualidad, parece ser que cierto número de jóvenes, con todo lo necesario para ser sacerdotes, cambian de rumbo por temor al compromiso. Probablemente se trate de un mal del siglo que se da también en otros campos. Este mal, como tantas veces ocurre, es la compensación de un bien. Antes, era bastante frecuente comprometerse a la ligera, y de ahí provenían crisis de diversas clases. Por lo demás, estas cosas también se dan hoy; pero lo más propio de nuestro tiempo es que los hombres no se deciden a comprometerse. Por lo que al sacerdocio se refiere, el remedio está en una formación más sólida del espíritu sacerdotal en los que se orientan hacia él. Deben saber por qué se hacen sacerdotes y lo que esto implica; deben saber el sentido de la vida sacerdotal y la obra confiada a los sacerdotes. Volvemos así a una conclusión sacada ya anteriormente. Lo esencial de la vocación sacerdotal es lograr sacerdotes plenamente tales.

## TODO DE DIOS

Desde las primeras páginas de este libro, al comenzar a reflexionar sobre el sacerdocio, hemos observado que la función de sacerdote es ser el hombre de Dios, y que lo es plenamente sólo en la medida en que Dios vive en él. Todo en él debe ser de Dios. Es sencillo; no hay más que decir.

Sin duda que nadie lo realiza enteramente. Nadie es sacerdote hasta las últimas consecuencias. Pero uno realiza su sacerdocio en la medida en que avanza por ese camino. En los tratados teológicos sobre el sacerdocio, se dice que sólo Cristo es sacerdote plenamente. En la medida en que el sacerdote se identifique con Cristo, en tal medida realiza su sacerdocio.

*Todo*: es sencillo. Una vida humana tan normal como uno pudiera imaginar, fuera de la familia. Nada que exteriormente singularice; sino todo para el servicio de Dios. Como Cristo mismo que era el hombre más sencillo y que no tenía parecido con nadie.

Que todo sea para Dios; que no se quede nada para sí. Todo y nada. Desde un punto de vista, todo; desde otro punto de vista, nada.

No hay más norma que la del don total. En cuanto a la materia o al modo, las aplicaciones son infinitamente variadas. Supuesto ya el amar y el amar incansablemente,

las maneras de hacerlo son todas diferentes. Y por esta razón las prescripciones, las reglas y los programas resultan falsos cuando se les concede un valor absoluto.

Se ha intentado codificarlo todo. Codificación destallista del derecho canónico, que establece reglas fuera de las cuales se sale uno de la vida sacerdotal —y algunos dicen: “No estás obligado a nada más”; y nos encontramos con los sacerdotes de clase noble y los sacerdotes vividores de todos los tiempos, que ostentan la pretensión de estar en regla con las exigencias del sacerdocio. Existen también los programas de espiritualidad que guían a sacerdotes piadosos, parecidos al sacerdote de quien habla la parábola del buen samaritano, porque puede uno dejar morir a su prójimo haciendo meditación todos los días. Hay quien lo hace y al mismo tiempo se admira de su propia virtud.

Todas las clasificaciones encallan. Se vuelve siempre al texto de san Pablo, tan citado y tan poco practicado:

*Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe.*

*Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que traslade los montes, si no tengo caridad, no soy nada.*

*Y si repartiére toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha.*

No hay que buscar otra cosa. El presente libro termina con esta sencilla verdad. Y ciertamente, en la vida ordinaria, todo hay que acuñarlo. Todos los casos son diferentes, y las situaciones cambian; no hay receta para amar, fuera del amor; y muchas recetas son buenas cuando están sostenidas por un impulso que empuja a la obra de Dios.

Ese impulso es necesario. Todo se anquilosa fuera de él, y cuando existe ese impulso, se escogen los medios eficaces por un instinto tanto más seguro cuanto más fuerte es dicho impulso.

Adquirir conciencia de lo que es ser sacerdote, y después intentar realizarlo.

Intentemos. Cada uno irá lo más lejos posible. En cualquier caso, nada más bello.